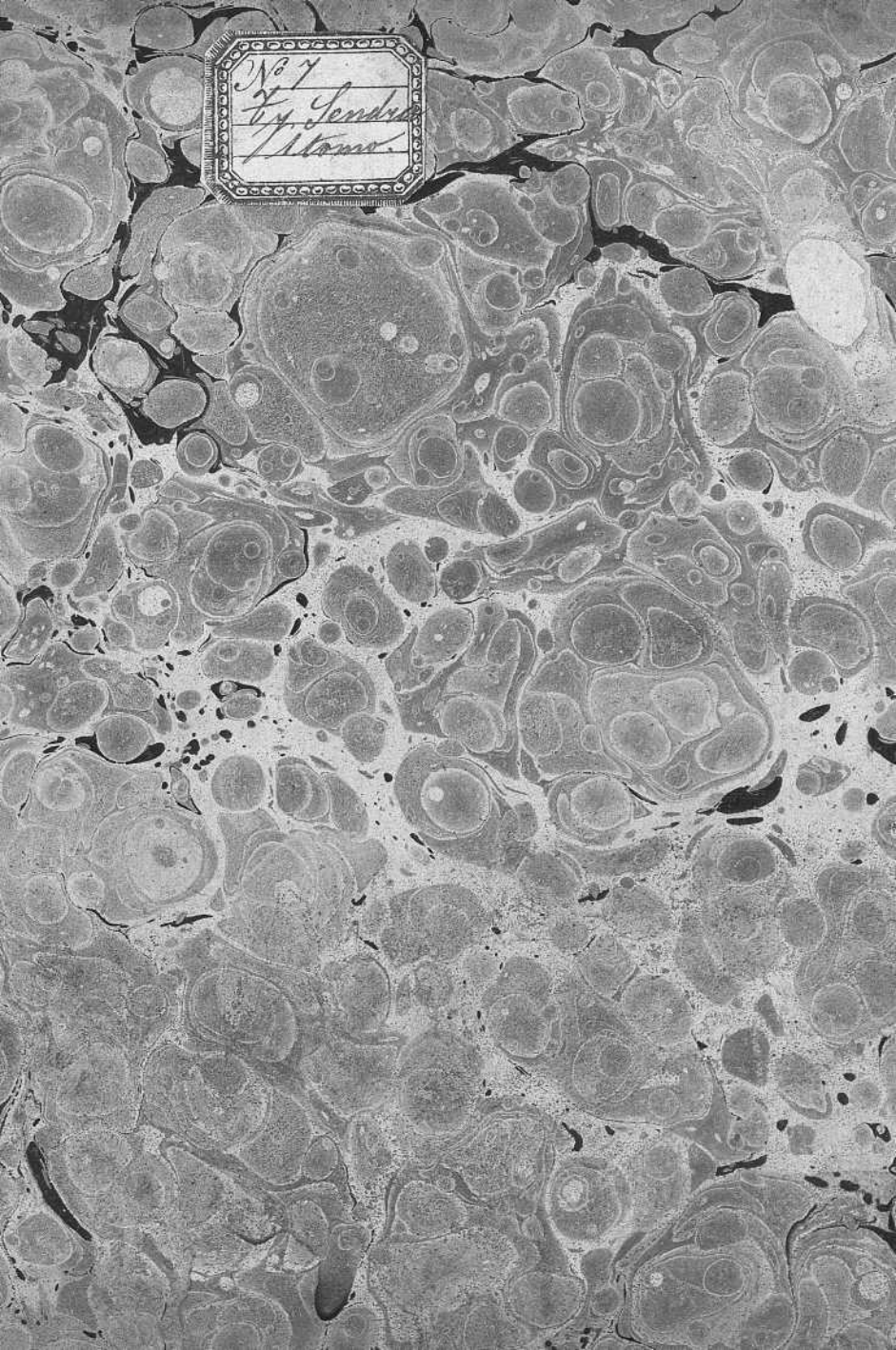
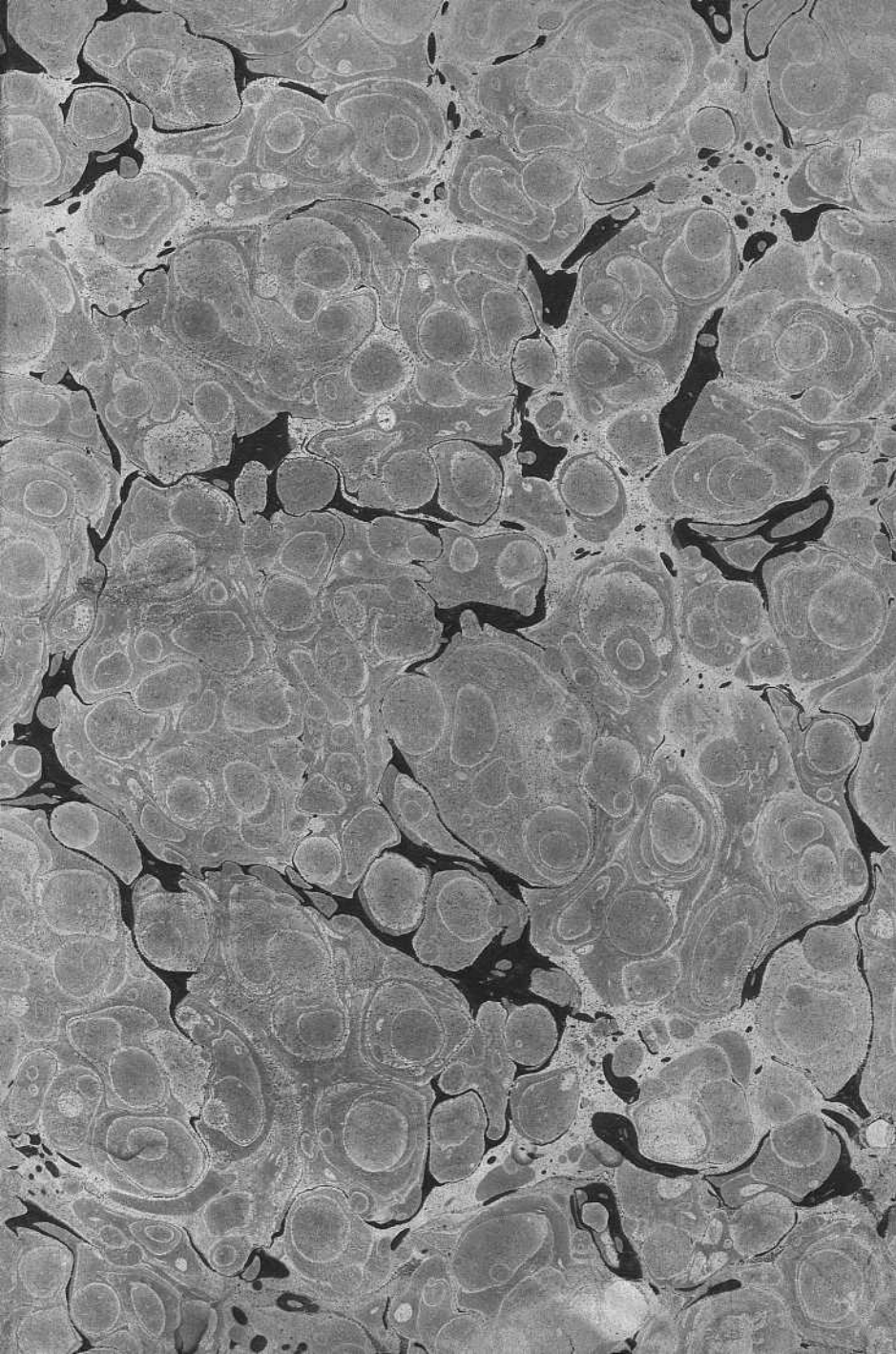




No 7
By Sander
Mans.





DGC
A

+158140
C 1199165

DON FELIPE EL PRUDENTE.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA



R. 122903





Felipe el Prudente.

DON FELIPE EL PRUDENTE.

NOVELA HISTÓRICA

original

POR

D. José M. de Abadueza.



MADRID.

Librerías de Leon Pablo Villaverde, calle de
Carretas: José Cuesta, calle
Mayor y José Simon, Olmo, 14, bajo.

BARCELONA.

Librerías de la viuda Saurí: Viuda Ma-
yol: Jaime Subirana: Isidro Cerdá: Imprenta
Hispana de V. Castaños, Asalto, 20.

DON EMPEPE EL PRUDENTE.

NOVELA HISTÓRICA

Original

© José M. de Obaldia

ES PROPIEDAD DE V. CASTAÑOS.



BARCELONA

MADRID

Imp. Hispana de V. Castaños, Asalto, 20.

Imp. Hispana de V. Castaños, Asalto, 20.

DON FELIPE EL PRUDENTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dos hombres honradísimos.



ASI tocaba á su término la primera mitad del siglo décimo sexto, cuando Cárlos primero de España y quinto de Alemania, acosado sin tregua por la rivalidad de su esforzado competidor Francisco, emperador de los franceses, concibió el temerario proyecto de atacar á éste en el corazon de los mismos estados, cuya posesion contaba ya como segura. Con cinco ejércitos formidables habia invadido la Francia los dominios del héroe de Tenez y los de su aliado el duque de Saboya; el tesoro de Castilla se

hallaba exhausto, y era necesaria una resolucion magnánima para conjurar tan récia tempestad. El infatigable Cárlos nunca vacilaba ante el peligro: reunió en Monzon las Córtes de Aragon y Cataluña, y estas juraron al príncipe D. Felipe, otorgando al mismo tiempo al emperador un subsidio de quinientos mil ducados. Las de Valencia imitaron tan patriótica conducta, poniendo á disposicion del monarca un cuantioso donativo; y el rey de Portugal, cuya hija doña María acababa de casarse en Almería con D. Felipe, por poderes, aprontó para la proyectada espedicion otra crecida suma de dinero. Estos recursos, y la alianza ofensiva y defensiva que formó Cárlos con Enrique octavo de Inglaterra, le animaron en su pensamiento de trasladarse á Alemania, con el objeto de abrir en persona aquella célebre campaña de diez años, la última de su gloriosa vida, coronada por brillantes triunfos y apenas oscurecida ligeramente por algunos reveses, que le asestó la fortuna, *Deidad caprichosa, parecida á las mugeres, que alhagan á los mozos y abandonan á los viejos.*

No hemos podido indicar con menos palabras á nuestros lectores la época en que dan principio los acontecimientos que vamos á narrarles: ahora es preciso que condesciendan en acompañarnos á las inmediaciones de un antiguo alcázar cuadrilongo, enclavado en el riñon de Castilla, no léjos del famoso monasterio de la Espina y estramuros de una poblacion, cuyo nombre, hoy olvidado, ó muy poco conocido, figura sin embargo en nuestra historia desde el siglo décimo cuarto.

Era una fresca mañana de abril del año de gracia 1545: dos hombres, guerrero el uno, á juzgar por los arreos que le cubrian, y villano el otro, segun daba á entender su humilde y asendereado traje, departian amigablemente, sentados en el césped, que servia de mullida alfombra á la falda de la eminencia, sobre la cual se hallaba situado el alcázar de Villagarcía de Campos. Acababan de tocar á maitines en el monasterio de la Espina y el castillo feudal se destacaba sobre la colina, semejante á un fantasma, que se despoja de las negras vestiduras de la noche. En el dia es una fortaleza abandonada; ha seguido la mala suerté de la monarquía española, y apenas puede reconocer el viagero entre sus ruinas, algunos restos de su pasado poderío. Y con todo, cuenta entre sus señores ilustre prosapia y su fundacion se remonta á los primeros tiempos de la

restauracion asturiana. Propiedad más adelante de la reina doña Maria, muger de D. Alfonso el oncenno é hija de D. Alfonso el sexto de Portugal, lo entregó aquella señora en tenencia á Gutierrez Gonzalez de Quijada, y luego á la abadesa y convento de Santa María la Real de Valladolid. Andando el tiempo, hizo en su testamento don Juan primero merced de la villa y del alcázar al mencionado Gutierrez Gonzalez de Quijada, desde cuya época no volvió á salir del señorío de la familia de los Quijadas, hasta que faltando la sucesion directa de la misma, se posesionó de ambos la casa de Docampo, oriunda de Galicia, aunque establecida en Zamora. Corrieron una en pos de otra las desgracias de la monarquía, y fiel la vetusta fortaleza á los recuerdos consagrados por sus severas tradiciones, pasó de decadencia en decadencia, de los Docampos á los Villamizares, y desde los Villamizares á los Villazices, ó condes de Peñafior, para sepultar por último su anterior importancia bajo el dominio de los nobles Valdecalzanas.

Pero ¿quién se atreve hoy á recordar sin rubor las descripciones que del castillo de Villagarcía ha leído en antiguos y empolvados cronicones? ¿Dónde están aquellos murallones imponentes, que desmoronados hoy por la injuria del tiempo, ostentan sin embargo algunos trozos de cuarenta piés de elevacion, sin que en ellos se descubran las primeras troneras? Sobre esos trozos arruinados se estendia una doble línea de tan importantes defensas; la de la parte mas baja, establecida á cincuenta piés de la base del alcázar, estaba destinada á la mosquetería; la superior, cuya altura nos es imposible conjeturar, servia para los disparos de piezas gruesas en toda su estension. Tampoco se conserva resto alguno de los almenares ni matacanes de sus plataformas, aunque todavía flanquean su frente principal dos torres cuadradas de imponente apariencia, destrozadas en muchas partes hasta el pié de los murallones. El ancho foso, que aislaba la fortaleza, se halla completamente cegado, y al ferrado puente levadizo, que daba paso á su entrada por la cortina del S. O., y que solo ofrece señales de existencia en los enormes ganchos de las cadenas dispuestos sobre el arco del porton, ha sucedido un miserable puentecillo de piedra. Como si no fuera bastante ultraje para tan venerables ruinas el injusto olvido, no ha faltado quien añada el escarnio á su desventura.

Los dos hombres que platicaban en la pendiente ladera de Villagarcía examinaban, al parecer, la situacion de los negocios públicos, salpicando de vez en cuando su diálogo con razonamientos y conjeturas acerca de otros asuntos privados que, no por serlo, debían parecer menos interesantes á nuestros lectores. Nuestra conciencia de historiadores nos obliga á enterarles de una conversacion, que tal vez no será inútil, para que vengan en conocimiento de otros sucesos mas importantes.

El menos orgulloso de los dos políticos del siglo décimo sexto, aquel á quien hemos calificado de villano, era un jóven como de diez y ocho á veinte años, fornido, de corta estatura, en una palabra, el tipo de lo que los navarros entienden por un hombre bajo, rechoncho y cuadrado. Tenia ojos negros de un brillo extraordinario, y los jugaba con admirable viveza y donosura, como para revelar á los demás la refinada malicia de su alma: por lo demas, y como él mismo aseguraba, nunca se mordía la lengua; de modo que hablaba á roso y belloso sin temer al rey ni á la santa Inquisicion, era incapaz de guardar un secreto y andaba siempre á caza de noticias, buenas ó malas, á fin de recrearse con el placer de referirlas al primero que le deparaba á mano su fortuna. Vestia corto y estrecho saco de paño pardo, ceñido á la cintura por tosca correa de cuero en bruto con hevilla de metal, calzon de lo mismo, polainas de pie de lobo hasta media pantorrilla y zapatos abiertos en forma de sandalias, completando todo su ajuar una especie de montera ó caperuza de piel de nútria, que le cubria la cabeza hasta la parte inferior de las orejas, un escapulario de la Virgen de Monserrate, que llevaba pendiente del cuello y un grueso y nudoso garrote de encina, colocado á la sazón entre sus cruzadas piernas.

El otro personaje aparentaba tener mas trastienda y conocimiento del mundo que su compañero. Cuando se le dirigia alguna pregunta acerca de su edad, contestaba con orgullo que habia venido al mundo el mismo año, en que el gran gobernador y santo cardenal Jimenez de Cisneros emprendió y llevó á cabo á sus propias espensas la conquista de Oran; y como ya desde entonces, á pesar de lo reciente del suceso, empezaba á agitarse entre el vulgo la duda de si aconteció tan memorable triunfo en el año de 1509, como hoy aseguran sesudos cronistas, ó si en el de 1516, como sostienen asimis-

mo algunos modernos compendiadores, resultaba de la respuesta del taimado guerrero castellano, que unos le daban buenamente treinta y seis años de vida, al paso que otros no sentían el menor escrúpulo al creer que solo frisaba en los veinte y nueve. Hacíale no obstante traición con harta frecuencia su memoria, pues cuando relataba sus pasadas glorias militares, hablaba del asalto y saqueo de Roma por las tropas del duque de Borbon y de la muerte de este caudillo, como de hechos que había presenciado y en los que tuvo no pequeña parte; de aquí deducía el malicioso villano de los brillantes ojos negros, que su interlocutor, fuese por vanidad pueril ó por otros motivos que él no alcanzaba, había dado en la flor de suprimir siete ú ocho años en su partida de bautismo. Por lo demas, era excelente camarada, complaciente, servicial, aficionado al mosto y á las buenas mozas, de ancha conciencia y de razonables puños: un amigo podía contar con él en apurados lances, pero los malos hábitos que había contraído en el pillaje de la ciudad eterna le impelían, sin duda, á mirar con poco escrúpulo los bienes ajenos, supuesto que no perdonaba ocasion de apropiárselos contra la voluntad de sus dueños. Precisamente debía preocuparle algun proyecto de esta especie en aquella deliciosa mañana de abril de 1545, por cuanto las primeras palabras que pronunció, ó al menos, las primeras que podemos trasmitir á nuestros lectores, fueron estas:

—Asegúrote, amigo Juan, y así Dios y Nuestra Señora de Monserrate te amparen y defiendan, que en esa pícara madriguera no hace mas que pudrirse un hombre honrado. De mí sé decir que no he nacido para estar mano sobre mano paseándome por la plataforma del castillo, y que si el cielo no lo remedia, voy á morir muy pronto de puro fastidio.

El bueno de Juan miró de reojo al soldado, castañeteó con los dedos y murmuró sonriéndose:

—Esa no pega.

—¿Conque no crees que voy á dar mi alma á una legion de familiares, repuso el otro, si no me sacan de aquí?

—No, mientras te vea atravesar, á guisa de ladron, todas las noches el patio grande de la fortaleza, en busca de la hermosa Beatriz.

—Que si quieres, y llámenle tonto, exclamó el guerrero soltando la carcajada. ¿Quién te ha dado esas noticias?

—La ociosidad aguza el ingenio, y como por la misericordia divina, estamos de holganza hasta que vuelva mi señor el alcaide....

—Estoy en autos; has seguido mis pasos y despues de sorprender mis amorosas locuras.....

—Y algunos besos, aplicados con estrépito en las sabrosas mejillas de la susodicha Beatriz.

—¿Eso mas? Ya voy experimentando, querido Juan de Mesa, que eres mozo de provecho, y ya que la charla ayuda á matar el tiempo, voy á descubrirte cómo y cuando me enamoré de esa muchacha.

—Que me place: ya sabe el señor Diego Martinez que soy hombre capaz de guardar un secreto, y que por todo el oro del mundo.....

—Mucho hay que hablar en cuanto á eso: pero doy muy poca importancia á mis galantes aventuras, y puedes divulgarlas á tu sabor, con tal que nada quites ni añadidas á la verdad.

—Eso no; antes me vea empalado por judío.

—Basta y escúchame bien. Habrá poco mas de tres meses....

justamente, el dia de los Santos Reyes; por cierto que nevaba á mas y mejor.... Pues, como iba diciendo, ese mismo dia 6 de Enero aconteció que salí del castilo á las ocho de la mañana para llevar un recado de mi señora doña Magdalena al monasterio de la Espina. ¿Y qué te figuras que encontré al llegar á él, despues de haberme empapado en agua y nieve hasta los huesos? Nada menos que una brillante comitiva de ilustres damas y nobles caballeros, cuajados de oro y de terciopelo desde las orejas hasta los piés. Allí estaban, orando delante del altar mayor el conde de Melito D. Diego Hurtado de Mendoza y su muger doña Catalina de Silva, el apuesto caballero D. Ruy Gomez de Silva, que tanto dá en qué pensar á las hermosuras de la córte, si no mienten lenguas, el viejo marqués de Los Velez, el consejero D. Pedro Fajardo, el marqués de la Fabara, el conde de Cifuentes, la condesa de Barajas, la marquesa de Aguilar y ¿qué se yo cuantos mas personajes? Por supuesto, con la correspondiente añadidura de mayordomos, pages, escuderos, damas de honor, doncellas y criadas de mano.

—Te quedarias con la boca abierta.

—Nada de eso; he visto cosas mas estupendas en Aquisgran y en Ratisbona; aquello es boato, amigo Juan, y no han presenciado los nacidos aparato de tanto bulto como el que ofreció la majestad



Ella no se hizo de rogar, y quiso el resto con una sonrisa.

de nuestro invencible emperador y rey el día de su coronacion en Alemania; de esto hace ya unos veinte y cinco años y sucedió en la época de la guerra de las Comunidades de Castilla.

—Buena memoria tienes, observó el villano, para acordarte de todo eso, porque debias ser muy jóven entonces.... pero prosigue tu relato del monasterio de la Espina.

Mordióse los lábios Diego Martínez, porque la cuestion de fechas, presentada indirectamente por su interlocutor, le habia cogido de medio á medio: no tardó sin embargo en adquirir su habitual aplomo, y haciendo como si nada hubiese oido, continuó de esta manera:

—Así que yo ví aquello, dije á mi cota: no hay duda, compadre Diego de que aquí puedes alcanzar algun provecho: las altas y poderosas señoras son fruta prohibida para un pobre diablo, que solo ha traído á su pais honra y miseria; pero tal vez encuentres entre la gente de escalera abajo alguna pelinegra, que se prende de tu porte marcial. Y diciendo y haciendo, adelantéme hasta las gradas del altar mayor, mezclándome con la servidumbre femenina y dando de codo con gallardía y desembarazo á los impertinentes escuderos. Mi osadía obtuvo todo el efecto que anhelaba; cierta criadita de la condesa de Barajas fijó sus ojos en los míos; aprevehé la ocasion y los puse en blanco, embidando la partida; ella no se hizo de rogar y quiso el resto con una sonrisa. Hubo despues lo de acercarme á ella, lo de saber que era huérfana de padre y madre, lo de ofrecerla mi proteccion y descansado servicio en Villagarcía, lo de confesarme que no podia tolerar por mas tiempo las impertinencias y caprichos de la señora condesa, y por último lo de concertarnos, ella para desertar de la casa de Barajas, y yo para presentarla y recomendarla en este castillo como parienta mia. Evacuada despues la comision que me habia llevado al monasterio, tuve otra entrevista con mi hermosa Beatriz, y en ella me descubrió que toda aquella magnificencia desplegada por los mas encopetados magnates del reino, en uno de los mas crudos y terribles días del invierno, tenia por objeto ofrecer á la Madre de Dios y á su santísimo hijo, en aquel Santuario, que pasaba por milagroso, la persona de doña Ana de Mendoza de La-Cerda, de edad de cinco años, hija única de los esclarecidos condes de Melito, por la merced que les habia concedido el cielo de salvarla de una peligrosísima enfermedad. Añadíome que despues

del mediodía debía ponerse en marcha toda la comitiva para Valladolid, y que si por mi parte estaba resuelto á libertarla de la penosa servidumbre de la condesa de Barajas, no teníamos tiempo que perder. Mi respuesta fué animarle á que se preparase en el término de media hora: transcurrida ésta, situéme con una acémila, que pedí de gracia en el monasterio, en la primera encrucijada del bosque, adonde á poco rato llegó Beatriz llevando un cofrecito de preciosas joyas y como unos doscientos ducados en oro. Ya ves, querido, que mi expedicion no era enteramente desgraciada. Apoderéme del dinero y del cofrecillo, suponiendo desde luego que la condesa de Barajas podria tener algun derecho para reclamarlos, coloqué en la acémila á mi resuelta enamorada, y sin mirar hácia atrás, nos encaminamos á ese bendito castillo, al cual sin embargo no llegamos hasta la noche, por la sencilla razon de que fueron muy repetidas nuestras distracciones y paradas durante la travesía.

—Curiosísima y entretenida es por demas la historia del principio de tus amores, dijo Juan de Mesa, luego que su amigo hubo concluido de hablar, y solo me falta saber....

—¿El fin de la aventura? Habas contadas: como el señor D. Luis Quijada, mayordomo del rey y alcaide de Villagarcia estaba á la sazón, lo mismo que ahora, en Alemania, forjé una historia de parentesco para su noble esposa doña Magdalena de Ulloa, y esta señora admitió desde luego á su servicio á mi amada Beatriz.

—¿Y los doscientos ducados?

—Muy pocos quedan ya: los demas.... pregúntaselo á las franchelas que he tenido en Valladolid y en Medina de tres meses á esta parte. En cuanto á las joyas del cofrecillo, no se han tocado aun, porque están reservadas para mejor ocasion.

—¿Y no recelas que mi señora doña Magdalena, matrona tan severa como prudente, descubra que la has engañado, y te obligue á tomar por muger á la que hasta ahora todos tienen por prima hermana tuya?

—Si lo descubre, será por tu medio; si pretende que me case con Beatriz.... ¡qué diablos! Ancha es Castilla y buscaremos otro escondite.

—Y en ese escondite, por ignorado que esté, sabrá encontrarte nuestro alcaide D. Luis Quijada, cuando vuelva con el rey.

—Allá lo veremos y sonará lo que fuere: entretanto démonos la mejor vida que podamos, pues de lo contrario no contarémos muchos abriles en esta bicoca. ¡Ah! Y apropósito de buena vida ¿qué nuevas trajo anoche el mensajero Miguel de la córte?

—Todavía no he podido traslucirlas, pero han de ser por precisión importantes, porque el mozo estuvo encerrado mas de dos horas con la Señora del castillo, y cuando salió de su cámara, ni una sola palabra respondió á las repetidas preguntas que le hicimos.

—De modo que no sabes si la importancia de las tales noticias, ó algunas otras razones mas poderosas le impidieron que os hablase.

—Por mi quebranta-huesos, que no te comprendo, dijo Juan con estrañeza y acariciando el garrote que tenia entre las piernas.

—Ven acá, y el diablo confunda tu estupidez, repuso Diego, alguntanto amostazado, porque queria que su compañero hubiese adivinado el sentido de sus palabras, sin verse precisado á explicarlas. ¿No acabas de asegurar que Miguel del Bosque, ese bribonzuelo que nunca pierde de vista á doña Magdalena, permaneció anoche dos horas encerrado con ella en su misma cámara?

—Lo he asegurado: ¿y qué?

—Vamos, Juan de Mesa, eres la criatura mas imbécil de estos reinos y señoríos. ¿Son por ventura las nobles damas de nuestro tiempo de distinto barro que las de la córte de D. Enrique, á quien llamamos el *Impotente*?

—¡Cómo! ¿Supones que la honradísima esposa de mi Señor don Luis Quijada....

—¡Quieres callar y no mentar aquí nombres que para nada necesitamos! Yo no supongo; yo solo digo lo que dirá cualquiera, que no tenga el entendimiento en las suelas de sus zapatos. Y si no, veamos. ¿Qué piensas que diria yo á los criados de una muger, asi fuese la mas encopetada de la tierra, que me viesen salir de su estancia, despues de dos horas de plática? ¿No conoces, menguado, que mis palabras tendrian toda la apariencia de una disculpa y que los otros se reirian de ellas?

—Calla, calla por los cuatro Santos Evangelistas, exclamó el villano empuñando con fuerza su nudoso palo y poniéndose en pié de un salto, como impelido por un resorte. Si supiera que se ha cometido tan feo desacato contra la honra de mi Señor....

—¿Qué harías?

—Aplastaría la cabeza de Miguel del Bosque contra las losas del patio principal del alcázar.

—Siempre quiebra la soga por lo mas delgado, murmuró Diego Martinez, añadiendo luego en voz alta:—Puede ser que yo esté muy equivocado y que Miguel sea el amante mas inocente y menos temible del mundo, asi como que ningún desaguizado amenace al limpio honor del ausente y confiado esposo: mas dime por tu vida, si se necesitan dos horas de encierro con una dama, para enterarla de las novedades que han ocurrido en la córte. ¿Qué diablos ha podido suceder en Valladolid para tanto misterio?

Iba ya Juan de Mesa á encolerizarse por segunda vez, acosado por las observaciones de Diego, cuando dirigiendo la vista por casualidad hácia el castillo, vió ondear en la mas alta de sus torres una bandera negra.

—¡Que es eso! dijo con asombro. ¡Qué sucede en el alcázar!

—Entremos en él y saldremos de dudas, le contestó su amigo.

—¡Si será esa la respuesta que no quiso Miguel darnos anoche!

—De todos modos no olvides lo que voy á decirte antes que dejemos este sitio: es una advertencia saludable, que acaso te será muy útil algun dia. Los dos hemos cometido ciertos pecadillos, que no perdonará seguramente el alcaide de Villagarcía, si llega á saberlos: yo, por ejemplo, tengo sobre mi conciencia la superchería del parentesco con Beatriz, sus amores y sobre todo los doscientos ducados y las riquísimas joyas de la condesa de Barajas; por tu parte, tampoco debes vivir muy tranquilo, porque te acusan, entre otras cosas que el tiempo puede sacar á luz, los dos garrotazos que diste á aquel pobre ermitaño, que enterramos entre los dos allá abajo, junto á las últimas empalizadas del castillo.

—Ya te dije quien era y que....

—Nadie te disputa que no tuvieras razon para hacer con él lo que hiciste, pero lo cierto es que quedó hecho, y que si llega á olfatearlo el Señor D. Luis Quijada, toda tu razon y tu buen derecho no le quitarán el vivísimo deseo de colgarte de una almena.

—¿Y tu advertencia saludable?

—Héla aquí. El mejor medio de desarmar á un enemigo temible es sorprender algun secreto que le importe guardar. Ahora bien: no

seria del todo imposible que la ilustre matrona doña Magdalena de Ulloa llegase á entender alguna cosa de nuestras fechorías, y si esto acontece, ya debes presumir que nos darán sin tardanza el merecido premio: á los dos, pues, nos interesa estar prevenidos y escudarnos con arma poderosa. Es así que entre la castísima esposa del Señor D. Luis Quijada y el escudero Miguel del Bosque hay un secreto....

—Discurres como un inquisidor.

—Y que podemos probar, cuando fuere necesario, que han estado dos horas juntos y encerrados, por la noche en la cámara de...

—No prosigas, Diego; ya veo que he obrado mal al encolerizarme contra el pobre Miguel.

—No hay duda, Juan, no hay duda, porque de todo se saca provecho en este mundo. Sepamos ahora qué es lo que significa ese guiñapo negro que han puesto en aquella torre.

Estiró Diego las piernas al decir esto y se levantó con gran calma, como sintiendo que una novedad cualquiera le obligase á abandonar el blando asiento de cesped, y ambos echaron á andar dirigiéndose al alcázar; el soldado haciendo comentarios sobre el partido ventajoso que le seria dado sacar de la situacion en que se hallaba, y Juan de Mesa pidiendo al cielo de todo corazon que no llegase el caso de tener que acusar á su Señora, ni de romper el espinazo á su buen amigo Miguel del Bosque.

CAPÍTULO II.

En que se prueba que el príncipe D. Felipe no hacía más que llorar.



Una enlutada bandera, que estendia sus pliegues al viento en la torre mas alta de Villagarcía, anunciaba á los moradores de la poblacion una triste nueva. La infanta doña Maria, esposa del príncipe D. Felipe, que gobernaba en España durante la ausencia de su padre D. Carlos, acababa de dar á este un nieto, pagando con la vida su ventura maternal. La córte estaba de duelo y se habian mandado suspender las grandes fiestas y regocijos, con que todas las ciudades se disponian á celebrar el nacimiento del príncipe Carlos, añadiéndose á la tristeza general que esparció tan infausto acontecimiento, el disgusto y zozobra de los ánimos, en vista de los últimos sucesos de la guerra de Italia. No era ya un

misterio en Valladolid que el duque de Eguien habia atacado la importante plaza de Carignano en el Piamonte, despues de haber destruido en Cirinola al marqués del Vasto, haciendo en sus tropas tal destrozo, que este general perdió en el campo de batalla mas de doce mil hombres entre españoles, italianos y alemanes. La angustia y el desaliento se veian retratados en todos los semblantes; formábanse en el Campo Grande corrillos de gente ociosa, para condolerse de las calamidades públicas, y en las puertas de los templos y en las calles se hacian votos por la pronta vuelta del rey-emperador, á quien los noticieros suponian, cuando menos, en la misma situacion en que habian contemplado á Francisco primero de Francia, despues de la memorable victoria de Pavía. Las tiendas de los mercaderes se habian cerrado en señal de luto, el pueblo daba de mano á sus quehaceres y diversiones; todo en fin se aunaba en desconsolador concierto, para desmentir aquel antiguo dicho de los paisanos del famoso Pedro Ansurez: *Villa por Villa, Valladolid en Castilla.*

Tales eran las noticias que Miguel del Bosque, escudero de don Luis Quijada, habia llevado á su Señora; la bandera negra era la espresion del sentimiento, que la guardadora del alcázar de Villagarcía tributaba á la justísima afliccion del príncipe D. Felipe.

Si echamos una rápida ojeada por vetustos pergaminos conservados en el precioso archivo de Simancas, nos convenceremos de que la *Pintia* de los Voscós á Vaceos distaba mucho de ser lo que, andando el tiempo, fué el *Valle-de-Olid* ó de *Lid* de los Arevacos y Carpetanos, y muchísimo de figurar lo que figuró, cuando el rey D. Ordoño II de Leon tuvo por conveniente tomar á los árabes dicha poblacion en el año de 920, despues de reñidísima lucha. Tampoco en esta época alcanzó las ventajas que obtuvo de D. Alfonso VI en 1084, cuando este monarca la cedió en juro de heredad al magnífico y magnánimo conde D. Pedro Ansurez, que se dedicó á engrandecerla, y á continuar en ella las obras emprendidas por el otro conde D. Rodrigo Gonzalez Giron, de órden del rey de Castilla. Y al fin aconteció en Valladolid, despues de su preponderancia, lo que en los vastísimos dominios con que la católica Isabel primera abrigó las preciosísimas perlas de su corona: el génio de Colon descubrió el Nuevo Mundo; su cuerpo yacé en un rincon de la Cate-

dral de la Habana y el Nuevo Mundo se llama América, porque otro navegante le dió su nombre. Así en una capilla que existe en la nave del Evangelio de la catedral de Valladolid se conserva el sepulcro del conde Ansurez, al paso que las armas de la ciudad son Tres Girones pajizos en campo de gules, y en el timbre una corona con ocho castillos.

Más sea de esto lo que fuere, y ya que no hemos tomado la pluma para enderezar entuertos de antiguos caballeros tratados con injusticia, debemos dejar consignado que, entre los grandes edificios de la corte de Castilla, descollaba como el mas colosal, como la obra mas atrevida de arquitectura, el que luego se tituló convento de San Benito y es en el dia una fortaleza sin objeto, aunque provista de grandes fosos, bien defendidas murallas y sus indispensables puentes levadizos. En aquel vastísimo palacio de inmensos corredores y de fuertísimas paredes descansaba á mediados del siglo décimo sexto el gobierno de los dilatados dominios españoles; y descansaba de todo punto el dia en que hemos visto á Juan de Mesa y Diego Martinez platicando á su sabor sobre el cesped, junto al alcázar de Villagaría; porque, al decir de los mejor informados entre los que de noticias respiraban, el príncipe D. Felipe, inconsolable por la pérdida de su amada esposa doña Maria, y abrumado con el peso de las fatales desgracias de nuestras armas en Italia, habia caído en una especie de ensimismamiento, que le vedaba atender á los negocios. El pueblo le compadecia y no osaba murmurar de su abandono, si bien anhelaba conocer la suerte que habia cabido á la persona del invicto emperador y á las conquistas hechas por sus armas en el territorio germánico. La oposicion que en aquella época y otras no menos gloriosas se hacía á los poderes públicos, era demasiado circunspecta y patriótica, para que se tradujese en quejas y mucho menos en motines: ademas, amaban los españoles al príncipe D. Felipe, porque era hijo de Carlos, es decir, del monarca severo, pero justo, que miraba á sus súbditos como á hijos, y que nunca perdonó á los extranjeros la menor injuria ó atentado contra la hidalga nacion, á cuyo frente le habia colocado la Providencia.

Hallábanse el mismo dia que hemos apuntado, junto al alfeizar de una ventana del palacio, tres magnates de la corte de Castilla, y la paso que aguardaban, al parecer, alguna orden que les permitiese

penetrar en los aposentos interiores, examinaban con curiosidad, no tanto los primores del salon verdaderamente régio en que acababan de reunirse, como la actitud de los corrillos que formaba el pueblo delante del edificio. Despues de un silencio bastante prolongado, durante el cual pudo cada uno de aquellos personajes convencerse, de que no se trataba de conjurar tempestades políticas, como las que veinte y cinco años atrás habian puesto en fermentacion á las principales ciudades del reino, el de mas edad dijo á los otros:

—Terrible golpe ha sido este, caballeros, porque la princesa doña Maria era el alma del gobierno de D. Felipe.

—¿Lo creéis así? preguntó al que habia hablado el que le seguia en edad.

—Estoy ciertísimo de ello, respondió el primero, y tanto que, no bien sepa nuestro buen rey D. Carlos la causa que hoy nos hace vestir de luto, se apresurará á dar la vuelta á España..

—Poquísima confianza os inspira segun eso el príncipe D. Felipe, Señor D. Gonzalo, repuso el segundo, y eso es mas de estrañar en vos que en otro alguno, ya que en todas partes os haceis lenguas de su acertada direccion en los negocios del Estado.

—Añadid, señor de Requesens, replicó D. Gonzalo sonriéndose, que el rey D. Carlos me ha colmado de mercedes y lo habreis dicho todo. Veo que no me habeis comprendido: nuestro muy amado príncipe D. Felipe acaba de perder una esposa que formaba todas sus delicias, y esta desgracia debe anonadar su espíritu y contener los impulsos de su voluntad: el monarca está ausente, sin que sepamos á punto fijo su paradero ni el de sus tropas, despues de la derrota sufrida por el marqués del Vasto, y... ved, señores; el pueblo participa de nuestra misma ansiedad, porque ¿qué le queda al príncipe, muerta doña Maria, cautivo acaso el gran Carlos y perdidas tal vez sus magníficas conquistas?

—Le quedan aun su corazon y su cabeza, contestó con prontitud el mas jóven de los tres caballeros, que hasta entonces no habia despegado los lábios.

—Acabais de expresar fielmente y con dos solas palabras mi íntimo pensamiento, Señor Ruy Gomez de Silva, observó cortesmente D. Gonzalo: el corazon y la cabeza son dos cosas preciosas, que hacen al hombre llevar á término arriesgadísimas empresas; nuestro

príncipe no ha cumplido todavía veinte y cinco años y llegará á ser un gran Monarca; pero hablamos del tiempo presente y de las dificultades que por todas partes se presentan para atender á las necesidades del momento, y para conjurar las desgracias que nos amagan.

No bien hubo pronunciado estas últimas razones el anciano caballero, cuando abriéndose de par en par las dos hojas de la puerta del fondo del salon, dieron paso á la persona del cardenal Espinosa. Los tres magnates abandonaron al punto la ventana, adelantándose hácia el prelado. Echóles éste gravemente su bendicion y les dijo:

—El príncipe os aguarda para celebrar consejo, señores.

—¡Tan pronto! murmuró D. Gonzalo.

—Ya lo veis, repuso D. Luis de Requesens y Zúñiga.

—En efecto, observó D. Ruy Gomez de Silva; parece que está ya en accion la cabeza; ya veremos luego qué es lo que hace el corazon.

El cardenal Espinosa saludó á los caballeros y volvió á entrar delante de ellos en la cámara de D. Felipe.

Era este príncipe de menos que mediana estatura, endeble de piernas, de pocas carnes, velludo y de voz gruesa é imponente. Cuando se presentaron en su estancia los tres magnates leia unos despachos, que dejó sobre su mesa, para mirar de hito en hito á los que llegaban. Saludóles poco despues con afabilidad y tristeza y ordenándoles tomar asiento, les dijo:

—Huélgome mucho, caballeros, de haber sabido que os hallábais tan inmediatos á mi persona en ese salon, pues de esta manera no se hará esperar demasiado el parecer que habeis de darme sobre varios negocios de gran monta. Mi secretario D. Gonzalo Perez, tengo que comunicaros una buena nueva, y felicítome por ello, porque al menos habrá hoy alguna alma contenta y satisfecha en la córte.

—Esa nueva, señor, por grande y alegre que sea, respondió don Gonzalo, no tendrá la virtud de hacerme sentir con menos fuerza y amargura las penas de mi príncipe.

—Habia olvidado y olvidais vos tambien que os he llamado á todos para que me deis consejos, mas no para que os aflijais conmigo, replicó D. Felipe. Señor cardenal, hacedme merced de leer en alta voz esas comunicaciones del marqués del Vasto.

Hízolo así el prelado, y los tres magnates quedaron oficialmente enterados de nuestros desastres en Carignano y Cirinola.

—Ninguna noticia tengo del emperador mi augusto padre, añadió el príncipe. ¿Qué pensais que debe hacerse en tan apurado trance, señor de Requesens?

—Levantar sin perder momento un ejército de cincuenta mil hombres y atacar al emperador Francisco I en sus propios estados, contestó sin detenerse D. Luis. Debemos invadir desde luego la Lorena y poner sitio á la plaza de San Dicier, para que el Rey nuestro Señor pueda correrse al Piamonte y restablecer allí el imperio de sus victoriosas armas, en tanto que el enemigo atiende á la defensa de su territorio.

—Miróle el príncipe atentamente por largo espacio, como si intentase penetrar sus mas ocultos pensamientos, y le dijo despues de aquel molesto exámen:

—Hablais como hombre de guerra, esforzado y decidido.

Y volviéndose luego hácia D. Ruy Gomez de Silva, añadió:

—Háganos conocer su opinion en tan árduo empeño el príncipe de Éboli.

—No estoy muy distante de pensar como el Señor de Requesens, respondió este; pero será menester que esos cincuenta mil hombres, antes de atacar al emperador de Francia, refuercen el ejército de nuestro rey D. Carlos. Tengo tambien por seguro que en España no necesitamos fuerzas, contando, como contamos, al frente de los negocios con un príncipe, que trabaja en pró de la causa pública, cuando todos le juzgan sumido en el mas acerbo dolor.

—¿Eso dicen?

—No lo dicen, Señor: es el pensamiento unánime de un pueblo que ama á V. A.

—Basta. Díganos ahora su parecer el secretario de mi augusto padre y mio.

Don Gonzalo Perez se alzó de su asiento, clavó su mirada en la penetrante de D. Felipe y pronunció con decidido acento estas palabras.

—Señor, mi parecer es esperar.

Sonrióse el príncipe y levantándose dió por terminado el consejo: los tres magnates se despidieron de S. A., que permaneció solo en la

cámara con el cardenal Espinosa y el pueblo siguió condoliéndose en el Campo Grande y en las calles y plazuelas, de la amargura y tristeza de su querido príncipe, á quien el dolor impedía tomar resoluciones decisivas, que enderezasen el mal sesgo de los públicos negocios.

—¿Conque creen que de nada me cuido porque he perdido á la princesa doña Maria? exclamó D. Felipe, cerrando la puerta de la estancia. Nada me habíais dicho de eso, señor Cardenal.

—Don Ruy Gomez de Silva ha exagerado la especie, contestó el Cardenal, y hubiera debido contentarse con decir...

—Don Ruy Gomez me ha hecho un servicio de gran cuenta, poniendo en mi noticia de una manera indirecta las murmuraciones del pueblo: y por Dios Santo, que ese dolor inmenso que siente mi corazón os parecerá increíble, cuando sepais los trabajos que mi imaginacion ha revuelto en veinte y cuatro horas. Ahí teneis ese legajo, prosiguió D. Felipe señalando á Espinosa un monton de papeles que habia sobre la mesa: he contestado de mi puño y letra á todas las dudas presentadas por los gobernadores de las provincias, he dispuesto que se me pasen consultas sobre todos los asuntos de la competencia de los tribunales, y establecido las bases de una administracion equitativa, que con el tiempo dará buenos frutos. He hecho mas, señor Cardenal; he estudiado sobre el terreno las operaciones del ejército enemigo que persigue al marqués del Vasto, y... os aseguro que estoy tranquilo.

—¿Tranquilo, Señor?

—De todo punto. He aquí la carta que escribo á mi augusto padre el emperador, aconsejándole que en vez de proseguir la guerra sin descanso, aproveche la primera coyuntura favorable para convocar una dieta en Wormes ó Ratisbona.

—¿Con qué objeto?

—Con el de tratar de los negocios de la religion y de las hostilidades contra el gran turco. Los príncipes protestantes de Alemania se ligarán sin perder tiempo, y esto hará que las tropas del Papa penetren en aquellos estados.

—¡Ah! Ahora comprendo.....

—Que mi plan se reduce á ahorrar en la contienda del imperio germánico sangre española; á impedir, por la cooperacion de la Igle-

sia, los progresos de la heregía, y á contener la audacia de Francisco I en sus empresas contra nuestros ejércitos. La presencia de un cuerpo de tropas del Papa amenazando á Ausburgo, deja libre á mi augusto padre para remediar el desastre de Cirinola, y me evita el cruel sentimiento de enviar cincuenta mil españoles mas al sacrificio.

Al espresarse de este modo el jóven príncipe, ninguna señal de interior satisfaccion revelaba su impasible semblante; era sin embargo evidente que su corazon palpitaba con violéncia, porque volvió á sentarse, despues de estrechar las manos de Espinosa entre las suyas.

—V. A. necesita entregarse al descanso, dijo el Cardenal, para volver con nuevo empeño á tan importantes tareas.

—Aquí duermo y aquí trabajo, murmuró el príncipe sonriéndose y dando dos golpecitos con la mano en uno de los brazos del sillón. Conviene sin embargo, añadió con la mayor naturalidad, que nadie se entere de mis entretenimientos sobre los negocios del Estado, porque los mismos que ahora se quejan ó murmuran de mi excesivo dolor, dirán, si llegan á saber en qué me ocupo, que busco distracciones á mi pena. Cuidad entretanto, señor Cardenal de remitir esa epístola á nuestro muy amado emperador y esos otros despachos á los gobernadores de las provincias. ¡Ah! llevad tambien un escrito que por ahí debe andar, y entregádselo al secretario D. Gonzalo Perez, que se holgará mucho al leerlo; es el diploma que mi augusto padre le envia, legitimando á un su hijo llamado Antonio, que á lo sumo cuenta cuatro años de edad.

El Cardenal ordenó los diferentes papeles que acababa de indicarle D. Felipe, hizo á éste una profunda reverencia y se retiró: al atravesar el salon, encontró á varios cortesanos que le detuvieron para informarse de la salud del príncipe; pero Espinosa, sin detenerse, movió la cabeza á derecha é izquierda diciéndoles:

—Estamos muy mal, si Dios no pone mano en esto: en aquella cámara no hay mas que lágrimas y suspiros.

—Y con todo, necesitamos otra cosa, señor Cardenal, replicó uno de aquellos señores con impaciencia. Muy santo y muy laudable es llorar por los muertos, pero los que están al frente de un Estado deben atender á la felicidad de los vivos.

—No habéis en tan descompuesto tono, señor D. Pedro Fajardo, repuso el Cardenal en voz baja y prosiguiendo su camino; pudieran escucharos y esto perjudicaría mucho á vuestra ambicion.

El cardenal Espinosa, jóven á la sazón, era uno de los mas hábiles políticos de su tiempo. Hombre recto, de costumbres austeras y de una probidad intachable, habia logrado conquistar la confianza del emperador Carlos V. quien, apreciando en su justo valor sus no comunes dotes de gobierno, se lo recomendó eficazmente al príncipe D. Felipe, como consejero de gran valía, durante su ausencia. Pero D. Felipe, que valiéndonos de un dicho asaz vulgar, aunque gráfico para revelar de una plumada su talento, fué uno de los gobernantes que *mas largo han cazado en este mundo*, conoció en breve que el nuevo consejero, intachable como sacerdote y como particular, seguía las inspiraciones de Guillermo de Croy, arzobispo de Toledo, que estaba al frente de la parcialidad de los flamencos, cuya rapacidad fué uno de los mas poderosos motivos del alzamiento de los Comuneros de Castilla. Así pues, como el príncipe no pensaba del mismo modo que el rey, en cuanto á la provision de los grandes cargos del Estado, miraba con prevención al arzobispo Guillermo, y solo se valía del cardenal Espinosa con repugnancia y por no disgustar á su invicto padre. No se ocultaban á la sagaz penetracion del consejero las disposiciones de D. Felipe, por lo que se dedicó afanosamente á ganar su voluntad por medio del estudio de su carácter, y al cabo lo consiguió con grandes ventajas para la española monarquía.

Pocas horas habian transcurrido desde que D. Gonzalo Perez recibió el despacho que legitimaba á su hijo, cuando fué llamado por el príncipe, á quien encontró leyendo por tercera ó cuarta vez nuevas comunicaciones, que acababan de llegarle. Al ver al secretario, le alargó la mano diciendo:

—Vuestro consejo era sábio; debíamos esperar, y pésame en el alma la carta que hoy mismo he escrito al emperador mi padre.

—Segun eso. V. A. ha recibido satisfactorias nuevas... se atrevió á preguntar D. Gonzalo.

—Todas las pérdidas de Italia se han reparado y... cosa increíble! El emperador ha hecho precisamente todo lo que nos ha propuesto hoy mismo D. Luis de Requesens.

—Cómo, Señor!

—No mas, ni menos: ha atacado á Francisco en sus mismos Estados; ha invadido la Lorena y ha puesto sitio á San Dicier.

—Eso es admirable.

—Mas crecerá vuestro asombro, cuando sepais el número de tropas con que ha acometido la empresa. Leed, D. Gonzalo, leed.

Don Felipe dió un despacho al secretario y éste exclamó despues de haberlo recorrido con la vista:

—¡Cincuenta mil hombres!

—Cincuenta mil, repitió el príncipe.

—Pero es precisamente la fuerza que D. Luis aconsejaba.

—¿Qué pensais de todo esto? Habladme sin rebozo.

—Que D. Luis de Requesens y Zúñiga es un gran militar, un hombre honrado y un súbdito fiel del emperador.

—Que D. Luis de Requesens y Zúñiga es un traidor y un malvado, gritó un hombre que acababa de entrar en la cámara por la puerta del salon.

Don Gonzalo dió dos pasos atrás, pero el príncipe permaneció impassible y dijo al recién llegado:

—Habeis acusado á uno de los mas intrépidos generales del emperador mi augusto padre, y vuestra alta dignidad de Arzobispo de Toledo no os releva de la obligacion, en que estais, de presentar pruebas terminantes de vuestro dicho.

—Aquí están, respondió Guillermo de Croy, entregando á D. Felipe un papel doblado.

—Enteraos de eso, D. Gonzalo, repuso el último, pasando el papel al secretario.

Hízolo así éste con mucho detenimiento y dijo en seguida:

—En esta carta se asegura que D. Luis de Requesens y Zúñiga tiene conocimiento de todo el plan concebido por el emperador para invadir la Lorena y atacar á San Dicier.

—Respondedme en conciencia, señor Arzobispo, pronunció el príncipe con solemne acento. ¿Teneis noticia de lo que hoy mismo se ha tratado en consejo, al cual ha asistido el cardenal Espinosa?

—Puedo afirmar á V. A. que es la primera vez que oigo hablar de la celebracion de ese consejo.

—¿Lo juraríais sobre los santos Evangelios?

D. Felipe.

—Señor, sí; lo juraré, si V. A. lo manda.

—¿Y dónde están la traición y la maldad de D. Luis, dando de barato que con efecto no ignore los proyectos del emperador don Carlos?

—En su silencio para con V. A.

—¿Cómo sabeis que lo ha guardado?

—Lo sé, porque el pueblo nada ha traslucido de esos nobles intentos del guerrero emperador; lo sé porque el pueblo sigue desasosegado é inquieto, y porque V. A. no reservaria para sí solo la satisfacción y el contento de tan importantes nuevas, despues de habernos participado las tristes y desconsoladoras que ha recibido de Italia.

Inmóvil y pensativo quedó el príncipe al escuchar los argumentos del Arzobispo, cuyas contundentes razones parecian incontestables. D. Gonzalo estaba como aterrado, pues costábale mucho trabajo imaginar que Requesens hubiese intentado captarse la confianza de D. Felipe, por medio de consejos y planes que no eran suyos y que estaban ya puestos en práctica. No solo era esto atentar á la gloria del emperador D. Carlos, sino hacer alarde á los ojos del príncipe de un tacto militar y de una esperiencia que no existian; cosas ambas que se hermanaban muy mal con el pundonor y reconocida fidelidad de D. Luis. Observando al fin que se prolongaba demasiado la profunda meditacion en que habia caido D. Felipe, rompió el silencio murmurando:

—Aquí hay algun misterio que no acierto á comprender, pero si V. A. me dá su permiso....

—¿Cuál es vuestro propósito? le preguntó el Príncipe.

—Interrogar á Requesens, Señor.

—Bueno es el pensamiento, mas no ha de ser aquí si no en Villagarcía; conducidle vos mismo sin estrépito á ese alcázar, y pedid en mi nombre á la noble esposa de D. Luis Quijada que lo guarde en él.

—V. A. le prende sin oírle....

—Don Gonzalo, haced sin demora lo que os mando, que á nadie pesará de ello. ¡Ah! Leedme el nombre de la persona que firma esa acusacion.

—Juan Vazquez, secretario del duque de Alba.

—¿Cuándo la habeis recibido, señor Arzobispo?

—No hace todavía una hora.

—Lo cual prueba que la ha traído el mismo espreso, portador de los despachos de mi augusto padre.

—Así deberá ser, señor.

—Está bien; en todo se hará justicia.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció D. Felipe, pero al mismo tiempo echó una mirada penetrante, rápida y significativa al secretario. Éste la comprendió como muy ávezado que estaba á adivinar por un solo gesto los mas íntimos pensamientos de su amo y salió de la cámara seguido de Guillermo de Croy. Al bajar la escalera de palacio dijo éste último á D. Gonzalo:

—Poned á buen recaudo á D. Luis, no sea que se fugue, en cuyo caso dará mucho que sentir al príncipe.

—No hayais miedo de que tal haga, replicóle el secretario; por lo demás, señor Arzobispo, confiad en que no se torcerá la vara de la justicia.

Aquella misma tarde se dirigian hácia el castillo de Villagarcía tres personas: á dos de ellas conocen ya nuestros lectores; la otra era el espreso que habia traído al príncipe D. Felipe los recientes despachos del emperador su padre.



CAPITULO III.

El correo de Alemania.



A parte interior del alcázar de Villagarcía formaba singular contraste con las belicosas obras que lo hacían tan temible, y desde luego se echaba de ver el lujo y delicado esmero, con que su alcaide había atendido á la comodidad y al regalo. Atravesando el patio principal ó plaza de armas, había al opuesto extremo una espaciosa escalera de piedra, que conducía á los primeros aposentos. Ocupaban estos el remate de una galería casi oscura, á causa de la escasísima luz que en ella penetraba, por la desproporcionada elevacion de las ventanas y lujosos vidrios de colores, y en la cual se paseaban dos ó tres criados de confianza, esperando tal vez algunas órdenes para los puestos de la fortaleza. Una puerta de grandes proporciones, que en esto se diferenciaba de otras

muchas, practicadas á lo largo del corredor, daba á conocer que la habitacion, á que daba paso, estaba destinada para las personas mas encopetadas del castillo.

Y así debía ser en efecto, porque aquella estancia era magnífica y demostraba el esquisito gusto de sus moradores. Adornaban las paredes, cubriéndolas de alto abajo, floreados tapices de Damasco, de los cuales pendian á trechos, en dorados clavos, algunos mal acabados retratos de D. Enrique *el Dobierte*, de D. Juan II *el Débil*, de Enrique IV *el Impotente* y de los católicos monarcas D. Fernando y doña Isabel; descollando sobre todos un lienzo que representaba al gran cardenal Jimenez de Cisneros, en el acto de enseñar desde un balcon el almirante de Castilla, al duque del Infantado y al conde de Benavente la artillería que tenia á sus órdenes: al pié del lienzo se leian estas palabras: — «Hé ahí los poderes que me ha conferido el rey Nuestro Señor, para gobernar en su nombre.» Sobre un entarimado incrustado de piedras blancas y azules decoraban los costados de la habitacion ricas alfombras, que ostentaban, bordados en sedas y con bastante propiedad, todos los lances, azares y peligros de una cacería, formando gracioso juego con los toscos sillones de madera de encina, sobrecargados de figuras y cubiertos de seda carmesí de Utrech. Por último, una disforme araña de plata maciza, en la que ardian todas las noches siete bugías, despidiendo azulada luz y deliciosa fragancia, colgaba de un artesonado matizado de guirnaldas sobre fondo claro, y una mesa de mármol de Calatrao, de color negro con venas rojas, ocupaba el testero de la sala.

En ella se hallaba la muy ilustre castellana doña Magdalena de Ulloa, leyendo con avidéz unas cartas que Miguel del Bosque habia llevado de Valladolid y en las cuales le aseguraba su esposo el alcaide, que pronto tendria la felicidad de estrecharla en sus brazos, cuando fueron á decirle que el superior de los monges del monasterio de la Espina pedia vénia para entrar en el castillo. Concedióla de buen grado doña Magdalena, y ordenó que fuese agasajado cual merecia por la fama de su virtud. Un cuarto de hora despues se encontraba el fraile delante de la señora de Villagarcía.

Era un hombre como de cincuenta años, seco, macilento, alto y encorbado; sus ojos hundidos, casi redondos y en continuo movimiento comunicaban á su rostro la apariencia del de un gato montés,

confirmando esta semejanza una frente estrecha deprimida, oculta en parte por la capucha. Ni un solo cabello crecía en su cabeza, pero caíale hasta el pecho una blanca barba, semejante á la que vemos en los bustos de los primitivos patriarcas de Israel, y llevaba los piés embutidos en gruesas sandalias que entorpecían sus pasos, cuya accion dependía al parecer de la fuerza que les comunicaba el grueso palo de enebro, que apretaba convulsivamente entre sus arrugados dedos.

—Sentaos, padre mio, le dijo la castellana con amable dulzura; descansad á vuestro sabor y comunicadme despues el objeto de vuestra venida.

—Hija mia, respondió el monge con acento cavernoso, vuestros caritativos sirvientes han querido agasajarme, porque ignoran que el negocio que me trae es de vida ó muerte.

—¡Qué decis! exclamó asustada doña Magdalena: hablad por Dios.

—Lo que voy á revelaros es un secreto de confesion.

—¡Ah!... ¿Y podeis hacerlo?

—He martirizado mis carnes, hija mia, con la disciplina y con el ayuno pidiendo al cielo una inspiracion, y hace ocho dias que desgarras mis carnes un apretado cilicio con agudas puntas de hierro. Dios, solo Dios sabe los tormentos que mi alma padece, desde que un pecador contrito me reveló en el confesonario del convento de la Espina el terrible misterio que voy á declararos.

—Pero repito mi pregunta, padre mio. ¿Podeis faltar al secreto confiado á vuestro ministerio santo en el altar de la penitencia?

—No; no puedo en conciencia; mas decidme ¿debo consentir que el esposo engañe á la esposa y que el hijo adulterino entre en la casa de la matrona honrada?

—Por fin, murmuró la castellana, reponiéndose de la turbacion que le habian causado las primeras palabras del fraile: ya veo que no venis á anunciarme ningun asesinato.

—Si eso fuera, no hubiera salido del monasterio. ¿Teneis en mas por ventura la vida de un hombre que el deshonor de una familia?

—¡Oh! No, no, padre mio, pero... ¿qué parte me toca de vuestros anuncios? ¿Me importa tal vez ese secreto?

—¡Si os interesa! ¿Pues á quién sino á vos, hija mia?

—¡Cómo! ¡Acaso mi esposo D. Luis Quijada, el mas pundonoroso caballero de Castilla!...

—Vuestro esposo el señor D. Luis Quijada olvida las obligaciones que os debe, y se entrega en Alemania á los desórdenes. Hace un año que conoció en Ratisbona á una dama de singular belleza, con la cual ha vivido con ilícito trato, y acaso no tardeis en tener la prueba á la vista, supuesto que el noble alcaide de Villagarcía y mayordomo del César, se dispone para volver á España con el fruto de sus amores.

—Cesad, padre mio, cesad, gritó doña Magdalena desesperada y fuera de sí, porque acabais de atravesarme el corazon. Nunca creí que debajo de ese sagrado hábito se anidase tanta crueldad.

—He luchado, hija mia, he luchado conmigo mismo largas noches, antes de resolverme á daros esta fatal noticia.

—¿Y qué tengo yo que ver con vuestros escrúpulos? Hubiéraisme dejado con mi ignorancia, y no que así acabais de destruir para siempre mi ventura.

—¿Qué quereis, hija mia? Llevadlo con paciencia en cuanto á los sentimientos del alma, y aprovechaos del aviso para poner en salvó vuestros bienes, si ya no quereis que mañana pasen á manos de un advenedizo, extraño á vuestra sangre.

—Supuesto que tal es vuestro parecer, dadme tiempo para que yo me recobre y vea de proveer en este asunto como mejor cumpa á mis afectos y decoro, y decidme ahora, si os place, el nombre del penitente que os ha confesado tan agradable nueva.

—Lo ignoro á fé mia: solo sé que hará un mes que vino á Castilla, despues de haber servido en las tropas reales que manda el duque de Saboya.

—¿Y no habeis imaginado siquiera que puede ser un impostor?

—Os he dicho que pronto os convencereis de la verdad. Ojalá resulte lo que decís, hija mia: ojalá que los timbres de la casa de Quijada no se vean manchados con la hedionda barra de los bastardos: con gusto daria el corto tiempo que me resta de existencia porque tal borron no hubiese caido en ellos. Ya veis, doña Magdalena, que mi único fin en este negocio ha sido mirar por el honor de vuestro esclarecido linage.

—No importa, padre mio, debísteis aseguraros de que vuestro penitente no os engañaba.

—¿Y cómo, señora? El mismo día de su confesion desapareció del convento y no he vuelto á verle.

—¿Ni habeis averiguado su paradero?

—Creo que sí.

—¡Ah!

—De mis informes resulta que desde el monasterio de la Espina se dirigió á este alcázar, donde, segun me aseguró tenia que ajustar ciertas cuentas. Desde entónces no ha vuelto á pasar por el camino del convento: ¿me comprendeis hija mia? por el único camino que tenia para ausentarse de estas tierras.

—¿Qué creeis pues?

—Que el penitente á quien dí la absolucion por sus pecados el día 2 de Marzo se encuentra entre los servidores de vuestro casti-
llo, ó que ha muerto en él: en este último caso, *requiescat in pace*.

—Si acontece lo primero, no será difícil encontrarle, contando con que recordeis sus facciones.

—Su persona ha quedado grabada profundamente en mi memoria, y no olvidaré en mucho tiempo su porte y andar desembarazado, á pesar del ropoñ de hermitaño que le cubria.

—Hoy mismo examinareis detenidamente á todos mis criados y hombres de guerra; mandaré que se reúnan en la sala de armas al toque de oraciones, y al paso que nos dirigís en el piadoso rezo por las almas de los que no existen....

—Entiendo, hija mia, entiendo, y no estraño vuestro afan en tan grave asunto. Dios os dé fortaleza en la adversidad.

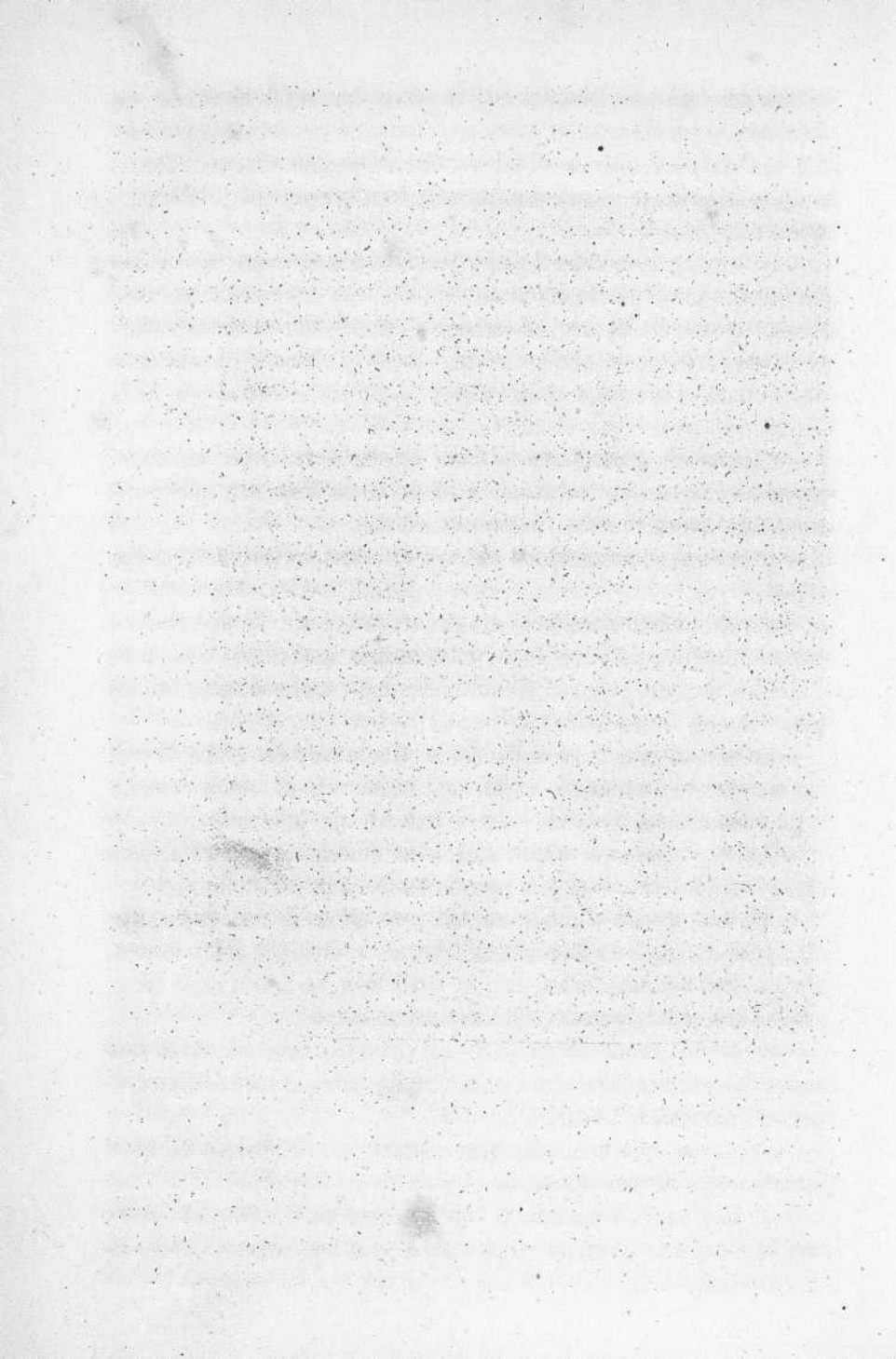
—Me la dará, padre mio, me la dará, porque yo imploraré de veras á ese árbitro supremo de todas las misericordias. Os equivocais empero al pensar que solo ocupa mi mente la idea de mi esposo y señor Luis Quijada: vuestras palabras acerca del paradero de vuestro desconocido penitente excitan fuertemente mis sospechas, y nunca olvidaré que, al partir para Alemania el noble alcaide de Villagarcía, me dejó depositaria de su jurisdiccion, con el cargo de administrar en su nombre recta justicia.

—Yo os ayudaré, doña Magalena, yo os ayudaré en lo que depende de mi sagrado ministerio.

—Así lo espero y no me prometo poco de vuestra virtud y prudencia. Ahora, padre mio, es justo que descanséis, despues de reparar vuestras fuerzas.



El mismo día de su confesion, desapareció del convento.



Diciendo así doña Magdalena, cogió de un sitial un silbato de plata, que le servía regularmente para llamar á sus criados, lo acercó á sus lábios y sacó de él un sonido prolongado y agudo. Pocos minutos después se presentó un escudero en la estancia de la castellana.

—Haz saber á Juan de Mesa, díjole esta á media voz, que aun— que nuestro mayordomo Ramirez está enfermo desde ayer, necesi— tamos hoy abundante caza en la cocina del castillo; ya que hace sus veces, debe cuidar de que no falten sabrosos platos de perdices y conejos para el reverendo padre superior del santo monasterio de la Espiña.

—El pobre Juan de Mesa se halla á estas horas asaz asustado, respondió el escudero inclinándose, lo cual no impedirá que yo le comunique puntualmente vuestras órdenes.

—¿Pues qué azar ha tenido ese mozo? preguntó la castellana con interés.

—Parece que el mastin del muy reverendo padre ha tomado de— masiado cariño á nuestro Juan, en términos que desde que le ha olfateado, le sigue como su sombra, clavando en él sus encarnizados ojos.

—En efecto, murmuró el padre; he traído conmigo al fiel *Bravo*, que siempre me acompaña en mis escursiones fuera del convento: es un buen amigo, que solo hace daño á los que le ofenden!

—Así es, y todos le acariciamos y se muestra complacido, pero aborrece á Juan de Mesa, sin que adivinemos la razón.

—Alguna tendrá el noble animal para obrar de ese modo, hijo mio, porque Dios no ha dado inútilmente el instinto á los brutos. ¿Creéis, Señora, añadió bajando la voz y acercándose á doña Magdalena, que el tal Juan de Mesa sea mi penitente?

—Imposible, contestó la castellana, ese mozo hace mucho tiempo que está en Villagarcía, y mi esposo le llevaba siempre á sus cacerias en el monte de Torozos.

—¿Y dices, hijo mio, prosiguió el monge volviéndose hácia el escudero, que *Bravo* sigue todos los pasos de Juan?

—Y tanto que el muchacho, no sabiendo ya á qué santo encomendarse, se ha encerrado en su cuarto, sin que por eso se vea li—

bre de zozobra, pues no podrá salir sin encontrarse en la puerta con su enemigo.

—Libertadle de ese suplicio, padre mio, dijo la dama al fraile.

—Bien, bien, vamos allá, repuso éste, haciendo al escudero una seña para que le guiase. Después, como iluminado por un rayo de luz, se detuvo, y al ver que el escudero salia de la estancia, dijo á doña Magdalena:

—Es preciso que el mastin pueda penetrar al toque de oraciones en la sala de armas.

—Obrad como quisiéreis, le contestó la matrona.

Y el fraile la saludó señalando al cielo con la mano.

No bien se vió sola la castellana de Villagarcía, cuando el reprimido dolor que destrozaba su alma, desde las primeras palabras que hirieron sus oidos con la infausta nueva de la infidelidad de su esposo, saltó el dique del orgullo y de la prudencia, que hasta entonces lo habian contenido, desbordándose con violencia en lágrimas y sollozos. Mesóse la infeliz sus hermosísimos cabellos, apretóse los puños, retorcíóse las manos, blancas como el alabastro, y no pudiendo ya soportar el peso de tan honda pena, dió con su cuerpo sobre la alfombra de la cámara, rindiéndose á mortal desmayo. Dos horas estuvo allí privada de sentido, hasta que el sonido vibrante de una corneta la sacó de su letargo. Abrió los ojos, todavia anegados en llanto, miró hácia todas partes ruborizada, y convencida al fin de que ningun mortal habia presenciado el rudo extremo de su desesperacion, se levantó, serenó su semblante, arregló su tocado y abriendo un libro de devociones, esperó con aparente tranquilidad la visita, que el vigia de la fortaleza acababa de anunciarle.

No tardaron mucho en subir al alcázar los recién llegados: eran dos caballeros, seguidos de un hombre, al parecer, de clase inferior á la suya. Echaron pié á tierra y uno de ellos pidió ver á la guardadora del castillo, añadiendo que iba de orden del Príncipe gobernador del reino. Al oír esto, abriéronse todas las puertas, y enterada del caso doña Magdalena, salió hasta la galería á recibir al mensajero de su señor, en quien nuestros lectores habrán reconocido, sin mas señas, al secretario D. Gonzalo Perez, así como en las dos personas que le acompañaban, al general de Carlos V. Don

Luis de Requesens y Zúñiga, y al correo portador de los despachos de Alemania.

—Señora, dijo el primero á la esposa de Quijada, luego que entraron en la cámara: habeis de permitirme, antes que desempeñe la comision que para vos me ha dado nuestro augusto Príncipe, que me felicite y os dé el parabien por las satisfactorias nuevas, que sin duda habreis recibido de afuera: mi amigo, el señor alcaide de Villagarcía soporta, segun tengo entendido, con su acostumbrado valor y perseverancia las penalidades de la guerra, sin separarse un momento del lado del rey.

—Así es en verdad, señor secretario, y os quedo reconocida al contento que por ello me mostrais; os prometo que cuando escriba á Quijada, he de significarle la obligacion que debe á vuestra cortesania. Ahora enteradme, si gustais, de las órdenes de mi querido Príncipe, advirtiéndoois de antemano que serán ejecutadas como si el mismo Quijada estuviese aquí para hacerlas obedecer.

—Poco trabajo os costará ese empeño, mediando en el asunto la palabra de honor de D. Luis de Requesens.

—Palabra que de nuevo otorgo bajo mi fé de caballero, repuso este estendiendo su brazo derecho: nunca se dirá que por haber faltado á ella, empañó el mas leve disgusto la apacible serenidad de una matrona tan ilustre, y tan acreedora á mi respeto y acatamiento, como la castellana de este alcázar.

Sonrióse melancólicamente doña Magdalena, al escuchar el galante cumplimento de D. Luis, y preguntóle con tierna solicitud:

—¿Venís por ventura á llorar en estas tierras algun bien perdido, y habeis jurado no inquietar á las doncellas de mis dominios señoriales?

—Vengo preso, señora, de orden del Príncipe.

—¡Vos! ¡Ah! Ya comprendo: sois tal vez culpable por haber dado muerte en desafio.

—Me envian bajo vuestra custodia, por traidor.

—¡Oh! ¡Qué estais diciendo, caballero! Un hombre tal que vos no cometé tan negra felonía.

Pagó Requesens á la matrona con un profundo saludo la buena opinion que, acerca de sus sentimientos, acababa de manifestar, en tanto que añadía D. Gonzalo:

—El Príncipe me ha mandado que os entregue la persona de D. Luis de Requesens y Zúñiga, á quien podeis permitir razonable desahogo, una vez que me ha ofrecido no alejarse mas allá del bosque inmediato. Y al presente debo cumplir con vuestro preso cierto interrogatorio, que tambien se me ha prevenido, faltando solo saber cuál es la estancia en que.

—Aquí mismo, señor secretario, replicó la castellana levantándose de su sitio; de ese modo estaréis á vuestras anchuras, mientras doy las órdenes necesarias para hospedar á nuestro cautivo del modo que merece.

—Mirad, doña Magdalena que no he concluido con esto mi comision. El Príncipe D. Felipe ordena que guardéis encerrado en calabozo muy seguro á esa buena pieza. Y esto último lo dijo, señalando al Correo, que inmóvil junto á la puerta de la estancia, contemplaba á la castellana, sin apartar un instante la vista de su bellissimo rostro.

Miróle á su vez la dama y le hizo seña para que se adelantase, despues de lo cual, le preguntó:

—¿Cómo os llamais?

—Creo, señora, respondió aquel hombre con visibles muestras de turbacion, que mi nombre nada importa para que yo esté preso.

—Os equivocais, replicó doña Magdalena: aquí se lleva un registro de todos los que entran, y de los que recobran la libertad.

—Pues bien; tened entendido que, al revelaros quien soy, es que entrego mi cabeza al verdugo; pero no he aprendido á servirme de la impostura, ni aun para salvar mi vida, y menos recurriré hoy á ella en presencia de una dama. Me llamo Mauricio, duque de Sajonia.

El asombro que esta declaracion causó á la castellana de Villagarcía y á los dos caballeros que con ella estaban, no puede espresarse con palabras. Requesens echó involuntariamente la mano al puño de la espada, y el secretario Pérez dió un salto hácia atras, como si le hubiese mordido una serpiente. Estos extremos ninguna estrañeza causarán á nuestros lectores, cuando sepan que el elector de Sajonia fué desposeido de esta dignidad; é investido por ella en la dieta de Augsburgo por Carlos V el duque Mauricio; que éste habia manifestado la mayor adhesion al emperador, al mismo tiempo

que se entendía secretamente con sus implacables enemigos los luteranos, y que por último acababa de rebelarse contra su protector, aprovechando una tregua para pasar á España.

Doña Magdalena fué la primera que, cumpliendo con el deber que le imponía su cargo de guardadora del alcázar, tomó la resolución que en tan difíciles circunstancias se hacía necesaria, por mas que repugnase á sus sentimientos.

—Sois, dijo al duque, un hombre, á quien el príncipe D. Felipe, mi señor, me manda custodiar, y voy á encerraros en la torre más alta de esta fortaleza: el Príncipe dispondrá despues lo que con vos haya de hacerse.

—No es muy difícil de adivinar, respondió Mauricio de Sajonia con indiferencia: por lo demas, estoy á vuestras órdenes.

La castellana atravesó el salón y salió á la galería para tomar las disposiciones que requería el caso. Entre tanto permanecían pensativos D. Gonzalo y D. Luis, procurando adivinar el primero los motivos que habían traído á España al elector de Sajonia, y el segundo admirando interiormente la sangre fría de un personaje, que no debía esperar merced de sus enemigos. Al fin el secretario se dirigió al duque diciéndole:

—Os requiero, en nombre del rey nuestro señor, para que respondáis á mis preguntas.

—Preguntad cuanto os venga á las mientes, caballero, contestó Mauricio, que os juro por mi sangre no morderme la lengua.

—Declarad ante todo, si además de los despachos para el príncipe D. Felipe, habeis traído algun otro pliego.

—En efecto, he traído otro.

—¿Para el general D. Luis de Requesens?

—Bien sabe el general que no.

—¿Para quién pues?

—Para Monseñor Guillermo de Croy, arzobispo de Toledo:

—¿Quién os lo entregó?

—Es historia larga, caballeros, pero básteos saber para satisfacción de vuestra curiosidad que yo necesitaba venir á la corte de Castilla, y que á pesar de haber cesado las hostilidades en los estados de Alemania, no podía esperar del emperador un salvo conducto. Importábame además no ser conocido aquí, y esto solo podía conse-

guirolo presentándome como un hombre oscuro: dudoso estaba acerca de la elección del disfraz que tomaria para atravesar el campamento de los Imperiales, cuando la fortuna se brindó á favorecerme. Mis puestos avanzados cogieron á un correo que traía pliegos para el príncipe D. Felipe y una carta para el arzobispo, y al punto me decidí: el correo quedó prisionero, y yo he venido en su lugar, imaginando que nada tendria que temer, si desempeñaba fielmente mi comision.

—¿Conoceis el contenido de los despachos del Rey?

—Si los hubiese abierto, á lo cual me daban derecho las leyes de la guerra, no hubiera podido entregarlos, y si no los entregaba, me esponia á andar en dimes y diretes con vuestros alguaciles.

—¿Tampoco podeis decir quién escribió la carta para Guillermo de Croy?

—No por cierto; la entregué como los despachos, pero en ella le aseguraban, segun me manifestó, que se fiase de mí, es decir del correo, y me descubrió sin rebozo que la trama estaba bien urdida, y que pronto quedaria vengado el duque de Alba de un rival temible que tenia en la córte.

—¿Pronunció el nombre de ese rival?

—No; ni pretendí conocerlo; poco me interesaba esa intriga.

—¿A qué habeis venido á la córte?

—Ese es mi secreto, que solo revelaré al príncipe D. Felipe, en persona y sin testigos.

—¿Conoceis la suerte que os espera?

—Sé que moriré á manos del verdugo, ó por medio de un veneno.

—Duque Mauricio, si repetís por escrito cuanto acabais de declarar, os doy mi palabra de que os oirá, como deseais, el Príncipe mi señor.

—¿Y por qué no, aun cuando no me oiga?

—Vuestras razones pueden salvar á un inocente.

—Tanto mejor; venga recado de escribir y acabemos pronto, porque llega ya á mis oidos el estrépito de los hombres de armas que deben conducirme á la torre mas alta de esta pajarera. Si lo teneis á bien, hacedme una merced.

—Hablad, y si está en mi mano...

—Decid á esa noble dama que la fiereza hace malísimo maridage con la hermosura, y que para ir á la torre, solo necesito un escudero que me enseñe el camino: mientras tanto, yo escribiré y el general Requesens ayudará á mi memoria, por si algo se me olvida apuntar de lo que antes dije.

El Secretario se dirigió á la galería, y el duque Mauricio, sentándose sin ceremonia en el sitio de doña Magdalena, sacó papel de un enorme cartapacio forrado de pergamino que habia sobre la mesa, y se puso á redactar su anterior declaracion verbal.

—Yo soy, díjole Requesens, luego que hubo concluido de escribir, el hombre acusado de alta traicion, á quien vuestra firma salvará la vida. Entre soldados son muy sagradas estas deudas: señor Elector de Sajonia, ya sabeis que desde hoy nada puedo negaros, que sea compatible con mi honor y mi fidelidad al soberano.

—Solo exijo de vos que inclineis el ánimo del Príncipe á que me proporcione un veneno activo, que ponga fin á mis dias; si me toca la mano del verdugo, moriré dos veces.

—No han llegado todavia las cosas á ese extremo.

—Pero llegarán, no lo dudeis, si no consigo hablar á D. Felipe; porque estoy resuelto á no confiar mi secreto á ningun otro mortal.

—¿Y si le hablais?

—Podrá acontecer que nos entendámos.

—Pues le hablaréis ó perderé yo la vida.

Acababa apenas Requesens de pronunciar estas palabras, cuando volvió á entrar D. Gonzalo Perez seguido del llavero principal del alcázar. El duque Mauricio le entregó entonces su declaracion escrita y firmada, y haciendo una seña al llavero para que fuese delante, se retiró de la estancia, dirigiéndose á la torre que la castellana le habia destinado. D. Gonzalo leyó detenidamente la relacion del Elector, hallóla conforme á lo que antes habia espuesto de palabra y encareció á D. Luis la necesidad en que se hallaba de partir sin demora para Valladolid, á fin de enterar al Principe de todo. Convino en ello el general, á quien desde aquel momento dió su amigo por libre, con la prudente reserva de aguardar las órdenes de D. Felipe para su vuelta á la corte, y fuéronse los dos á buscar á doña Magdalena para poner en su noticia lo que habian acordado. Halláronla en animada conversacion con el padre Superior del mo-

nasterio de la Espina, á la estremidad del puente levadizo de la fortaleza, y detuviéronse á razonable distancia para no interrumpir su plática. La castellana los divisó á poco rato, fué á su encuentro y despues de escuchar las poderosas razones que espuso el secretario para no permanecer aquella noche en Villagarcía, aprobó su determinacion, exigiendo empero que su marcha se verificase despues de la comida, con que queria agasajar á tan distinguidos huéspedes.

Así se hizo; el banquete fué silencioso y conforme en un todo á las leyes de la etiqueta que habia importado de Alemania á Castilla el emperador D. Carlos. Media hora despues de terminado, cabalgaba con direccion á Valladolid el honradísimo secretario Gonzalo Perez; el general D. Luis de Requesens y Zúñiga tomaba posesion del alojamiento que se le habia dispuesto en el alcázar; el venerable monge de la Espina rezaba el rosario paseándose por las almenas, y doña Magdalena de Ulloa derramaba á solas copioso y amargo llanto recordando las traiciones de su ausente esposo.

CAPÍTULO IV.

El instinto de un perro, la astucia de un malvado y el dedo de Dios.



UESTROS lectores no habrán echado seguramente en olvido á Diego Martinez, el amante raptor de la desenvuelta Beatriz, antigua criada de la condesa de Barajas. Si Juan de Mesa, al decir del escudero que acudió al llamamiento de doña Magdalena, durante el primer diálogo, que ésta tuvo con el fraile, no hallaba momento de reposo desde la llegada al castillo del terrible mastin, que á todas partes le seguia con tenaz perseverancia, la verdad nos obliga á asegurar que tampoco el héroe del saqueo de Roma se las habia todas consigo, y que andaba asaz mohino, preocupado y receloso de que la permanencia de D. Luis de Requesens en Villagarcía, aun cuando fuese en calidad de preso, le deparase alguna mala ventura. Y es el caso que en el primer capítulo de esta narracion, no hemos completado las noticias que tenemos acerca de

tan interesante personage. Conviene, por lo tanto, saber, para que no cause admiracion el miedo que experimentaba el buen guerrero, seductor de doncellas, que habia pertenecido á los tercios vencedores de Francisco Sforcia, cuando este tuvo que rendir el castillo de Milan; qué despues entró á servir en el ejército del duque de Borbon; habiendo sido uno de los primeros en amotinarse por la falta de pagas contra los capitanes de las compañías y señaladamente contra Requesens, quien persiguió espada en mano á los revoltosos indisciplinados; y qué por último, y á pesar de los esfuerzos del mismo gefe, se entregó, con otros muchos perdidos aventureros, á los mayores excesos en la capital del mundo cristiano, robando los vasos sagrados de sus templos y convirtiendo la ciudad en un teatro de sangrientas escenas de carnicería y desolacion. Despues de tan insignes proezas, desertó de sus banderas y regresó á Aragon, su patria, desde donde alistándose de nuevo en las tropas de Castilla, pasó á formar parte de la corta guarnicion del alcázar de Villagarcía.

En cuanto á Juan de Mesa, ya hemos visto que, para librarse de los amenazadores ojos de *Bravo*, habia recurrido al espediente de encerrarse, esperando que la permanencia de su terrible adversario no se prolongaria mucho en el castillo; pero transcurrieron las horas y llegó la de la oración, sin que el sañado mastin abandonase la puerta del cuarto de aquel mozo, y éste no tuvo mas remedio que abrirla, para cumplir una orden terminante de doña Magdalena, que le mandaba presentarse en la sala de armas con todos los demás sirvientes y soldados del alcázar, á escepcion del vigia. El pobre diablo rogó entonces á dos de los primeros que no le dejasen solo y espuesto á alguna acometida del fiero animal; mas al ver ellos que este sacudia la cola y se preparaba á seguirles, se santiguaron, figurándose que era el diablo, y dejaron que su compañero se las compusiese con él. El bueno de Juan se vió pues en la necesidad de dirigirse, muerto de miedo, á la sala de armas: al entrar en ella cobró algun aliento, imaginando que se prohibiria al perro la entrada en aquel recinto, pero frustósele esta esperanza, por quanto Fortun, el escudero de mas confianza de la castellana, estaba instruido sin duda de lo que debia hacer, y dejó pasar libremente á *Bravo* al interior de la sala, en la cual se hallaban ya reunidos guerreros,

doncellas y criados. A poco rato se presentaron doña Magdalena de Ulloa, el superior de los monges de la Espina y D. Luis de Requesens, haciendo cesar su llegada las conversaciones y comentarios, á que daban lugar entre aquella gente ociosa, las noticias que podría haber traído de la corte Miguel Bosque, así como la repentina aparición en Villagarcía del fraile del cercano monasterio con su mastín, el tenaz empeño de este de no separarse un punto de Juan de Mesa y la prision de uno de los mas valientes generales del rey. Colocáronse todos en dos filas á ambos costados del salon, dejando libre el de la puerta y ocupando el opuesto á ella la castellana con sus huéspedes, y así esperaron en profundo silencio la primera señal que anunciase el toque de oraciones. Observóse á muy poco tiempo por los actores de aquella escena muda, que el perro del monge, abandonando de pronto á Juan de Mesa, junto al cual se habia formado, como si fuese uno de tantos domésticos de la fortaleza, atravesó rápidamente la sala, se detuvo á cuatro pasos de la fila de hombres que hacía frente á la suya, acercóse luego á un soldado, examinó atentamente su turbado rostro, olió su traje, y exhalando tres ahullidos lastimeros, que amedrentaron á los mas animosos, se volvió á su puesto. Aquel soldado era Diego Martinez.

—¿Habeis oído eso, señora? dijo Requesens en voz baja á doña Magdalena. Dispone que echen de aquí á ese hermoso animal, para que no interrumpa vuestra devocion.

—Dejadle, D. Luis, le contestó la dama, que no está aquí por falta de misterio.

—Creed, general, añadió el monge, que hoy ha conducido mis pasos á este alcázar el dedo de Dios.

—En efecto, voy sospechando que os interesa algun descubrimiento importante, repuso el primero; y sino..... ved como tiembla aquel soldado..... ¡Ah! Apostára á que he visto ese perillan en alguna otra parte: sí..... no hay duda; le conozco, mas no recuerdo bien en que tropas ha servido.

—Tengo oído decir que en las de Aragon, respondió doña Magdalena: el alcaide mi esposo le trajo de Valladolid por haberle parecido hombre determinado. De todos modos, deseo que le examinéis esta noche y me digais lo que saqueis en claro de su vida pasada.

—Así lo haré puntualmente por complaceros.

Aquí llegaban nuestros principales personajes de su diálogo, cuando resonó en la sala el tañido de una campana, al mismo tiempo que el eco de la corneta del vigía anunció á los habitantes del alcázar la hora de oraciones. Prosternóse doña Magdalena, cuyo ejemplo siguieron todos los que en la sala de armas estaban reunidos: el monje hizo la señal de la cruz, dirigió al cielo una fervorosa oracion en latin y dió principio al rezo vespertino. No podemos asegurar que la devocion fuese aquel día sincera en el castillo, porque habia un objeto en el que se fijaban los pensamientos y las miradas de los asustados moradores, objeto impasible é imponente, que no apartaba un instante los ojos de Diego Martinez, ni se desviaba seis dedos de Juan de Mesa; objeto que, á causa de tan viva insistencia, no podia menos que dar al traste con las ideas, que en aquellos momentos debian ocupar todas las imaginaciones.

Termináronse al fin las plegarias á la Madre de Dios; el fraile pronunció una exhortacion, encareciendo la práctica de las virtudes y de los deberes religiosos; anatematizó á los incrédulos y á los malos cristianos, conminándoles con los castigos de la Santa Inquisicion, y por último echó á sus oyentes la bendicion de la Iglesia. Ya se preparaban estos á desocupar la sala, cuando adelantándose doña Magdalena con altivo continente, pronunció estas palabras:

—Nadie se mueva de su puesto. Juan de Mesa, aquí.

Apoderóse del mozo un frio glacial y á duras penas pudo andar los pasos que le separaban del centro de la estancia. *Bravo*, fiel á la consigna que á sí mismo se habia dado, le siguió sin vacilar, situándose á su izquierda, como si estuviese preparado para responder al interrogatorio de la noble matrona.

—Espícanos, dijo ésta al aturdido villano, la causa de que ese mastin te persiga hasta el punto de que te hayas encerrado voluntariamente por no verle.

—¡Ah señora!..., balbuceó Juan tiritando de miedo; no la sé.... no la sé: yo estaba allí.... junto al puente.... cuando ese maldecido perro llegó al alcázar, y entonces..... es decir..... desde el punto que me divisó, se vino á mí, para no soltarme un momento.

—Lo cual significa que te conoce.

—En efecto.... es muy posible, señora; me habrá visto algunas veces en el convento de la Espina.

—Ó en otra parte, murmuró el monge, sacando de la manga de su hábito un pañuelo manchado de sangre, que enseñó á Requesens.

—Por Dios que no comprendo, díjole éste...

—Se trata, repuso el fraile, de descubrir al perpetrador de un crimen horrible.

—En tal caso, paréceme, observó, el primero, que son dos los delinquentes. Pero, ¿qué se ha hecho del soldado, que tanto temblaba cuando se le acercó el perro?

Al oír el monge esta pregunta, miró hácia el sitio que antes ocupaba Diego Martínez y notó que efectivamente no estaba ya en él, circunstancia que puso sin perder momento en noticia de doña Magdalena. Esta dejó entonces á Juan de Mesa, y dirigiéndose á los hombres de armas llamó al amante de Beatriz: nadie contestó. Hizo en seguida una seña al escudero Fortun y supo por él que no habia atravesado alma viviente la puerta de la sala.

—Regístrese todo y entregadme ese hombre, exclamó la castellana con imperioso acento: os lo requiero en nombre del Rey.

Los soldados y sirvientes se arremolinaron y dieron principio á una pesquisa, que no produjo el menor resultado, por lo que imaginando el monge que el único que podía, en aquella coyuntura, dar alguna luz acerca del paradero de Diego, era *Bravo*, desplegó el pañuelo ensangrentado y lo puso delante de los ojos del mastín, con gran admiracion y susto de todos. El efecto de la prueba no se hizo esperar mucho tiempo: *Bravo* se abalanzó furioso al pañuelo, lanzando un ahullido tristísimo, lo cogió entre sus dientes y abriéndose paso corrió á la puerta y desapareció de la sala.

—Seguidle, gritó el monge á los criados; su instinto admirable nos revelará la verdad.

—Sigámosle tambien nosotros; añadió doña Magdalena.

Y echó á andar, acompañada de Requesens: al llegar á la puerta dijo á Fortun en voz baja:

—Echa los cerrojos y barras por la parte de afuera: este es por ahora el calabozo de Juan de Mesa.

El último que abandonó la sala de armas fué el superior del monasterio de la Ermita.

Juan de Mesa habia permanecido como petrificado por el espanto en el mismo sitio en que le dejára la castellana, sin poder darse

una razon exacta de quanto acababa de suceder. El silencio que reinaba en torno suyo le hizo al fin reconocer que se encontraba solo, y entonces recordó, como si sacudiese de su imaginacion las sombras de pesado sueño, las preguntas de doña Magdalena, la desaparicion de Diego Martinez y el pañuelo fatal; lo restante habia desaparecido de su mente porque el ahullido del mastin le habia obligado á cerrar los ojos y nada mas habia visto ni oido. Pero una vez recobrado de su mortal zozobra, entró en cuentas consigo mismo y conoció que estaba perdido, si no le sacaba algun milagro de tan terrible situacion, porque el perro del monge era un acusador tan poderoso, que á fuerza de perseverancia y de persecuciones conseguiria al cabo, por mas que él se resistiese, hacerle confesar su secreto, á fin de ahuyentar á su cruel é implacable adversario. Este pensamiento le impulsó á dirigir la vista á su alrededor, seguro de que encontraria la fascinadora mirada de *Bravo* clavada en su rostro; mas ¡cuál fué su sorpresa al asegurarse de que ningun testigo leia á la sazón en el libro de su manchada concienca! Pudo al fin respirar el pobre mozo; pudo moverse y sobre todo pensar en los medios á que le sería dado recurrir para salvarse.

Examinó desde luego todos los rincones de la sala; en ninguno de ellos vió al aborrecido mastin; corrió á la puerta y la halló cerrada; encaramóse á una ventana.... trabajo inútil, porque sus cruzados barrotes de hierro eran demasiado gruesos, para que cediesen á los desesperados esfuerzos de un hombre. No habia pues esperanza para Juan de Mesa, y el desaliento sucedió bien pronto en su angustiado corazon al débil rayo de luz que habia creído ver brillar para él, al considerarse abandonado de todos á su suerte.

—¿Conque voy á morir por asesino? exclamó dolorosamente y dejándose caer, mas bien que sentándose en el suelo. ¡Maldito ermitaño! ¡Maldito dia aquel en que te hallé! ¿Quién fué el demonio, enemigo mortal de mi salvacion, que te inspiró la idea de venir á Castilla, para que nos encontrásemos los dos? Vivieras y murieras en Alemania, como habias jurado al marcharte, y de ese modo no me hubieras obligado á quitarte la vida. En fin, lo hecho, hecho se está, como dice Diego, á quien el cielo favorece mas que á mí.... ¡Ah! gritó entonces dándose una palmada en la frente é incorporándose de pronto. ¡Qué famosa idea acaba de ocurrirme! Diego Mar-

linez estaba aquí con los demás, y sin embargo se ha escapado sin saberse cómo ni por dónde; de seguro que no habrá sido por la puerta, porque le hubieran visto. Pues bien; no hay remedio: esta sala tiene otra salida que yo ignoró, pero necesito buscarla á todo trance, si quiero evitar la miserable suerte que me aguarda.

Y Juan de Mesa, con el ahinco y la rabia que comunica al corazón la certeza de una muerte próxima, se dirigió á los tapices que cubrían de alto á abajo las cuatro gruesas paredes de la sala, los fué levantando en todas direcciones y los palpó de trecho en trecho, esperando á cada paso encontrar una puerta secreta, ó una abertura que pusiese fin á los tormentos de su alma. Pero el cielo, sordo á sus quejas, nada le deparó de lo que tan desesperadamente buscaba: jadeando de fatiga, pálido y desencajado, por la penosa lucha que habian trabado en su pecho el deseo y la imposibilidad de huir; iba ya á tenderse otra vez en el suelo, renunciando á toda tentativa y rechinando los dientes con fuerza convulsiva, cuando una carcajada clara y sonora, que llegó á sus oídos, le heló toda la sangre en las venas. Abrió los ojos desmesuradamente, erizáronsele los cabellos, cubrió todos sus miembros un copioso sudor frio, y creyó llegada ya su última hora.

— ¡Quién eres!... preguntó al cabo con voz tan desfallecida, que solo el lúgubre silencio de aquella estancia podia hacerla tener por eco de humana criatura. ¡Quién eres, quo así vienes á turbar mi espíritu con tu diabólico regocijo! ¿Acaso el alma del pícaro renegado, á quien despaché al otro mundo, á pesar de su ropón de penitente? Supongo que no vendrás á pedirme misas, porque debes estar ardiendo en los profundísimos infiernos, y tengo oído que nadie sale de esa halagüeña mansión. No; no buscas sufragios, ya lo sé; quieres divertirte á mi costa, ó tal vez probar mi valor, para saber si podré mirar cara á cara al verdugo. Si es así, vuelve, vuelve á las hogueras infernales y déjame en paz.

Otra carcajada mas fuerte que la primera fué la contestacion que obtuvieron las razones de Juan. Este dirigió la vista hácia la parte de la sala, de donde parecía haber salido aquel estrepitoso escarnio contra su mala estrella, y observó distintamente que se movía una de las muchas armaduras completas y colosales que decoraban las paredes de la sala. Hincó una rodilla en tierra, rezó mentalmente el credo y gritó como un loco:

—Perdon, perdon.... yo lo confesaré todo al monge del monasterio de la Espina.

—Ese será un medio infalible para que te ahorquen mas pronto, le contestó una voz que no le era desconocida. Al mismo tiempo se agitó de nuevo la armadura que tanto habia trastornado á Juan de Mesa, inspiryndole el primer acto de arrepentimiento, y éste vió salir de ella... á su buen amigo Diego Martinez.

—¡Cómo!... exclamó santiguándose. ¿No eres Satanás, ni el renegado en persona?... ¡Diego!... el mismo Diego.... Y animándose mas y mas, á medida que se cercioraba de que no le hacian traición sus ojos, añadió adelantándose hácia su amigo:

—¿De dónde sales? Ó mejor dicho ¿por dónde has entrado á esta maldita sala que Dios confunda?

—Habla mas bajo, porque si te oyen, no habrá esperanza de salvacion para nosotros, le contestó el soldado, limpiándose el sudor que le corria por el rostro.

—¡Hola! Conque, segun eso, podremos librar el pellejo...?

—Mucho han de estudiar para que dén con nosotros.... se entiende, si haces lo que yo.

—¿A qué se reduce?

—A encajonarte vivo dentro de una de esas armaduras de los antepasados del señor D. Luis Quijada; ahí nadie te verá, aun cuando te busquen dos horas por toda la sala.

—¡Demonio!... pero ese recurso debe ser muy sofocante.

—No digo que no, pero es mucho peor habérmolas con el endiablado mastin del fraile.

—De modo que si vienen para conducirme á...?

—No tienes mas que elegir el caballero que te convenga de todos esos que ves; en seguida te metes, por detrás, dentro de su cuerpo, y cátales como en tu casa.

—¿Y de esa manera has burlado tú las pesquisas que se han hecho para cogerte?

—Ni mas ni menos. Al ver la confusión que reinaba en la sala, producida por el llamamiento que hizo doña Magdalena de tu persona, traté de aprovecharla; los soldados que estaban junto á mí se adelantaron tres pasos para oír mejor lo que te decia la noble castellana, y yo entonces, deslizándome con disimulo á lo largo de

tapiz, alcancé la primera armadura que estaba á mi derecha y me embutí en ella, del mismo modo que se meteria el diablo en una pila de agua bendita, si se encontrase comprometido.

— Todo está bien, amigo Diego, todo está bien, pero me ocurre una dificultad.

— ¿Cuál es?

— Que si bien estamos seguros de que no nos echen el guante en nuestras madrigueras, tambien, si permanecemos en ellas mucho tiempo, vamos á correr el riesgo de morir de hambre.

— Otro peligro mayor nos amenaza.

— ¡Qué dices!

— Sí; el de que traigan aquí al mastin para que nos olfatee, ó nos sorprendan por pura casualidad, lo cual no será muy divertido para nosotros.

— ¿Y qué debemos hacer?

— Nada, Juan, nada; estarnos quedos y oído alerta. Se me figura que es todavía demasiado temprano para que Dios me abandone, y me dice el corazon que he de salir bien de este intrincado negocio.

Al decir esto Diego Martinez, se acercó á la puerta, por habérsele antojado que oía ruido de pasos y de voces; lo cual era cierto, porque muchas personas, hablando con animacion y con un apresuramiento desusado, se dirigian, al parecer, por las diferentes galerías del castillo á la plaza de armas.

— Ya están aquí, dijo á su compañero: pronto..... pronto..... á convertirnos en yelmos, corazas y escarcelas.

Juan no se hizo repetir dos veces la saludable advertencia, é imitando al astuto soldado, desapareció en un abrir y cerrar de ojos, empotrándose en el interior de una holgadísima armadura.

No habia aun tomado aliento en su escondite, cuando se descorrieron los cerrojos de la puerta y entró en la sala Fortun el escudero, seguido de hombres de armas y criados, para llevarse á Juan de Mesa, en cumplimiento de una orden de su señora. Hé aquí lo que habia ocurrido desde que los habitantes del alcázar salieron precipitadamente de aquella misma estancia en seguimiento de *Brava*.

El mastin, apretando entre sus mandíbulas el ensangrentado pañuelo, atravesó las galerías, el patio principal y las obras esterior-

res hasta el puente levadizo, que estaba á la sazón levantado; detúvose un instante ante esta dificultad, pero no tardó en tomar una resolución, que dejó estupefactos á los que iban observando sus movimientos. Trepó á la muralla por la primera rampa que vió, y sin cuidarse de la anchura formidable del foso, ni de la profundidad de sus aguas, saltó la distancia que separaba el castillo del campo abierto, sin abandonar la presa que llevaba, y se encontró fuera del recinto amurallado. Los criados corrieron al puente, aflojaron las cadenas y se precipitaron en tropel para alcanzar el intrépido *Bravo*, que salvando cercas y vallados, con el admirable instinto providencial que la naturaleza ha concedido á su raza, los condujo, dando casi la vuelta al castillo, hasta sus últimas empalizadas. Cuando llegaron á ellas los sirvientes, hallaron al fatigado animal escarbando la tierra con sus manos. Al ver á la gente del castillo, suspendió su trabajo y se fué á su encuentro, exhalando lamentables ahullidos, que helaron á todos de espanto; y viendo que nadie se movía para ayudarle en la comenzada tarea, se abalanzó á los mas cercanos y comenzó á tirarles de la ropa y aun á desgarrársela, como para obligarles á secundar sus intentos, yendo y viniendo desde un punto del campo, en que habia dejado el pañuelo, hasta aquel en que se habian detenido los de la fortaleza, sin saber á que resolverse hasta la llegada de doña Magdalena.

Presentóse esta á poco rato en aquel sitio, acompañada de D. Luis de Requesens y del superior de la Espina, á quien la emoción y la esperanza habian dado fuerzas para tan fatigosa escursión. En tanto que el buen monge calmaba como mejor podia los arrebatos y la impaciencia de *Bravo*, varios criados se dirigieron al alcázar, por una poterna inmediata á la empalizada, y volviéron con hachones de viento, para iluminar aquellos alrededores, sobre los que estendía ya la noche su enlutado manto. Entonces dijo la castellana:

—Intimo á todos absoluto silencio; la Providencia nos ha traído sin duda á este sitio para el descubrimiento de un gran crimen, obedzcamos los decretos de la Providencia.

—Manos á la obra, hijos míos, añadió el monge señalando el sitio en que el mastin habia depositado el pañuelo: removed esa tierra, destrozada ya por las uñas de este noble animal, y en él encontraréis pruebas irrecusables de lo que buscamos.

La gente del castillo no esperó á oír dos veces aquel mandato: los mas se arrojaron al suelo y empezaron á sacar tierra con sus mismas manos; algunos entraron en el alcázar para salir un momento despues con azadones y palas de hierro, y otros se encargaron, por consejo de Requesens, de cortar ramas de los árboles mas cercanos, para hacer unas parihuelas. No tardaron todos en sobre-cogerse de espanto: un ahullido lastimoso de *Bravo*, anunció el término de aquella silenciosa faena, y los hombres que levantaban la tierra se apartaron despavoridos, porque al resplandor de los hachones acaban de descubrir un cadáver.

Acercóse el monge al hoyo poco profundo en que se hallaba, examinóle atentamente, murmuró entre dientes una oracion por el descanso de su alma y dijo á la castellana:

—Declaró delante de Dios y en presencia de cuantos me escuchan, que ese hombre es el mismo penitente, que me confesó sus culpas el dia 2 de Marzo en el monasterio de la Espina. Mirad, Señora; todavia no ha consumido la tierra el ropon de hermitaño que le cubria, y del cual os he hablado: solo me resta añadir algunas palabras, para convencer al mas incrédulo de que nada se oculta en la tierra á los ojos de Dios. Hace seis dias que salí del convento, con objeto de poner en conocimiento de la muy ilustre matrona doña Magdalena de Ulloa ciertas nuevas que ya no ignora; mas antes de penetrar en el alcázar, ocurrióme la idea de visitar sus alrededores, tanto para retardar una conferencia que nada podia tener de agradable, como para recrear el ánimo en la contemplacion de las maravillas del Eterno. Llegué á esas empalizadas con la intencion de dar la vuelta al castillo, cuando de repente se detuvo asustado el mastin que siempre me acompaña. —¿Qué es eso *Bravo*? dijele temiendo que hubiese olfateado algun mal encuentro para mí; mas el perro me respondió agachándose y alzando del suelo ese lienzo ensangrentado: en seguida dió tres ahullidos, corrió á este mismo sitio y comenzó á escarbar la tierra, dándome á entender con sus movimientos, que al pié de las murallas de los antiguos y fuertes torreones de Villagarcía existía oculto un misterio de sangre. Ya no quise ver aquel dia á la noble señora de estos contornos; el descubrimiento de Bravo se enlazaba en mi mente con el recuerdo de las noticias que tanto podian interesarla. Volvíme pues al monasterio para me-

ditar, para pedir al cielo que iluminase mi espíritu, y seguro al fin por sus divinas inspiraciones, de que mi presencia pondria en claro el paradero de mi penitente del 2 de Marzo, he venido hoy para encontrarle en el castillo vivo ó muerto. Mi mision ha concluido.

— Y ahora empieza la mia, repuso doña Magdalena con dignidad. Fortun, dirígete á la sala de armas con los hombres de armas que necesites y trae aquí á Juan de Mesa.

Fortun obedeció; pero ya hemos visto que el villano acababa de convertirse en caballero armado de todas armas, cuando los que iban á buscarle penetraron en la sala. Y como estos no le encontraron, por mas pesquisas que hicieron, tomaron el prudente partido de hacer saber á doña Magdalena que el diablo, cansado ya sin duda de las maldades del mozo, se lo habia llevado en cuerpo y alma, para que hiciese compañía á su dignísimo amigo Diego Martinez en las mansiones infernales. De este modo esplicaron desde entonces los moradores de Villagarcía la desaparicion de aquellos dos personajes.

Se sacó pues el cadáver del ermitaño de la tierra y fué conducido en las parihuelas al castillo, á fin de darle religiosa y mas convenientemente sepultura. Cumplido este piadoso deber; se registraron de nuevo las galerías, los patios, las murallas, en una palabra, todo cuanto inspiraba recelos de que pudiese dar asilo á un prófugo, y convencida por último la castellana de que los presuntos reos del crimen, que acababa de descubrirse, caerian al siguiente dia en su poder, rogó al superior de la Espina que no saliese del alcázar hasta que esto se verificase, pues contaba con la eficaz cooperacion de *Bravo* para averiguar su paradero. Mandó despues levantar el puente y que todos, á escepcion de los hombres de armas de servicio, se recogiesen, como todas las noches, despues de la cena.

CAPÍTULO V.

En que se evidencia que Diego Martínez y Juan de Mesa sabían cenar con apetito y batirse á oscuras.



En el extremo de la oscura galeria, opuesto al que ocupaba la suntuosa cámara de doña Magdalena de Ulloá, había una puerta, que daba paso al corredor en que estaban situados los retretes de sus doncellas. Cada una de estas tenía el suyo, y ninguna se cerraba por dentro, á fin de que pudiesen llegar á su conocimiento, sin detencion alguna, los recados y órdenes de su señora.

Allí precisamente, á la entrada del corredor se hallaba la habitacion de Beatriz, moza resuelta y de desparpajo, si las habia, y capaz de trastornar con su coquetería veinte cabezas mas sólidas que la de Diego Martínez. Con todo, debemos dejar consignado en honor de la verdad, que eran las doce de la noche, en que ocurrieron los acontecimientos que acabamos de referir, y aun no se habia acos-

tado. Su desasosiego era evidente; iba y venia á lo largo de su cuarto, quedábase algunos momentos pensativa, asomábase otros á la ventana, que caia á la plataforma del alcázar, apretaba los puños y reprimia el llanto con todas sus fuerzas, por temor de que se oyesen sus sollozos, é intentasen sus compañeras de servicio averiguar la razon que los motivaba.

La razon está al alcance de nuestros lectores; su amante habia desaparecido, y no era esto todo lo que tenia que sentir; su amante se habia llevado probablemente el cofrecillo de alhajas, robado á su anterior ama la condesa. ¿Qué iba pues á ser de ella en Villagarciá, sin el decidido protector que le habia deparado su cariño? ¿Y cómo seria mirada en lo sucesivo por las demás doncellas y por la misma doña Magdalena la creida prima hermana de un hombre, acusado por todos los del castillo, como autor de un asesinato?

Beatriz habia asistido al rezo de oraciones en la sala de armas y presenciado la terrible escena de *Bravo* con Diego Martinez, la mortal palidéz de este último y su evasion: desde entonces se perdia en mil conjeturas acerca de los medios de que el soldado se habria valido para evitar el castigo que le esperaba, y no pudiendo imaginar que lo hubiese logrado por medios naturales, sin ser visto ni sentido, concluia creyendo candidamente lo que los sirvientes aseguran; esto es, que Diego Martinez se habia evaporado por arte de Satanás y que estaba ardiendo en los infiernos.

Acosada la pobre é infortunada doncella por el temor supersticioso de su alma, por el recuerdo de un amor perdido y tan mal empleado, y aun mas, por el recelo de que llegase á averiguar doña Magdalena la verdadera historia de sus relaciones con su supuesto primo hermano, no se habia atrevido á acostarse, prefiriendo pasar la noche en vela, entregada á sus cavilaciones. De pronto empezó á temblar, porque creyó haber oido pisadas en la galería; acercóse á la puerta del cuarto y conoció que no se habia engañado; aquellos pasos se dirigian hácia el corredor. Iba ya á cerrar la puerta por dentro á pesar de las severas órdenes que lo prohibian, cuando dos hombres que acababan de llegar con el mayor silencio posible al estremo de la galería, penetraron en el corredor y un momento despues en el retrete de Beatriz. Uno de aquellos hombres puso á esta la mano en la boca, para impedir que lanzase algun imprudente grito.

—Y ahora, dijo á la sobrecogida doncella, saca de tu dispensa particular, mi querida llorona, alguna cosa con que nos vuelva el espíritu al cuerpo, porque venimos muertos de hambre y de sed.

Beatriz le miró de hito en hito, para cerciorarse de que no era una vision del otro mundo el objeto que tenia delante de los ojos, cuando el otro añadió:

—¿Te figuras, hermosísima Beatriz, que somos dos ánimas del purgatorio? Pálpanos á tu sabor y te convencerás de que aquí hay carne y huesos; estos en abundancia verdaderamente, y aquella escasa, porque la horrible prision de que salimos nos iba convirtiendo en esqueletos.

—¡Ese tambien!... murmuró Beatriz con tembloroso acento, señalando al que acaba de hablar.

—Tambien ese, repuso el primero

—¡Ah Diego! No sé lo que vá á ser de nosotros.

—¡Ah, Beatriz! Fortaléce un poco nuestros estómagos.

—Dime antes....

—Ni una palabra. He formado grandes proyēctos, que el hambre vá borrando de mi imaginacion.

Enteramente persuadida la moza de que el diablo no se habia llevado á Diego Martinez ni á Juan de Mesa, supuesto que estaban allí, á su vista, en cuerpo y alma al parecer, y esplicándose de una manera que no acostumbran ciertamente los espíritus infernales, abrió una alhacena, sacó de ellá pan, vino, un razonable trozo de cecina de venado, dos faisanes en salsa verde con ajos y cebollas, un enorme pedazo de pastel de palominos y algunas frutas, y lo puso todo á disposicion de los dos amigos. Abalanzáronse estos á las provisiones, como hombres condenados á una abstinencia forzosa de muchas horas, y devoraron en pocos minutos y en silencio aquella opípara cena, que les llegaba como llovida del cielo, saboreándola con sendos tragos, que restablecieron completamente el equilibrio de sus fuerzas. Pero como dos hombres, por mucho apetito que tengan, no pueden estar cenando eternamente, Juan y Diego enfrenaron el suyo despues de haber dado fin á los tesoros de la dispensa particular de Beatriz, á la que refirieron entonces el ingenioso ardid de que se habian valido en la sala de armas, para burlarse de la justicia de doña Magdalena.

—Hasta ahí lo comprendo perfectamente, díjoles la admirada doncella: pero ¿cómo ó por dónde habeis salido de la sala para llegar á mi aposento?

—Por la puerta, querida mia, por la puerta, repuso con gravedad Diego Martinez: has de saber que cuando volvió allá Fortun, acompañado de hombres de armas para buscar á Juan, segun creemos, á fin de proporcionarle encierro mas reducido, ó tal vez á quitarle la vida, que de esto no podemos responder, has de saber, repito, que se quedó patifieso, al cerciorarse de que habia volado su cautivo, y que se retiró con las orejas gachas seguido de sus hombres. Entonces cometió la mas insigne torpeza que cabe en escudero, y seguro estoy de que esta es la hora en que no la conoce. Convencido de que nada tenia ya que guardar en aquella sala ¿qué imaginas que hizo? Dejó la puerta como está siempre; abierta de par en par. Nosotros fuimos mas prudentes que él; unimos las dos hojas para platicar libremente, y decidir lo que mas nos importaba en aquel trance: es decir, que hemos permanecido en la sala de armas hasta que estuviesen dormidos cuantos habitan en el alcázar, y despues hemos venido á engullir tus sabrosísimos manjares.

—Pero... no podeis deteneros aquí, observó Beatriz, porque os cogerán sin remedio.

—Dios nos libre de semejante necedad, respondió Juan rascándose una oreja: ya quisiera verme á dos mil leguas de esta jaula.

—De eso se trata, y ahora mismo vamos á probar fortuna por última vez, añadió Diego.

—¿Qué es lo que piensas? le preguntó la moza, llena de angustia y de zozobra.

—Salir á campo raso y tomar las de Villadiego.

—¿Y yo!....

—Acabarás de una vez; demasiado sé que eres de buen temple.

—Es decir que me abandonas!....

—Al contrario; te llevo conmigo y doy ese nuevo chasco á la señora de Villagarcía.

—Tu proyecto es una locura.

—¿Por qué?

—Porque está levantado el puente.

—Juan ¿qué te parece de esa dificultad?

—Gazmoñerías de mugeres. ¿Para qué necesitamos el puente, si tenemos la poterna? contestó el villano: mi parecer es que nos larguemos pronto, no sea que algun azar nos detenga en el castillo mas tiempo del que quisiéramos.

—¡Por la poterna! exclamó Beatriz horrorizada. No léjos de allí se ha encontrado.....

—¿Qué? preguntaron los dos amigos á un tiempo.

—El cuerpo de un hermitaño.

—¡Demonio! murmuró Juan de Mesa; eso complica hasta cierto punto nuestro negocio.

—Nada, nada; ya estamos en salvo, le replicó Diego Martinez. ¿Quién ha de figurarse que vamos á salir del alcázar, y á estas horas, atravesando las empalizadas? Ten presente una cosa; no hay sitio mas seguro para un viagero, que aquel en que acaba de cometerse ó descubrirse un asesinato.

Esta sentencia del soldado decidió la cuestion. Beatriz por su parte, temerosa de las consecuencias que podia tener para ella en Villagarcía su intimidad con Diego, se decidió á acompañarle, y no tardó en hacer un lio de sus ropas. Su amante y Juan de Mesa sacaron del pecho aguzados puñales de que se habian provisto en la sala de armas, y los tres, andando de puntillas, se escurrieron del retrete al corredor y del corredor á la galería. Despues de haberla atravesado en toda su longitud, llegaron á la puerta de la estancia de doña Magdalena, y tomaron á la derecha para bajar al patio grande por la escalera principal. Aquel era el paso mas peligroso, porque tenian que presentarse al descubierto, esponiéndose á que algun centinela reparase en ellos desde la plataforma; pero la noche estaba afortunadamente como boca de lobo y ningun obstáculo tuvieron que vencer para penetrar, ó mejor dicho, para enterrarse en el estrecho subterráneo que desde el patio conducia, dando casi media vuelta al castillo, á la poterna que nuestros fugitivos buscaban. Dicho subterráneo se habia practicado entre la primera muralla interior y la plataforma, con el objeto de que sirviese para las salidas de la guarnicion en caso de sitio, y formaba varios recodos, ó especie de plazuelas, que hacían perder el camino al mas avisado, si no tenia conocimiento práctico de sus añagazas. Juan de Mesa rompía la marcha; seguíale Beatriz, é iba el último Diego Martinez, alentando á

la asustada doncella y asegurándola que en breve se vería libre de cuidados.

—¿Habéis oído? preguntó el primero deteniéndose de pronto, como á unos treinta pasos antes de llegar á la salida de la poterna.

—No, respondió Diego acariciando la punta de su puñal. ¿Qué es ello?

—Un gruñido.....

—¡Bah!

—Dígame que no doy un paso mas, por todas las almas que arden en el infierno.

—Y yo te afirmo que es necesario seguir adelante, porque de lo contrario estamos perdidos.

—¿Y sabes por ventura quién nos cierra el paso?

—Aunque sea el mismo Lucifer en persona.

—Peor, mil veces peor, amigo Diego; es la sombra del renegado.....

—Los renegados no gruñen.

—Ya estoy, ya estoy; pero los espíritus pueden tomar todas las formas imaginables, y no sería extraño que ese viniese ahora del otro mundo en figura de perro.

—¡Perro dijiste!... Mucho me temo alguna mala pasada de la pícaro suerte. ¿Sabes, Beatriz, si el monge del convento de la Espina duerme esta noche en el alcázar?

—En efecto, respondió la moza; todavía no se ha marchado.

Al mismo tiempo dió Juan un salto hácia atrás, porque otro gruñido mas fuerte que el anterior y que tambien llegó á los oídos de su compañero y de la doncella, le hizo temer por su vida.

—¡El es!... ¡El mastin del monasterio! pronunció el villano.

—Pocas palabras y al avío, repuso Diego adelantándose puñal en mano, en tanto que Beatriz, mas muerta que viva, se encomendaba á todos los santos del cielo, para que la sacasen de tan terrible aprieto.

—¿Qué intentas? le preguntó el primero.

—Haz lo que voy á decirte, si no quieres que perezcamos todos.

Hablaron en seguida los dos en voz baja, y un instante despues prosiguieron su camino, marchando ambos de frente y estrechamente unidos, nó sin haber intimado á Beatriz que permaneciese quieta



Le introdujo su puñal por la garganta, gritando á Juan de Mesa:
Hiere....!



y silenciosa en el sitio á que acababan de llegar. Cortísima era ya la distancia que les separaba del campo abierto, cuando sintieron distintamente los pasos de un bulto que hácia ellos se dirigia; al mismo tiempo estendió el soldado el brazo izquierdo, levantándolo á la altura de su cabeza y presentando á su frente el lio de ropas de Beatriz; el bruto lanzó otro gruñido semejante á los primeros, abalanzándose con rabiosa furia á aquel objeto, pero Diego, sin darle tiempo para que reconociese su error, le introdujo con la mano derecha su puñal por la garganta, gritando á Juan de Mesa:

—Hiere.

El villano asestó su golpe en la oscuridad casi al propio tiempo que Diego, pero con tanta fuerza que el acero quedó clavado hasta el mango en el corazón del nocturno acometedor. Éste cayó al suelo como una masa, exhalando un doloroso ahullido, y quedó sin movimiento y sin vida.

—Victoria, dijo Diego, aunque á costa de mi cara; ven, Beatriz, toma tus guñapos, que servirán para hacerme vendas, y huuyamos de aquí, para que no nos sorprenda el día en estos alrededores.

El aviso era prudente y no debía despreciarse. Apresuráronse pues á llegar á la poterna, la atravesaron y se vieron libres, porque el paso de las empalizadas no les ofrecia la menor dificultad. Tampoco tenían que temer por aquel lado la persecucion de los de la fortaleza, pues nunca se vigilaba, por lo mismo que era de todo punto imposible que un cuerpo de tropas enemigo se estacionase allí con máquinas de guerra y escalas para el asalto, sin pasar antes por el frente principal del alcázar. Nuestros fugitivos se guardaron bien de dar la vuelta á este, supuesto que lo esencial para ellos era alejarse del puente levadizo; así pues se dirigieron rectamente al bosque, y allí vendó Beatriz una enorme herida, que las uñas del invisible y rabioso adversario del subterráneo habían abierto á Diego, rasgándole desde el nacimiento superior de la oreja izquierda hasta el medio de la barba. Concluida esta operacion, como mejor le fué dado á la doncella, pusieronse de nuevo los tres en marcha, con el objeto de cortar el bosque por su parte mas angosta, pues de este modo podian hallarse, antes que amaneciese, en el camino de Valladolid. Todo les salió á medida de su deseo, por cuanto

Diego que era hombre muy prevenido y siempre estaba preparado para todo evento, deseaba entrar en Medina y no en la córte, y lo consiguió sin que nada se lo estorbase. Aquel deseo era natural en un hombre que anhelaba darse buena vida, lo cual le era imposible, si antes no sacaba de dicha villa el cofrecillo que la hermosa Beatriz habia robado á la condesa de Barajas. El saqueador de Roma comprendió desde un principio, que aquel tesoro estaria muy espuesto en el alcázar de Villagarcía, y en una de sus escursiones á Medina, punto que le agradaba para sus francachelas, y para matar el tédio del castillo, segun aseguraba, lo confió á cierta heredad en que vivia una lejana parienta suya, achacosa y ciega, enterrándolo sin que ésta lo sospechase, al pié de la mas ruinosa tapia del huerto. Allí pues fué á buscarlo, y allí lo encontró con gran contentamiento de Beatriz y de Juan de Mesa, á quien se prometió, en calidad de compañero inseparable de proezas é infortunios, una parte de la fortuna que el cofrecillo encerraba. Satisfechos pues los tres viajeros, emprendieron su ruta para la Mota del Marques; de la Mota pasaron á Madrid, de Madrid á Guadalajara, y una vez en camino de Aragon no se detuvieron hasta Zaragoza, en donde por fin respiraron á sus anchuras, persuadidos de que ya no tenian que recelar peligro alguno por parte de la justicia del Rey.

Serian como las ocho de la mañana del dia que amaneció despues de su evasion, cuando el Superior del convento de la Espina y don Luis de Requesens entraron precipitadamente en la cámara de doña Magdalena de Ulloa.

—¿Qué noticias me traeis, señores? preguntóles ésta con tembloroso acento, que revelaba una noche de insomnio y de amargos padecimientos. ¿Están presos los delincuentes?

—Todo hace presumir que se hallan fuera del alcázar, respondió el general, pero tal vez no sea difícil tropezar con ellos. Si me dais vuestra licencia, dispondré una batida por el bosque, en tanto que nuestro reverendo padre os esplica....

—Hacedlo como gustéis, D. Luis, hacedlo, repuso la matrona, pues no quiero que se diga que, en ausencia de mi noble esposo, descuido el cumplimiento de mis deberes.

Marchóse Requesens y pocos minutos despues salió del castillo por el puente levadizo, al frente de los hombres de armas, inter-

nándose en el bosque, que Beatriz, Diego Martínez y Juan de Mesa habian atravesado seis ó siete horas antes.

Durante este tiempo decia el monge á la castellana de Villagarcía:

—Con arreglo á las últimas órdenes que anoche nos disteis, pareciónos á D. Luis y á mí, que no se lograria el objeto de nuestra vigilancia, si no poníamos junto á la poterna, único punto, además del puente, para salir de la fortaleza, segun dijisteis, un centinela valiente á toda prueba. Nuestra eleccion tampoco podia ser dudosa, y recajó por consiguiente en mi fiel *Bravo*, capaz de habérselas con los dos bribones que buscámos. Yo mismo señalé al mastin el puesto que debia ocupar en el subterráneo, y seguro de que nadie lo atravesaria impunemente durante la noche en direccion al campo, me retiré con el general. Figuraos, hija mia, cuál habrá sido nuestro asombro, cuando al acudir, habrá una media hora, á la poterna, hemos encontrado á *Bravo* bañado en su sangre y sin vida. Los infames han huido por allí y han armado alguna celada al perro.

—¿A qué hora, poco mas ó menos, preguntó doña Magdalena, colocásteis al pobre animal en el subterráneo?

—A eso de las once, respondió el fraile.

—Lo cual indica, observó la castellana, que los fugitivos salieron del alcázar hácia la media noche, ó tal vez mas tarde. Pero ¿en dónde se ocultaron hasta entonces?

—Preciso es, hija mia, averiguarlo, porque todo hace creer que han tenido cómplices.

No bien articuló el religioso estas palabras, cuando se abrió la puerta de la estancia y aparecieron en ella las doncellas de doña Magdalena, para noticiar á ésta que Beatriz se habia fugado del alcázar, supuesto que en ninguna parte de él se la encontraba; añadiendo que en su retrete se veian los restos de un banquete nocturno y el ajuar en desórden.

—Ya está aclarado el misterio, padre mio, dijo la castellana al monge; Beatriz es prima hermana del soldado Diego Martínez.

El fraile no respondió á esta observacion, contentándose con arquear las cejas en señal de incredulidad. De todos modos, tanto él como doña Magdalena tuvieron que contentarse con la probable conjetura de que Beatriz habia proporcionado á los dos bribones seguro asilo en su cuarto, durante las primeras horas de la noche. En

cuanto á las artes que aquellos pusieron en juego para escaparse de la sala de armas, el uno en presencia de tanta gente allí reunida, y el otro despues de encerrado en ella, secreto fué que nunca llegaron á penetrar los moradores del castillo.

Don Luis volvió de su espedicion al bosque, sin haber conseguido otra cosa que fatigarse en vano; pero templó su disgusto un mensaje, que aquel mismo dia recibió doña Magdalena del príncipe don Felipe, para que dejase en libertad al valiente general de Cárlos V. Partió pues Requesens para Valladolid, no sin haber reiterado antes al dúque Mauricio la promesa de una entrevista, á que éste daba gran importancia, y por su parte el Superior del monasterio de la Espina, á quien nada detenía ya en el alcázar, púsose en marcha para su retiro. La fortaleza volvió á su anterior sosiego; sus habitantes hablaron mucho al principio de la desenvuelta Beatriz, de los crímenes atribuidos á Diego Martinez y á Juan de Mesa, del asesinado ermitaño y de la mala suerte del intrépido *Bravo*; pero el tiempo fué borrando estos recuerdos y la misma doña Magdalena, á fuerza de leer y releer las cariñosas epístolas de su ausente esposo, acabó por tranquilizar su espíritu, olvidando la infausta revelacion de los amores de D. Luis Quijada, hecha al monge por el infortunado penitente el dia 2 de marzo del año de gracia 1545.



CAPITULO VI.

Un político de diez y siete años á mediados del siglo decimosexto.



hé aquí, que ahora nos hallamos de repente en 1556. La varita mágica del novelista produce estos milagros, y así hace atravesar á sus lectores distancias inmensas con una plumada, como les obliga á dar por nulos todos los acontecimientos de medio siglo. Nosotros, sin prevalernos de las omnímodas facultades que nos competen, para enlazar, con arreglo á las leyes de nuestro capricho, las diferentes escenas de este drama, tenemos por conveniente suprimir en él un período de once años, lo cual ciertamente no es abusar de la condescendencia del público. A pesar de tan sincera como espontánea declaracion, no queremos que se nos eche en cara la terrible acusacion de que dejamos á oscuras á los que esta historia lean, y

por lo tanto vamos á decirles en cuatro palabras lo que habia ocurrido (que se relacione con nuestra narracion) desde que nos despedimos del alcázar de Villagarcía, hasta el advenimiento de D. Felipe el *Prudente* al trono de España.

El gran competidor de Cárlos, aquel rey caballero, que perdió *todo menos el honor* en la memorable batalla de Pavía, habia bajado al sepulcro. El duque Mauricio de Sajonia obtuvo del regente del reino D. Felipe una audiencia, solicitada en su favor con empeño por D. Luis de Requesens y por el secretario Gonzalo Perez: en ella propuso al Príncipe el tratado de Pasaw, y el Príncipe le concedió salvo conducto para que se avistase con el Emperador en Flandes, lo cual no tuvo efecto, porque el elector murió al llegar á sus estados, dos dias despues de la victoria que Cárlos obtuvo contra Alberto de Brandemburgo. D. Felipe se habia casado en segundas nupcias con Maria de Inglaterra, hija de Enrique VIII y de doña Catalina de Aragon, y por último acababa de ceñirse la corona de Flandes y Borgoña, que le cedió su padre con el gran maestrazgo de la órden del Toison de oro.

Algunas semanas despues, cansado el valiente Emperador de los caprichos de la fortuna, y decidido á abandonar completamente los negocios mundanos, abdicó tambien en favor de su hijo el príncipe D. Felipe la corona de España, reservándose únicamente una pension de cien mil escudos para las atenciones de su familia y para obras de beneficencia. A su vuelta á Castilla, confirmó solemnemente en Valladolid la abdicacion que habia hecho en Flandes, y dirigiéndose á Estremadura, sepultó para siempre su ambicion y su grandeza en el monasterio de los Gerónimos de Yuste. Allí murió dos años despues, á la edad de cincuenta y ocho, seis meses y veinte y cinco dias.

De modo que ya no ignoran nuestros lectores los principales acontecimientos que habian tenido lugar en España antes de que comenzase su reinado el héroe de esta historia.

Entremos ahora en aquella cámara que ya conocemos del palacio de Valladolid, convertida despues en convento de San Benito, en la cual hemos asistido ya á un consejo, y veremos al nuevo monarca, ocupado en leer, como la vez primera, varios despachos que acababan de llevarle. Pero no estaba solo á la sazón, como cuando se

le presentaron despues del desastre de Cirinola el general Requesens, D. Ruy Gomez de Silva y su secretario Gonzalo Perez. Hallábanse en pié y á respetuosa distancia del Rey dos de aquellos personajes, cuya suerte habia variado algun tanto, por cuanto el príncipe de Eboli era afortunado esposo, hacía ya tres años, de doña Ana de Mendoza de la Cerda, aquella niña que los condes de Melito llevaron con gran pompa y acompañamiento al monasterio de la Espina, el dia en que Beatriz dejó de ser doncella de la noble condesa de Barajas, y porque D. Luis de Requesens y Zúñiga, cuya lealtad y estensos conocimientos militares habia reconocido solemnemente D. Felipe, gozaba ya toda la confianza de este, á quien debia la alta dignidad de comendador mayor de Castilla. Quien faltaba en la cámara del rey era Gonzalo Perez, mas reemplazábale, al parecer, en sus funciones un jóven como de diez y siete años, de amabilísimo carácter y apacibles modales, aunque delgado de carnes y algun tanto enfermizo. A pesar de su corta edad y de su endeble constitucion física, revelaban sus miradas energía y audacia: habíase aficionado al estudio de las teorías de la política italiana, generalizadas en todos los estados europeos, y ellas habian comunicado á su alma una perseverancia asombrosa, que le hacía mirar como cuestiones facilísimas de resolver los mas intrincados problemas de la diplomacia. Dotado de imaginacion viva y fecunda, era ya escritor elegante y elocuente, á la vez que muy versado en el despacho de los negocios, si bien no habia alcanzado aun el aplomo, el disimulo y la destreza, que tantas desgracias acumularon sobre su vida. Lo cierto es que sus discursos agradaban singularmente al monarca, quien conociendo desde luego el inmenso partido que podia sacar, para el gobierno del estado, de un hombre que entraba en la carrera pública con tan brillantes cualidades, alentaba su naciente ambicion, despues de haberse asegurado de su fidelidad. Este jóven que tanto prometia, y cuya desdichada suerte ha sido y es objeto en nuestros dias de investigaciones históricas, de encontrados juicios y de la mas tierna compasion, se llamaba Antonio Perez; era hijo natural del secretario Gonzalo Perez, fué legitimado por el emperador Carlos V y llegó á ser el privado mas fiel y mas querido del rey D. Felipe.

Los historiadores, tanto nacionales como extranjeros, están y es-

tarán probablemente en completo desacuerdo, hasta la consumacion de los siglos, respecto á la manera de juzgar á este monarca: los colores de sus paletas son tan diametralmente opuestos, que unos hacen de él un Salomon y otros un Tiberio. Quien asegura que era un político consumado, activo, inflexible, receloso, disimulado, vengativo y sobre todo suspicaz; quien consigna que el celo de la religion inspiraba todas sus resoluciones y que á ese celo posponia los mas dulces afectos del hombre y los deberes mas sagrados de la familia; este no se contenta con tan poco, y añade que era cruel y sanguinario por temperamento, que jamás perdonaba una injuria, que oia con deleite los alharidos de las víctimas que la Inquisicion inmolaba en sus autos de fé: aquel escribe.... pero ¿á dónde vamos á parar? Nosotros, humildes novelistas, sin presuncion bastante para engolfarnos en las secretas averiguaciones que tanto trastornan los cerebros de las modernas inteligencias, nosotros, que hacemos mucho mas caso de la tradicion que de la historia escrita, nos guardaremos de decir lo que fué el rey D. Felipe, aunque nos consta de buena tinta que sus pueblos le apellidaron el *Prudente*; que supo restablecer en sus vastos dominios la armonía y el órden, no poco desquiciados; que administró recta justicia, reformó grandes abusos y escuchó siempre las quejas de sus súbditos, infundiendo temor á las leyes, respeto á la religion del pais y acatamiento á la majestad régia. Por lo demás, su conducta en los sucesos que narramos suplirá el vacío de la autopsia moral de nuestra pluma.

Como ya hemos dicho, leía el rey unos despachos y el príncipe de Eboli y el comendador mayor de Castilla aguardaban en pié sus órdenes. En cuanto al jóven Antonio-Perez, tenia fijas sus miradas en el severo rostro de su señor, como si intentase penetrar sus pensamientos. Esto, sin embargo, no era muy fácil, porque D. Felipe sabia ocultarlos, sin hacerse la menor violencia, cuando le importaba que no fuesen conocidos: á su vez poseia el don de adivinar las ideas de aquellos mismos que le examinaban. Fatigado, al fin, de la lectura que habia emprendido, ó no queriendo molestar por mas tiempo á sus tres fieles servidores con un silencio que iba haciéndose ya sobradamente pesado, separó los papeles y dijo á Requesens:

—¿Habéis visto hoy á la reina, comendador?

—He tenido esa honra, señor, contestó D. Luis.

—¿Y no os ha dicho que está celosa?

—Sí, señor; muy celosa del incesante trabajo de Vuestra Alteza.

—Pues vá á estarlo mucho mas, porque pienso ausentarme de ella, se entiende, añadió sonriéndose D. Felipe, si me dá su licencia para salir de España nuestro buen consejero D. Ruy Gomez de Silva.

—Señor, observó este con respeto; si el augusto padre de Vuestra Alteza no hubiese abandonado tantas veces nuestro suelo, tal vez no hubiera tenido motivos de quejarse de la fortuna, hasta el punto de acabar sus días en un trístisimo retiro.

—¿Qué decís á eso? preguntó el monarca á Antonio Perez.

—Señor, repuso el jóven, cualquiera pensaria que á D. Ruy Gomez le sabe mal el que Vuestra Alteza sea rey de España.

Mordióse los lábios el príncipe de Eboli y lanzó al novel diplomático una mirada de basilisco. Antonio Perez la recibió con estóica serenidad y prosiguió diciendo:

—Mas como nadie puede suponer que se abrigue tan traidor pensamiento en el pecho de un servidor tan adicto á Vuestra Alteza, tengo para mí, señor, que el príncipe se opone á ese viage, porque tendrá que seguiros y abandonar á su jóven esposa.

Agradó mucho al rey el epígrama, porque D. Ruy Gomez de Silva frisaba ya en los cincuenta años, al paso que doña Ana de Mendoza solo contaba diez y seis: pero deseando tranquilizar al primero, replicó sonriéndose:

—No hagais caso, príncipe, de las burlas de la juventud; el señor Antonio Perez llegará á vuestra edad, y verémos si entonces es tan dichoso como vos lo sois ahora.

Estas palabras proféticas de D. Felipe, y cuya terrible aplicacion ni él ni los que le escuchaban podian sospechar que llegaria un dia á realizarse, cayeron como plomo derretido sobre el corazon del jóven. El rey observó que se habia puesto pálido; y pesaroso de haberle afligido, se apresuró á variar de conversacion.

—Habeis de saber, señores, dijo á sus cortesanos, que á pesar de la profunda veneracion con que acato á la Santa Sede y á nuestro santísimo padre Paulo IV, no he podido negarme á seguir el parecer de los teólogos y el de mi Consejo de Castilla para sostener en Roma nuestros derechos. No sé si Dios me castigará, por haber

dispuesto que el duque de Alba entre en los estados de la Iglesia, pero bien conoce la pureza de mis intenciones y que si lo he hecho, ha sido lamentando la necesidad en que me ha puesto la silla apostólica, intentando en pleno Consistorio privar á la corona de España del reino de Nápoles. Por fin, nuestras tropas han llegado hasta las puertas de Roma y se ha propuesto á su general una suspension de armas de cuarenta dias, los cuales debemos aprovechar, supuesto que el duque de Guisa, al frente de veinte mil hombres, ha sitiado el castillo de Civitella y se entretiene con la esperanza de arrojarnos de Roma. ¿Adónde os parece que debemos ir?

—A Flandes, señor, respondió el comendador sin vacilar. Allí podrá Vuestra Alteza organizar, mejor que en otra parte, un respetable ejército, y con un auxilio de ocho ó diez mil ingleses conseguir brillantes triunfos.

—En otro tiempo os tuve, Requesens, por traidor, y hoy tambien os creeria tal, si hubiese yo comunicado á criatura humana mis proyectos. Imagino sin embargo que sois brujo, porque siempre adivináis. Hoy mismo parto para Flandes, señores, y en cuanto al refuerzo que el comendador juzga necesario, ya lo tengo pedido á Inglaterra. Durante mi ausencia proveerá á la administracion del reino el Consejo de Castilla; D. Ruy Gomez de Silva mandará ejecutar sus acuerdos en nuestro nombre, y el señor Antonio Perez cuidará de la comunicacion de mis despachos al dicho Consejo, asi como de enviarme las consultas que este me hiciere. En cuanto á vos, comendador, deseo que no os separéis de mí, y por lo mismo os llevo á Flandes para aprovecharme de vuestras brujerías.

Aquella misma tarde se puso en marcha D. Felipe, acompañado de Requesens y de cuatro criados, sin ostentacion ni preparativos: muchas ciudades del reino le creian muy tranquilo en Valladolid y saboreando la felicidad de ser rey, cuando ya se hallaba en Cambray, disponiendo aquellos valientes tercios que á las órdenes de Emanuel Filiberto, duque de Saboya, asombraron al mundo con sus proezas.

Aquella misma tarde tambien se entretenian en animada conversacion el nuevo secretario del rey, Antonio Perez y D. Ruy Gomez de Silva, paseándose al mismo tiempo á lo largo del vasto salon que procedia á la cámara de Su Alteza.

—Eso que me asegurais, me parece increíble, dijo el segundo parándose de pronto. No ignoro que el duque de Alba me aborrece, pero nada tiene que ver su ódio hácia mí con el empeño de separar á D. Luis del lado de D. Felipe.

—Requesens es hechura vuestra, observó el segundo.

—No hay duda, repuso el príncipe de Eboli.

—Ya lo veis; el duque de Alba corta las ramas para llegar al tronco.

—No llegará, os lo aseguro: poseo un secreto que puede trastornar todos sus planes y hundirle en el polvo.

—Si es así, aprovechad el tiempo.

—¿Queréis ganar un buen amigo para siempre, señor Antonio Perez?

—Ya sé, D. Ruy, que sois muy capaz de serlo mio, desde el instante en que me conozcais bien.

—Tal vez vuestro padre D. Gonzalo os diria....

—Mi padre me enseñó á respetaros, y pocos momentos antes de morir me aseguró que en vos hallaría un protector decidido.

—No os engañó; jóven, no os engañó; solo que os habeis empeñado en hacer todo lo posible para que no se cumpla su paternal deseo.

—Por Dios, príncipe, que no os entiendo.

—¿Conque no? ¿Pues no aprovechais todas las ocasiones que se os presentan para zaherirme con vuestros punzantes sarcasmos? Hoy mismo y en presencia del rey ¿no me habeis puesto en ridículo, sacando á plaza, aunque indirectamente, mis años y los de doña Ana?

—¡Ah, príncipe! Si ese es mi gran delito á vuestros ojos, estoy pronto á cometerlo todos los dias.

—¿Cómo!

—¿Todavía no habeis caido en la cuenta?

—Explicaos de una vez.

—Don Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, creed que por grandes que sean vuestros títulos y merecimientos, el rey no os perdonará jamás que seais mi amigo y mucho menos mi protector. ¿No habeis estudiado su carácter? El fondo de este es la desconfianza....

—Empezais á abrirme los ojos.

—¿No habéis notado que ninguna señal de impaciencia ni de frialdad anuncia de antemano el cambio de sus inclinaciones ó afectos? Quiere á su lado hombres que difieran en talento y miras, y cuyas ambiciones se neutralicen; por eso conserva y alienta á dos partidos rivales. La altivez del duque de Alba le incomoda, pero sabe que sus consejos se oponen á los vuestros y esto le obliga á tolerarle: si llega á sospechar que os soy adicto, ó que mi padre me confió á vuestra influencia, nos perderemos los dos. Tolerad, pues, mis chanzonetas, príncipe, y no os quedeis corto conmigo con las vuestras: hé aquí el secreto de vuestra privanza y el de mi fortuna.

Don Ruy Gomez estrechó afectuosamente entre sus dos manos la derecha del jóven y dijo á éste:

—Sois el mas hábil político de estos tiempos: sigamos así, ya que me habeis probado que conviene, y seamos rivales en público y amigos en secreto.

—Me habeis hablado, repuso Antonio Perez, de que poseéis armas poderosas contra el duque de Alba.

—Juzgad vos mismo. El arzobispo de Toledo recibió hace años una carta, en la que se acusaba de traidor á D. Luis de Requesens, suponiendo que vendia al enemigo los planes de campaña del emperador.

—Don Gonzalo mi padre puso preso al general de órden del Rey.

—Veo que estais enterado del caso. En efecto; todo se conjuró para hacer creer que D. Luis habia recibido noticias de los proyectos del César contra la Francia, porque su pericia militar le hizo concebir y esponer en consejo los mismos que acababan de realizarse por nuestras armas en la Lorena.

—Tampoco ignoro que el duque Mauricio, disfrazado de correo, fué quien trajo á D. Felipe ciertos despachos, y quien declaró la inocencia de D. Luis.

—A quien el Rey nombró despues Comendador Mayor de Castilla para indemnizarle del disgusto que le habia causado cuando era regente del reino. Apuesto con todo, á que no ha llegado á vuestra noticia el nombre del que dirigió la trama contra tan valiente soldado.

—Juan Vazquez.

—Perfectamente. ¿Y ese Juan Vazquez?

- Es el secretario del duque de Alba.
- Lo era, señor Antonio Perez, porque hace años que está en la eternidad.
- Pero dejaria en este mundo algunas pruebas contra el duque.....
- Irrecusables, amigo mio, y yo las tengo.
- ¡Ah!
- Es una historia algo triste, pero os la voy á referir.
- Podeis creer que no perderé una sílaba de vuestro relato.
- El duque de Alba, á pesar de su carácter artificioso y maligno, es el primer general de la monarquía española, lo cual no le impide consagrar á los placeres y locuras del amor el tiempo que le deja libre el servicio de las armas. Habeis, pues, de saber que entre todas las hermosuras, que engalaban la córte de Valladolid, antes que D. Fernando Alvarez de Toledo se embarcase para la gran expedicion de Túnez, era la mas celebrada doña Magdalena de Ulloa, que acababa de dar su mano al honrado caballero D. Luis Quijada, muy querido del Emperador, despues su mayordomo, y hoy señor del alcázar de Villagarcía. El duque, á fuer de soldado emprendedor, intentó repetidos asaltos contra el recato de aquella dama, que habia cautivado su pecho; pero la fortaleza se mantuvo inespugnable, y despues de infructuosos, aunque reñidos ataques, tuvo que abandonar el cerco el enamorado sitiador, para dirigirse á la costa de Africa. Mas no os figureis que renunció por eso á sus atrevidas esperanzas, porque la imágen de doña Magdalena le siguió á todas sus campañas. Para abreviar mi cuento, os diré por último, que habrá como unos once años sé hallaba el bueno del duque en Ratisbona con el emperador, y habiendo sorprendido no sé que relaciones amorosas entre D. Luis Quijada y una dama principal de Flandes llamada Bárbara Blomberg, concibió el diabólico plan de malquistar á la señora de Villagarcía con su esposo. Por aquel mismo tiempo ocurrió lo de la carta del secretario Juan Vazquez. Don Fernando Alvarez de Toledo queria perder á todo trance á Requesens, cuya influencia y grandes conocimientos militares le causaban enojos, y así fué que hizo escribir á Vazquez aquella malhadada epístola para el arzobispo de Toledo.
- ¡Miserable trama! exclamó Antonio Perez. ¡Enredo indigno de tan alta persona!

—No fué esa su única torpeza, prosiguió el príncipe de Ebolí: después de haber despachado la carta con un correo que, como sabeis, cayó en poder del duque Mauricio de Sajonia, quiso el de Alba que el mismo Juan Vazquez pasase á España é informase á doña Magdalena de los devaneos de su esposo; al efecto le encargó que se avistase con el Padre superior del monasterio de la Espina, respetable varón que murió hace dos años en olor de santidad, de modo que el secretario llegó un mes poco mas ó menos antes que el elector á Castilla, y disfrazándose de ermitaño, declaró al monge, bajo secreto de confesion, aunque sin dudar del resultado de su estratagemá, todas las noticias que su amo le habia encargado. Admirad ahora, señor Antonio Perez, los arcanos de la Providencia. Poco despues de haber salido Juan Vazquez del convento de la Espina, fué asesinado en las inmediaciones del alcázar. ¿No sospechais quien le seguia los pasos?

—Empiezo á comprender el misterio de ese crimen.

—No se queria su muerte, sino que entregase la carta que él mismo habia escrito contra Requesens, la cual estaba entonces en poder del Elector disfrazado de correo: era preciso poseerla, pero el secretario se resistió resueltamente á darla y....

—Le hicisteis matar.

—¡Yo!

—¿Pues quién?

—Sospeché que él era la víctima, cuando D. Luis de Requesens, despues de su cautiverio de una noche en el alcázar, me refirió lo que allí habia ocurrido con los asesinos de un hermitaño.

—Pero las pruebas que poseeis....

—Me fueron entregadas sin decirme que Juan Vazquez habia perecido. Hace mas de treinta años, señor Antonio Perez, que estoy mezclado en el manejo de los negocios, y no me hareis tan ciego ni tan faltó de seso, que desconozca los ódios, las rivalidades y las envidias de los que hace mucho tiempo aspiran á gobernar el reino. Jamás me ha mirado el duque de Alba con buenos ojos y sé que está pronto á aprovechar la primera coyuntura para derribarme: por eso he opuesto la astucia y la prudencia á su orgullo y altanería; por eso he querido enterarme de sus secretos, para no tener que darle mas que un golpe certero. Siempre ha tenido á su lado un espía de

Ruy Gomez de Silva, y hé aquí por qué Ruy Gomez de Silva supo los intentos de Juan Vazquez en su viage á Castilla. La detencion del correo y la venida del Elector fueron acaso que me favorecieron mas, porque yo buscaba una carta, y encontré apuntados en la cartera del secretario los proyectos amorosos del duque y los planes que fraguaba contra mí y contra los míos.

—Poco ha me dijisteis que soy el político mas hábil de estos tiempos, yo á mi vez os reconozco por el diplomático mas consumado de Europa.

—Con todo, amigo mio, tened presente una cosa que puede interesaros para mas adelante.

—¿Cuál es?

—Que los dos tenemos que aprender mucho de nuestro rey y señor D. Felipe el segundo.

—Si nos unimos estrechamente, echaremos por tierra á nuestros rivales en privanza.

—¡Pues qué! ¿No lo estamos ya? Os he confiado un secreto muy importante.

—Cuando yo tenga alguno que guardar, lo depositaré en vuestra prudencia. Entre tanto, no lo olvideis; es preciso que nos aborrezcamos de todo corazon.

—Y con toda el alma.

Al decir esto, volvió á estrechar con efusion el príncipe de Eboli la mano, del jóven y saliendo del palacio, se dirigió á su morada lleno de satisfaccion, pues imaginaba que aun cuando él muriese, siempre dejaria al frente del partido que capitaneaba en la córte, un caudillo capaz de habérselas ventajosamente con el duque de Alba y con todas sus hechuras. Antonio le vió partir sonriéndose, y murmuró entre dientes:

—¡Pobre viejo! Se cree un sábio y me otorga su confianza, sin recelar que puedo venderle. ¡Oh! No haré tal por todos los tesoros de la tierra, mas tampoco conocerá el menor secreto mio, porque temo su locuacidad.

Hecho este propósito, salió del salon y llamando á un page de la Reina que encontró al paso, le advirtió que cuando Su Alteza le requiriese, no le llevasen recado á su posada y sí al convento de San Francisco. A él se encaminó sin detenerse y sin hacer caso de las demostraciones de respeto que le prodigaban, al atravesar las calles, todos cuantos sabian que aquel modesto jóven era el favorito del rey.

CAPÍTULO VII.

En el cual se explica como puede entrar un amante en casa de un marido zeloso.



UANDO Antonio Perez significó claramente á D. Ruy Gomez de Silva que no tenia secretos que guardar, no le habló como verdadero amigo: existia uno que atormentaba su alma sin dejarle momentos de reposo, y ciertamente no debemos culparle por su falta de franqueza para con el encumbrado protector que le habia legado su padre, porque dejando á un lado la razon que ya conocemos, el secreto de aquel jóven era de tal naturaleza, que el Príncipe debia ser tambien la única persona, á quien jamás hubiera osado confiarlo. El protegido del príncipe de Eboli amaba perdidamente á doña Ana de Mendoza, cuya belleza y donosura eran el embeleso de la córte, y su desasosiego crecia de punto, por

cuanto ignoraba el resultado de las gestiones que habia puesto en juego, para conquistar el corazon de la mas rica dama de Castilla. Por lo mismo que Ruy Gomez le prodigaba todo su afecto, temia que su venganza estallase con mayor furia, si llegaba á descubrir lo que á él tanto importaba ocultar de su perspicacia, y esto le obligaba á valerse de prudentes precauciones, que no le comprometiesen ni burlasen sus esperanzas.

Entre el príncipe de Eboli y su esposa mediaba la diferencia de treinta y cuatro años de edad, circunstancia favorable para las locas pretensiones de un jóven, que solo contaba diez y siete. Otras habia asimismo que alentaban sus deseos.

Don Diego Hurtado de Mendoza y doña Catalina de Silva habian entregado la mano de su hija, cuando todavía era esta niña, no á un esposo amante, sino á un pariente de gran valimiento en la brillante córte de Cárlos V, á un mentor del heredero de la corona. Semejante union no podia ser dichosa, porque D. Ruy Gomez hablaba de tratados y negociaciones, cuando doña Ana solo pretendia jugar á las muñecas. Esta oposicion de gustos é inclinaciones habia de aumentarse, por precision, andando el tiempo, hasta convertirse en alejamiento y hastío. Bien es verdad que la princesa de Eboli no jugaba ya á las muñecas, pero en cambio sabia que era hermosa y de ilustre sangre, que por este lado nada tenia que agradecer á su esposo, que el príncipe podia pasar por viejo á su lado, y que en la córte habia mas de un apuesto galan que suspiraba por ella. Era pues doña Ana coqueta y orgullosa, lo cual, y especialmente lo primero, exasperaba en alto grado á D. Ruy Gomez, que tenia fama de marido zeloso y de cumplido caballero.

Era ya muy cerca del anochecer cuando Antonio Perez, embozado en su capa hasta los ojos, llegó al claustro del convento de San Francisco. Un lego que se paseaba con las manos cruzadas sobre el pecho, aguardaba sin duda á nuestro jóven, porque al oir sus pisadas se detuvo, y despues de saludarle humildemente le dijo:

—Mi comision queda cumplida.

—Perfectamente, hermano, le contestó Antonio Perez: ahora solo me falta saber qué semblante presenta el asunto.

—Muy risueño, si he de juzgar por el de la doncella, repuso el lego. Tomó los diez escudos con muestras de muchísimo contento y me prometió maravillas.

—Ya; pero ¿y la entrevista?

—Tambien ha dicho que acudirá á la cita que Vuesa Merced le ha señalado.

—No quiero saber mas, hermano, pero reciba estos cuatro escudos, únicos que me quedan hoy del dinero que he metido en el bolsillo, y vaya á verme á mi posada para que le gratifique mas generosamente.

—Me doy por bien pagado, señor Antonio Perez, y solo deseo que el príncipe D. Ruy Gomez de Silva no entienda que ando en estos tratos.

—¿Qué tiene que ver el Príncipe con los amores de una doncella de su casa?

El lego guardó los escudos en la manga de su hábito, castañeteó con los dedos en el aire y murmuró, entrando al mismo tiempo en la iglesia:

—¡Cómo que yo acabo de nacer, para figurarme que el señor Antonio Perez pica tan bajo.

El jóven no oyó ó fingió que no habia oido estas palabras y se retiró del claustro. Al entrar en su posada le dijeron que un escudero del príncipe de Eboli habia llevado una carta para él: estremeciése con esta nueva y cubrió todo su cuerpo un sudor frio, porque supuso que la doncella de doña Ana le habia hecho traicion, enterando á su amo de los ataques que estaba sufriendo la fortaleza de su honor: desvaneciéronse empero sus temores luego que, solo en su cuarto, abrió la carta de su protector, la cual estaba concebida de esta manera:

«Señor Antonio Perez: Siempre que vuestro juicio os aconseje que mireys bien por vuestra seguridad, lo podreis hazer, encargando el recaudo della á la persona que entiendo nombraros, como la mas ressuelta y apropósito para negocios graves. Y la dicha persona es un cierto aragonés, que tiene por nombre Juan de Mesa, y es mozo avisado y de chapa, y él os espantará de buen grado al enemigo que os estorbe. Esto que al presente os escribo completa mi relacion desta tarde de la historia del ermitaño. Y nada mas se me ofrece dezyros, porque ny yo debo hazerlo, ny vos soys romo de entendimiento para dejar de comprenderme.

Vuestro afectísimo servidor y buen amigo

«El de Silva.»

— ¡Ira de Dios con el voceador! exclamó el jóven, no bien hubo terminado la lectura de tan estraña misiva. ¿Qué necesidad tenia yo de saber el nombre del asesino de Juan Vazquez? ¿Me hallo por ventura en el caso de deshacerme de alguno que me moleste? Está visto que el Príncipe no es hombre, en quien yo puedo depositar mi confianza, si no quiero ver pregonados mis secretos por todas las trompetas de la fama. De nada me sirve hoy este papel, añadió doblándolo y acercándolo á la llama de la bugía que ardía sobre la mesa; mas asaltóle otro pensamiento distinto, y separando la mano de la luz, murmuró sonriéndose:— ¡Quién sabe si D. Ruy Gomez será mañana mi mas implacable enemigo! Si tal llega á suceder, no me valdrá poco la conservacion de esta prueba. Guardémosla, que la Providencia no la ha puesto inútilmente en mis manos.

Despues de tan maquiavélica reflexion, metió la carta del Príncipe entre sus papeles de familia y luego de haber cenado con regalo, se acostó pensando en doña Ana y en el brillante porvenir que le brindaba la fortuna.

Las diez serian de la siguiente mañana, cuando una mujer como de veinte y siete años, de sonrosadas mejillas, pelinegra y de ademan resuelto, se dirigía hacia la orilla del Pisuerga. De vez en cuando detenia el paso para mirar hácia atrás, como recelosa de que alguno la siguiese, y al pasar junto á las pocas personas que encontraba, escurríase con ligereza, semejante á una ánguila, clavando la vista en el suelo y esquivando el rostro, á fin de no ser conocida. Despues de mil vueltas y revueltas, que daban á entender lo mucho que la importaba ocultar su paseo, llegó á la márgen del rio y allí hizo alto, porque observó que un hombre embozado, hasta entonces entretenido en contemplar los caprichosos giros de las cristalinas aguas, echó á andar hácia ella. Aquel hombre era sin duda el que buscaba, porque le esperó sin dar muestra alguna de temor, y aun manifestó cierta impaciencia porque, á su parecer, tardaba en reunírsele, impaciencia que se tradujo por un gesto significativo y un movimiento de cabeza. El embozado, por su parte, no se hallaba menos interesado en recatarse de los curiosos que la casualidad podía conducir á aquel sitio, y caminaba despacio para acercarse á la mujer tapada, porque queria dar á su encuentro con ella las apariencias de un caso imprevisto. Reuniéronse por último los dos á la entrada de un

bosquecillo inmediato al río, y el embozado fué el primero que rompió el silencio, diciendo á su compañera:

—Ya veo que no mintió el buen lego de San Francisco, y cuento por ganados los cuatro escudos que le dí.

—Es decir que dais por perdidos los diez que ayer me enviasteis, replicó la tapada.

—En prueba de lo contrario, aquí tienes otros diez, contestó aquel poniendo en manos de ésta la suma que decia.

—Sois un enamorado generoso, si los hay.

—Y tu una bribona que harás cuanto yo quiera.

—¿Quién lo duda? Sabeis conquistar las voluntades de una manera

—Tu fortuna corre de mi cuenta, si haces que doña Ana corresponda á mi amor.

—¿Por qué he de engañaros encareciendo mis servicios? Sabed que no es muy difícil lo que me pedís.

—¡Ah! ¡Cómo así!

—Por lo pronto estad cierto de que mi señora tiene grandísimos deseos de trataros, porque el estafermo D. Ruy Gomez ha hablado de vos y os ha puesto en los cuernos de la luna.

—¡Qué hombre tan imbécil! ¡Y se cree un gran diplomático!

—¿Qué decís?

—Nada, nada; prosigue.

—Como habeis oido, doña Ana os recibiria en su casa con mil amores, pero no se atreve á solicitar del Príncipe vuestra entrada en ella, porque es zeloso como un puerco-espín.

—Buen remedio; que salga doña Ana, avisándome de antemano, y podremos vernos en otra parte.

—Es el caso que eso..... supone desde luego una cita amorosa.

—No la supone, sino que lo es.

—Mas primero conviene averiguar si ella os tiene afición.

—¿Pues no has asegurado.....

—Que rabia por gozar el irresistible hechizo de vuestra conversacion.

—¿Me adulas?

—¡Bah! No por cierto. Y..... ya veis; el desear oiros no es amarnos.





Tu fortuna corre de mi cuenta, si haces que doña Ana corresponda
á mi amor.

—¿Y qué debemos hacer para que me oiga?

—Estoy pensando en ello desde ayer, y no parece sino que vuestros últimos diez escudos han acabado de aguzar mi ingenio, porque he dado en el hito.

—Eres una doncella de gran provecho para los amantes, y una calamidad desastrosa para los maridos.

—¿Qué quereis? Cuando son viejos y regañones.... Además, abrigo un alma compasiva, y no puedo ver, sin que se me parta el corazón, los malos ratos que pasa mi pobre señora.

—¡Ah! ¿Conque el de Silva la hace sufrir?

—En primer lugar, haceos cargo de su figura; un arcon sobre dos postes retorcidos, que tal es su cuerpo y tales son sus piernas: en segundo lugar, aquellos brazos, que mas bien pueden llamarse aspas de molino de viento: y luego su génio, y su interminable charlar del Rey y de la guerra, y sus alifafes, y sobre todo sus cincuenta años que cumplió por San Juan. ¿Os parece que todas esas prendas reunidas son apropósito para cautivar á una niña de diez y seis abriles?

—Pero ¿quién diablos te ha enseñado tanta filosofía?

—¡Oh! He visto ya el mundo, aunque no soy tan vieja como el príncipe de Eboli mi señor, y he tenido un maestro que ni pintado.

—Bien: otro dia me contarás tu historia, que debe ser materia entretenida. Lo que ahora me interesa es saber lo que te propones intentar en favor mio. Decias que tu sutil ingenio....

—En efecto: si quereis tener entrada segura en casa de D. Ruy Gómez, pasad esta tarde por debajo de sus balcones, cuando el Príncipe y mi señora estén asomados para tomar el fresco, segun acostumbra todos los dias.

—¿Y qué mas?

—Eso es cuanto teneis que hacer; el resto me toca á mí.

—Basta; cumpliré lo que me encargas.

—Os advierto que en presencia de mi señor os hagais el santo, porque observará hasta el modo con que respirais: nada de requiebros á la Princesa, porque el bendito esposo tiene narices de perro perdiguero y huele los galanes á la distancia de dos leguas.

—Seguiré en todo tus consejos, pues eres mujer que lo entiendes. Separémonos ahora para volver á la ciudad, y si alguna noti-

cia tienes que comunicarme, ó si yo te necesito, ya conoces al lego Damian.

—No os dejaré, señor Antonio Perez, ya que tan buena ocasion se me presenta, sin demandaros una gracia.

—Dála por concedida, si está en mi mano.

—Se trata de la colocacion de un pobre diablo; honrado eso sí, por cuatro costados y soldado valiente de los tercios de Flandes: es primo hermano mio y hombre ya maduro, con la añadidura de cristiano viejo, como lo fueron sus padres en tierra de Aragon. Supuesto que gozais de tanto favor en la córte, segun he oido asegurar á D. Ruy Gomez de Silva, poco trabajo os costará sacar para ese desgraciado pariente alguna cosa.

—Tus razones me recuerdan el pensamiento que tengo de establecer casa propia en la ciudad y que pronto necesitaré un mayor-domo. Presénteseme ese veterano de las tropas imperiales, y cuidaré de su establecimiento.

La doncella de la Princesa dió las gracias con remilgada coquetería á su jóven protegido, y reiterándole el encargo de que no faltase al paseo de la tarde por la calle en que vivia D. Ruy Gomez, se separó de él dirigiéndose á la ciudad con las mismas precauciones y rodeos, que habia puesto en juego para acudir á la cita. Antonio Perez dió algunas vueltas por el campo, hasta que imaginando que su deber le llamaba á donde pudiese saber si habian llegado despachos del Rey para el Consejo, entró tambien en Valladolid y se encaminó al palacio del gobierno.

Al entrar en el salon que ya conocen nuestros lectores, encontró al cardenal Espinosa, que acababa de salir de la cámara de la Reina y le preguntó por la salud de S. A.

—Los médicos aseguran que la indisposicion es leve, le contestó el prelado.

—¡Cómo! exclamó Antonio Perez; ignoraba que estuviese enferma.

—Mal de ausencia, jóven; la repentina marcha del Rey la tiene triste.

—Síntolo á fé de leal servidor.

—Y paréceme que todos tendremos que sentir antes de mucho tiempo.

—Esas palabras, señor cardenal, encierran algun misterio.

—Misterio, que estoy pronto á publicar á todas horas, señor Antonio Perez; la Reina padece y su enfermedad es grave.

—¿Qué me anunciáis?

—Que los médicos de Su Alteza son unos topos; que esa pobre mujer se agosta poco á poco en Castilla.

—¿Y el Rey?

—El Rey la ama tiernamente, y nada ha visto, porque ella le oculta sus crueles sufrimientos, agravados hoy con una separacion tan brusca. Doña Maria creyó que el monarca de Castilla era un caballero galante, cortesano; amigo de fiestas y de zambras, y se ha visto en los brazos de un gobernante severo, celoso de las prerrogativas de su régia autoridad, y atento únicamente á conservar y á administrar con rigurosa justicia los vastos dominios que ha heredado.

—Digan lo que quieran los que le motejan de cruel y de hipócrita, acabais de trazar el verdadero carácter del rey D. Felipe.

—Carácter opuesto al de la Reina.

—¿Y decís que su dolencia es grave?

—Como que no tiene cura.

—¿Qué nuevas me dais del príncipe D. Cárlos?

—Es niño que piensa demasiado para su edad. Hace muy poco me preguntó, si el Rey su padre se encamina á Flandes con el propósito de quemar hereges.

—Yo creo que el farsante Baltasar Cisneros le tiene vuelto el juicio.

—Lo que puedo aseguraros es que aborrece con toda su alma á D. Ruy Gomez de Silva, su ayo, desde que ha llegado á entender que su mujer es jóven.

—¿Y qué le importa eso á él?

—Es un capricho que se le ha metido en la cabeza. Tambien jura que apenas vuelva á España el duque de Alba, ha de morir á sus manos, porque se ha constituido en verdugo de los Paises Bajos.

—¿No os figurais que si el Rey llega á enterarse de todas esas cosas, arrugará el entrecejo?

—Podeis vivir persuadido de que no será yo quien las ponga en su noticia.

—Obrareis en ello con mucha prudencia, señor Cardenal, porque ese jóven visionario dará que hacer á su padre.

—Y tambien á la Inquisicion.

—¿Eso mas?

—Es un herege, á pesar de sus pocos años.

—Cuando vos que sois voto en materias de Religion, lo decís....

—Ya vereis, ya vereis los frutos que con el tiempo dará el arbolillo.

Aquí llegaban de su diálogo nuestros dos cortesanos, cuando apareciendo en el salon un page de la Reina, anunció al Cardenal que Su Alteza le llamaba. Entró Espinosa en la estancia de doña Maria y Antonio Perez en su despacho, que era la misma cámara del Rey, á quien escribió sin perder momento y punto por punto la conversacion que acababa de tener con el primero. Poco despues se retiró á su posada, y como á media tarde salió, atildado con particular esmero, á lucir su gallardía y sus galas en la calle de San Francisco.

Hallábanse ya en el balcon de su magnífica casa, tomando el fresco, la bellísima doña Ana de Mendoza, de Silva y de La Cerda, y su muy ilustre esposo D. Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli. Multitud de damas y caballeros cubrian la carrera en direccion al Campo Grande, que en aquella época era el paseo de moda, y todos saludaban y hacian besamanos á los afortunados esposos, que cual dos tiernísimos amantes, platicaban afectuosamente, pasando revista á la nobleza de ambos sexos, que discurría por la ancha calle de San Francisco.

—¿No os parece, doña Ana, preguntó Ruy Gomez á la Princesa, que cuadra muy mal el regocijo de esos nobles y el alarde que hacen de sus galas con la partida del Rey y la enfermedad de la Reina?

—Sois la quinta esencia de la política y de la diplomácia, Príncipe, le contestó aquella sonriéndose con amable coquetería, y por lo mismo deseais que vistamos luto, porque D. Felipe se ha ido á Flandes á quemar protestantes. Ya veo que su ausencia os dá pena y que nada puede consolaros, pero esa no es bastante causa para que los demas estemos tristes: no todos tenemos que ocuparnos en los graves negocios del Estado.

A pesar de la ironía que revelaban las palabras de doña Ana, recibíólas Ruy Gomez como moneda corriente y quedó satisfecho de

ellas: no queriendo, sin embargo, aparentar que cedia sin réplica en la cuestion por él entablada, repuso con entereza:

—¿Y qué decís, señora, de las pocas simpatías que inspira á nuestros grandes la doliente situacion, en que se halla la reina doña María.

—Que esa indiferencia se explica de un modo natural y sencillo.

—¡Cómo! No os entiendo.

—Con dos palabras podeis quedar enterado.

—Pronunciadlas.

—Es estrangera.

Miró Ruy Gomez á su esposa, porque no acertó á rebatir una razon tan convincente, y se ruborizó al verse confundido por una niña. No era con todo el príncipe de Eboli hombre capaz de negarse á proseguir una polémica, aun cuando se viese vencido á las primeras de cambio; así pues, volvió á la carga replicando:

—No ignorais, doña Ana, el grande amor que Su Alteza tiene á la hija de doña Catalina de Aragon.

—Y de Enrique VIII, murmuró su esposa con marcada intencion.

Mordióse los lábios Ruy Gomez, pero añadió con tenaz empeño:

—La madre de nuestra Reina es al cabo una princesa española.

—Y el padre un monarca inglés, observó doña Ana con impertertable sangre fria.

Batido en sus últimos atrincheramientos, hizo todavia un esfuerzo el viejo diplomático antes de pronunciarse en retirada, y apeló á la sensibilidad de su esposa, contra las ideas que esta misma acababa de emitir como mujer de partido.

—Parece, dijo, que á la pobre doña Maria aqueja una grave enfermedad: debemos compadecerla, que al fin es una dama y se halla en pais extraño.

—Eso sí, respondió al punto la Princesa; compadezco de todo corazon á la Reina, porque sufre. Por lo demás, hubiera debido atender á lo que hacía, antes de dar la mano al rey D. Felipe.

—Doña Ana.... Doña Ana.... Vos no podeis ignorar que ciertos matrimonios se conciertan.....

Detuvo Ruy Gomez el final de la frase entre sus lábios, porque al oir doña Ana las palabras, *vos no podeis ignorar*, miró á su esposo, como la víctima, pronta á sucumbir, debe mirar á su asesino.

El Príncipe, sin embargo, no se dió cuenta de los sentimientos que imprudentemente acababa de despertar en la memoria y en el corazón de aquella jóven, cuyo himeneo habia sido tambien concertado, y creyó de buena fé que acaso se habria sentido indispueta.

—¿Qué teneis? la preguntó con vivísimo interés: vuestro semblante se ha demudado.

—Vapores, contestó doña Ana, sonriéndose melancólicamente: esto pasará pronto.

—Siéntolo en el alma, repuso el Príncipe dirigiendo la vista hácia el extremo de la calle, porque vais á retiraros del balcon, y he ahí que os privaréis de ver pasar al señor Antonio Perez, jóven de grandes esperanzas, hábil político y uno de los hombres á quienes el Rey mas quiere.

—¿Deseais efectivamente que le vea?

—Aqui llega ya: mirad su noble apostura y me direis maravillas de mi protegido.

—¿Pues no habeis manifestado que el Rey.....

—Cierto; le tiene en grande estima, pero el secretario Gonzalo Perez, su padre, me lo recomendó poco antes de morir.

Al mismo tiempo que así hablaba Ruy Gomez, llegó Antonio Perez al portal de su casa, y habiéndose detenido un instante para saludar cortesmente á su protector y á la bellissima jóven que tan desasosegado le traia, iba á proseguir su camino, cuando saliendo dos hombres de aquel mismo portal, se atravesaron en la acera, en ademán de trabar refriega uno contra otro, y cogiendo en medio al jóven, le dieron tan terrible empujon, que fué á caer cuan largo era dentro del espacioso zaguan. Terminada esta hazaña, desaparecieron entre la multitud aquellos camorristas y nadie supo dar razon de ellos. Pero doña Ana de Mendoza dió un grito y abandonó el balcon llena de sobresalto; la doncella, que acudió al momento y se dió por enterada de lo que queria decir el grito de su señora, exclamó que era una inhumanidad no socorrer al hombre que habia medido con su cuerpo el suelo del zaguan; y Ruy Gomez, persuadido por aquel grito y aquellas exclamaciones, llevado al mismo tiempo por la inclinacion afectuosa que le inspiraba Antonio Perez, y considerando que si le dejaba marchar sin enterarse del estado en que se hallaba, y sin hacerle al menos reponerse en su morada de tan

inesperado accidente, se hablaría al siguiente día, en la corte de su mal proceder, ordenó al punto que bajasen al zaguán sus criados para socorrerle y que le ayudasen á subir, alentándole si lo había menester, y diciéndole que el príncipe de Eboli, aunque enemigo suyo, le rogaba que dispusiese de su casa en aquel trance. Toda la chusma de sirvientes se puso en movimiento, pero la doncella fué la primera que bajó y encontró á Antonio Perez limpiándose el sombrero, y arreglando sus plumas, que habían padecido algun tanto en la brusca sacudida: por lo demás, nada indicaba que el jóven hubiese sufrido la mas pequeña lesion, pues los hombres que con él tropezaron le empujaron con mas maña que fuerza, á fin de que no se lastimase. Acercósele la tapada del Pisuerga, conteniendo la risa que rebosaba en todo su cuerpo, y le dijo precipitadamente:

—Señor Antonio Perez, he cumplido mi palabra y arriba os esperan; haced de modo que os duela alguna cosa, para que la mentira parezca verdad.

El jóven estrechó la mano de la doncella y siguió á los criados que llegaron á socorrerle, asegurándoles que de resultas de la terrible caída que acababa de llevar, tenía molidos, ya que no descoyuntados, todos los huesos. Ruy Gomez y doña Ana le salieron al encuentro en lo alto de la escalera, condoliéronse de su desgracia y le acompañaron hasta dejarle sentado en un magnífico sillón de la estancia principal.

De este modo consiguió Antonio Perez poner los piés en una casa, cerrada herméticamente para todos los jóvenes de la corte, merced á los desvelos con que el celoso y desconfiado Ruy Gomez de Silva atendía al cuidado de su honra.

CAPÍTULO VIII.

Un castellano á prueba de bomba.



U n año hacía que el rey D. Felipe se hallaba en Flandes, pero el tiempo no había transcurrido inútilmente para su actividad. El ejército español, confiado á la pericia del duque de Saboya, contramarchó rápidamente hácia la Picardía y sentó sus reales delante de San Quintin. No bien tuvo noticia de este estratégico movimiento el condestable de Montmorency, cuando reuniendo todas sus fuerzas disponibles, voló en auxilio de la ciudad amenazada, pero se aproximó tanto á los atrincheramientos de los sitiadores, que su valor y su imprudencia le perdieron. Se vió en efecto rechazado por todas partes, despues de desesperadas aunque infructuosas tentativas para abrirse paso hasta la plaza, y habiéndose pronunciado en retirada, fué atacado tan impetuosamente

por la caballería del Rey al mando del conde de Egmont, que sus tropas se desordenaron, apelando á la fuga para salvarse y dejando el campo cubierto de cadáveres. La victoria no pudo ser mas completa para las armas españolas, supuesto que perecieron en tan sangrienta batalla el duque de Enghien, príncipe de la Sangre, el Condestable y su hijo primogénito, el mariscal de San Andrés, los duques de Montpensier y de Longueville y el vizconde de Turena.

A tan señalado triunfo siguióse la rendicion de San Quintin, cuya aguerrida guarnicion con su caudillo, el intrépido Coligni, quedó prisionera. Don Felipe, que habia fijado su residencia en Cambray, se trasladó inmediatamente al teatro de las glorias de su ejército, al cual se manifestó sinceramente reconocido, y atribuyendo tan brillantes ventajas á la proteccion especial del cielo, por mediacion de San Lorenzo, en cuya festividad se habian conseguido, determinó construir en su nombre el monasterio del ESCURIAL, que aun hoy es tenido por la octava maravilla.

Privado Paulo IV del apoyo de la Francia, tuvo que recurrir á los venecianos para que negociasen la paz entre el rey de España y la Santa Sede. El piadoso D. Felipe se apresuró á reconciliarse con el Papa, devolviéndole todas las plazas del territorio eclesiástico que ocupaba, y enviando al duque de Alba á Roma para que le besase los piés.

Al año siguiente se dió entre españoles y franceses la famosa batalla de Gravelinas, fatal para estos últimos y que obligó al duque de Guisa á retirarse de las fronteras de los Países Bajos, para reconcentrar sus diseminadas fuerzas en la Picardia, á donde le siguieron intrépidamente Filiberto de Saboya y el valiente conde de Egmont. Iba sin duda á empeñarse una accion decisiva en las inmediaciones de Dourlens, cuando intervino el legado del Papa con sus buenos oficios, y alcanzó del rey D. Felipe una suspension de hostilidades, que en breve debia producir una paz durable entre las dos naciones.

Los preliminares del tratado de Chateau-Cambresis permitieron al Rey volver á España, por lo que partió de Zelanda y desembarcó en el puerto de Laredo, marchando en seguida para su córte de Valladolid, sin haber descansado un instante, pues acababa de recibir una terrible nueva: la reina doña María estaba agonizando



La ciencia de los mas afamados médicos habia combatido, aunque tarde, una afeccion que se calificó entonces de *mal de ausencia*, porque los castellanos dieron en la flor de burlarse del dolor que habia manifestado la Reina el dia de la partida de su esposo: pero aquel mal hizo en poco tiempo rápidos progresos; la melancolía, el abandono de los encargados de curarle y su ciega ignorancia agravaron los síntomas, y cuando quisieron contener sus estragos, equivocaron el rumbo, porque no conocieron que en aquella preciosa existencia mas enferma estaba el alma que el cuerpo.

Don Felipe no abandonó un momento desde su llegada, el lado de su régia consorte, á la que prodigó afectuosísimas muestras de cariño, y precisamente se hallaba á la cabecera de su lecho con el mismo traje que tenia puesto, cuando abandonó la nave que le habia traído á su patria, á tiempo que se presentó en la estancia el príncipe D. Carlos. Abrazóle el Rey con ternura y señalándole con la mano á la infortunada doña Maria, le dió á entender que habia llegado á verle en mala coyuntura. Aquel niño de catorce años no se dió, ó no quiso darse por entendido de la advertencia, y empezó á quejarse al Rey, en voz alta, de la severidad de su ayo el príncipe de Eboli, y de la injusticia con que era tratado el cómico Cisneros.

—Ya me hablaréis de eso mas tarde, le contestó D. Felipe sin inmutarse; ya veis, hijo mio, que necesito sosiego en estos instantes.

—Los reyes, repuso el jóven con petulancia, solo pueden vivir sosegados cuando hacen justicia.

Don Felipe bajó los ojos y luego dirigió la vista á derecha é izquierda para observar si alguno mas que él habia oido las palabras de su hijo. Las personas que ocupaban la cámara de la Reina se mantenian á respetuosa distancia de su lecho y esta circunstancia tranquilizó al monarca. Un movimiento de la moribunda le obligó á levantarse del sillón; examinó atentamente su rostro y en seguida llamó al cardenal Espinosa, á quien dijo en voz baja:

—Ejerced con la reina doña Maria vuestro sagrado ministerio: solo Dios puede hacer el gran milagro de prolongar sus dias.

Acto continuo hincóse de rodillas para responder á las oraciones que el cardenal empezó á recitar: antes de concluir las, se oyó en la cámara un sollozo, al cual siguieron dos ó tres suspiros ahogados.

La duquesa del Infantado corrió al lecho y miró tristemente al Rey que acababa de alzarse del suelo, apoyado en el brazo del cardenal de Mendoza.

Todo había terminado, y la reina estrangera, como decia la princesa de Eboli, la hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon ya no existia. Don Felipe, sin pronunciar una frase, cogió al príncipe D. Carlos por la mano y abandonó aquella estancia en que reinaba la muerte.

Ocho dias despues de este triste acontecimiento, se hallaba doña Magdalena de Ulloa recamando un magnífico tapiz en el suntuoso salon del alcázar de Villagarcía. Ya no era la bellísima y arrogante matrona que, catorce años atrás daba órdenes terminantes á sus escuderos y hombres de armas; una tristeza profunda y resignada habia apágado el brillo de sus hermosísimos ojos y teñido de mortal palidéz sus antes rosadas y frescas mejillas. ¿Qué desgracia habia ocasionado tan extraordinaria variacion? Vamos á esplicarla.

No habrán olvidado seguramente nuestros lectores aquella visita que hizo á la antigua fortaleza el venerable superior del monasterio de la Espina, para afligir el corazon de su guardadora con la infausta nueva de la infidelidad de su esposo. Desde ese dia todos fueron tristes y melancólicos para la noble castellana, pues aunque el tiempo disminuyó la cruel amargura de tan insufrible tormento, el dardo punzante de los celos quedó clavado en su alma, y su intenso dolor, subordinado al imperioso freno que le imponia el orgullo, iba minando poco á poco una existencia, consagrada al penosísimo cumplimiento de los deberes de esposa. Porque D. Luis Quijada no se encontraba ya ausente de Villagarcía, y los pronósticos revelados por el hermitaño al monge de la Espina se habian convertido en realidades. En efecto; el mayordomo del emperador Carlos V habia vuelto de Alemania hacía diez años, llevando consigo á Villagarcía un niño de catorce, que presentó á doña Magdalena sin esplicar á ésta de qué familia procedia, aunque rogándola con efusion y encarecido empeño que fuese para él una verdadera madre. El amor propio de la esposa ofendida se rebeló contra una súplica tan temeraria, pero la prudencia y su propio decoro impusieron silencio á la indignacion, que se preparaba á estallar en quejas. Tal vez una esplicacion sincera por ambas partes hubiera ahorrado muchísimos

disgustos y sinsabores á la desventurada doña Magdalena, pero ésta callaba por dignidad y D. Luis Quijada por deber. Amábanse á pesar de todo tiernamente, con la diferencia de que la esposa no tenía fé en el cariño del esposo, al paso que este no adivinaba la causa del continuo malestar y desasosiego de aquella. Crecia entre tanto el niño y aleccionado por el señor del alcázar, así en la equitación como en el manejo de las armas, daba á entender que sería con el tiempo un guerrero afamado: la misma doña Magdalena, aunque convencida de que era fruto de los ilegítimos amores de su esposo, se mostraba con él cariñosa, sirviéndole de amable preceptora en el perfeccionamiento del habla castellana, que habia emprendido con notable ahinco; y no solo lo hacía por no disgustar á D. Luis, sino porque las altas prendas que el niño descubria y las bellísimas dotes que ya entonces le adornaban, iban borrando de su pecho, sin que ella lo advirtiese, la profunda, aunque secreta aversion, con que al principio le habia mirado. Pero las horas transcurrían melancólicas en el castillo, porque habia desaparecido la confianza del hogar doméstico y con ella la felicidad. Doña Magdalena, siempre en lucha abierta con sus hondos pesares, sucumbia visiblemente, porque se habia impuesto la terrible obligacion de ahogarlos en el fondo de su alma; D. Luis Quijada inquieto y atormentado procuraba, y procuraba en vano, inquirir el principio de un mal que destruía una existencia tan preciosa para él; y el niño, que amaba afectuosamente á los dos esposos, se entristecía con ellos y lamentaba la poca ventura de aquella ilustre matrona que le servía de madre.

Ocupábase ésta, como hemos dicho, en una riquísima labor de tapicería; sus ojos estaban humedecidos por las lágrimas, único consuelo y alivio de su dolor, y de vez en cuando desahogaban fuertes suspiros la penosa opresion de su pecho. Queriendo huir de sus propios pensamientos, soltó de pronto la aguja, separó la recamada tela con un brusco movimiento, y abandonando su sitio, asomóse á la ventana de la estancia que caía al patio. Al mismo tiempo se bajó el puente y entraron en la fortaleza D. Luis Quijada y su discípulo montados en arrogantes corceles: vólvían de correr á rienda suelta por el campo saltando fosos y vallados, ejercicio á que daba grande importancia el señor de Villagarcía.

Un cuarto de hora despues se hallaba éste al lado de doña Mag-

dalena, á la que referia los divertidos lances de aquella correría por las inmediaciones del castillo, en tanto que el jóven descansaba en su aposento de las fatigas del ejercicio.

—Mucho os afana esa tarea, dijo á su esposa luego que hubo acabado su relacion y señalando al tapiz.

—¿Qué quereis D. Luis? le respondió la castellana: me aburre la ociosidad y por eso trabajo.

—Si eso puede distraeros, lo apruebo de todo punto.

—Tambien me distrae mucho el que me habéis de la corte.

—Y ya sabeis que siempre estoy dispuesto á complaceros. ¿Qué no haria yo, mi amada doña Magdalena, para que desapareciesen esas nubes de tristeza que enlutan vuestro hermosísimo rostro?

—¿Cómo! ¿No haceis bastante?

—Se me figura que no, y de ello me acuso.

—Sois en extremo escrupuloso y veo que necesito tranquilizaros. Mi único deseo, mi única gloria, mi única ambicion consisten en que me améis, como me amábais cuando os preferí á todos los jóvenes de la corte,

—¿Podéis dudarlo?

—No, D. Luis, no lo dudo y por eso os motejo de demasiado escrupuloso. Vos me amais y por lo tanto haceis cuanto en conciencia debéis para que yo sea venturosa.

—Y sin embargo no lo sois.

—Pecais de injusto, supuesto que no os merecen fé mis protestas: mil veces os he repetido que me considero feliz, y que no cambiaría la dicha de estar á vuestro lado por la mayor que el mundo pudiera ofrecerme.

—¿Habláis lo que sentís ó pretendéis únicamente calmar mi desasosiego?

—Os digo lo que me dicta el corazon.

—Pero no trataréis de negar lo que ven mis ojos.

—¿Y qué ven?

—Que á pesar de mi amor, que á pesar de esa ventura que gozais á mi lado, no sois la misma que érais en otro tiempo. Vuestra hermosura se marchita, padecéis, llorais.....

—¡Oh! Sin duda os inspira tan melancólicas reflexiones la cabalgata que os ha entretenido toda la tarde, ó tal vez la oscura noche

que nos envuelve entre sus negras nubes. Miradme bien mañana, cuando el sol ilumine los torreones del alcázar, y veréis como encontráis en mí aquella tierna esposa que tanto os agradaba antes que os partiérais para un reino extraño.

—¿Creéis por ventura, doña Magdalena, que hoy me agradais menos?

—Creo únicamente que vuestra imaginacion hace comparaciones, que no me son muy favorables, entre mi hermosura y la de las damas de Bruselas. Yo entre tanto me rio de vuestra ceguedad, lo cual prueba evidentemente el amor que me teneis.

—Explicaos, por Dios, que no os comprendo.

—¿No asegurais que mis encantos van desapareciendo?

—Cierto y.....

—¿Cómo quereis que los conserve? ¿Soy por ventura aquella jóven belleza tan celebrada cuando os dió su mano? ¿Pasan los años por una mujer sin dejar en sus gracias señales profundas de sus huellas? ¡Mi hermosura se eclipsa y lo estraña D. Luis Quijada, uno de los mas discretos caballeros de España! Confesad, esposo mio, que os estais rebelando, sin saber lo que haceis, contra las leyes de la naturaleza. Quereis tanto á vuestro ídolo, que imagináis poder conservarlo siempre como cuando empezásteis á rendirle vuestras adoraciones, sin parar mientes en que ese pobre ídolo es de barro.

De este modo prosiguieron departiendo amorosamente los dos esposos hasta hora muy avanzada de la noche, sin que D. Luis consiguiese penetrar el doloroso secreto que martirizaba el alma de doña Magdalena, y persuadiéndose ésta mas y mas de que el acendrado amor de aquel habia sido reemplazado por una tierna sollicitud. Anhelaba la castellana una esplicacion que pusiese término á sus incertidumbres, mas no queria provocarla abiertamente, por no perder el derecho de mostrarse menos ofendida cuando tuviese lugar, y hé aquí porque rebatía obstinadamente todos los argumentos de Quijada respecto á la tristísima situacion en que se hallaba. Es muy probable que la luz del dia hubiese llegado á sorprenderles en su animado é interesante coloquio, si las doncellas de la matrona, que se presentaron en la cámara con el objeto de arreglar su tocado para la noche, no lo hubieran interrumpido. Levantóse D. Luis y mientras se acostaba su esposa, bajó al patio de la for-

taleza, examinó detenidamente si el servicio de vigilancia se hacia con puntualidad y dió sus últimas órdenes á los hombres de armas: despues volvió á subir, entró en la estancia, de la cual acababan de salir las doncellas, rezó sus acostumbradas oraciones, apagó la única luz que ardía á la sazón en el castillo y ocupó el lecho al lado de doña Magdalena.

Las dos serian poco mas ó menos de la mañana y todos los moradores del alcázar dormian á pierna suelta. Despiértase de pronto D. Luis Quijada, abre los ojos y observa que un resplandor extraño ilumina el salon; al mismo tiempo llegan hasta allí desaforados gritos y tristes lamentos. Abandona el lecho, vístese apresuradamente, sale á la estancia y abre de par en par las ventanas. Entonces cesan de todo punto sus dudas, y conoce que ha estallado un incendio en el alcázar. En efecto; las llamas devoraban ya mucha parte del viejo castillo, y envueltas en humo densísimo se abrian paso por los corredores, amenazando invadir la galería principal. Los hombres de armas, los escuderos y las doncellas habian huido á los patios y á la muralla, y desde aquellos asilos gritaban á sus señores que se pudiesen en salvo, pues érales imposible dirigirse á darles ayuda, por cuanto empezaba á arder la escalera grande que á sus aposentos conducia. En tal conflicto no vaciló el castellano de Villagarcía; el peligro era mortal para él, para doña Magdalena, y para el jóven que desde Austria le habia acompañado á Castilla, y que descansaba tranquilo en un aposento inmediato: mas á pesar de la cruel alternativa que batallaba en su alma, á pesar de la terrible situacion en que se veía, pues no le era dado salvar á un tiempo mismo aquellas dos prendas de su entrañable afecto, previno á su esposa que esperase confiada en la misericordia del cielo, corrió á la habitacion del jóven, y cogiéndolo en sus brazos, atravesó con él, por medio del humo y de las llamas, bajó la escalera medio sofocado y lo entregó en el patio á sus servidores. En seguida, sin detenerse, sin casi tomar aliento, volvió á la escalera y confundiéndose de nuevo entre las negras nubes que las obstruian, desapareció de la vista de los hombres de armas.

Doña Magdalena quedó aterrada al ver que su esposo salia de la estancia, dejándola espuesta á toda la furia del destructor elemento. En aquel trance supremo para ella, adivinó la infeliz el secreto de

un abandono, que imprimia un sello de infamia en los blasones de D. Luis; el veneno de los celos avivó con mas violencia que nunca los dolores de su alma y acercándose á una ventana, alzó los ojos al cielo y exclamó con desesperacion:

—¡No me ama! ¡Va á salvar á su hijo y me deja morir!

En aquel instante llegaba D. Luis al patio con el jóven; doña Magdalena le distinguió al resplandor de las llamas cada vez mas voraces y exhalando un grito lastimoso, rogó á Dios que se apiadase de sus tormentos y la hiciese morir cuanto antes.

Pero ¡cuál fué su asombro al ver entrar cinco minutos despues á su esposo en el salon!

—Venid, doña Magdalena, gritó éste con ronco acento; los momentos son preciosos.

—¡Ah, D. Luis! le respondió la castellana ¿Para qué intentais sacarme de aqui? Huid solo; he visto ya todo cuanto tenia que ver.

—¿Estais loca, vive Dios? ¿Ignorais que el fuego nos cerca por todas partes y que antes que amanezca será un monton de escombros el alcázar de Villagaría?

—Pues bien ¿qué os importa? Vuestro hijo está en salvo.... dejadme á mi morir.

—¡Mi hijo! Señora.... ¿qué pronunciais?

—Sí, D. Luis Quijada; supuesto que voy á perecer lo diré todo: vuestro hijo.... el fruto de vuestros amores con la célebre Bárbara Blomberg.

—¡Doña Magdalena! Voy á daros satisfaccion cumplida bajo la fé de mi nombre y el honor de mis abuelos. Reconoced en mi discípulo y pupilo al señor D. Juan de Austria, hijo natural del católico emperador Carlos V de gloriosa memoria, y hermano de nuestro augusto rey D. Felipe, á quien guarde Dios. Atreveos ahora á decirme que os deje morir.

Doña Magdalena no pudo articular una sola palabra al oír tan inesperada revelacion; la felicidad embargó su voz y las lágrimas y los sollozos fueron la elocuente espresion de su ternura: arrojóse á los brazos de Quijada, ébria de amor y loca de arrepentimiento; pero el caballero, atento siempre al peligro que les amenazaba, la obligó á moderar sus transportes cariñosos y sacándola del salon, tuvo el inefable consuelo de salvar su preciosa vida de los horrores del incendio.



Atreves ahora á decirme que os deje morir.



El pueblo de Villagarcía albergó aquella noche á la ilustre matrona: el jóven austriaco no quiso separarse un momento de D. Luis Quijada, quien dando nuevas pruebas de imperturbable serenidad, dictó acertadísimas disposiciones contra el voraz elemento, cuyos estragos cesaron felizmente ya muy entrado el dia.

Dichosísimo acontecimiento fué tan desgraciado accidente para la noble matrona, ya que á él debió la revelacion de un secreto, que devolvió á su aflijido pecho la tranquilidad perdida. Cuando, despues de haberse reparado las destrozadas obras del castillo, volvieron á habitarlo los ilustres esposos con el jóven de Austria, doña Magdalena de Ulloa respiró feliz, y al examinar su corazon, lo sintió palpar de gozo y de juventud, como en los risueños y floridos años de su existencia. La fidelidad de su esposo, tan solemnemente comprobada con el reconocimiento del hijo natural de Cárlos V, fué el bálsamo que cicatrizó sus llagas.

La nueva del desastre de Villagarcía llegó muy pronto á la córte. El rey D. Felipe, apesadumbrado con la amarga pena que noche y dia le aquejaba por la pérdida de doña Maria, la oyó al parecer tranquilo, pero sus lábios temblaron cuando dijo á Antonio Perez, que acababa de darle puntual cuenta de aquel suceso:

—Disponed que se me presente el castellano D. Luis Quijada.

Iba ya el secretario del Rey á salir de la cámara, para cumplir esta órden, cuando el señor de Villagarcía se presentó en el umbral. Al verle se levantó D. Felipe, y cediendo, acaso por la primera vez de su vida, á una emocion, mas poderosa en aquel instante que su voluntad de hierro, estrechóle las manos con afectuoso interés. Acto continuo, miró á Antonio Perez, y éste comprendiendo lo que aquella mirada queria expresar, se retiró de la estancia, cuya puerta cerró el mismo Rey.

—Habeis adivinado, dijo en seguida á D. Luis, el deseo que tenia de hablaros.

—Señor, respondió el castellano, me ha traído á la presencia de Vuestra Alteza el cumplimiento de mi deber.

—Esplicaos, señor de Quijada, repuso D. Felipe con sosegado acento.

—El castillo de Villagarcía.....

—Ha sido presa de las llamas; lo sé. Mas tampoco ignoro que

debo su conservacion á vuestros esfuerzos. Ved si teneis que comunicarme otra noticia.

—Esa es la única que debia poner en conocimiento de Vuestra Alteza, para someterme al castigo que merece mi torpeza ó mi poca vigilancia!

—No saldreis de aqui sin que se os imponga ese castigo.

A otro hombre de menos temple hubieran aterrado estas palabras del Rey: D. Luis Quijada las escuchó sin inmutarse. D. Felipe examinó atentamente á aquel constante y afectísimo servidor de su padre y murmuró entre dientes:

—Seis hombres como este en una nacion, y esa nacion será feliz.

Y luego añadió dirigiéndose á Quijada:

—Mirad bien si nada os queda que decirme.

—Nada, señor, contestó D. Luis.

—¿Quién ha perecido en el incendio de nuestra fortaleza de Villagarcía?

—Todos sus moradores se han salvado.

—¡Sus moradores! Supongo que allí solo se hospedaba en vuestra compañía la ilustre doña Magdalena de Ulloa.

—Sus doncellas, mis criados, la guarnicion del castillo.....

—Es verdad, señor de Quijada, es verdad. Decidme ahora si sois dichoso con vuestra noble esposa.

—Dichosísimo, señor.

—Ya sé que os ama, pero vos....

—He asegurado á Vuestra Alteza de mi ventura.

—¡Como! ¡Amais á doña Magdalena!

—Vuestra Alteza lo ha dicho: la amo sobre todo encarecimiento.

—Señor de Villagarcía, malo es que finjais con tan principal y apuesta dama, aunque puede servir de excusa el deseo de conservar la paz doméstica: pero estais hablando al Rey de Castilla, y al Rey nadie miente.

—Vive Dios, Señor, que no conoce Vuestra Alteza, al caballero D. Luis Quijada cuando tan terribles razones le dirije.

—El caballero D. Luis Quijada ha faltado á la fé conyugal; el caballero D. Luis Quijada amó perdidamente en Flandes á la hermosa Bárbara Blomberg; el caballero D. Luis Quijada conserva al lado de doña Magdalena de Ulloa un hijo, fruto de sus ilegítimos tratos con la flamenca.

Mentís, iba á gritar encolerizado el castellano de Villagarcía; mas contúvole el respeto que debia al Rey, y se contentó con cerrar los ojos y apretar los puños, para dominar su ira. D. Felipe le contempló largo espacio, gozándose al parecer en su confusion; pero considerando que era ya demasiada crueldad atormentar de aquella manera á uno de los mas leales caballeros de Castilla, rompió el silencio con estas palabras:

—Tened entendido, señor D. Luis Quijada, que el rey D. Felipe nunca falta á sus palabras; he dicho que sereis castigado y vais á serlo: caballero, rodilla en tierra.

El de Villagarcía debia temerlo todo de un monarca, á quien amigos y enemigos juzgaban como á un tirano; y sin embargo aquel *tirano* (escribe el autor esta calificacion en letra cursiva, para dar un solemne mentís á los amigos y á los enemigos del Rey Prudente) no pudo hacer que el fiel servidor del heróico nieto de Isabel Primera palideciese: el alma de D. Luis Quijada era de un temple á toda prueba, y por lo mismo no titubeó en obedecer el mandato de su Rey. Hincó pues la rodilla con respeto, pero sin humildad, dando á entender que cumplia como buen vasallo, y que poco le importaba morir, con tal que su conciencia de nada le acusase contra su Rey y señor.

Este se adelantó entonces hácia él; quitóse con gravedad el collar de la famosa órden de Borgoña (el Toison de oro), que ceñia su cuello, y pasándolo alrededor del de D. Luis, le dijo sonriéndose.

—Os ahorco por discreto, Señor de Villagarcia.

—¡Señor! exclamó éste fuera de sí al ver el término de aquella temible escena. ¿Cómo es que Vuestra Alteza me concede tan señalada merced?

—Habeis sufrido que os insultase, por no faltar á la fé prometida, contestóle el Rey, y ese es el mas grande sacrificio que puede hacer un caballero. Levantaos, D. Luis. ¡Vive Dios, que mi augusto padre supo elegir al depositario de sus secretos! ¿Creeis por ventura que yo ignoro que tengo un hermano? He querido probaros; he querido que faltáseis á vuestra palabra.....

—Antes morir, repuso el de Quijada; antes merecer el desagrado de Vuestra Alteza, que es mil veces peor que la muerte.

—Así me lo aseguró el César.

—¡Cómo, señor!

—Leed, D. Luis.

Y cogiendo el Rey un papel de su mesa, lo presentó al caballero. Reconoció éste al momento la letra del invicto Emperador y leyó lo que sigue:

«Mi muy amado hijo y señor Rey D. Felipe de Castilla: los hombres expían en la vejez las locuras que cometen en la juventud: «Yo, como hombre, no he de estar exento de esta ley, y así es que «desde mi lecho de muerte, pago el tributo que debo por mis flaquezas, recomendándoos la persona de vuestro hermano D. Juan «de Austria, hijo de Bárbara Blomberg, señora flamenca, cuya hermosura sirvió de lenitivo á grandes pesares del que os ha dejado «en herencia la mas grande monarquía del mundo. No hay en este «más que una persona que pueda dar cuenta del jóven de Austria «y es mi antiguo mayordomo mayor, mi fiel criado y mi celosísimo «servidor D. Luis Quijada, pues oculto le tiene en el alcázar de Villagarcía, cuyo señorío le dí en feudo. Componeos con él, hijo mio «y señor, de modo que le arranqueis el secreto, declarándoselo vos, «porque pensar que él lo ha de decir, es pensar en lo escusado. Don «Luis es muy caballero y á mas á mas testarudo, si los hay, como «legítimo descendiente de Vizcainos: me juró no revelar la existencia de D. Juan de Austria, y cumplirá su palabra á todo trance. «Haced vos, hijo mio D. Felipe, por vuestro hermano lo que creais «que debeis á la memoria de vuestro padre — EL MONGE DE YUSTE.»

Quijada devolvió al Rey la carta de Carlos V sin proferir una palabra: dos raudales de lágrimas bañaban sus mejillas y para disimular su profunda emocion se mordía sus espesos y largos vigotes. El rey D. Felipe permanecía impassible, pero queriendo dar tiempo al caballero para que se serenase, le volvió la espalda y comenzó á examinar varios papeles de la mesa. De pronto se encaró con don Luis y le dijo:

—Dentro de ocho dias saldré á una cacería: dicen que el monte de Torozos es abundante en corzos; allá irémos: mas como puede suceder que nos salga al encuentro algun lobo ó javalí, y no nos preciamos de valientes, contamos con vuestra ayuda. Os esperamos pues en dicho monte, pero..... no vayais solo, añadió el monarca récalcando estas palabras y haciendo un gesto significativo.

Don Luis comprendió perfectamente lo que el Rey había querido darle á entender; besóle la mano y salió de la estancia murmurando:

—Digno hijo de su padre: ya sospechaba yo que al fin llegaríamos á entendernos.

El Rey por su parte, luego que se hubo retirado el caballero, dijo entre dientes:

—El castillo de Villagarcía es un destierro: necesito tener á mi lado á D. Luis Quijada.

EL CASTILLO DE VILLAGARCÍA



La historia de la guerra de independencia de España, que sus bellas letras le circundan, porque tiene en sí el espíritu de la libertad, que es el alma de las armas de la patria, es un libro que merece ser leído y estudiado por todos los hombres que se precian de ser españoles. Este libro, que es el resultado de un trabajo de muchos años, es el más completo que se ha publicado hasta ahora en España. El autor, don D. Luis Quijada, es un hombre de letras y de armas, que ha vivido en el campo de batalla y en el gabinete de estudio. Su obra es un modelo de claridad y de precisión, y merece ser leído y estudiado por todos los hombres que se precian de ser españoles.

CAPÍTULO IX.

En el cual se habla mucho de una historia que no se cuenta.



El autor de la presente historia teme, al llegar aquí, que sus bellas lectoras le critiquen, porque tiene en olvido al apuesto jóven, que ayudado de las artimañas de Beatriz, consiguió franca entrada en casa de un hombre tan desconfiado y celoso como D. Ruy Gomez de Silva. Y el autor que no quiere descontentarlas, vuelve á ocuparse de Antonio Perez, considerando en efecto, que este nada ha hecho con ver á doña Ana de Mendoza, supuesto que hasta ahora no ha logrado ser correspondido por ella. Es pues el caso que Antonio Perez pensaba, tocante á este punto, del mismo modo que el autor, y por lo tanto discurría en sus adentros alguna traza que le sacase de zozobra, ó mejor dicho, que le alcanzase de la señora de sus pensamientos el anhelado sí, por que

tanto suspiraba. La situación especial de nuestro enamorado exigía, no obstante, grandes precauciones: érale preciso, en primer lugar, adormecer la vigilancia del príncipe de Eboli, quien á pesar de su edad, no estaba de humor de sufrir burlas y mucho menos ataques contra su honor: al mismo tiempo debía precaverse del Rey, que nunca transijia con el escándalo, si bien malas lenguas de la corte daban en murmurar que D. Felipe no era insensible á los encantos de la misma dama, que tan desasosegado traía á su favorito el secretario. Por último, hallábase este en el caso de ahuyentar las sospechas de un enjambre de rivales, que bullian en torno de las gracias de doña Ana, y que exaltaban á menudo la bilis de su malhumorado esposo. Añádase á lo espuesto la obligación que tenia de dar vado á las órdenes del Rey, de anotar los despachos que habian de remitirse al Consejo y de asistir á las deliberaciones de este cuerpo consultivo, cuando el Monarca así lo ordenaba, y sacaremos en limpio que al buen Antonio Perez debian quedarle poquísimos segundos diarios de reposo, ya que tan repartido le llegaba el tiempo entre las vacilaciones de su amor y sus deberes.

Sea de esto lo que fuere, nosotros le encontramos ahora precisamente en uno de esos fugaces momentos de descanso. . . . No; no es verdad; le hallamos, por el contrario, libre y desembarazado de los vastos cálculos políticos de su Rey, pero cavilando en su amor y no sabiendo á qué santo encomendarse para conquistar los favores de la bellísima doña Ana. Paseábase inquieto por su habitación, dando á los diablos á Ruy Gomez, al Rey y á todos sus cortesanos, que tantos obstáculos oponian á su ventura, cuando abriéndose la puerta de par en par dió paso á un hombre mal encarado y resuelto. Es imposible fijar la edad que este desconocido podia tener, porque su fisonomía engañaba: lo cierto era que revelaba su desembarazo cualidades de primer orden para dirigir y terminar arriesgados lances.

Antonio Perez se detuvo, al verle entrar sin ceremonia en su aposento, examinóle de piés á cabeza y le preguntó:

—¿Qué se os ofrece, buen hombre?

El intruso se cuadró, saludó militarmente al secretario íntimo del Rey, y dijo con la mayor soltura:

—Estais viendo, señor Antonio Perez, al mónstruo de la desgra-

cia. Figuraos que he hecho todas las campañas del gran emperador y que estuve en Roma y en Pavía. Mirad, añadió señalando con el índice de su mano derecha una larga cicatriz que le cruzaba el lado izquierdo de la cara; mirad este miserable rasguño que me regaló Su Magestad el valiente Francisco I de Francia, cinco minutos antes de que cayese prisionero. Os juro por mi ánima, señor Secretario, que fué aquel un día caliente para todos. Pero ¿qué importa? Despues de haber peleado como un leon en treinta batallas, despues de haber saqueado á Roma heróicamente, despues de haberme inutilizado para el servicio los mosquetes enemigos, hème aquí hoy, lleno de gloria y muerto de hambre, con muchas hazañas ajenas y propias que contar y sin un pícaro maravedí para conyidar á un amigo.

—Ya caigo en la cuenta, le interrumpió Antonio Perez, á quien habia caido en gracia el estilo, á la vez fanfarron y humilde con que el desconocido acababa de anunciarse. Sin duda eres el recomendado de Beatriz.

—De esa perla de las doncellas, exclamó el ex-soldado, en quien desde luego habrán reconocido nuestras lindas lectoras al famoso Diego Martínez, el de Villagarcía. Soy además de recomendado suyo, su primo hermano, y hombre dispuesto á complaceros y servirlos contra todo el mundo.

—Te admito desde este momento, y no te quejarás de mí, si eres fiel....

—¡Oh! De eso no se hable. ¿Queréis una prueba de mi lealtad?

—Las pruebas nunca sobran, pero he dicho ya que te recibo por los informes que tengo de Beatriz.

—Mi prima, señor Secretario, no tiene igual en la tierra y sirve tanto para un fregado como para un barrido. Yo agradezco, á fuer de buen pariente sus desinteresados oficios, pero es el caso que quiero valer algo por mí mismo. La gente honrada ha de llevar en sus acciones el testimonio de su conducta, y por eso os he ofrecido una prueba que os garantice mi adhesion.

—Consiento en ello. ¿Qué prueba es esa?

—Esa prueba es una historia vieja. Si os dignais escucharla....

—Habla.

—Antes de dar principio á mi narracion, permitidme que os di-

rija una pregunta. ¿Sois amigo ó enemigo del príncipe de Eboli?

—Enemigo. ¿Quién lo duda?

—Nadie; es decir todos lo creen así, menos yo.

—¿Y qué motivo tienes para opinar contra todos?

—Doña Ana de Mendoza asegura que su ilustre esposo, cuando habla de vos, os pone en las nubes.

—¿Quién te ha dado esa noticia?

—Mi prima Beatriz: si somos carne y uña

—Bien; demos que no haya exageración en lo que asegura doña Ana; eso probará que el Príncipe me quiere bien, pero no que yo haya dejado de ser su enemigo.

—Con todo; habeis pisado los umbrales de su casa.

—Un accidente desgraciado me obligó á entrar en ella: supongo que Beatriz te habrá referido.... ¿Pero qué tiene que ver mi enemistad y la benevolencia de D. Ruy Gomez con tu historia?

—Era para deciros que asi como habeis entrado una vez en su casa, entraréis veinte, si queréis. Mas esto no os conviene, señor Antonio Perez, si teneis empeño en pasar por enemigo de Silva: pero como al mismo tiempo estais interesado en lo que atañe á alguna persona de su familia, conviene disponer las cosas de modo que, ya que no entreis vos en la casa, salga de ella la susodicha persona.

—Ya veo que eres pájaro de cuenta. Dime ahora si sabes qué persona es esa de que me hablas.

—Siendo como sois contrario de D. Ruy Gomez, y viviendo éste solo en amorosa compañía con su noble esposa la señora doña Ana de Mendoza, claro está que....

—Juguemos limpio, seó bribon, pues nada ignoras de ese negocio. ¿Puedes hacer que doña Ana acuda á una cita?

—Distingo; si sois vos quien dá la cita, se mirará mucho en ello una dama tan principal, pero si soy yo....

—¡Tú!

—¿Qué os admira?

Quedó Antonio Perez pensativo, no sabiendo qué pensar de aquel hombre, que con tanto atrevimiento se mezclaba en sus mas recónditos secretos. De pronto se encaró con él y con acento imperioso le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Diego Martinez, contestó el soldado sin vacilar.

—Diego Martinez.... repitió Antonio Perez; no recuerdo ese nombre. En fin comprendo que Beatriz te haya enterado de mis designios amorosos; pero necesito que me espliques de qué modo puedes lograr que doña Ana de Mendoza abandone su casa para hablar contigo en otra parte.

—No es eso, señor Secretario, no es eso: yo hablaré con la Princesa de Eboli cada y cuando me acomode y en presencia de los vi-gotes del mismo D. Ruy Gomez. Se trata únicamente de que yo la cite en mi propio nombre, no en el vuestro, para que hable con vos.

—¿Pero cómo piensas conseguirlo?

—Para esplicarlo, necesito referiros la historia vieja que os he ofrecido.

—Estoy pronto á oirla. Ea; empieza pronto, y ten presente que no quiero digresiones.

—Habeis de saber que despues del armisticio de Roma, vine á Castilla, y que de Castilla pasé á Aragon, mi patria.

—Adelante.

—De Aragon volví á Castilla.

—¿Es el cuento de nunca acabar? ¿Vas á decirme que de Castilla tornaste á Aragon?

—Nada de eso: permanecí de guarnicion en el castillo de Villagarcía.

—¡Ah! Prosigue.

—Gracias á Dios que he escitado vuestra curiosidad. En Villagarcía hacíamos una vida de anacoretas, porque doña Magdalena de Ulloa no podia ver que los hombres de armas guiñasen el ojo á las criadas del castillo. Fuéme pues preciso buscar un amigo para entretener el ócio y le encontré.

—¿A dónde diablos vas á parar?

—A la historia. Mi amigo era un mozo fornido, de malas pulgas y se llamaba Juan de Mesa.

Al oir este nombre se pasó Antonio Perez la mano por la frente y murmuró:

—¡Juan de Mesa!.... No sé donde he oido hablar de ese mozo....

—Si no me hubiérais asegurado que aborreceis al príncipe de Eboli, os diria que.....

—En efecto, exclamó Antonio Perez: y recordando al mismo tiempo la carta de D. Ruy Gomez, en que éste le hablaba de Juan de Mesa, como de un hombre determinado, con quien podia contarse para lances apurados, se mordió los labios y dijo con indiferencia:

—Ese.... Juan de Mesa debe ser algun escapado de galeras.

—Pero tiene buen puño, y si no que lo diga el de Silva.

—¡Cómo así! ¿Lo ha empleado alguna vez?

—¡Bah! Pues esa es la historia: fué una comision delicada, en la cual le acompañé.

—¡Tú tambien! gritó involuntariamente el secretario del Rey.

Las últimas palabras de Diego Martinez y el grito de Antonio Perez aclararon la recíproca situacion de estos dos personajes: el primero comprendió desde luego que el amante de la Princesa de Eboli estaba enterado del nombre del asesino de Juan Vazquez; el segundo acababa de averiguar que tenia en su poder á un cómplice de aquel crimen, ó lo que es igual, que podia perder á D. Ruy Gomez, si llegaba el caso de tener que hacerlo. Deseando sin embargo asegurarse mas y mas de tan precioso descubrimiento, imaginó atraerse al soldado ganando su voluntad, y abriendo un cajon de su mesa, sacó un bolsillo y poniéndolo en las manos del fingido primo de Beatriz, le dijo:

—Si á otro que á mi hubieras revelado tus relaciones con Juan de Mesa, no tardarias en hacer conocimiento con el verdugo de Valladolid: pero recuerdo la recomendacion de tu prima y... nada me has dicho. Toma para que te vistas como de casa, y dime ahora si Juan de Mesa vive.

—¡Pues no ha de vivir! respondió Diego Martinez sonriéndose y tomando el bolsillo. Cuando le necesiteis, estará á vuestras órdenes.

—Bueno, pensó Antonio Perez: ya tengo dos testigos irrecusables contra el de Silva, si fuere menester: fáltame ahora la prueba evidente de que él ordenó el asesinato de Juan Vazquez, pero su carta dice bastante y el tiempo vendrá en mi ayuda. Imaginando en seguida que si manifestaba grande interés en aquel asunto, despertaria las sospechas del soldado, y atormentado además por la idea de Doña Ana, con la cual se proponia aquel al parecer, proporcionarle una entrevista, volvió á entablar la interrumpida plática, diciendo:

—Sé que hace tiempo mataron junto á Villagarcía al secretario del duque de Alba; pero eso nada me importa.

—¿Ni os importa saber quien ordenó su muerte? le preguntó Diego Martinez con socarronería.

—Supongo que sería...

—Suponeis bien, señor Antonio Perez, y por lo mismo...

—¿Qué?

—Se me figura que ya nos hemos entendido.

—No á fé mia, á no ser que aludas á la cita con la Princesa...

—Perfectamente.

—Sin embargo, has asegurado que para lograrla necesitabas referirme una historia, y siempre te quedas al principio de ella.

—Ya: es que he conocido que la sabeis casi tan bien como yo.

—¿Conque es la de la muerte del hermitaño?

—¿Tambien estais enterado del disfraz que tomó Juan Vazquez?

—Por el mismo príncipe de Éboli.

—¡Ira de Dios! Pero ese D. Ruy Gomez, á quien el diablo arrastre, no tiene sentido comun.

—¿Por qué?

—Porque se ha puesto en vuestras manos.

—Nada tiene que temer; es un secreto entre caballeros, y tú mismo...

—Yo... es cosa muy distinta: huelo desde léjos, y cuando quieran echarme los cinco encima, ya estaré en Flandes.

—Nos quedaria Juan de Mesa.

—Estamos hablando en pura pérdida. No hay pruebas contra él ni contra mí, y el príncipe de Éboli nos salvaria en caso de aprieto, para evitar nuestras revelaciones.

—El príncipe de Éboli se perderia con vosotros. Pero dejemos eso, porque ni yo soy pariente de Juan Vazquez para vengar su muerte, ni pretendo hacer revivir un suceso, sepultado hace ya tanto tiempo en el olvido. Aunque contrario de Silva en política, en planes de gobierno y en los Consejos del Rey nuestro Señor, que Dios guarde, ningun mal le deseo personalmente: jamás le acusaré, si el peligro de mi vida ó de mi honra, espuestos por su culpa, no me obliga á ello. Volvamos ahora á la cita de doña Ana de Mendoza.

—Es escusado; contad con ella, con tal que cuente yo con vuestra proteccion.

—La tienes: tu suerte y la de tu prima corren desde hoy á mi cargo; pero quiero saber como vas á componerte para sacar á la princesa de su casa, sin que se alarme D. Ruy Gomez.

—¡Oh! La historia vieja hará prodigios.

—Espílicate.

—¿Para qué? ¿No entrasteis en su casa de un empujon? Aquel empujon ¿no fué una estratajema? ¿Por qué estrañais que otra estratajema traiga á la Princesa á vuestra casa?

—Pero la historia...

—La historia... la historia... ¡Eh! Dejadme obrar; la historia os proporcionará la cita que apeteceis, ó yo dejaré de llamarme Diego Martinez.

—Mucha confianza me inspira tu sutileza, y sin embargo no las tengo todas conmigo. ¿Conoces á doña Ana?

—La ví quando era pequeñita; la llevaron sus padres con gran boato al monasterio de la Espina, para ofrecerla á la Virgen Santísima, (y aquí se santiguó el soldado) por cuya intercesion la habia librado el cielo de una agudísima enfermedad. Entonces estaba yo en Villagarcía y pasaba mis ratos de aburrimiento con Juan de Mesa.

—¿No la has vuelto á ver desde entonces?

—No; pero tendré en breve tan distinguida honra.

—¿Y cómo diablos quieres que sin conocerte, acceda la princesa nada menos que á una entrevista conmigo? Porque al cabo, parece que no piensas demandársela de mi parte.

—Ahí veréis. Yo pediré á la princesa una cita para vos, y la haré entender que todo lo ignorais, es decir, que no solicitais semejante favor. Ella vendrá á buscaros, á pesar de que no me conoce, y despues que esto suceda, convendréis al menos en que la suerte os es propicia, merced al fecundo ingenio de vuestro humildísimo criado.

—Te aseguro que si eso haces, hemos de ver quien te toca en Castilla al pelo de la ropa. Te advierto con todo, que la Princesa es tan altiva, como hermosa.

—Mejor.

—Tan discreta y prudente, como impetuosa en sus deseos.

—Mucho mejor.

—Acuérdate de que me ofreces demasiado. Si lo cumples, tienes tu suerte asegurada.

—Esperad confiado en los prodigios de la historia vieja.

Estas fueron las últimas palabras que se pronunciaron en tan extraña entrevista. Diego Martínez volvió á saludar militarmente al hombre, á quien ya podia llamar su señor, guardó entre cuero y carne, esto es, en el colete que cubria su cuerpo, el bolsillo que habia recibido, dió media vuelta á la izquierda y salió á la calle con mas humos que un conquistador. Antonio Perez le dejó marchar, figurándose desde luego que el bolsillo obraria milagros en un carácter tan escepcional como el del soldado de las tropas imperiales. De allí á un rato cogió la capa y el sombrero y por las calles menos frecuentadas, se fué á buscar al lego Damian al convento de San Francisco.

CAPÍTULO X.

En el cual enreda de tal modo esta historia Diego Martinez, que ni el Diabolo sabe por donde cogerla.



El héroe de Roma y de Pavía se dirigió sin perder momento á casa de D. Ruy Gomez de Silva, no á solicitar de la princesa de Éboli la cita consabida en favor del secretario del Rey, como tal vez imaginará algun lector cándido, sino pura y simplemente á ver á su muy idolatrada Beatriz. Diego Martinez no era hombre vulgar; tenia muchas conchas y habia formado su

plan de campaña. Supuesto que su querida doncella vivia en la córte, en la córte debia él fijar su residencia, aunque á ello se opusiese todo el poder del infierno: pero como podian contrariar su resolucion antiguos pecadillos; como el general Bequesens, en otro tiempo

su jefe, habia vuelto á Castilla y estaba enterado de su vandalismo en la ciudad eterna, y de su desercion despues de aquel saqueo memorable; como el castellano de Villagarcía andaba en dimes y diretes con el Rey, y por lo mismo residia mas en Valladolid que en el alcázar, era indispensable que el amante de Beatriz echase mano de ciertas precauciones que le pusiesen á cubierto de un golpe imprevisto. Necesitaba acojerse á la proteccion de un hombre de valimiento y ganar esa proteccion con algun servicio señalado; y puesto al corriente, por la doncella de doña Ana, de la aficion de Antonio Perez á esta, asi como de las dificultades que la suspicacia del Príncipe oponia al comienzo de unas relaciones, que tanto provecho anunciaban, trazó sus líneas y resolvió entrar á todo trance al servicio del secretario del Rey. Hízose pues recomendar por Beatriz como hemos visto, y en seguida determinó presentarse como hombre necesario.

No era muy fácil tampoco que D. Luis Quijada, ni el Comendador mayor de Castilla reconociesen á nuestro astuto aventurero al cabo de tanto tiempo. Se habia dado buena vida en tierras de Aragón, despues de haber partido honradamente con Beatriz y con Juan de Mesa las joyas que contenia el cofrecillo de la condesa de Barajas, y aunque mas viejo, representaba menos años que en aquella época, en que la cuestion de fechas solia ponerle en grandísimos apuros. Debía esta ventaja á sus buenas carnes y al nuevo traje que habia adoptado, entre militar y civil, con objeto de que las personas que de él llegasen á sospechar, no supiesen á que atenerse tocante á su condicion. Para completar, por último, las risueñas esperanzas que Diego Martínez abrigaba acerca de su porvenir, solo añadiremos una circunstancia preciosísima: la cicatriz que las uñas del mastin del monasterio de la Espina habian grabado en su rostro, le tranquilizaba completamente.

Con el puño izquierdo apoyado en la cadera, estirando con el pulgar y el índice de la mano derecha una punta de su retorcido vigote, y desafiando con sus atrevidas miradas á cuantos pasaban por su lado, llegó el veterano de los tercios imperiales á la morada de doña Ana de Mendoza. Atravesó el zaguan, subió la escalera y se presentó en la antesala con sereno continente, sin que los criados de la Princesa estrañasen su marcial conducta, porque sabian

que era próximo pariente de la doncella principal y además pasaban en su compañía divertidísimos ratos, oyéndole narrar las grandes batallas del emperador Carlos V. Mas no bien se había desembarazado de su sombrero y correspondido á los apretones de manos que la gente de escalera abajo le prodigaba, cuando vió que su amada Beatriz entraba en la antesala con los ojos desencajados y sin aliento.

—¿Qué tenemos, prima? la preguntó con indiferencia, aunque desde luego receló algun contratiempo para sus planes.

—Tenemos una carta de Aragon, le respondió Beatriz, fingiendo una tristeza que no sentía, y en esa carta me dan la triste nueva de que mi pobre hermana está espirando. Ven á mi cuarto y leerás despacio lo mucho que ha padecido en su enfermedad la cuitada.

Beatriz no tenía tal hermana y bien lo sabía Diego Martinez; este comprendió al punto que la doncella quería hablarle á solas y que lo que tenía que decirle debía ser muy importante. Dejó pues á los criados en la antesala y siguió á Beatriz, murmurando en voz calculada para que aquellos le oyesen:

—Siempre tuve para mí, prima mia, que tu hermana habia de durar poco.

Tan pronto como entraron en el aposento de Beatriz, cerró esta la puerta y dejándose caer en un asiento, dijo á su amante:

—¿Sabes lo que ocurre?

—Negocio grave y apurado debe ser, cuando así te saca de tus casillas, contestó el soldado.

—Negocio fatal para nosotros, repuso la doncella.

—¡Bah! Por desesperado que sea, tendrá remedio.

—Estamos perdidos.

—¡Demonio!

—Perdidos; eso es.... perdidos, si Dios no hace un milagro.

—Lo hará, no lo dudes; pero ya es hora de que me espliques eso.

—¿Te acuerdas de la condesa de Barajas?

—¡Ah! ¿Conque por ese lado viene la tempestad?

—¡Quién me lo habia de decir!

—Pero esa mujer es vieja ó poco menos.

—¿Qué importa?

—En fin, pichona mia, estamos perdiendo el tiempo como dos

bobalicones. Refiéreme el caso y despues veremos lo que conviene hacer.

—La Condesa ha vivido mucho tiempo retirada de la córte en sus posesiones de Andalucía: ayer llegó á Valladolid y á la hora en que hablo contigo, se encuentra en el salon de mi ama la Princesa.

—¿Te ha visto?

—Sí: doña Ana me ha llamado para darme órdenes y la Condesa me ha mirado con marcada atencion.

—¡Diablo!... ¡Diablo!... Es muy posible que te haya conocido.

—No hay cosa mas segura, porque al examinarme mudó de color.

—En tal caso, estás espuesta á pasarlo mal. Las joyas del cofrecillo no volverán á su poder, porque nadie es capaz de adivinar donde estarán á estas horas; pero ella querrá vengarse y hará presa en tu cuerpo para entregarte á la justicia.

—Es decir que no hay mas que huir de esta casa y tal vez de Castilla. ¡Dios mio! ¡Qué desgraciada soy! ¡Otra vez por esos mundos sin acomodo!

—Alto ahí, mi señora doña Beatriz; todavía no se ha muerto Dios de viejo, y no ha de decirse, que la prima hermana por cuatro costados del valiente Diego Martinez ha caido entre las garras de los corchetes del Rey nuestro Señor.

—Demasiado sé que no has de abandonarme; pero ¿qué partido he de tomar?

—El primero de todos, no salir de esta casa.

—¡Como! Esponerme á....

—Firme en tu puesto, Beatriz, ó todo se lo llevan los demonios.

—Pero....

—No hay pero que valga, y ahora déjame pensar un rato y combinar con sosiego mis planes de campaña. Te prevengo que saldrán completos de mi caletre, si procuras refrescarlo con algun jugo benéfico, acompañado de ciertas tajadas que echar á perder.

Beatriz se levantó al punto, abrió una alhacena y sirvió á su amante un buen trozo de jamon cocido y medio frasco de vino añejo.

—Esto me recuerda, dijo el veterano, la sabrosa cena que tuvimos pocos momentos antes de salir del castillo de Villagarcía, en compañía del honrado Juan de Mesa. ¡Qué noche aquella!

—Aquellos polvos traen estos lodos, murmuró la doncella tristemente.

—Vamos, paloma, no te desconsueles así, que para mas te guarda en este mundo la misericordia de Dios.

—Cavila, cavila, querido Diego, forma tu plan, como has dicho, y luego hablaremos.

—¡Bah! No seas tontuela; mi plan está ya formado.

—¡Ah! ¿Y es bueno?

—Inmejorable, con tal que tengas serenidad.

—Haré todo cuanto quieras para librarme del riesgo que me amenaza.

—¿De veras? Veamos la prueba. Mañana mismo has de tener una entrevista con tu antigua señora.

—¡Con la condesa de Barajas!

—Es indispensable.

—¿Pero estás en tí, Diego? ¿No conoces que me hará prender?

—Nada temas: con tal que hables con ella, respondo de todo.

—¡Dios del cielo! ¡En qué aprieto vas á ponermel!

—A grandes males, grandes remedios, tortolilla de mi alma.

—¿Y qué he de decirle?

—Esa es harina de otro costal. Pide licencia á la Princesa para lo primero que te ocurra en la calle, y diríjete al convento de San Francisco. Allá voy á esperarte, y te instruiré de todo cuanto has de decir á la Condesa.

—¿Y por qué no me lo dices ahora?

—Porque ante todo es preciso no despertar sospechas, y los criados de doña Ana saben que el héroe Diego Martinez está mano á mano, hace media hora, en este aposento con su amable prima, la doncella Beatriz. Los muy zascandiles son capaces de imaginar que el parentesco no autoriza semejante abuso de confianza.

Diciendo así se levantó el soldado, limpióse el vigote con muchísimo esmero y salió de la habitacion. Encaminábase ya á la antesala, cuando se detuvo de pronto, y dándose una palmada en la frente, volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en el cuarto de Beatriz.

—¿Sabes, dijo á esta, que tus trozos de jamon y tu pícaro mosto quitan el entendimiento á los hombres mas sábios del mundo? Figúrate que vas á tener ocasion de hablar á mi señora doña Ana para que te permita un rató de huelga, y he sido tan torpe que he olvidado un asunto muy importante.

—¿Cuál es? le preguntó Beatriz asustada. ¿Tiene relacion con el cofrecillo?

—Tiene relacion con la Princesa y el señor Antonio Perez, secretario del Rey nuestro Señor.

—¿Le has visto por fin? ¿Cómo te ha recibido? ¿Cuentas con servicio en su casa?

—¡Cuántas preguntas y cuánta curiosidad! Está visto que quieres dejar bien puesto el honor de tu bandera. El señor Antonio Perez es un caballero como pocos, y dócil como ninguno: no hay mas que apuntarle las cosas para que las comprenda al dedillo, y haré de él un amante con fortuna.

—¡Ah! Cuéntame....

—Olvidas que es indispensable aprovechar el tiempo.

—Pero el asunto que habias olvidado....

—A eso voy, y para que no quedes descontenta por mi silencio, ten entendido que he ofrecido á ese galan mi proteccion.

—¿Estás loco? ¿Al señor Antonio Perez?

—Por supuesto. Querida Beatriz, si tú me ayudas, la princesa de Éboli y el secretario del Rey harán dentro de ocho dias todo cuanto se nos antoje: en cambio haremos nosotros que sean felices.

—Ya sabe el señor Antonio Perez que yo....

—Lo sabe y tu suerte está asegurada.

—De ese modo, ya puedo desafiar á la condesa de Barajas.

—Obrarás como yo te aconseje y nada mas; pero vamos á mi asunto. Cuando hables á la Princesa, hazle presente que tu querido primo hermano, Diego Martinez, guerrero de nota en los invencibles tercios de Italia y de Flandes, desea besar sus blanquísimas manos.

—Mas... no adivino....

—¿Y qué necesidad tenemos de que adivines? Cumple mi comision y no te pesará. Si ves que no agrada á doña Ana la entrevista que le propones con un hombre de mis prendas, puedes añadir que poseo un secreto que puede comprometer mucho con el Rey al príncipe de Eboli su esposo, pero que he jurado no revelarlo á nadie, porque vá en ello la vida. Esto allanará todas las dificultades.

—¡Ay Diego! El cielo nos saque con bien de estos enredos.

—Ni una pa labra mas; nuestra seguridad y nuestra fortuna es—

triban en tu visita a la condesa de Barajas, y en mi conversacion con la Princesa.

Y sin esperar la respuesta de Beatriz, que ya iba á soltarla, dió el aventurero la media vuelta de costumbre, pasó á la antesala, en la cual no encontró por fortuna á ningun criado, que le hiciese preguntas acerca de sus campañas, y dos minutos despues estaba ya en la calle. Enderezó sus pasos hácia san Francisco, punto en que habia citado á Beatriz, prometiéndose en sus adentros montes y morenas de los magníficos cálculos que habia formado para dejar complacido al secretario del Rey, y para sacar á su comprometida amante del atolladero, en que acaso se encontraba con la condesa de Barajas. Cuando mas embebido en sus pensamientos caminaba, quiso su estrella que encontrase frente á frente á D. Luis Quijada, castellano de Villagaría y al comendador mayor de Castilla D. Luis de Requesens y Zúñiga, que se dirigian á palacio. Verles y concebir su fecunda imaginacion una idea arriesgadísima, fué obra de un segundo para Diego Martinez. Hízose á un lado con respeto, para dejar libre la acera á tan distinguidos personajes, y cuando ya llegaban hasta él, se descubrió humildemente y dijo al general estas palabras:

—Un soldado inutilizado en la guerra bien puede rogar sin desdoro que socorra sus apuros el mismo que otras veces le condujo á la victoria.

Detuviéronse Requesens y el de Quijada al mismo tiempo, y el primero despues de examinar al soldado, le preguntó:

—¿En dónde has servido, perillan?

—En Italia, señor, contestó con descaro Diego Martinez, y estuve en Pavia: en mi rostro puede ver mi general el refilon de la lanza del caudillo francés Bonnivet, que me derribó en tierra.

—¿Estuviste en la plaza, ó en el ejército combinado que atacó las trincheras enemigas?

—En la plaza con el esforzado D. Antonio de Leiva y con un hambre de tres meses: pero no bien empezó la batalla, abandonamos los muros, olvidamos que no habíamos comido carne de caballo hacía veinte y cuatro horas, y cargando sobre los escuadrones franceses, quedó el campo cubierto de cadáveres.

—Así fué en efecto, repuso Requesens; ya veo que eres un va-

liente. Y sacando del bolsillo dos monedas de oro las puso en la mano de Diego.

—No he de ser yo menos, cuando se trata de ayudar á un buen español, añadió el señor de Villagarcía dando al soldado otras dos monedas. Y hecho esto prosiguieron aquellos señores su camino.

Nuestro aventurero se deshizo el cuerpo á cortesías durante largo espacio, inspirando admiracion y respeto á las pocas personas que habian presenciado la anterior escena.

—¡Estuvo en la batalla de Pavía! exclamaba uno.

—¡Oh! murmuraba otro; cuando el Comendador Mayor le ha conocido, no se puede dudar.

—Preguntémosle, observaba un tercero, que cara tenia el emperador Francisco cuando cayó cautivo.

Pero Diego, que ya veia llover sobre sus costillas la curiosidad de aquellos moscardones desocupados, tuvo el buen criterio de dar fin á sus saludos y reverencias, poniéndose en marcha, no sin dirigir antes una mirada imponente á los que se proponian matar el ocio abusando de su paciencia. En vista de aquella actitud marcial, nadie despegó los lábios, ni se opuso á que desapareciese de la calle, porque todos temieron tropezar con la horma de su zapato.

Aquel era día de encuentros para el amante de Beatriz. No bien hubo doblado la esquina del convento y cuando ya se proponia seguir hasta la entrada del claustro para aguardar allí á su ninfa, vió ocupado el puesto por dos bultos: poco trabajo le costó reconocer en el de menor estatura á un lego de San Francisco; el otro estaba embozado hasta los ojos y no era fácil para Diego adivinar quien fuese. De todos modos juzgó cosa prudente el detenerse en la esquina, desde la cual podia observar los movimientos del lego y de su interlocutor, sin esponerse á que estos pudiesen ver llegar á la doncella de doña Ana: hizo alto por consiguiente y esperó con paciencia el resultado de sus gestiones para presentarse á la última, y como ningun otro cuidado le aquejaba en aquellos momentos, se puso á silbar con notable perfeccion la marcha guerrera que entonaban los soldados de Cárlos V, cuando derrotaron en Africa á los cien mil hombres de Barbarroja, despues del asalto de la Goleta.

Una hora transcurrió sin novedad, ó lo que es igual, sin que el perfil de Beatriz apareciese por parte alguna: entretanto se habia

marchado el embozado que platicaba con el lego, y éste, que era el buen Damian, á quien ya conocemos, permanecia en el umbral de la puerta, que daba entrada al claustro. Diego Martinez se adelantó paso á paso, como un raposo, con intencion de sorprenderle y averiguar por él el nombre del caballero, que acababa de dejar su compañía; pero Damian que no las tenia todas consigo y estaba ojo avizor, sintió que algo se movia por aquellas inmediaciones, volvió la cabeza, vió al soldado, y semejante al grillo, que se mete en la cueva, cuando atraídos por su canto monotono, acuden los muchachos para cortarle la retirada, desapareció con ligereza en el interior del claustro.

Diego llegó hasta la puerta y meneando la cabeza, echó un voto redondo y murmuró entre dientes.

—Por mi santiguada, que ese pícaro no debe tener la conciencia muy limpia, cuando huye de mí.

Pocos instantes despues llegó Beatriz. Su amante corrió á recibirla y le dijo:

—¿Qué ha resultado?

—No puedo detenerme mucho, porque mi señor ha llegado á casa con un humor infernal y doña Ana está en su cámara llorando á mas y mejor.

—Que me place, exclamó el soldado lleno de júbilo; eso es lo que yo quiero; que haya reyertas conyugales.

—Es que cuando llora la Princesa, repuso la doncella, tengo que estar á su lado para consolarla.

—Y para saber la causa de su llanto; está entendido. Déjala que se desahogue un rato su afligido pecho y vamos á lo que importa. ¿Qué hay de mi entrevista con ella?

—Oyó tu demanda con altivo desden, pero no bien hablé del secreto de D. Ruy Gomez, me dijo: puedes prevenir á tu primo que le recibiré mañana á las diez sin falta.

—Ya lo sabia yo, observó Diego Martinez retorciéndose el vigote con fatuidad. Seré exacto á la cita.

—Dame ahora tus instrucciones para mi visita á la condesa, le dijo Beatriz.

—Es justo; pero como hace hora y media que estoy aquí de centinela y además te espera mi señora doña Ana de Mendoza, vamos andando y te enterarás de lo que has de decir.

—Ahora que me acuerdo ¿sabes á quién he encontrado en ese callejon de la vuelta?

—A algun embozado que, sin saber por qué, me ha fastidiado mucho?

—Embozado era.

—¡Ah! ¿Y qué direccion llevaba?

—Parecia como que se retirase de estos sitios.

—Él es.

—¿Le has conocido?

—No ¿y tú?

—Pues no faltaba mas; era el señor Antonio Perez.

—Me lo daba el corazon. ¿Qué diablos tendrá que hacer con los legos de este convento?

—Vaya.... vaya.... ¿Con qué le has visto con Damian?

—Con Damian ó con Judas.

—Mira: yo doy á Damian noticias de mi señora, y Damian.....

—¿Se las transmite al Secretario del Rey? ¡Qué rodeos! ¡Qué miserias! Ya veo que los caballeros de Castilla no son muy duchos en achaque de amores. Ahora que hay aquí un aragonés, veremos si Diego Martinez solo hace mas que todos los legos juntos de todos los conventos habidos y por haber.

Diego acompañó á Beatriz hasta la puerta de D. Ruy Gomez de Silva y la habló mucho, repitiendo una, dos y tres veces sus advertencias; pero hízolo en voz tan baja, que nunca ha podido averiguar el autor de esta verídica historia los pormenores de aquella, al parecer, interesante plática. Lo único que ha llegado á su noticia es que se retiró temprano á su posada con ánimo de establecerse al siguiente dia en la de su protector Antonio Perez, y que aquella misma noche escribió á su buen amigo Juan de Mesa, residente en Zaragoza, la siguiente carta:

«Si tienes en alguna estima la cubierta de tus huesos, y no de-
 «seas contraer estrechísimas relaciones con la justicia del Justicia
 «Mayor del esclarecido reino de Aragon, desfigúrate las narices
 «contra un poste, arráncate un ojo, ó córtate las orejas en cuanto
 «recibas esta carta, y sin encomendarte á Dios ni al Diablo, pon
 «pies en polvorosa y no te detengas hasta la córte de Valladolid,
 «en la cual te esperan buenos amigos y poderosos valedores. Y el

«motivo de esto es, que sé de buena tinta, que te acusan de un crimen que se cometió hace tiempo en Castilla, y que no tardará en ir á esa contra tu persona una requisitoria de la justicia del Rey nuestro Señor, que Dios guarde. Y no firmo esta epístola por razones que no necesito explicarte: mas para que no ignores quien te dá este saludable aviso, acuérdate de cierto perro mastin llamado *Bravo*, que olía desde muy léjos y no dejaba en paz á la gente honrada. Y pongo al final la señal de la cruz, para que cuando leas estas letras, no te inspire Satanás algun mal pensamiento, y echés á perder tu negocio y los agenos.»



CAPITULO XI.

Un poquito de historia.



ETROCEDAMOS ahora un poco en nuestra narracion; y ya que en este momento no podemos satisfacer la curiosidad, que sin duda tendrán nuestros lectores, de saber el desenlace del plan preparado por Diego Martinez, para sacar de apuros á Beatriz, y para cumplir la palabra que, á guisa de protector, habia empeñado á Antonio Perez, no dejemos olvidado al personaje principal, cuya memoria nos ha puesto la pluma en la mano, sin meternos á averiguar las operaciones de los demas, que á su sombra figuran, y sin cuidarnos de si al fin de la jornada, ó antes, volverán á presentarse en escena.

Ya hemos visto que al heredar D. Felipe II de Castilla todos los estados de su padre Cárlos V, heredó tambien una guerra implac-

ble contra la Francia, y que para sostenerla con gloria tenia los capitanes mas ilustres y los mejores soldados de Europa. En efecto, las jornadas de San Quintin y de Gravelinas habian esparcido el terror entre los enemigos del monarca español, y la última derrota puso al duque de Guisa en la precision de retirarse de la frontera de los Países-Bajos, abandonando la importante plaza de Thionville. Reunió á sus fuerzas los desanimados restos del mariscal de Termes, vencido en Gravelinas por el intrépido conde de Egmont, y entrando en la Picardia con cuarenta mil hombres, se situó en unos cerros inmediatos á Pierre-Pont, en tanto que Emanuel Filiberto, duque de Saboya y el conde le esperaron acampados cerca de Dourlens, con propósito decidido de concluir la guerra, aniquilando de un solo golpe el ejército contrario. La suerte de Europa estaba pendiente de aquella batalla que debia ser sangrienta, y aunque todas las ventajas militaban en pró de los caudillos de D. Felipe, no deseaba este que sus huestes empeñasen la lucha, tanto por su natural circunspeccion, como porque mas bien queria conquistar una paz fecunda en grandes resultados para sus pueblos, que hacer esta imposible de todo punto, comprometiendo á sus súbditos en una guerra desastrosa, cuando llamaba toda su atencion el gobierno interior del reino. Tampoco Enrique II, sucesor del emperador Francisco, se sentia dispuesto á sufrir nuevos descalabros: San Quintin y Gravelinas habian sido para él dos amargas lecciones, y no queria de buen grado esponerse á mayores reveses, pues demasiado conocia que si las tropas del rey D. Felipe no estaban ya sobre Paris, era deudor de esta merced á la generosidad y prudencia de su victorioso enemigo.

En vista de esta disposicion de los ánimos, intervino Paulo IV con sus buenos oficios, y esto bastó para que se firmase el armisticio, precursor de las negociaciones para una paz duradera entre España y Francia. La debida inteligencia de los sucesos que vamos relatando nos pone en el caso de enterar, aunque brevemente, á nuestros lectores, de las principales cláusulas del célebre tratado de Chateau-Cambresis. En primer lugar, las partes contratantes debian restituirse recíprocamente todas las conquistas hechas en la parte meridional de los Alpes desde el principio de la contienda

en 1551: los franceses salieron notablemente perjudicados por este artículo; pero aunque pusieron el grito en el cielo, fué preciso entregar al Rey de Castilla noventa plazas fuertes, tanto de Italia como de los Países-Bajos, recuperando en cambio á Chatelet, Ham y San Quintin, cuya posesion solo servia de estorbo y de reconocido perjuicio á los españoles. Además, anhelando vivamente Enrique II estrechar su alianza con D. Felipe por medio de los vínculos de familia, le propuso por mediacion del duque de Montmorency, y se estipuló en el tratado, el matrimonio de Madama Isabel, su hija primogénita, con D. Carlos de Austria, hijo del rey de España y de su primera esposa doña Maria de Portugal. Cuando se firmó el pacto, que ponía término á una guerra fatal para las dos naciones, y en la cual supo adquirir la infantería española la fama de invencible, contaba el Príncipe catorce años y solo trece su prometida consorte Isabel de Valois, que adquirió desde entonces el dictado de la *Paz*, con que la conocen los historiadores franceses, en memoria del fausto acontecimiento inaugurado en Chateau Cambresis, tan funesto despues para aquella desventurada Princesa.

En efecto, poco despues de haberse ratificado el convenio para una concordia definitiva, y de vuelta ya D. Felipe en su córte de Valladolid, se convenció de que habia obrado como padre y no como Rey, al ajustar las bodas de su hijo con la princesa de Francia. Era D. Carlos pundonoroso de carácter, violento en sus pasiones, generoso y liberal, arrebatado hasta rayar en díscolo, ambicioso y sobremannerá gallardo en su persona. Sus detractores le atribuyen gratuitamente todos los vicios imaginables; los que se empeñan en presentarle como una víctima de la tiranía de D. Felipe aseguran, que fué un dechado de virtudes. Todos han exagerado la historia en este punto: á un continente agraciado y galan, á una fisonomía franca y afectuosa reunia aquel Príncipe un corazon altivo é indomable, y tambien un vehemente anhelo de tener parte en el gobierno del estado. El Rey conoció, aunque algo tarde, que D. Carlos era el primero que se rebelaba contra su autoridad, zahiriendo sus disposiciones y mofándose abiertamente de los gloriosos hechos que ilustraban el principio de su reinado, y no tardó en descubrir que el cómico Baltasar Cisneros habia compuesto unas coplas, en que se

daban al Príncipe los títulos de magnánimo y pacificador futuro de los Países-Bajos, y al monarca su padre los de cruel y supersticioso. D. Felipe, que habia redactado con esquisito tacto los preliminares para las negociaciones de Chateau-Cambresis, y que estaba resuelto á sostener la paz á todo trance para dedicarse esclusivamente á la felicidad de su reino, vió con amargo dolor que los ocultos conspiradores de Flandes, donde á la sazón gobernaba en su nombre la duquesa de Parma, doña Margarita de Austria, su hermana, como hija natural de Carlos V, le suscitaban en el seno mismo de su familia un enemigo terrible.

Amargos fueron para el Rey los primeros dias de su estancia en la corte, sin que bastasen á consolarle los recuerdos de los últimos triunfos ni la perspectiva de un porvenir brillante, que debia eternizar la historia. La reina doña Maria acababa de espirar, y el príncipe D. Carlos habia elegido precisamente el instante en que aquella exhalaba su último aliento, para dar un público testimonio de que no respetaba el dolor de un esposo y de un padre. Este no pudo atribuir tan feo desacato á los pocos años de su hijo, ni á su natural aturdimiento, sino á los perniciosos consejos de las personas que le rodeaban. Examinóle, pues, á solas, con la sagacidad consumada que le distinguia, y no se ocultó á su penetracion, que el golpe llegaba de los Países-Bajos; por lo que, desentendiéndose de los afectos de padre, ó mejor dicho, fortalecido por estos mismos afectos, que le obligaban á no permitir que el Príncipe fuese instrumento de traidoras maquinaciones, cuyas tendencias político-religiosas conocia demasiado, le reprendió severamente, concluyendo por decirle que le castigaria, á él mas que á ningun otro de sus súbditos, si reincidia en sus faltas.

Atemorizado D. Carlos se arrojó á los piés de D. Felipe, mas avergonzado que arrepentido: el Rey, á quien prometió obedecer y acatar ciegamente, le abrazó con ternura, imaginando que aquella reprimenda bastaria para el arrepentimiento, y aprovechando la ocasion que se le ofrecia de alejar á su hijo de la corte, con el fin de separarle de las influencias que le asediaban, le propuso que pasase á la de Francia con ostentosa comitiva, para que conociese y tratase á la Princesa que, andando el tiempo, debia ser su esposa,

si se cumplieran las estipulaciones de la paz contratada. El Príncipe aceptó con júbilo el deseo de su padre y juró que desde aquel día no tendría más consejero que su instructor. Luis Vives, protesta que serenó completamente el ánimo de D. Felipe, pues se figuró que había conjurado por aquella parte la tempestad, pronta á estallar contra él por los esfuerzos incesantes de los sediciosos flamencos.

Dispúsose con gran boato la partida de D. Carlos, que fué recibido en París con la pompa debida al heredero del monarca más poderoso y más sábio de Europa. La entrevista de los prometidos esposos tuvo no obstante más puntos de contacto con una tiernísima ecceña de familia, que con una presentación oficial, esclava de la etiqueta.

Era Isabel de la Paz una verdadera maravilla en hermosura y gracia: un escritor español afirma que nunca se sentó en el trono de Castilla mujer tan bella; en su rostro angelical se retrataba la pureza de un corazón noble y bondadoso, y los franceses, orgullosos con su posesión, sólo consentían en perderla, porque sabían que había de ceñir sus sienes la primera corona del mundo. Aquella lindísima flor de un siglo galante era la prenda de felicidad y ventura entre dos pueblos, y la nobleza de París bajó los ojos ante el afortunado mancebo que se preparaba á embriagarse con sus deliciosos perfumes. Así sucedió: el príncipe D. Carlos no pudo contemplar tantos atractivos sin rendirles estasiado el culto de su adoración; el amor penetró por la primera vez en aquel corazón fogoso y fué á herir de rechazo á la misma que lo inspiraba. Desde entonces tuvieron los tiernos novios frecuentes ocasiones para declararse las dulces sensaciones de sus almas, en medio de las brillantes fiestas que la ciudad de París daba al ilustre huésped extranjero, cuya juventud y prendas personales eran el embeleso de la corte; y aquellas ocasiones y las entrevistas que Enrique II cuidaba de proporcionarles con el objeto de asegurar la dicha de la Princesa, al mismo tiempo que procuraba un sosiego durable á sus estados, acabaron de inflamar sus corazones con un fuego que sólo la muerte debía extinguir. Nacida y fomentada su pasión bajo la égida de los títulos más legítimos, comunicada recíprocamente con todo el ardor de la inesperienza, auguraba largos días de ventura á aquellos felices

séres, que se amaban como dos niños, con un amor que nunca llegarían á apagar los mas grandes obstáculos ni las mas imprevistas vicisitudes.

Don Carlos escribió al Rey felicitándole por la paz de Chateau-Cambresis, que le hacia dichoso, y declarándole al mismo tiempo que los enemigos de España lo serian siempre suyos.—«Señor y padre mio, decia en su epístola, la princesa Isabel de Valois será «para Vuestra Alteza una hija y para mí un talisman. El tratado propuesto por el rey Enrique y aprobado por la sabiduría de Vuestra «Alteza colma todas mis esperanzas: á él soy deudor de mi eterna «felicidad, y á Vuestra Alteza de mi profunda gratitud, sumision y «respeto.»

No pudo llegar esta carta en mas desgraciada coyuntura á la corte de Castilla. Cuando la recibió D. Felipe, se hallaba conferenciando con el presidente el cardenal Espinosa, acerca de los medios eficaces que debian pónerse en juego para estirpar de raíz la herejía en los estados de Flandes. Habíanse publicado por mandato del Rey severas disposiciones contra las erróneas doctrinas de Lutero, y fueron llevadas á cabo con inusitado rigor por los consejos del obispo de Arras, único ministro que dirigía la política de la duquesa de Parma: por lo cual exasperados los ánimos de los malcontentos, estallaron en amargas quejas, apoyadas, aunque secretamente, por el príncipe de Orange, y los renombrados condes de Horn y de Egmont, vocales del consejo de doña Margarita. El obispo Granwella, tan rígido como el monarca de Castilla en materias de religion, pero al mismo tiempo hombre arrebatado, colérico y orgulloso, insistió mas y mas en su sistema opresor, haciéndose tan insufrible á los flamencos por su dureza, que los tres consejeros mencionados informaron á D. Felipe de todo cuanto ocurría y pidieron la separacion del ministro. Pero D. Felipe no se dejaba alucinar fácilmente y dió largas al negocio: Granwella obtuvo al fin permiso para dejar á la Gobernadora, y cuando los descontentos creian haber triunfado, debilitando la autoridad real en Flandes, se encontraron con nuevos edictos, que léjos de mitigar el rigor de las primeras disposiciones, exigian su exacto cumplimiento. Entonces arrojaron la máscara los nobles, y rebelándose abiertamente, firmaron un mani-

fiesto para recomendar á los estatutos la falsa doctrina, y dirigieron al Rey una representacion por conducto del marqués de Mons y el baron de Montigny, quienes pasaron á la córte de Castilla, autorizados por doña Margarita á fin de hacer presentes á D. Felipe los agravios de sus poderdantes.

Don Felipe, que desde la cámara del palacio real de Valladolid abarcaba con su mirada de águila todos los dominios españoles, no solo estaba enterado de aquella embajada singular dispuesta por los rebeldes de Flandes, sino que sabía además, que el baron de Montigny era portador de una carta del conde de Egmont para el príncipe D. Carlos. Este descubrimiento, debido á un aviso secreto dado al Rey por el príncipe de Orange, que aspiraba á la soberanía independiente de Flandes y veia en D. Carlos un estorbo para la consecucion de su deseo, fué el hilo de aquella madeja de traiciones, hábilmente desenredada por el soberano mas diplomático, en la buena acepcion de esta palabra, y mas previsor de Europa.

Acababa el Rey de leer la misiva del príncipe de Orange, cuando recibió la del príncipe D. Carlos: dió esta al cardenal Espinosa despues de haberse enterado de su contenido, y le preguntó su parecer. El Presidente se holgó mucho al ver aquella prueba de la sumision de D. Carlos á la voluntad paterna; pero D. Felipe que repasaba por cuarta vez la carta del de Orange, dijo con la mayor impasibilidad:

—Esa niña y los regocijos de París han dado al traste, por el pronto, con sus malas inclinaciones: nuestro corazon es un abismo; ya veremos si el Príncipe persevera.

—Esperemos en Dios, Señor, murmuró el Cardenal.

—Sí: Dios es mi única esperanza en la tierra, repuso aquel monarca que acababa de hacer temblar á toda la Europa, y cuyas crueles amarguras fueron un secreto para su siglo.

Al dia siguiente llamó el presidente Espinosa al cómico-poeta Baltasar Cisneros; y le hizo entender de orden del Rey que en el término de dos horas saliese desterrado de la córte.

—Y andad con cuidado, le añadió, pues esto lo hace así Su Alteza por libraros de mayores males y en consideracion al favor que habeis obtenido del príncipe D. Carlos.

El mismo dia dijo D. Felipe á su Secretario íntimo Antonio Perez:

—Buscadme un hombre de corazon, capaz de guardar un secreto. Si le hallais pronto, venid con él esta noche.

—Señor, respondió el Secretario, me parece que tengo lo que Vuestra Alteza desea.

—Es para una comision, observó el Rey, en que se arriesga la cabeza: si mi justicia le prende, aunque cumpla bien la comision por darme gusto, no espere que yo interceda por él.

Antonio Perez se retiró pensativo, pues conoció desde luego que se trataba de algun negocio grave. Por esta misma causa supuso que si él no daba con la persona que D. Felipe habia menester para llevar á término lo que se proponia, la buscaría por otro lado, acusándole al mismo tiempo de poco celoso en el cumplimiento de sus deberes; por lo que se trasladó inmediatamente á su posada, para preguntar si no habia llegado ya Diego Martinez. El aventurero no habia asomado por ella y la razon de esto era muy sencilla: aquel era precisamente el dia en que, como aseguraba con mucha formalidad, tenia cita con la princesa de Éboli; además eran las once de la mañana, y el secretario del Rey no debia por lo mismo perder la esperanza de echar la vista encima, antes de la noche, á su nuevo servidor.

Entretanto escribia el Rey á su hijo D. Carlos, manifestándole su deseo de que volviese cuanto antes á España. Y como sabia cuán sensible habia de ser para el Príncipe el separarse en aquellos momentos de su adorada Isabel de la Paz, procuró ganar su ánimo, prendiéndolo con el cebo de la ambicion: así pues le decia que su presencia era necesaria para asuntos de grandísima importancia, en los cuales estaba interesada la suerte del reino. De este modo salia tambien aquel profundo político al encuentro de la resistencia, que la exasperacion de D. Carlos pudiese oponer á sus órdenes, evitando al mismo tiempo que los artificios de los flamencos le persiguiesen en París, donde con mas facilidad que en Castilla, lograrían tal vez convertir á su hijo en gefe de rebeldes.

El palacio del Louvre se cubrió de tristeza cuando se supo que el prometido esposo de la princesa Isabel lo abandonaba. Pero era

preciso obedecer á D. Felipe, y el rey Enrique calmó la desesperacion de los jóvenes amantes, ofreciéndoles que interpondria todo su influjo con su poderoso aliado, para que el himeneo, única aspiracion de sus almas, consagrarse cuanto antes el vehemente amor que sentian. Don Carlos se separó de aquella niña con el corazon desgarrado, y los mas negros presentimientos le atormentaron durante el viage. Cuando llegó á Valladolid tenia calentura: el Rey se sonrió al verle, pues le juzgaba salvado de un precipio y daba por ganada su partida contra los conspiradores de Flandes; mas al notar lo mucho que padecia, le abrazó tiernamente, y disponiendo que se acostase, le recomendó á los cuidados del insigne y virtuoso Luis Vives, y ordenó á sus médicos que no perdonasen medio alguno para aliviar su dolencia.

CAPITULO XII.

La princesa de Éboli muerde el anzueto y la condesa de Barajas traga gato por liebre.



A queda consignado que el dia en que el secretario Antonio Perez necesitaba indispensablemente á Diego Martinez, pues en él habia pensado desde que el Rey le previno que le procurase un hombre de temple y discreto, se hallaba nuestro héroe de Italia en casa de doña Ana de Mendoza. Esta señora que, como tambien sabemos, no amaba á su esposo, se sentia dispuesta á escuchar las relaciones del pretendido primo hermano de Beatriz, referentes á D. Ruy Gomez, con el único objeto de poseer un arma poderosa que la pusiese á cubierto de sus zelosas sospechas. La verdad es que la conciencia de la princesa de Éboli no estaba muy tranquila sobre este particular, pues el noble porte, las

distinguidas maneras y el valimiento de Antonio Perez habian seducido su imaginacion; y la especie de clausura en que vivia, merced al cuidado y recelosos desvelos del Cerbero que la guardaba, no hacía mas que avivar con mayor fuerza sus deseos de sacudir un yugo insoportable, ó al menos de consolarse, siempre que le fuese dado conseguirlo sin esponer su decoro á las hablillas de las gentes, entregando su corazon al hombre que preferia. Sus intentos no llegaron á cumplirse: doña Ana de Mendoza y de La-Cerda pasó por el martirio del escándalo; víctima de sus pasiones, sacrificada en los primeros años de su juventud, no supo ó no quiso resignarse con su suerte y su suerte fué digna de compasion.

Cuando Diego Martinez se presentó en su casa, daban las diez de la mañana. Esperábale la Princesa impaciente, supuesto que la doncella, para vencer su repugnancia á recibirle, habia presentado con grandes proporciones el secreto que su primo tenia precision de revelar á la que tanto interés tenia en conocerlo. El veterano de Italia, queriendo sorprender con el primer golpe de vista á tan apuesta dama, habia pasado una escrupulosa revista á sus propias galas, y satisfecho de sí mismo, atravesó guiado por Beatriz y con notable desembarazo, los principales aposentos de la casa de Silva, y penetró por último en la cámara particular de doña Ana. Esta hizo una seña á su doncella para que se retirase, y habiendo quedado sola con el soldado, le miró de piés á cabeza. El impertérito Diego sostuvo aquel exámen con impávida serenidad, y despues, resuelto á jugar el todo por el todo, se adelantó cuatro pasos y dirigió á la Princesa un saludo entre militar y cortesano, que la obligó á ruborizarse.

—No es está la primera vez, á lo que parece, le dijo al fin doña Ana, que pisais ricas alfombras, y os veis en presencia de encumbradas personas.

—No por cierto, bellissima señora, contestó el bribon con desparpajo; he visto grandes cosas durante mis campañas, sin contar los mosquetazos de los enemigos de Castilla. Estuve en Ratisbona y en Aquisgran cuando estas dos ciudades celebraron la coronacion del inolvidable emperador Carlos V; mis pecados me llevaron despues al asalto de Roma y puedo asegurar que me han tratado, como quien dice, de igual á igual, el gran Filiberto, el noble y sesudo D. Fran-

cisco de Alarcon, el intrépido Antonio de Leiva, D. Alvaro de Bazán y otros caudillos no menos ilustres. Ya veis, hermosísima Princesa, que no habeis admitido á besar vuestra blanca mano á un hombre vulgar: solo me resta añadir que tal como soy, me halló dispuesto á serviros y complaceros hasta perder la vida.

Sonrióse la Princesa del entusiasmo de Diego y le preguntó:

—¿Sois castellano ó flamenco?

—Aragonés, señora; aragonés por cuatro costados, repuso el veterano sin vacilar; de la tierra de los conquistadores, empezando por el famoso Jaime *Primero* y acabando por vuestro humildísimo criado Diego Martinez, que es un nombre tan bueno como otro cualquiera.

—Muy bien, observó doña Ana, no sin experimentar algun sobresalto, al ver la resolucion y audacia de aquel hombre que, segun sus informes, poseia un secreto peligroso para la vida de don Ruy Gomez. Beatriz, vuestra prima, me ha asegurado que...

—Perdonad, noble Princesa, la interrumpió Diego: si supiera que mi prima Beatriz no corresponde dignamente á vuestros favores con una adhesion sin límites, la desharía entre mis manos. Ella me dice todos los dias que os ama, que se arrojará de cabeza á un pozo por daros gusto, porque sois noble, tierna, generosa, sin par....

—Basta, basta por Dios. ¿A dónde vais á parar? ¿Eso afirma mi querida doncella?

—Con juramento.

—Mucho se lo agradezco.

—Es que no me prueban nada sus razones, y quiero enterarme de si teneis queja de ella.

—Ninguna; al contrario: conozco su mucho apego á mi persona y he de hacer en su favor cuanto dependa de mi crédito.

—Ya estoy tranquilo, porque me habeis quitado un peso del corazón.

—Dejemos ya ese asunto y dadme á conocer lo que os ha traído á mi presencia. Beatriz me ha dicho que es un secreto importantísimo.

—¡La pobre es tan pusilánime! ya se ve; como no está acostumbrada á grandes acontecimientos, se asusta hasta de su sombra. Ahora mismo voy á explicaros el misterio en dos palabras.

—Hablad.

—Hace diez dias que llegué de Aragon, y al saber que mi prima se hallaba á vuestro servicio, recordé una historia vieja, que me refirió hace mucho tiempo un pícaro á quien deseo ver ahorcado. En esa historia juega el principal papel vuestro ilustre esposo y mi señor D. Ruy Gomez de Silva, príncipe de Éboli.....

—¿Y qué?

—Y no osando hablar de estas cosas con tan iracundo magnate, que pudiera muy bien confundirme con un impostor, he preferido solicitar vuestra vénia.

—¿Y por qué deseais que el Príncipe oiga esa historia?

—¡Válgame el gran turco, señora! Si no nos entendemos.... yo no deseo que la escuche el señor D. Ruy Gomez, sino que la escuchéis vos.

—Mas decidme para qué.

—Para vuestro gobierno, señora Princesa; para vuestro gobierno y para que eviteis el peligro que puede amenazar al Príncipe.

—Usais un lenguaje, que á cualquiera otra mujer asustaria.

—Lo creo, y por eso mismo lo uso; porque sé que no os asusta á vos.

—En buen hora; podeis empezar vuestra relacion.

—¡Mi relacion! Decid mas bien la del señor secretario del Rey.

—¿Cómo!

—Por supuesto; la del señor Antonio Perez.

—¿Qué decís!

—Que el señor Antonio Perez tiene en sus manos el hilo de esa maldita historia vieja, y que el tunante que me habló de ella, solo me dijo que se referia á un asesinato.....

—¿A un asesinato!

—Mandado ejecutar por.....

—¿Por quién?

—No os impacientéis, señora; por el príncipe de Eboli.

—Imposible: el noble D. Ruy Gomez de Silva mi esposo.....

—Acaso tengais razon.... yo nada aseguro.... pero el infame Juan de Mesa, que en otro tiempo robó un cofrecillo de joyas á la señora condesa de Barajas.....

—¿Qué me decís?

—Esa es otra historia vieja. Pues es el caso, que el tal Juan de Mesa me enteró de varios pormenores; los cuales prueban como dos y dos son cuatro, que el señor de Silva anduvo en el fregado de aquella muerte.

—¿Y esos pormenores?

—En primer lugar, el muerto era un hermitaño.

—¡Jesus!

—En segundo lugar, no era lo que era, ó lo que parecia; era cierto enviado de no sé qué personaje: estas circunstancias las tiene muy reservadas para sí el señor Antonio Perez.

—¡Otra vez Antonio Perez!

—Como que posee toda la trama. Pero hay mas: hubo sospechas del crimen.

—¡Ah!

—Y un perro descubrió el cadáver del hermitaño.

—¡Qué horror!

—Y se hicieron pesquisas inútiles para prender á los asesinos. Yo no sé cómo diablos llegó todo el negocio á poder del señor Antonio Perez.

—¿Conoces al secretario del Rey?

—Desde ayer estoy á su servicio.

—¡Ah! Eso es algo, pues ya debes presumir que me toca conservar ilesa la honra de mi esposo, y que por lo mismo estoy en el caso de impedir que el señor Antonio Perez haga de tan terrible secreto un uso perjudicial.

—Esa es la razon que me ha movido para revelároslo.

Doña Ana sacó de uno de sus dedos el mas rico anillo que tenia y dándolo á Diego Martinez, le dijo:

—Me has asegurado que estás dispuesto á servirme á todo trance.

—Y lo repito, señora, sin que para ello necesiteis recurrir á la inagotable fuente de vuestra espléndida generosidad, respondió el soldado, admirando á la luz las bellísimas aguas de la preciosa piedra, que adornaba la alhaja.

—Pues bien: no ignores que me interesan dos cosas; la primera es conocer á fondo y con todas sus particularidades el secreto de que has hecho mencion; la segunda apoderarme de sus pruebas.

—En efecto, señora; eso es lo que os conviene.

- ¿Lo crees fácil?
- Otra mujer ya lo hubiera conseguido, pero vos.....
- Prosigue.
- No me atrevo á aconsejaros; vuestro decoro, vuestro orgullo, vuestra dignidad de Princesa.....
- No importa; deja esas cosas á un lado, y aconsejame.
- Es que esas cosas se oponen á que sigais mi consejo.
- Pero sepamos cuál es.
- Sumamente sencillo; consiste en que habéis vos misma al señor Antonio Perez.
- ¡Yo! exclamó doña Ana temblando.
- Ya veis como yo tenia razon, observó Diego sonriéndose; hay cosas que una dama de vuestras prendas no puede intentar; y con todo.....
- ¿Qué?
- El negocio merece la pena de que algo se sacrifique: por otra parte el señor Antonio Perez no podria menos de aprobar el que os interesaseis de ese modo por el señor D. Ruy Gomez.
- ¿Imaginas que querrá complacerme? ¿Que no me rebajará á sus ojos semejante determinacion?
- Estoy seguro de ello.
- ¿En qué te fundas?
- En que esta mañana, cuando iba á entrar en su aposento para recibir sus órdenes, oí que hablaba solo: detúveme junto á la puerta, á fin de no interrumpir con mi presencia la espresion de sus afectos y llegaron hasta mí las ¡siguientes palabras. — «Declarar al «príncipe de Éboli lo que de él sé, es una imprudencia que podrá «costarme cara, pues no será extraño que intente sepultar el secreto en mi tumba. ¡Si al menos lograrse yo hablar á la Princesa! ¿Pero cómo? Su vigilante esposo no la pierde de vista.....
- ¿Eso ha dicho el señor Antonio Perez?
- Os lo juro por mi nombre.
- Estoy resuelta: iré á buscarle.
- Pensadlo bien; no sea que.....
- Repito que quiero hablar al secretario del Rey; y supuesto que estás á su servicio, dispon de tal modo las cosas, que nadie pueda sospechar.....

—¡Oh! Si lo dejais á mi cuidado, todo saldrá á las mil maravillas.

—¿Me lo prometes?

—Os lo juro....

La Princesa aseguró entonces á Diego Martinez que podia contar con su proteccion en la córte, y le despidió de una manera tan afectuosa, que salió encantado de aquella casa, tanto por haber llevado á feliz término la negociacion de la cita, que habia ofrecido á Antonio Perez, como por haber descubierto en su entrevista con la Princesa, que esta dama llegaria á ser para él una mina de oro.

Luego que Beatriz dejó solo al soldado con su señora, trató de aprovechar el tiempo, y cumpliendo con las instrucciones de aquel, se dirigió á casa de la condesa de Barajas, suponiendo que la conversacion de Diego Martinez con la esposa de D. Ruy Gomez duraria lo bastante para que ella pudiese ir y volver, sin que se reparase en su ausencia.

La condesa de Barajas, que ya no era jóven en 1545, apenas conservaba en 1559 algunos restos de su pasada hermosura. Aficionada al lujo, á la ostentacion y á los placeres, se habia disgustado de la córte, porque esta habia sufrido una completa transformacion desde el advenimiento del hijo de Cárlos V al trono. Don Felipe era un monarca austero, dado á los negocios y á la administracion del reino; en torno suyo se respiraba, por decirlo así, cierta severidad religiosa, que hacía singular contraste con los hábitos de galantería y de bulliciosa animacion, importados del extranjero por los militares que volvian de Flandes y de Italia: era natural que la córte reflejase en público las costumbres del monarca, y que la monotonía alejase de ella á las personas, cuya obligacion no dependia directamente del servicio de palacio y cuyas rentas bastaban para entregarse independientemente á los goces, que no les era dado disfrutar en Valladolid. A este número pertenecian los condes de Barajas, cuyas posesiones en Castilla y Andalucía les ponian en el caso de desdeñar el mezquino porte introducido por la que llamaban *etiqueta miserable y prudente* del Rey, por lo cual se trasladaron á ellas, viviendo allí á sus anchuras, hasta que D. Felipe, instruido de las recomendables prendas y despejado talento del conde, le llamó para confiarle negocios importantes del estado. La Condesa

abandonó con pesar los amenos vergeles en que tanto se solazaba y siguió á su esposo; pero habia olvidado completamente el robo del cofrecillo de joyas y la desaparicion de Beatriz de su servicio, cuando la presencia de esta en el salon de doña Ana de Mendoza, precisamente el dia en que la condesa habia ido á visitarla, despertó en ella el recuerdo de aquellos sucesos. No podia asegurar sin embargo, al cabo de catorce años, que la doncella de la princesa de Eboli fuese la misma que habia desertado de su casa desde el monasterio de la Espina; mas habiendo oido que doña Ana le llamaba Beatriz, se desvanecieron sus dudas: no quiso con todo revelar á la primera los malos antecedentes de aquella mujer, y se retiró de la visita con el propósito de castigarla, cuando llegase una ocasion oportuna.

Pero al saber que la doncella de su amiga la señora esposa de D. Ruy Gomez de Silva solicitaba de ella una entrevista, se frotó las manos de júbilo y exclamó:

—Ya la tengo en mi poder, y me las pagará todas juntas.

El espíritu de venganza... mas aun; el deseo de dar un disgusto á la princesa de Eboli, cuya belleza, encomiada por todos, no habia podido admirar sin envidia, animó su ajado rostro, y dando orden de que introdujesen á su antigua sirviente, la esperó, como espera un colono irritado al mísero esclavo, á quien no quiso otorgar misericordia.

Beatriz se presentó á la Condesa con humildad y respeto y aguardó su vénia para hablar: la dama examinó su persona de alto abajo desdeñosamente y por fin le preguntó:

—¿Qué mensaje me traes de parte de doña Ana?

—Ninguno, señora, respondió la doncella con timidez; vengo á hablaros de mí misma.

—¿De tí?

—Sí por cierto, señora Condesa. ¿Qué desgraciada he sido!

—Yo no te conozco.

La amante de Diego Martinez estaba segura de lo contrario; pero era cómica de habilidad, y repuso al momento:

—Lo creo, señora Condesa: mis desventuras me han vuelto desconocida para todos, y á no ser por la proteccion de la señora princesa de Eboli... ¿Mas qué importa? ¿Es causa el que no me conocais para que yo deje de aprovechar el instante que tanto anhelaba,

de arrojarme á vuestros piés y de pediros perdon por haber abandonado en otro tiempo vuestra casa? ¡Ah! Esa falta, esa locura me perdió, y si entonces hubiera sabido lo que supe despues.... porque, señora Condesa, yo soy Beatriz.... miradme bien; la infortunada Beatriz de Frias.

Y hablando así, la doncella se habia arrojado á los piés de la Condesa. Ésta, al verla deshecha en lágrimas, se enterneció sin poderlo remediar, y un sentimiento de compasion ahogó en ella el orgullo de muger. Levantó pues á Beatriz y le dijo procurando endulzar algun tanto su severo acento:

—Vamos, vamos; me parece que eso que me cuentas sucedió, cuando yo era, como quien dice, una niña. (Cuando la Condesa estuvo en el monasterio de la Espina tenia ya treinta y seis años!) Beatriz de Frias.... En efecto: me acuerdo muy bien que una bribona de ese nombre, doncella mia por mas señas, se escapó de mi servicio, robándome un cofrecillo con muchas joyas.

—Eso no, señora Condesa, eso no, exclamó Beatriz llorando á mas y mejor, pero al mismo tiempo con firmeza. ¡Oh! Nadie puede saberlo como yo; mas cuando llegó á mi noticia el caso y quise volver atrás para ponerlo en vuestro conocimiento, ya estábais en Valladolid, y cuando llegué, al cabo de mucho tiempo á esta ciudad, habíais partido para vuestras tierras. Desde entonces....

—Espícate, espícate muger: no olvides, con todo, que el cofrecillo y tú desaparecísteis al mismo tiempo. Mal hice por cierto en llevarlo á nuestra escursion fuera de la córte, pero ¿cómo habia de privarme de mis mejores y mas ricos adornos, si llegaba á necesitarlos? ¿No estaba alli la insufrible marquesa de Aguilar, que se habia empeñado en eclipsarme? ¡Ella! ¿Te acuerdas, Beatriz, de aquel esqueleto con faldas? Por ella llevé el cofrecillo, pues se nos dijo que los condes de Melito nos darian un baile por la noche en el castillo de Villagarcía, y me propuse que rabiase la de Aguilar. ¡Que si quieres! Para el sarao en el alcázar se necesitaba licencia del príncipe D. Felipe, que era ya tan intratable como ahora, y el señor D. Luis Quijada andaba con el Emperador haciendo la córte á las damas flamencas, en tanto que su esposa doña Magdalena de Ulloa pasaba los dias y las noches llorando. Vamos, muger, espícame todo eso.

—¡Yo!

—¿Pues quién? ¿No has asegurado que nadie mejor que tú...

—¡Ah! ¿Lo del cofrecillo?

—Se entiende: lo del cofrecillo y tu fuga, supuesto que volásteis juntos.

—Habeis de saber, señora Condesa, que un mal hombre (y de esto nunca me arrepentiré bastante) abusó de mi inesperienza, ganando mi voluntad de tal modo, que hubiera ido al fin del mundo solo por darle gusto. ¡Pobre de mí! ¡Qué léjos estaba yo de sospechar que aquel amor habia de perderme!

Y Beatriz sollozaba amargamente al declarar sus penas y no parecia sino que su corazon despedazado y oprimido buscaba el medio de salirse del pecho.

—Ea, ea, dijo la de Barajas; ya veo que te escapaste con tu seductor; sea en buen hora, ya que de la gente de tu ralea solo pueden esperarse liviandades. ¿Mas por qué no te contentaste con ser ingrata á mis favores? ¿Por qué añadiste el crimen á tu desenvoltura?

—Escuchadme hasta el fin, señora Condesa: el paso que doy viniendo á buscaros, no bien habeis llegado á la córte, y la seguridad que tengo de que podeis vengaros y vengarme de un mónstruo, son pruebas mas que suficientes de que os refiero la verdad. Mi pérfido amante me obligó á seguirle desde el monasterio de la Espina, y él fué tambien quien, sin que yo llegase á sospecharlo, se apoderó del cofrecillo, que habíais depositado en la sacristia. Declaróme seis dias despues lo que habia hecho, como asimismo que debíamos pasar á Aragon para evitar los efectos de vuestra cólera, y habiéndole afeado su negro proceder y exigido que se os devolviese el cofrecillo, me golpeó fuertemente, aconsejándome que fuese á daros cuenta de su hazaña y dejándome abandonada en el mundo. Desde entonces he sufrido lo que hoy me es imposible referiros: el hambre y la miseria me pusieron en tan infeliz situacion que hubiera perecido, si una persona caritativa no hubiese recomendado al príncipe de Éboli, quien me recibió al fin en su casa al servicio de doña Ana.

—Todo eso puede ser verdad, observó la Condesa despues de haber reflexionado un rato; mas yo necesito averiguarlo.

—¡Oh! Es muy fácil, contestó la imperturbable Beatriz.

—No hay duda; muy fácil debe ser, supuesto que estás segura de que puedo vengarme; lo cual significa que el ladrón del cofrecillo ó tu pícaro seductor caerán, si yo quiero en poder de la justicia.

—Eso, eso es lo que yo deseo. ¡Ah, señora Condesa! Si conseguís que le ahorquen, mataréis dos pájaros de un tiro, satisfaciendo vuestra ofensa y las mias.

—Está bien; solo necesito que me digas su nombre y su paradero.

—Se llama Juan de Mesa y se halla en Zaragoza.

—¿Cómo lo sabes?

—Por un primo hermano mio, soldado de los tercios de Italia que se halla al servicio del señor Antonio Perez, secretario del Rey, á quien podeis pedir informes de su conducta.

—Mira, Beatriz; solo te haré una advertencia: voy á tomar mis medidas para que prendan en Aragón á ese bellaco y me lo traigan á Castilla; pero si me has engañado ¡pobre de tí!

—¡Engañaros, señora Condesa! Cuando hace catorce años-día por día y hora por hora, que solo anhelaba encontraros para pedir os perdon por mi ingratitud, y para revelaros el nombre del culpable.... ¡Oh! Yo declararé siempre que fuere menester todo lo que pasó, y si quereis, mi primo Diego puede servir de algo. ¡Si supiérais las ganas que tiene de devolver á Juan de Mesa los golpes que me dió!

—Ya trataremos de eso á su tiempo. Retírate y á nadie hables de este asunto que me pondría en ridículo á los ojos del Rey y de sus obispos.

—Pero, señora Condesa, no me habeis dicho todavía que me perdonais.

—Sí, si, te perdono, mas.... con una condicion.

—¿Cuál?

—¿Tiene algun amante doña Ana de Mendoza?

—¡Dios mio!.... ¿Qué decís? Si llegase á imaginarlo mi señor don Ruy Gomez....

—Yo no he dicho que lo tenga: te pregunto, si lo tiene.

—Muy escondido debe andar el duende cuando yo no he dado con él.

—¿Y eres capaz de averiguarlo, si le hay?

—¡Ah! Eso sí.

—¿Y de confiarme el secreto?

—¡Qué no haré por vos! ¡Qué no haré para probaros que siempre soy vuestra antigua servidora, vuestra fiel Beatriz, arrepentida de su extravío!

—Dos palabras nada mas: es imposible que la princesa de Éboli esté sin galan, cuando todos dicen que es tan bella y cuando su marido parece un espantajo: procura indagar ese negocio, entérame de él y serás rica.

—Perded cuidado: voy á convertirme en centinela de mi señora y os traeré noticias de todo lo que ocurra.

Beatriz hizo una respetuosa reverencia á la Condesa y salió. En la primera esquina de la calle encontró á Diego Martinez que la esperaba.

—Oros son triunfos, murmuró el veterano acercándose á ella y mostrándole el anillo de doña Ana.

—¡Victoria! respondió la doncella: he conseguido el perdon por mis diabluras amorosas. ¡Pobre Juan de Mesa! De esta hecha, le ahorcan por ladron de joyas.

—Tiene amigos poderosos, repuso el primero estirándose con arrogancia.

—¡Ah! Un aviso por lo que pueda importar. La Condesa aborrece con toda su alma á doña Ana de Mendoza.

—Corriente: veremos el modo de esplotar tan importante descubrimiento. Ahora no te detengas, porque la Princesa puede necesitarte. En caso de novedad, un recado para el invencible Diego Martinez á casa del secretario del Rey nuestro señor.

—Adios, mala cabeza.

—Adios, buena maula.

Separáronse nuestros amantes y Diego se encaminó hácia el Campo Grande, sitio solitario á la sazón y propósito para madurar sus proyectos. Entre los muchos que le bullian en la imaginacion, ocupaba entonces el primer lugar el de la entrevista de doña Ana con Antonio Perez, de cuyos pormenores estaba encargado. Formó pues su composicion de lugar, y luego que la hubo madurado á su sa-

bor, volvió á perderse entre las calles de la ciudad, entró en una hostería, refociló convenientemente su estómago, y se dirigió al paseo principal, con ánimo de no volver á la posada de Antonio Perez hasta la noche, pues imaginaba que el Secretario estaria ocupado con el Rey en negocios graves.

Y el Secretario estaba dando su alma á Lucifer, porque Diego Martinez no habia aparecido por la posada en todo el dia.

CAPITULO XIII



CAPÍTULO XIII.

De como el príncipe de Éboli perdió la partida después de haber dado en el blanco.



RAN ya las ocho de la noche, cuando el dichosísimo amante de Beatriz tuvo á bien entrar en la habitacion de su nuevo amo. Antonio Perez no cabia en sí de impaciencia; pues conocia demasiado el carácter del Rey, para no temer su enojo, ó cuando menos su desden, lo cual equivalia á un disfavor seguro, sino acertaba á cumplir su mandato. El tono con que don Felipe le habia hablado le daba á entender, que el asunto de que se trataba era urgente é importante, y se desesperaba al ver que el único hombre, de quien en aquella circunstancia creia poder valerse para dejar complacido al monarca, se entretuviese tal vez en algun garito, cuando tanta falta lo hacía.

Al verle jovial y risueño en el dintel de la puerta, no pudo reprimir un movimiento de enfado, mezclado de alegría.

—Por fin, ya estas aquí, perillan, le dijo bruscamente. Me has hecho pasar las horas mas amargas de mi vida.

—No lo estraño, señor Secretario, contestó Diego Marlinez con sorna; pero era tan delicada la comision que me ha tenido en continuo movimiento, sin dejarme tiempo para respirar.

—Ya: y al cabo saldremos con que no has hecho nada.

—¿Lo creéis así?

—¡Cómo! Habrás conseguido....

—Formad mejor opinion de mí, señor Antonio Perez, y tened entendido que no me duelen prendas, cuando se trata de vuestro servicio.

—Voy sospechando que he sido injusto contigo. Vamos; cierra esa puerta y cuéntame lo que ha pasado con doña Ana: procura sobre todo ser breve, porque te necesito para un negocio muy urgente.

—Nada tengo que referiros: la Princesa saldrá de su casa y vendrá á veros.

—¡Qué dices!... ¡Ah! ¡Será posible! ¿No me engañas?

—¿Con qué objeto? Yo siempre cumplo lo que ofrezco. Os repito que vendrá aquí.

—¿Cuándo?... ¿Cuándo?

—Cuando yo quiera.

Antonio Perez se quedó como petrificado al oir estas últimas palabras, que esplicó el soldado, diciendo:

—Estoy encargado de preparar su entrevista con vos.

Esta declaracion, que en parte dejó satisfecho al secretario del Rey, le causó al mismo tiempo visible disgusto, pues le ocurrió al momento la idea de que, tal vez aquella noche, dispondria el Rey de la persona de Diego, y no podria este atender al asunto de sus amores con el esmero y acierto de que acababa de dar tan brillante prueba. Mas como no tenia otro remedio por entónces que hacer de la necesidad virtud, trató de sondear á su agente, á fin de ver si lograba que se verificase su cita con la princesa de Éboli, sin desatender al servicio del Rey.

—Paréceme, dijo al veterano, que vas á encontrarte metido en

un atolladero. ¿Cuándo te parece que reciba yo á doña Ana?

—Eso depende de circunstancias, respondió Diego. D. Ruy Gomez es un sabueso de largo olfato y hay que hurtarle las vueltas.

—Ya he dado en el hito. El Rey prepara una partida de caza; el de Silva le acompañará....

—¿Y vos? ¿El secretario íntimo de S. A?

—Pretestaré una indisposicion para quedarme en la ciudad.

—Muy mal pensado, señor Antonio Perez, muy mal. Es preciso que la cosa marche por otro rumbo.

—Es que ese dia podrá venir acompañada de Beatriz....

—¿Y qué?

—Que aunque tú no estés á mano....

—¿Por qué no he de estar?

—Porque podrá suceder que estés en otra parte. Atiéndeme bien: el Rey necesita un hombre determinado, capaz de llevar á buen término una comision secreta y peligrosa; yo me he acordado de tí, y he dicho á S. A. que creia tener el hombre que busca.

—Que me place; habeis obrado cuerdamente, porque esas cosas me entusiasman. ¿Sabeis de lo que se trata?

—No: eso te lo dirá el Rey; lo que puedo asegurarte es que, si estás decidido á cumplir sus órdenes....

—¿Pues no? Sean cuales fueren.

—Puedes hacer gran fortuna, porque D. Felipe es agradecido y premia con largueza y liberalidad á sus servidores fieles.

—Os digo que cierro los ojos y embisto aunque sea con el Gran Turco.

—Te advierto de paso que, si de resultas del cumplimiento de esa comision reservada, caes en poder de la justicia; el Rey te abandonará á tu suerte.

—¿Esa tenemos? El negocio es algo peliagudo y merece meditarse.

—Sí; pero resuelve pronto.

—Cualquiera juraria que es un proyecto de asesinato.

—No lo creo, ó me engañan mucho mis observaciones acerca del carácter de S. A. Imagino mas bien, que intente descubrir alguna maquinacion contra el Estado, lo cual raras veces se consigue por medio del estrépito.

—En fin, he soltado una palabra y no la recojo; estoy pues dispuesto á encargarme de la comision del Rey, y muchas cabezadas tiene que darme su señora justicia, si me ha de hechar el guante. Presumo, por lo que me habeis manifestado, que S. A. necesita un hombre sin miedo, activo, previsor y capaz de escaparse de las uñas de Satanás. Pues bien; aquí estoy yo y manos á la obra.

—Mucho temo que tu decision sea perjudicial á mis amóres.

—¿Cómo así? ¿Se os figura que no soy capaz de manejar dos intrigas á un tiempo?

—Mas puede llevarte tu comision fuera de la ciudad.

—¿Qué diablo! Pues es cierto, y yo no habia caido en la cuenta!

—No importa, primero es el servicio del Rey que mi negocio particular. Además, te queda tiempo esta noche para forjar alguna diablura que aleje las sospechas de D. Ruy Gomez, y aunque tú nos faltes, una vez enterada Beatriz....

—Ya... ¿por el lego Damian? No por cierto: el engañar á un marido no es cosa para fiada á gente de iglesia: el lego puede venderos y desembuchar lo que sabe y lo que ignora al primer escrúpulo que le asalte, ó á la primera intimacion de su guardian. Ya pensáremos eso, y os prometo que, si os guiais por mi esperiencia, se-
reis el amante mas afortunado de Castilla.

—Vamos pues á ver al Rey; me ha prevenido que nos espera esta noche.

Y diciendo y haciendo, Antonio Perez y Diego Martínez bajaron á la calle y se dirigieron al palacio Real.

Casi al mismo tiempo tenia lugar en casa del príncipe de Éboli una escena, en la que nuestro osado aventurero representaba, sin sospecharlo, el principal papel. Ya sabemos, por lo que le dijo Beatriz cuando fué á noticiarle el resultado de su pretension tocante á su entrevista con doña Ana, que esta quedaba llorando, y que su esposo acababa de llegar hecho una furia; pero la doncella no pudo dar á su amante ninguna esplicacion que aclarase los motivos de aquella novedad, porque inquieta y turbada con el encuentro de la condesa de Barajas en el salon de su señora, y temiendo que su visita á la misma no produjese el efecto favorable que Diego al parecer se prometia, andaba tan fuera de sí, que nada observó en los primeros momentos de la llegada de D. Ruy Gomez á casa. Le vió

entrar irritado en la cámara de la Princesa, de la cual salió de allí á poco, y Beatriz aprovechó aquel instante para rogar á doña Ana, que la concediese su permiso para visitar á una amiga enferma: la encontró llorando, pero como era, en tal ocasion, mas apremiante para ella el acudir á la cita del soldado, que el satisfacer su curiosidad, no bien obtuvo la licencia que solicitaba, corrió al convento de San Francisco, dejando para mas tarde el cuidado de averiguar el por qué de aquella conyugal reyerta.

Don Ruy Gomez de Silva llamado por el Rey á las ocho de la mañana, pasó á informarse de su órden, de la salud del príncipe D. Cárlos. Halló á este en pié y en disposicion de beber un vaso de agua helada, que un page acababa de llevarle. Alarmado el buen magnate, le preguntó sencillamente, pero con el mas vivo interés y respeto, si no temia que aquella bebida le sentase mal, y sobre todo cuando hacia pocos momentos que habia abandonado el lecho, por la primera vez, desde su vuelta de Francia.

—Amigo Silva, le contestó D. Cárlos con impertinencia, quisiera que respondieses á otra pregunta que voy á dirigirte.

—Siempre estoy dispuesto á satisfaceros por afecto y por obligacion, repuso el de Silva inclinándose.

—Pues bien, prosiguió el Príncipe sin dejar en la bandeja el vaso que tenia en la mano: deseo saber por qué todos los viejos dan en la flor de meter su cucharada en lo que atañe á los jóvenes.

Don Ruy Gomez se quedó cortado y nada acertó á replicar, convencido de que habia desagradado á D. Cárlos.

—Y no es eso lo mas estraño, añadió este, sino que precisamente censuran las acciones de los jóvenes aquellos viejos, que mas tienen por qué callar.

—Señor, se atrevió á murmurar el de Éboli; si decís eso por este vuestro fiel servidor.....

—Por tí lo digo, Silva, por tí, replicó el Príncipe. Si te figuras que con ser celoso como un turco haces bastante para guardar á tu muger, vive Dios que estás en el limbo. Ella es jóven y preciosa; tú eres un Matusalen y una mómia. ¿Qué mas quieres? Mira; ya que tanto cuidas de mi salud, me toca corresponder á tu cariño, y así me propongo cuidar yo de tu honra.

—¡ De mi honra, señor!

—Sí, de tu honra, comprometida por un galán.... ¡Já! ¡Já! ¡Já!
¡Pobre Silva!.... ¡Cómo te la pegan!

—El respeto que os debo....

—Ya veo que eres un mentecato. ¡Qué cortesanos tiene mi augusto padre! Todos parecéis anacoretas, por lo que no es extraño que vuestras mugeres se desquiten de vuestras hurañas costumbres. En Paris es otra cosa, querido: allí no hay amor de escondite, porque no está prohibido en público; allí se goza, allí se vive, porque no hay un rey hipócrita, ni vasallos que se ocultan para abrazar á sus mugeres.

—¡Señor!.... ¡Señor!.... Reportaos.... Ved que....

—¿Qué he de ver? Te tenia por hombre de talento, mas ya conozco que he vivido engañado. ¿Imaginas que he de morderme la lengua con los que han aconsejado al Rey el destierro de mi buen poeta y amigo Baltasar Cisneros? Ese, ese solo vale mas que todos vosotros, mas que tú, mas que el presidente Espinosa, mas que el duque de Alba y mas que el de Feria: todos os haceis viejos y así, cuando yo sea rey, será Cisneros mi primer ministro.

—Señor, pudo al fin decir D. Ruy Gomez, cuando seais rey, gobernareis vuestros estados como bien os plazca; mas ahora debéis respeto á vuestro padre, como su primer vasallo, y alguna consideracion á las canas de vuestros fieles servidores.

—¿Conque lo has tomado por donde pica y me vienes con un sermon? ¡Por el nombre que tengo! Ea; supuesto que no apruebas mi glacial desayuno, no entrará en mi estómago; recíbelo tu en la cara y marcha á tener cuenta de los devaneos de tú bella esposa.

Al decir esto, arrojó el agua que contenia el vaso al rostro del príncipe de Eboli, le volvió en seguida la espalda é hizo pedazos el vaso contra el suelo. D. Ruy Gomez se retiró sin proferir una queja, pero con el corazon ardiendo en ira: cuando se presentó al Rey para darle cuenta de la situacion en que dejaba al príncipe D. Carlos, le dijo D. Felipe:

—Habladme sin rodeos, Silva: los médicos creen que mi pobre hijo padece una extrema debilidad.

—Os engañan, señor, ó se engañan á sí mismos, le contestó don Ruy con precipitacion: está mas fuerte y brioso que nunca; he pasado en su compañía un rato, que jamás olvidaré.

—¿Te parece que puedo instruirle, sin riesgo de su salud, en algunos negocios de estado?

—Riesgo hay en ello, señor, por ahora; el Príncipe necesita mucha distraccion y que no se le contrarie en sus gustos.

—Silva, creo prudente ese consejo.

—Seguidlo, señor, que no os pesará.

El príncipe de Éboli se retiró á su casa despues de haber tenido este corto diálogo con D. Felipe, y allí fué Troya. La tranquilidad y el aplomo con que habia hablado al Rey eran aparentes; el despecho, la rábia destrozaban su corazon y necesitaba un objeto cualquiera, para desahogar en él todo el furor de que se hallaba poseido. Debemos advertir que D. Cárlos de Austria aborrecia á don Ruy Gomez de Silva por instinto, es decir, porque aborrecia á todos los consejeros de su padre, mas no porque creyese que le habia causado perjuicio alguno con sus consejos. Al cardenal Espinosa, al duque de Alba y á Requesens les habia jurado ódio eterno; al primero por su empeño decidido en perseguir á Baltasar Cisneros, y á los dos segundos por la enemiga que conservaban contra los descontentos de Flandes, á pesar de que cada uno de ellos pertenecia á distinta parcialidad política. En cuanto al de Silva, ya hemos dicho que D. Cárlos no se fundaba en razon de ninguna especie para distinguirle con su mala voluntad, y sin embargo era tal vez aquel magnate el mas antipático de todos los que al Rey rodeaban, para el voluntarioso Príncipe, que se complacia en mortificarle, aunque nunca lo habia hecho con tanta insensatez como entonces. Este fenómeno es bastante comun entre los hombres. Debemos con todo tener presente, no para disculpar el arrebató del colérico jóven, sino para no estrañarle, que siempre fué D. Ruy Gomez objeto de sus burlas y sarcasmos, por el único delito de ser marido de una dama tan jóven y tan donosa como doña Ana. Ningun motivo habia tenido para atacar la reputacion de esta señora, pero se propuso incomodar á su esposo desde que le vió y supo que iba á informarse de su salud de órden del Rey, á quien no perdonaba el viage que acababa de hacer desde Paris y su dolorosa separacion de aquella Princesa, cuyo recuerdo le atormentaba noche y dia.

El de Silva llegó, como hemos dicho, á su morada echando venablos, y dirigiéndose á la cámara de la Princesa, se dejó caer en un sitial.

—¿Qué teneis, señor? exclamó doña Ana al verle tan sofocado.
 ¿Qué ha sucedido?

—¿Qué ha de suceder, señora! respondió el magnate con rábia.
 ¿Qué quereis que suceda! Qué habeis logrado lo que apeteciais; esto es, hacerme el escarnio de la corte.

—No os entiendo, D. Ruy.

—Lo cual no se opone á que mi honor padezca por vuestra liviandad.

—¿Qué es lo que osais proferir? ¿Qué torpe lengua me calumnia? ¿De qué me acusais?

—De que teneis un amante.

—Mentís villanamente.

—Os prevengo que el príncipe D. Cárlos lo asegura.

—Pues bien; miente villanamente el príncipe D. Cárlos; decídselo así de mi parte.

—No..... no miente..... es imposible que mienta..... ¡Ah! ¡Qué rayo de luz! Me parece que voy á descubrir vuestras intrigas amorosas y.....

—Basta, señor: hicísteis mal en casaros con una niña, si no habíais de renunciar á las indignas sospechas, que siempre acompañan á los hombres de vuestra edad.

—¡Ah! ¿Me recordais eso? ¿Y por qué jurasteis ser mi esposa al pié de los altares, si no habíais de guardar ileso el depósito de mi honra?

—Disculpa tendria en no hacerlo: no olvidéis que.....

—Acabad.

—Que fuí sacrificada.

—Don Ruy Gomez se levantó, salió de la estancia, atravesó el salon y haciendo seña á un criado, al atravesar la antesala, para que le siguiese, se encaminó hácia el puente Mayor, que enlazaba las dos orillas del Pisuerga y estaba situado no léjos del sitio, en que Antonio Perez habia tenido su primera conferencia con Beatriz. Allí se detuvo, y volviéndose de pronto hácia el criado, le preguntó:

—¿Qué gentes entran en casa, Fortun?

—Señor..... balbuceó éste, figurándose que iba á descargar sobre él la tempestad.

—Quiero saberlo, insistió el magnate.

—A nadie he visto en ella.

—Piensa mejor lo que dices y no provoques mi indignacion: si me cuentas la verdad, te recompensaré.

—Como no sea el primo-hermano de la señora Beatriz.....

—No hablo de ese..... ¡Ah! ¡Qué ideal! Sepamos que casta de pájaro es.

—¿Quién? ¿El señor Diego Martinez?

—¿Se llama así el primo hermano de.....

—Sí, señor.

—Me parece haber oido ese nombre antes de ahora.

—Ha estado en la guerra y cuenta grandes hazañas.

—¿A quién sirve en la córte?

—Lo ignoro, señor.

—Procura averiguarlo, y lo pondrás en mi noticia.

—Así lo haré.

—Diego Martinez! murmuraba el de Silva. ¡Ah! Ya caigo: es el bribon de quien me habló el pícaro Juan de Mesa, después del asunto de Juan Vazquez. Y dirigiéndose de nuevo al criado, le preguntó:

—¿Qué señas tiene ese veterano?

—Es hombre de mal gesto y de mucho brío: tiene un chirlo que le coje media cara.....

—¿Un chirlo? pensó D. Ruy Gomez: pues no es el que yo pensaba; al menos no recuerdo que Juan de Mesa me hubiese hablado de chirlo semejante. En fin, añadió mirando á Fortun; espía bien á ese hombre; cuando vuelva á casa, no le pierdas de vista y avísame.

Fortun, al ver que se alejaba el temido chubasco, respiró, y cobrando ánimo al considerar que su señor ponía en él su confianza, le informó de que aquella misma mañana habia pasado largo rato Diego Martinez en el aposento de la doncella.

—No hay remedio, decia el príncipe de Éboli, cuando se retiraba hácia la ciudad: el tal Diego es el corre, vé y dile de un amante encubierto y Beatriz la mediadora en los tratos de su ama. ¡Oh! Yo pondré órden en todo, porque ya veo que el príncipe D. Carlos tiene razon: es preciso atender á los intereses de mi honra.

El pundonoroso Ruy Gomez habia dado en el blanco, sin mas an-

tecedentes que su propia desconfianza, puesta en juego por las inconsideradas chanzonetas del hijo del Rey, y alarmada por sus celos, con la noticia de que habia un hombre que frecuentaba su casa. Beatriz habia aprovechado la salida de su señor para obtener de doña Ana la promesa de que recibiria al soldado, y despues de haber dado á éste tan buena nueva y recibido sus instrucciones para la visita que se proponia hacer á la condesa de Barajas, volvió al lado de su ama, y supo por ella la escena que acababa de tener con su esposo.

—Muy léjos estaba doña Ana de figurarse que la entrevista con Diego iba á convertirse en capítulo de acusacion contra ella, y sin embargo así sucedió. Al dia siguiente no pudo volver el de Silva á su casa hasta las ocho de la noche, hora en que el soldado se presentaba en la habitacion de Antonio Perez; Fortun estaba en acecho aguardándole en la escalera, y le dijo que el primo hermano de Beatriz se habia dejado ver.

—¿Cuándo? preguntó Ruy Gomez esperando que se aclarasen sus recelos.

—Esta mañana, á cosa de las diez.

—¿Con quién ha hablado?

—Con la señora Princesa.

—¡Infeliz! ¡Qué es lo que dices! Te pregunto con qué personas de mi casa ha hablado hoy ese hombre.

—Señor, ya lo he comprendido: llegó á la antesala, donde se hallaba la señora Beatriz, sin duda esperándole, porque le condujo al salon y luego al retrete de la señora Princesa. Despues salió la señora Beatriz.....

El de Silva no quiso escuchar el fin de la relación de Fortun. Precipitóse en la cámara de doña Ana, y mirando á ésta de hito en hito, prorrumpió en una carcajada convulsiva. La Princesa se asustó al principio, mas conociendo que aquel exordio presagiaba borrasca conyugal, se armó de valor para conjurarla y dijo á su marido:

—Os doy gracias, señor, porque al menos esta noche estais mas tratable que ayer.

—¡Mas tratable!... ¡Mas tratable!... ¿Qué significa eso, señora Princesa? ¿Os figurais que estoy en ánimo de aguantar por mas tiempo tanto escándalo? gritó D. Ruy Gomez fuera de sí.

- ¡Eh, caballero! No deis voces, repuso doña Ana.
- En efecto, señora; teneis razon: mis gritos pueden dar que decir á nuestros criados, á esos criados que han visto penetrar hasta vuestro retrete á un hombre oscuro, á un soldado, á un pariente de vuestra doncella.
- ¡Ah! exclamó doña Ana riéndose. ¿Tambien teneis celos del pobre Diego Martinez?
- Señora; el pobre Diego Martinez representa indudablemente á otro galan mas estirado.
- Debo sacaros de ese error en beneficio suyo, que no mio. Diego Martinez se representa á sí mismo.
- ¡Cómo! ¡Sabéis lo que asegurais!
- ¡Pues no he de saberlo!
- ¡Doña Ana!... ¡Doña Ana de Mendoza y de La-Cerda!...
- Acabad de una vez.
- Hija y heredera de los condes de Melito!... ¡Princesa de Éboli!... ¡Ah! ¡Qué digo! mi nombre... mi nombre...
- Pero señor ¿os habéis vuelto loco?
- ¡Es posible que á tal punto hayais descendido! ¡Qué á ese término baya llegado ya vuestra depravacion! ¡Qué á ese término baya llegado ya vuestra depravacion!
- ¿Queréis callar, señor de Silva y no romperme mas la cabeza? Básteos saber que desprecio vuestros insultos, en gracia del trastorno que sufre vuestra razon.
- ¿Pues no acabais de confesarlo?
- Doña Ana, se encojió de hombros, miró al Príncipe con lástima y se dispuso á abandonar la estancia.
- ¿No habéis manifestado clara y terminantemente que ese hombre... ese maldito Diego Martinez se representa á sí mismo? insistió D. Ruy Gomez.
- Lo he dicho y lo sostengo, repuso doña Ana.
- ¿Y queréis todavía que dude de mi deshonra? ¿Queréis que no castigue vuestros bajos y miserables antojos?
- ¿Sabéis que sois capaz de hacer perder la paciencia á un santo? ¿Qué tiene que ver vuestra honra con el primo-hermano de mi doncella Beatriz?
- Tiene que ver... tiene que ver... murmuró Silva confuso y avergonzado, pues empezaba á comprender que sus celosos arran-

ques le habian llevado demasiado léjos. Doña Ana observó la reaccion que se operaba en sus sentimientos, y no queriendo exasperarle cuando le consideraba vencido, para que sus sospechas no cambiasen de objeto, ni le indujesen á fijarse en la persona que habia motivado la visita de Diego, dijo con la mayor serenidad:

— Cuando acuseis á doña Ana de Mendoza y de La-Cerda, princesa de Éboli y heredera de los estados de Melito, no busqueis á su amante por el suelo: buscadle muy alto, señor; buscadle, si es posible, én una gerarquía, á la cual no os sea posible llegar. Dígoos esto, para curaros de esa locura en que habeis dado, todos los dias y á todas horas, de atormentarme y perseguirme con vuestras imaginarias y rídículas conjeturas.

— ¡Mas no me direis..... intentó preguntar D. Ruy Gomez, que á todo trance queria salir del aventurado trance en que imprudentemente se habia metido.

— Os diré, señor, le interrumpió la Princesa, conociendo el punto á que se dirigia la interpelacion, que ese veterano de los tercios de Italia se me ha presentado, por recomendacion de Beatriz, y que arrojándose á mis plantas, me ha pedido encarecidamente que interceda con vos, para que se le conceda una corta pension, ó se le coloque de modo que pueda ganar su sustento. Os diré que fué herido en la guerra, que cuenta muchas campañas, y que en él teneis un hombre honrado y un fiel servidor para todo cuanto se os ofrezca. ¡Ah! Os prevengo que un dia de estos volverá con un memorial que le he ofrecido entregaros, y en el cual solicitará del Rey la gracia que habeis oido: mas ya que no existo en el mundo, ya que no puedo servir de nada á los buenos y valientes servidores del estado, ni aun ejercer un acto de caridad y de justicia, sin esponerme á vuestros temerarios juicios y á calificaciones que rechazo con indignacion, diré á Beatriz que su pariente se dirija á vos, y que os presente su escrito.

Estas palabras fueron el golpe de gracia para D. Ruy Gomez, quien cayendo á los piés de doña Ana, la pidió perdon por los insultos y despropósitos que, segun aseguraba con humildad, habia proferido su lengua en un arrebató de amor. Doña Ana le levantó, selló con él de buen grado las paces y quedó muy satisfecha del corte definitivo que habia sabido dar á un negocio, que se habia presentado bajo contrarios auspicios.

CAPITULO XIV.

De como D. Felipe sabia cazar á lo rey



Don Luis Quijada, á quien el rey D. Felipe habia manifestado su deseo de tenerle en la corte, se habia trasladado á Villagarcía e Idia mismo en que, yendo en compañía de D. Luis de Requesens, encontró en una calle de Valladolid á Diego Martinez. Todo era movimiento en el alcázar: doña Magdalena de Ulloa preparaba un riquísimo traje de corte para su esposo, en tanto que las doncellas disponian el suyo, que no ostentaba menos lujo y magnificencia. Habia llegado el momento de abandonar la antigua fortaleza y desde el amanecer se notaban en los aposentos, en las galerías y en los patios, el desórden y confusion que por lo regular preceden á una partida. Los soldados que daban la guarnicion al fuerte permanecian en sus puestos, porque con ellos no hablaban

las órdenes del Rey, pero sentian dolorosamente separarse del noble castellano, que aunque rígido guardador de la disciplina, siempre les habia mirado mas como padre que como gefe. En cuanto á los criados de D. Luis, iban y venian de una estancia á otra con bulliciosa algazara, echábanse al hombro los fardos y maletones de viage y los bajaban al patio principal, entregándolos á los conductores, á cuyo cargo estaban las mulas, que debian trasportar á la ciudad los equipages de los señores y el del jóven D. Juan de Austria, asi como los de las doncellas y demas servidumbre particular: por espacio de cuatro horas reinó la mas espantosa anarquía en aquel patio, hasta que, desembarazado de los efectos que en él yacían unos sobre otros y esparcidos sin concierto, y habiendo partido por fin las caballerías camino de Valladolid, volvió á tomar su ordinario aspecto.

A eso de las nueve de la mañana se vió correr á toda brida hácia el castillo á un caballero, seguido de otros cuatro, y enterado de esta novedad D. Luis Quijada, bajó al patio con doña Magdalena y su discípulo, y poco despues acudieron al mismo sitio las doncellas y sirvientes. Varios de estos sacaron de la cuadra, inmediata á la entrada de la poterna, una hermosísima hacanea de color de perla enjaezada con lujosa coquetería, en la cual montó graciosamente la castellana, un tordillo aparejado con sencillez, que D. Luis señaló al jóven y á cuya silla saltó éste sin poner pié en el estribo, y un soberbio alazan, cuyos vistosos y ricos adornos solo podian quedar eclipsados por los de la montura de un rey. En él cabalgó el señor de Villagarcía, y observando que los cinco caballeros que se habian divisado en el campo, llegaban casi á tocar el puente levadizo, hizo una seña con la mano hácia la muralla exterior, en la que se veian formados todos los hombres de armas, y al punto resonaron con estrépito los clarines del alcázar. Al atravesar el puente saludado por aquellos ecos marciales, el primero de los corredores gritó:

—¡Villagarcía por el rey D. Felipe!

Y todos los que le oyeron replicaron:

—¡Viva el Rey!

Aquel caballero era D. Mendo Quijada, sobrino del noble castellano D. Luis Quijada, é iba á tomar posesion del alcázar, para guardarlo por su tio, mientras este permaneciese en la corte, pues

tal era la voluntad de D. Felipe, quien habia dicho que no consentiria en ceder aquel importante puesto de Castilla á otra fidelidad que la de los Quijadas. D. Mendo se apeó en seguida y fué presuroso á besar la mano á doña Magdalena y ella le abrazó con ternura: al hacer lo mismo con su tio, díjole este:

—¿Habeis dejado muy atrás á la comitiva?

—Apresuraos, le contestó D. Mendo, porque no tardará en llegar al monte.

Sin perder momento echaron á andar fuera del castillo doña Magdalena, su esposo y el jóven austriaco, seguidos de tres doncellas y seis criados, montados estos y aquellas en sendas mulas, encaminándose hácia los senderos que, desde el pié de la eminencia, sobre la cual se levantaba el feudal alcázar, conducian al muy renombrado monasterio de la Espina. El resto de la servidumbre debia dirigirse á Valladolid en las mismas caballerías que habian llevado los equipages, cuando volviesen de retorno, con tal que D. Mendo no la necesitase, pues en este caso quedaba facultado por su tio para retenerla en Villagarcía.

Doña Magdalena no pudo separarse, sin enternecerse, de aquellos ya viejos muros, testigos mudos de sus pasadas penas y de su felicidad presente: mil memorias se agolparon á su imaginacion al abandonar su soledad apacible y querida, y bañaron su rostro sentidas lágrimas, cuando volviendo la vista hácia la imponente fortaleza, observó que la bandera real ondeaba á merced del viento en uno de los mas elevados torreones. La noble matrona murmuró un *adios*, que ahogaron sus sollozos.

Al pié de la colina esperaban á los ilustres viajeros los sencillos habitantes de Villagarcía, quienes noticiosos de que sus benéficos señores pasaban á vivir á la corte, se habian reunido para saludarles por última vez, dándoles de este modo la única prueba que podian del afecto y adhesion, que siempre les habian profesado. Don Luis Quijada no fué dueño de contener su emocion, al encontrarse cercado por una multitud que le victoreaba; mordióse los vigotes, arrojó puñados de monedas á los necesitados, y picando á su alazan, abrevió aquella escena que afectaba su corazon generoso: doña Magdalena y D. Juan tuvieron que sufrir las mas cordiales demostraciones de cariño, y á duras penas consiguieron abrirse paso por

medio del tropel que les bendecía, pidiendo al cielo para ellos largos dias de contento y bienandanza.

Mientras esto acontecia en el feudo señorial de D. Luis Quijada y sus contornos, tampoco reinaba el sosiego en la corte. El rey don Felipe, sacudiendo el letargo, en que le contemplaban sumido muchos de sus cortesanos desde el fallecimiento de la Reina, habia dispuesto una gran cacería que debia tener lugar en el monte de Torozos. Todos los grandes señores y los mas altos funcionarios habian de asistir á ella y hacer alarde de su magnificencia, asi en sus trages como en los arreos de sus cabalgaduras: únicamente el Rey se habia reservado el derecho de lucir un bellissimo vestido de cazador, sustituyendo no obstante el chambergo con una toquilla de tres plumas á la moda inglesa. Tambien estaban convidadas las damas de la primera nobleza, y escusado nos parece asegurar que contándose en este número la princesa de Éboli, la condesa de Barajas, la comendadora de Castilla, las duquesas de Feria y del Infantado, la altiva esposa del intrépido general D. Alvaro de Sande y otras muchas, cuyos preclaros nombres ó títulos ocuparian muchas páginas, el pensamiento del Rey se atribuyó desde luego á un propósito determinado de imitar en lo sucesivo las costumbres francesas. Decíase que D. Felipe estaba ya cansado de aquella etiqueta ridícula, que le enagenaba muchas voluntades; que habia hecho entender al cardenal Espinosa su deseo, de que los tribunales del Santo Oficio se abstuviesen de mezclarse en atribuciones propias de las prerogativas de la corona, y que convencido por las razones del príncipe D. Cárlos, de que el rigor y la austeridad eran mas á propósito para merecer en el claustro, que para dar brillo y esplendor á un trono, queria probar á la corte de Paris, tan encomiada por el amante de la princesa Isabel de Valois, que despues de haberla humillado en los campos de batalla, era capaz de vencerla en galantería. Fácil es por lo mismo comprender que estas suposiciones y otras, que el capricho inesperado del Rey alimentaba, fueron acogidas, añadidas y comentadas, con muestras de grandísimo placer, por los que hasta entonces habian censurado el aislamiento del monarca y sus prescripciones inquisitoriales; asi como dieron pávulo á la alarma y desasosiego entre los altos dignatarios de la Iglesia, quienes no se avenían á conceder que la gravedad castellana transigiese con las frivolidades francesas.

Erán las ocho y media de la noche, anterior al día en que la partida de caza debia verificarse. El rey D. Felipe escribia de su puño y letra varias notas al márgen de una consulta del Consejo, cuando un page anunció á D. Pedro Fajardo, marqués de los Velez y Mayordomo mayor de la reina doña María. Hizo el monarca una seña y entró el magnate en su cámara.

—¿Qué ocurriré de nuevo? le preguntó el primero.

El marqués era hombre reservado y taciturno, lo cual no le impedia creer que entendia como el que más los negocios del Estado: debemos atribuir á su carácter poco comunicativo y muy conforme á la natural condicion del Rey, la estimacion en que éste le tenia y el aprecio con que escuchaba sus consejos.

—Señor, respondió á D. Felipe, despues de haberse cerciorado de que nadie mas que él podia escucharle, el cardenal Espinosa y los inquisidores trinan que rabian; se asemejan en este instante á una legion de diablos, rebulléndose en el fondo de una pila de agua bendita.

—No os burleis de esas cosas, marqués, repuso el Rey severamente.

—Ya sabe Vuestra Alteza que soy buen católico, observó el de los Velez inclinándose; pero la irritacion de los ministros del altar y la alegría de los mundanos de la corte me han puesto de buen humor.

—¿Pues qué dicen unos y otros?

—Los primeros dan por establecida en Castilla la heregía de Lutero, si Dios no lo remedia; los segundos creen firmemente que desde hoy pueden arrojar la máscara y entregarse públicamente al impulso de sus pasiones.

—¿Pero qué motivo alegan para fundarse en tan contrarios pareceres.

—La cacería, que Vuestra Alteza ha dispuesto para mañana.

—¿Qué ignorancia! Es decir que esa diversion inocente...

—Inocente en verdad, señor. Y sin embargo, los inquisidores la reprueban como un paso aventurado hácia la relajacion de las costumbres, y la corte vé en ella una esperanza, que la anima á sacudir el yugo de la moderacion.

—¿Por mi nombre, Fajardo! No parece sino que desciendo de

reyes de mármol. Por ventura ¿no celebraron partidas de caza y se solazaron en ellas á su placer mi abuelo D. Felipe el flamenco y mi invicto padre el emperador D. Cárlos?

—Cierto, Señor; la privacion de esas diversiones es la única razon verdadera, que alegan las parcialidades del reino para estrañarlas.

—¿Y qué opinas tú de la cacería de mañana?

—Lo que no opina nadie, Señor.

—Veamos.

—En primer lugar, á escepcion de Vuestra Alteza y de cuatro ó seis personas, todos los grandes debemos presentarnos con trages de córte: en segundo lugar, están invitadas las damas de la nobleza. ...

—Acaba.

—Digo, Señor, que ataviados de esa manera y con el estorbo de tantas hermosuras, no abatiremos muchas fieras en el monte de Torozos.

—Pero en fin, pocas ó muchas, la cacería....

—Es.... ignoro los altos fines que se propone Vuestra Alteza, pero indudablemente es una cacería que conviene á los intereses del Estado.

—Veo que te has echado á adivinar, como los ministros de la Santa Inquisicion y los cortesanos. Mañana sabrás quien tiene razon.

Don Pedro Fajardo conoció al punto que D. Felipe deseaba quedarse solo y se retiró sin replicar: cuando llegaba al salon, encontró al secretario Antonio Perez, que llegaba acompañado de Diego Martínez. Este permaneció en la entrada del salon y el Secretario se adelantó hasta la cámara del Rey, á quien dijo:

—Señor, el hombre que Vuestra Alteza sabe, espera órdenes.

—¡Ah! ¿Conque os deberé ese servicio? exclamó D. Felipe con júbilo. Es mas importante que lo que podeis imaginar. Señor Secretario, se trata de una gran trama, cuyo fin es hacer que la corona de Castilla pierda para siempre los estados de Flandes. Leed este despacho.

Y cogiendo uno de los pliegos que, al parecer sin órden, se veian esparcidos en la mesa que le servia de escritorio, lo alargó á An-

tonio Perez. Era la carta del príncipe de Orange, quien pagando con pérfida traición la amistad que le conservaban los condes de Horn y de Egmont, y la esperanza que tenían en sus promesas todos los caudillos rebeldes de los Países-Bajos, habia delatado al Rey toda la conspiracion, asegurándole al mismo tiempo que el baron de Montigny era portador de un pliego del conde de Egmont para el príncipe D. Carlos de Austria. Atónito quedó el Secretario, al enterarse de las perfidias que se habian puesto en juego en Bruselas, para arrancar de la dominacion española aquellas conquistadas posesiones, y no pudo reprimir una esclamacion de ira y de sorpresa.

—Todo se remediará, si el cielo no nos abandona, le dijo el Rey. ¿No me habeis hablado del hombre que os mandé buscar esta mañana?

—Está dispuesto á todo, Señor, contestó Antonio Perez.

—¿Sabe que arriesga su vida?

—Todo lo sabe.

—Y vos, señor Secretario, me respondeis.....

—Como de mí mismo: es un veterano de Italia, Señor, hombre que tiene el alma á la espalda en cuanto á valiente; por lo demas, honrado si los hay en Castilla, y de mucha trastienda y desparpajo.

—Eso mismo se necesita y cuantas menos instrucciones lleve, tanto mejor; los secretos de estado deben reducirse siempre á muy pocas palabras. La comision de ese hombre consiste en salir al encuentro al baron de Montigny, y en apoderarse de la carta del conde de Egmont.

—Está bien.

—Pero sin violencia, sin que se derrame una gota de sangre, á menos que.....

La mirada escrutadora que D. Felipe dirigió á Antonio Perez al pronunciar estas palabras, le convenció de que el Secretario habia comprendido su pensamiento.

—Supongo, le dijo en seguida, que estaréis preparado para la cacería de mañana.

—En efecto, Señor; ya he revuelto mi equipage para ataviarme con mis mejores galas, figurándome que en ello complaceré á Vuestra Alteza.

—Sí, sí; habeis pensado bien. ¡Ah! Cuidad de que no falten recursos al hombre de la comision, para las correrías que se verá precisado á hacer en busca de ese baron rebelde.

—Pierda Vuestra Alteza todo cuidado.

—El buen príncipe de Orange nos ha hecho un gran servicio, participándonos el complot de sus paisanos.

—No hay duda, Señor; mas presumo que ha obrado de ese modo, para apartar de su cuello el golpe de la justicia de Vuestra Alteza.

—Bien os juzgué, señor Secretario, cuando os tuve por perspicaz; estoy convencido además de que sois hábil político. El príncipe de Orange es el traidor principal de los Países-Bajos; pero ha conocido que le observe desde mi oscuro retrete de Valladolid, y se pone en buen lugar, para hacernos la guerra en ocasion mas oportuna. Ya procuraremos que no llegue esa ocasion. Recomendad á vuestro hombre la mayor prudencia, y no olvideis asegurarle que será ahorcado, si le prende la justicia en el desempeño de su encargo.

—Lo único que él desea es servir fielmente á Vuestra Alteza.

—¿Cómo se llama?

—Diego Martinez.

El Rey cogió una pluma y apuntó este nombre en un papel. Despues se levantó y acercándose á Antonio Perez le preguntó:

—¿Qué pensais de la gobernadora de los Países-Bajos?

—Señor, respondió el Secretario sin vacilar, respeto como el que mas á la señora duquesa de Parma, pero se necesita hoy en Bruselas un carácter mas enérgico que el suyo.

—Bien, bien; habeis herido la dificultad y os agradezco que me hayais hablado así de mi hermana doña Margarita de Austria. No quiero en mi corte aduladores, sino amigos fieles que me digan siempre la verdad, aunque sea contra mí ó contra los míos. Ya trataremos pronto respecto á la persona que debe relevar á la duquesa.

Antonio Perez se reunió á Diego Martinez en el salon y le dijo:

—Vas á dar un golpe magnífico. ¿Tienes miedo á los flamencos?

—Menos que á los perros: echadme tres, echadme seis... echadme nueve, repuso precipitadamente el soldado.

—Solo con uno vas á entenderte, pero es hombre de pró.

—¡Uno!... ¡Qué miseria! ¿No habeis rezado ya por su ánima?

—No se trata de ánimas ni de rezos: escucha. El señor baron de Montigny.... acuérdate bien.... de Montigny....

—Estoy.... estoy.... adelante.

—Debe llegar de un momento á otro á esta ciudad, y es indispensable que se presente sano y salvo en la corte, porque viene con seguro de la Gobernadora de los Países-Bajos.

—De modo que nada tengo que hacer con él.

—Al contrario; vas á salirle al encuentro.

—¡Ah!

—Y á darte tal maña, que pase de su poder á tus manos una carta que trae de Bruselas.

—Ya; y esa carta.....

—Es para el príncipe D. Carlos de Austria.

—Está entendido el negocio; ese baron de Montigny es traidor al Rey y el Príncipe está á pique de serlo.

—Silencio, Diego, porque las paredes oyen.

—Se me ocurre una duda. Supongamos que no consigo engañar al flamenco, porque los de allá son en extremo desconfiados y maliciosos, tendré que recurrir á la fuerza, porque la carta es lo primero.....

—¡Oh! Sí; la carta antes que todo.

—Es decir que si el baron no se presenta sano y salvo en la corte.....

—¿Cuándo piensas ponerte en camino? preguntó Antonio Perez al soldado desentendiéndose de la indirecta.

—Os lo diré mañana.

—No olvides que esta noche debes dar trazas para que yo logre la dicha de ver á doña Ana.

—Todo se andará: la señora princesa de Éboli.....

—Schut..... no hay que hablar tan récio.

—¿Hay moros en la costa?

—Hé ahí al señor D. Ruy Gomez de Silva, que acaba de poner los piés en el salon y se dirige á la cámara del Rey. Salgamos, ya que no nos ha visto, y tomemos cada uno por nuestro lado.

Al otro dia de mañana salia de Valladolid en direccion al monasterio de la Espina una lucidísima comitiva, compuesta de damas y

caballeros, á cuyo frente cabalgaba el rey D. Felipe en un soberbio caballo árabe de raza pura. Cuanto encerraba la corte en nobleza y hermosura figuraba al lado del monarca, que se habia propuesto ostentar una magnificencia y boato, pocas veces vistos hasta entonces. Con todo, aunque segun decian los mejor informados, el Rey y sus grandes iban de caza, los recamados trages de estos, las galas y adornos de las apuestas bellezas que amenizaban el cortejo, y los costosísimos y lujosos arreos de los corceles y hacaneas, guardaban ciertamente muy poca armonía con los azares y peligros de una diversion de aquella clase. En efecto, entre tantos cazadores, solo don Felipe y seis monteros que abrian la marcha merecian el nombre de tales, si hemos de atenernos á los trages que les cubrian: los monteros llevaban chambergo á la flamenca y el rey la toca inglesa que ya hemos mencionado.

Don Cárlos de Austria habia sido invitado por su augusto padre á la correría, cabalgata ó fiesta campestre que tanto preocupaba á la corte en encontrados sentidos; mas habiéndose quejado de una gran debilidad de estómago, y hallándose todavía convaleciente de su enfermedad, obtuvo el permiso de quedarse en Valladolid, encomendado á la asistencia de su propia servidumbre. Escusado nos parece añadir, que el príncipe de Éboli y Antonio Perez eran de la partida, y que fieles á la consigna que se habian dado, de aparecer en público como enemigos, no se dirigieron un saludo, lo cual se traducia de diversos modos entre los cortesanos, suponiendo unos, que aquella recíproca aversion reconocia por origen la diferencia de opiniones, que los dos rivales sustentaban en los consejos del rey, y sosteniendo otros, que se debia esclusivamente á los elogios que el Secretario habia hecho delante de muchas personas, de los encantos de doña Ana de Mendoza; elogios que, sabidos por el celoso D. Ruy Gomez de Silva, le habian puesto de mal talante contra el jóven privado. El cardenal Espinosa, aunque desaprobaba interiormente el nuevo capricho de D. Felipe de salir al campo, abriendo así la puerta á otras locuras, en que no dejarian de incurrir los señores de la corte, iba á su lado con reposado continente, dispuesto á aprovechar la primera coyuntura favorable que se le ofreciese, para hacer ver al Rey las perjudiciales consecuencias que podian resultar, para las costumbres, de una diversion llevada á cabo sin consulta

y sin objeto. El monarca adivinaba punto por punto todos los pensamientos del presidente de su consejo, y sabia lo que se habia hablado y se hablaba con motivo de aquella cacería; mas en vez de fruncir el ceño, revelaba su semblante una satisfaccion y contento, que raras veces se leian en sus facciones. Saludaba á las damas con galantería, acariciaba á su corcel y aun decia en alta voz, con asombro de los que le rodeaban, que aquel era uno de los mas bellos dias de su existencia, porque esperaba cazar como Rey.

Cerca ya del monasterio de la Espina, aproximóse á él Antonio Perez para pedirle órdenes, y D. Felipe le dijo sonriéndose:

—Señor Antonio Perez, aunque estamos de cacería, no por eso hemos dejado de pensar en los negocios. ¿Qué me decís de vuestro Diego Martinez?

—Qué ó yo soy muy torpe, ó cumplirá bien, señor, le respondió el Secretario.

—¿Y cuándo pensais hacer las paces con el príncipe de Éboli?

Antonio Perez no esperaba esta pregunta y se turbó un poco, pero repuso con respeto:

—Si Vuestra Alteza lo desea.....

—¿Le guardais rencor?

—Ninguno.

—Pero él os aborrece, porque os tengo cerca de mi persona. El buen Silva tiene zelos de su rey y de su esposa. Vedle allí que no se separa de doña Ana de Mendoza, y tal vez lo hace, porque sois de la partida.

—Señor, aunque el Príncipe se ha declarado mi enemigo, ignoro porqué razon; le tengo por uno de los mas fieles servidores de Vuestra Alteza.

—Eso sí, y me place que le bagais esa justicia, señor Antonio Perez. Yo terciaré en vuestras diferencias y pronto os diré el medio que he inventado para que seais buenos amigos.

La cabalgata descansó media hora en el monasterio de la Espina; cuyas rentas aumentó aquel mismo dia el Rey, asignándole una fuerte pension sobre las de la corona. Despues se dirigió el acompañamiento hácia el monte de Toroços, en cuyas espesuras se internaron las damas y los caballeros, lanzando desaforados gritos de júbilo, capaces de ahuyentar á todos los lobos de los alrededores.

Hacia poco rato que D. Luis Quijada y doña Magdalena de Ulloa y el apuesto mancebo, cuya venida á España habia costado á esta última tantos dolores, se entretenian en agradable plática á la entrada del bosque por la parte de Villagarcía. El castellano oyó la algaraza de la comitiva del Rey, y levantándose de la yerba, sobre la cual estaban sentados los tres, dijo alegremente:

—A cabalgar.

Doña Magdalena subió á la hacanea y el jóven iba á saltar al tordillo, cuando D. Luis, deteniendo su accion y descubriéndose, le señaló el alazan.

—¿Qué significan estas muestras de respeto? le preguntó el jóven.

—Señor D. Juan, repuso el castellano, el tordillo viene hoy enjaezado como para un escudero, y yo quiero serlo vuestro: hacedme merced de montar el alazan, cuyos arreos no desdeñaría un príncipe.

—¡Ah! replicó el mancebo con entusiasmo. ¿Me dais vuestro soberbio corcel, porque es fogoso, y quereis probar si he aprovechado vuestras lecciones? Os obedezco.

Y entregando las riendas del tordillo á D. Luis, montó el caballo de éste, adornado, como ya sabemos, con primor y magnificencia. Un cuarto de hora despues llegaron los dos esposos y el jóven austríaco á un espacioso claro, formado en el centro del bosque por la falta de varios árboles, que sin duda habian derribado los huracanes, y en el cual habia reunido D. Felipe á sus damas y cortesanos. El señor de Villagarcía se arrojó del tordillo, ordenó al jóven que le imitase y señalando al monarca, le dijo:

—Señor D. Juan de Austria, hijo del invencible emperador don Cárlos, vuestro hermano el Rey de Castilla os aguarda. Rendidle homenaje.

Atónito quedó D. Juan al escuchar tales razones; mas observando que D. Felipe se separaba de su comitiva para adelantarse hácia él, corrió á su encuentro seguido de D. Luis; hízole acatamiento descubriéndose y dobló la rodilla. Contemplóle el Rey conmovido y al mismo tiempo risueño, en tanto que el de Quijada observaba con ansiedad respetuosa el recibimiento que hacía á su querido discípulo, hasta que por fin, satisfecho D. Felipe por su exámen, pro-

nunció estas palabras, que resonaron dulcemente en el corazón del amigo y confidente de Carlos V:

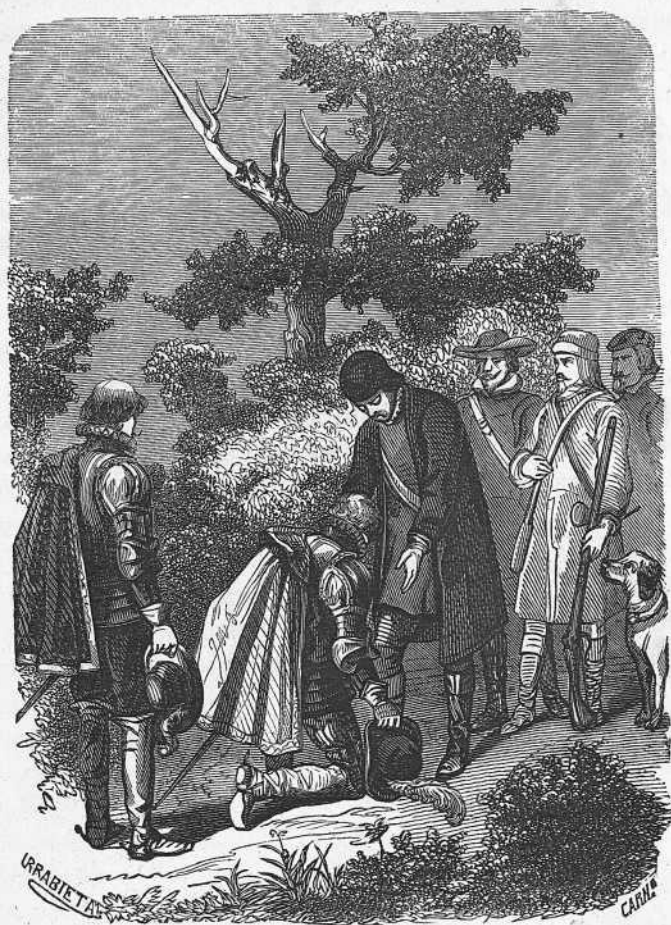
—Levantaos, D. Juan... ¡Hermano mio! En vos hemos hecho hoy una buena caza.

Y echándole al mismo tiempo los brazos al cuello, le estrechó tiernamente contra su pecho.

De este modo quedó desde entónces reconocido como Príncipe de Castilla el hijo de Bárbara Blomberg. El objeto de la cacería real se había logrado: los que antes censuraban al Rey le admiraron; los que esperaban que aquel paseo campestre fuese el anuncio de otras fiestas mas bulliciosas, patrocinadas por el monarca, quedaron confundidos. El cardenal Espinosa, por su parte, confesó humildemente que veía visiones.

Al punto dieron la vuelta á Valladolid, llevando el Rey á su lado derecho á doña Magdalena de Ulloa y á su izquierda á D. Juan de Austria. Seguía le D. Luis Quijada, mas orgulloso por el reconocimiento de su discípulo, que si hubiera conquistado medio mundo, y con él iba Antonio Perez como secretario privado, encargado de recibir de manos del noble castellano el acta y demás piezas justificativas del nacimiento y de los derechos que correspondian á don Juan. Al apearse D. Felipe á las puertas de palacio, despidió cortesmente á las damas y caballeros de su séquito, diciéndoles:

—¿No os aseguré esta mañana, que esperaba cazar como Rey?



Levantaos, Don Juan, hermano mio; en vos hemos hecho hoy una buena caza.

CAPITULO XV.

En el cual se evidencia que Diego Martinez era tan buen cazador como el rey D: Felipe.



JUAN de Mesa, á quien no habrán olvidado nuestros lectores, vivia en Zaragoza, á la sombra de los fueros de Aragon, sin acordarse ya, ó al menos sin cuidado alguno de que la justicia de Castilla le molestase, por el crimen que habia cometido hacía tantos años, junto al alcazar de Villagarçia: pero cuando menos lo esperaba, recibió la carta de Diego Martinez, y empezó á entrar en cuentas consigo mismo. Debemos advertir que el soldado la habia escrito espresamente en términos alarmantes, para hacer pensar á su amigo que se le buscaba como asesino de Juan Vazquez, siendo así que estaba espuesto, por la declaracion de Beatriz, á ser perseguido como ladron, á instancia y parte de la con-

desa de Barajas. Y como el bueno de Juan de Mesa ignoraba de todo punto que hubiese robado el cofrecillo, antes bien sabia á ciencia cierta que Diego y su amada eran los únicos culpables de aquel delito, que por lo demás habia sido provechoso para él, imaginó desde luego, y el contenido de la carta se lo aseguraba, que la justicia del rey habia descubierto su paradero y le andaba á los alcances. El partido que debia tomar no era dudoso: Diego le prometia el favor de señores poderosos en la córte y desde luego supuso que en ella podria permanecer con mas seguridad que en ninguna otra parte; por lo que, sin dar lugar á que llegase el temible exhorto á Zaragoza y le echasen el guante, hizo su hatillo, como suele decirse, encomendóse á la Virgen de Monserrate, que no habia cesado de ser su abogada, y se encaminó hácia Castilla.

Despues que Antonio Perez se separó del Rey de vuelta de la cacería, se retiró caviloso á su posada, porque le daban mucho en que pensar algunas palabras que D. Felipe le habia dirigido. ¿Estaria tal vez enterado de su amor á doña Ana? Mas ¿cómo era posible que se fijase en esta suposicion, cuando solo Beatriz y Diego Martinez conocian su secreto? Por otra parte ¿qué significaba aquello de que el Rey le diria el medio, que habia inventado, para hacerle amigo de D. Ruy Gomez? El secretario discurria en vano sobre tan estraño incidente, y ya se arrepentia de haber separado al primo de Beatriz de su lado, en ocasion tan embarazosa para él, pues al menos hubiera tenido con quien consultar sus dudas y confusiones, si aquel no se hubiese apresurado á encargarse de la comision reservada del Rey.

Ignoraba sin embargo Antonio Perez que Diego Martinez no habia salido de la ciudad y quedó agradablemente sorprendido cuando, cinco dias despues, le vió entrar en su aposento con aire de triunfo.

—Conozco por tu semblante, le dijo, que me has dejado en buen lugar con Su Alteza.

—En vos consiste, señor secretario, le contestó el veterano.

—¡En mí!.... Veamos.

—Necesito un traje completo de caballero de la corte.

—¿Para qué diablos?

—Para cenar esta noche con el señor baron de Montigny.

—¡Qué dices! ¿Está en la ciudad?

—Y con su digno acólito el marqués de Mons.

—¡Tambien ese! ¿Cómo te has compuesto para.....

—La fortuna siempre favorece á sus hijos. Mi descubrimiento es un prodigio del cielo, y ahora solo falta el golpe maestro: descuidad, pero proporcionadme lo que os pido.

—Dime al menos en qué posada se hospedan esos nobles flamencos.

—Vive Dios que no lo sé en este instante.

—¡No lo sabes!

—¡Bah! No os inquieteis por eso: se hospedarán en la que yo quiera.

—Cada vez te entiendo menos.

—O en la que se le antoje á mi escudero.

—¿Pretendes burlarte de mi credulidad? El caso es mas sério de lo que imaginas.

—Hé aquí lo que ha pasado. En primer lugar confieso que, aunque os prometí ponerme en camino la misma noche en que fuimos á palacio, no tuve valor para abandonar la ciudad, sin ver salir por sus puertas la magnífica cabalgata, que debia acompañar al Rey á su famosa cacería. Pasé pues aquella noche con un amigo y á la siguiente mañana, despues de haber contemplado á mi sabor á toda la corte reunida y mas bulliciosa que nunca, enderecé el paso hácia el convento de San Pablo.

—¿Con qué objeto?

—Habeis de saber que yo no habia formado todavia mi plan de campaña, para habérmelas con el señor de Montigny, y necesitaba recogerme para meditar; y sobre todo para no hacer caso de otro plan, que me trabajaba la mollera, sobre vuestra cita con la princesa de Éboli.

—¡Ah! ¿Y ese?

—Está ya terminado y pronto se pondrá en ejecucion: pero vamos á lo urgente. Como os he dicho, fuí á San Pablo, y no pude llegar en mas propicia coyuntura, porque en ese preciosísimo convento de Padres dominicos hallé sin querer lo que me proponia buscar.

—¿Encontraste por ventura.....

—Figuraos que delante de la portada de la iglesia estaban dos

señores muy encopetados, examinando con la boca abierta los primores que la misma contiene. Yo me adelanté con ánimo de entrar en el claustro, mas llegaron á mis oídos ciertas palabras en flamenco, las cuales me obligaron á cambiar de idea. Uno de los caballeros habia dicho al otro:—Creedme, marqués de Mons; ni vuestro título, ni el mío de baron de Montigny nos valdrán, si el Rey llega á averiguar lo que pretendemos hacer.—Entonces me escurrí hácia la puerta principal; mas en vez de penetrar en el templo, me oculté en la esquina que hace el último arco de la derecha con el muro exterior del claustro: desde allí podia oír sin ser visto. Aquel, á quien su compañero habia nombrado marqués de Mons, parecia como estasiado con las labores y adornos de la fachada del convento, pues no hacía otra cosa que encomiar su artificio y hermosura, hasta que por fin preguntó á su amigo:—¿Cuándo pensais entregar eso al Príncipe?—No lo sé, le contestó el otro; de todos modos no será hasta pasados unos dias, y despues que espongamos al Rey las quejas de los Estados de Flandes: conviene adormecer las sospechas, y esto lo digo por si el Rey las concibe, con motivo de nuestra venida.

—Grandes nuevas son esas, señor comisionado, exclamó Antonio Perez, y el Rey se holgará mucho.....

—Dejadme acabar, repuso Diego, pues falta lo mejor. Mas hubiera escuchado de aquella interesante plática, pero de repente se fijaron mis miradas en un objeto, que nunca pensé encontrar en semejante sitio, no pudiendo menos que atribuir su hallazgo á un milagro de la Providencia. Era un amigo, á quien conocí en mis años alegres y que entraba en San Pablo á oír misa, ó á pedir perdon de sus culpas, que algunas debe tener; y al punto, como si no me hubiera llevado allí otro pensamiento que el de sorprenderle, corrí tras él á la iglesia, abandonando mi escondite y la conversacion de los dos flamencos.

—Torpe por demas anduviste.

—No, sino muy avisado, porque el amigo de que os he hablado y que desde hoy será mi escudero, si así os place, quedó con el encargo de espíar á los caballeros flamencos, en tanto que yo me retiraba de San Pablo. Y como era necesario que yo recibiese avisos de mi agente para enterarme de todos los pasos, acciones y movimien-

los de los susodichos señores, y no convenia llamar la atencion en esta casa con idas y venidas misteriosas, me establecí en cierta hosteria que conozco, y en la cual saben tratar á un hombre de provecho como cuerpo de rey. Allí supe muy pronto que el baron y el marqués se proponian visitar el castillo de Simancas; y mi amigo, que es un sabueso de prueba, recibió orden espresa de seguirles, sin ponerse á sus alcances. En fin, es hora de abreviar este cuento, porque el tiempo corre que vuela: mi espía acaba de llegar de Simancas, asegurándome que Mons y Montigny vienen en pos, y que estarán muy pronto en Valladolid. Dadme pues uno de vuestros mejores trages, y mañana os lo devolveré sin un rasguño.

—Mas dime al menos lo que piensas hacer.

—Lo sabreis mañana, despues que esté hecho. ¿No considerais que el buen éxito del encargo del Rey depende de mi diligencia?

Acostumbrado ya Antonio Perez á las sutilezas y escentricidades de Diego Martinez, no insistió, contentándose con señalar á este sus trages, á la sazón colgados en varias perchas, para que eligiese el que mas le acomodase. El soldado escogió el mejor y envolviéndolo con cuidado, se dirigió á la hostería, de que habia hecho mencion y en la cual le esperaba, como habrán presumido nuestros lectores, su amigo antiguo y fiel compañero Juan de Mesa. Este habia entrado en la ciudad aquella misma mañana, en que Diego debia abandonarla, y habiendo preguntado por su paradero en la posada de Antonio Perez, quien segun sabemos andaba de caza con el Rey, nadie supo darle razon de lo que pretendia. Afligido el pobre hombre, y figurándose tal vez que todos los corchetes de la corte andaban tras él, trató de buscar un refugio hasta la noche, en que con mas seguridad podria tomar lenguas y volver á la morada del veterano. Juan de Mesa no era lerdo, y desde luego imaginó que, por lo que pudiera acontecerle, era lo mejor para él tomar asilo en sagrado; con esta intencion se encaminó al convento de San Pablo, y ya iba á poner el pié en la iglesia cuando tropezó con su amigo, que estaba en acecho del baron de Montigny.

Luego que Diego Martinez llegó á la hostería, dió á Juan de Mesa su propio traje, y se atavió completamente con el de Antonio Perez. Nadie hubiera dicho sino que se habia cortado espresamente para él, de modo que podia dar un chasco al esbirro mas perspicaz

de aquellos tiempos. La operacion de los dos disfraces solo duró cinco minutos, y un cuarto de hora despues, cuando el baron de Montigny y el marqués de Mons atravesaban por la calle de San Francisco, de vuelta de su expedicion á Simancas, se vieron detenidos por un hombre, mitad escudero y mitad soldado que de parte de su amo y señor el conde de Barajas, les rogaba se detuviesen un instante, pues no tardaria en reunírseles, para comunicarles asuntos de la mayor importancia. Casi al mismo tiempo apareció Diego Martinez, contoneándose con fatuidad y desembarazo, manejando la capilla tan gallardamente como pudiera hacerlo el mismo secretario del Rey y dirigiendo galantes saludos á las damas que encontraba al paso. Acercóse á los caballeros de Flandes con estudiado misterio, y sin darles tiempo para que le preguntasen la significacion del atento recado que acababan de recibir, les dijo:

—Venid, señores, venid; se os observa desde hace cinco dias, y no sé si me espongo al hablaros en medio de la calle. Por lo pronto, hacedme merced de aceptar el alojamiento que os he buscado, por órden de la persona que sabeis, durante vuestra imprudente excursion á Simancas.

—Caballero, contestó con alguna desconfianza Montigny, ignoro si debemos.... habeis calificado de imprudencia nuestro viaje de recreo á esa fortaleza, que se hizo célebre en la revuelta de las Comunidades de Castilla.....

—¿Pues no? Tened por cierto que no falta en la corte quien asegure que ese viage ha tenido por objeto ganar al alcaide del castillo, para aseguraros un refugio en caso necesario. Pero seguidme, si gustais, nobles señores; déjeos yo al menos bajo techado, y se tranquilizará la persona.....

—Dos veces habeis hablado de esa persona, observó el marqués de Mons.

—¡Eh! Ya que me obligais á nombrarla, repuso con enfado el impasible Diego, os diré que el príncipe D. Carlos de Austria quiere que sea de su cuenta todo el gasto que hagais en la corte. Vamos.... vamos....

—¿Pero nos conoceis? le preguntó Montigny.

—Señor baron, murmuró el soldado con voz calculada, como para evitar que le oyesen las gentes que transitaban por la calle,

¿creeis que, cuando la mencionada persona envia al conde de Barajas á vuestro encuentro y al del señor Marqués, no sabe lo que hace? Os he citado vuestros títulos.... ¿deseais que pronuncie vuestros nombres?

—Basta, no es menester, señor conde, replicó el baron convenido; conducidnos adonde gustéis.

Diego echó á andar el primero, siguiéndole los dos nobles flamencos y cerrando la marcha Juan de Mesa, que representaba á las mil maravillas el papel de escudero. Atravesaron dos ó tres calles, dejaron á su derecha la plaza del Mercado, todo ello al decir del veterano, con el fin de desorientar á los curiosos ó á los espías del cardenal Espinosa, y por fin entraron en una de las mejores posadas de la ciudad. Instalados en ella los embajadores de Flandes separóse de sus personas el fingido conde de Barajas, prestando que el príncipe D. Carlos le aguardaba impaciente, para concertar el medio de recibirles en su cámara, sin inspirar recelos al ánimo suspicaz y caviloso del Rey, y ofreciéndoles que sin falta alguna volveria á acompañarles en la cena. Tambien les dejó su escudero, á quien bautizó de pronto con el nombre de Bastian, para que les sirviese como á él mismo, y se retiró á la hostería con el objeto de coordinar sus ideas y hacer tiempo hasta la noche.

Ya hemos visto que doña Ana de Mendoza se habia reconciliado con su esposo, despues de una escena, en que no quedó muy bien parada la diplomática habilidad del último. Poco satisfecho de un resultado que de todos modos humillaba su orgullo, y pesaroso del golpe en vago que acababa de dar, acusando á la Princesa de liviana, sin pruebas bastantes para confundirla, no pudo menos de recordar con rábia el origen de una reyerta, cuya terminacion no dejaria de explotar la parte contraria para mostrarse con él, desde entonces, mas exigente y caprichosa. Las palabras del príncipe don Carlos se habian fijado en su alma con caractéres de fuego, y á pesar del infeliz éxito que habia coronado su batalla conyugal, se empeñaba en creer que, pues aquel le habia dicho hallarse su honra comprometida por un galan enamorado, razon sobrada habia tenido para maltratar de tal modo á un servidor tan fiel como él se juzgaba. Tocábale pues, por obligacion como marido, y porque debia conservar siempre su nombre puro de toda mancilla, descubrir el

nombre y los proyectos del pérfido enemigo que atentaba á su reposo, y se proponia conseguirlo, aunque para ello tuviese que apelar al mismo Rey de los insultos del Príncipe: medio infalible, á su juicio, de poner en claro la verdad.

Mas al ocurrirle esta reflexion, le asaltó una idea desgarradora. Doña Ana habia exclamado con soberbia fiereza: — «Cuando acuseis á la princesa de Éboli, no busqueis á su amante por el suelo; buscadle muy alto; buscadle en una gerarquía, á la cual no podais «llegar.» —¿Cómo pues obligar á D. Carlos á que confesase en presencia del Rey el nombre del galan de su esposa, siendo así que acaso el mismo Rey..... D. Ruy Gomez no osaba detenerse en este cruel pensamiento, que daba al traste con su juicio, y pasaba los dias y las noches en perpétuo martirio.

La Princesa por su parte, mucho mas diestra que el de Silva, presumió que en la corte debia haber algun oculto enemigo de su tranquilidad, y sin figurarse que una indiscrecion intempestiva é injustificable del Príncipe habia trastornado á su esposo, hasta el punto de obligarle á vilepndiarla en términos mas groseros que descortes, creyó que quejándose al Rey de semejantes proceder, contendria otros peores á que tal vez se hallaba espuesta, y de todos modos haria conocer á la corte que sabia mirar por su dignidad ofendida, ya que hasta entonces ningun borron afeaba el claro lustre de sus blasones. Así tambien, aunque sin sospecharlo, iba á oponer un fuerte dique á las murmuraciones de la condesa de Barajas, cuya espedita lengua solo esperaba noticias de Beatriz, para cebarse en la reputacion de la Princesa.

Hemos hecho esta digresion, para manifestar á nuestros lectores que, no obstante la paz ajustada entre los nobles consortes, vivian desde su último altercado en un alejamiento, que daba que decir á sus criados, tratándose con fria, aunque ceremoniosa reserva. El Príncipe iba todos los dias á palacio mas temprano, y volvía á su casa mas tarde que de costumbre, y doña Ana de Mendoza, sin desistir de su propósito de elevar un memorial al Rey, en desagravio de las ofensas recibidas, habia preguntado á Beatriz, si su primo hermano tenia ya preparada la ocasion para la entrevista, que tanto deseaba con el secretario Antonio Perez. La doncella puso en su noticia, que Diego traía entre manos á la sazón cierto negocio de

familia, y que en cuanto le viese, le recordaria con maña tan importante asunto.

Diego entre tanto no se descuidaba. No bien cerró la noche, cuando se presentó en la posada de los señores flamencos y haciendo, seña á estos, porque el escudero estaba en la misma habitacion cubriendo la mesa para la cena, llevó á un lado al baron y le dijo:

—Cenemos pronto, si os place, para que quedemos solos cuanto antes, porque así os importa.

—¿Hay novedades? le preguntó Montigny.

—Estupendas, contestó el improvisado conde.

Esto bastó para que apresurase el baron al escudero Bastian. Sentáronse por último los tres, é hicieron alegremente los honores á los sabrosos asados y esquisitos vinos, que en abundancia les fueron servidos. Despues ordenó el soldado á Juan de Mesa que les dejase solos, diciéndole:

—Vete, Bastian, vete, pues ya no te necesitamos, y estos nobles señores te dan su permiso para que refociles el estómago. No olvides decir al patron de esta posada de mi parte, que te trate bien, si quiere que la propina, al fin de cuenta, sea cosa de provecho.

El pícaro Juan de Mesa, que tenia hambre como siete, se aprovechó al punto de la licencia que se le daba, para poner á contribucion forzosa la despensa del patron, y si no mienten los apuntes que de su vida y hazañas poseemos, es indudable que hizo en ella mas destrozo aquella noche, que un ejército furioso en una ciudad tomada por asalto.

Diego Martinez cerró la puerta de la estancia, sentóse de nuevo á la mesa y dijo á los flamencos:

—Señores, he visto al Príncipe despues de nuestra separacion, y me ha prevenido os manifieste que está desesperado por vuestra venida.

—¿Qué es lo que escucho, señor Conde! exclamó el marqués de Mons. Cuando esperábamos.....

—No me habeis comprendido, repuso el soldado con serenidad. El Príncipe siente que os halleis en Castilla, porque os han delatado al Rey.

—¿Quién? preguntó temblando Montigny.

— Desde Bruselas.

—Imposible.

—No tanto como os parece, ó mas bien vais á decidir vos mismo, si en efecto os han delatado ó no. El rey D. Felipe ha recibido un pliego de Bruselas, en que le dicen que traéis para la persona, que antes he nombrado imprudentemente, una carta de otra cierta persona, que no nombraré, porque el eco de la voz puede salir por las rendijas de las paredes.

El baron de Montigny se puso pálido, y sintió que empezaba á correr por su frente un sudor frio: miró al marqués como para pedirle consejo, y alentado al verle mas furioso que abatido con tan fatal descubrimiento, se acercó al supuesto conde de Barajas y le dijo:

—¿Sabéis el nombre del que me ha hecho traicion? Porque efectivamente traigo esa carta.

—El Rey no ha declarado de quien ha recibido el aviso, respondió Diego en voz baja, para disimular su alegría.

—¿Y qué piensa?

—Ha significado á D. Cárlos... ¡Ira de Dios! Se me escapan los nombres de la boca por mas que la prudencia..... En fin, le ha significado que, no bien tenga noticia de vuestra llegada, enviará alguaciles que os registren, y que si os encuentran la carta, os mandará ahorcar. Mirad vos ahora quienes son vuestros amigos de Bruselas, que están iniciados en el secreto, y sobre todo lo que mas cuenta os tenga en tan apurado trance.

—Lo que mas cuenta tiene á mi honor y á mi palabra empeñada es que la carta llegue á su destino. ¿Qué disposiciones alientan al príncipe D. Cárlos de Austria, respecto á los estados de Flandes?

—Las mas favorables: yo que soy su íntimo confidente, y que como tal tengo precision de recurrir á mil precauciones, para no hacerme sospechoso al Rey, puedo aseguraros que D. Cárlos iria en persona á Bruselas, si supiera.....

—La carta que debo entregarle contiene cuanto desea saber. Mas.... ¿cómo lograr que pase á sus manos, á menos, señor conde, que me favoreceis?

—Tengo órdenes terminantes para daros ayuda en todo y para todo, repuso Diego levantándose de pronto, pues temia que su rostro descubriese el contento que le retozaba en el cuerpo.

—Con todo, observó Montigny, sereis reo de lesa majestad, si

al marqués y á mí se nos trata como rebeldes, con menosprecio del salvo-conducto que nos dió la duquesa de Parma.

—Señor baron, ya sé á lo que me espongo, y debo añadir que D. Felipe está dispuesto á hacer que os ahorquen, con salvo-conducto ó sin él: si eso sucede, seguiré vuestras huellas, caballeros, porque me precio de adicto al Príncipe y soy flamenco de corazon.

—¡Ah! exclamó el marqués de Mons, rompiendo el silencio que hasta allí habia guardado y tendiendo la mano á Diego: un aliado como vos vale un ejército de buenas lanzas.

—No me atreva á daros la carta para el Príncipe, murmuró Montigny, por no esponerme á un desaire.

—No os la he pedido, respondió el soldado, por no esponerme á malos juicios.

—Aquí la teneis, repuso el primero sacando la carta de una bolsa de seda recamada de oro, que guardaba en el pecho.

—Antes de una hora habré dado cuenta de ella, dijo el segundo metiéndola entre los pliegues de su ropilla, y mañana temprano, si al Rey no le ha ocurrido que me espíen esta noche, recibireis buenas nuevas. Y ahora, señor Baron dejasos registrar por los corchetes de la corte, si vienen á cometer tal desacato contra vuestra persona, y luego á fuer de embajador, quejaos á D. Felipe del atropello.

No bien hubo pronunciado estas palabras, estrechó cordialmente las manos á Mons y á Montigny, y salió de la estancia. Al pié de la escalera de la posada le esperaba Juan de Mesa, á quien dijo:

—Aprieta el paso y á la hostería á mudar de trages: nos vá en ello mas que la vida.

—¿Conque hay peligro? le preguntó el pícaro echándose á la calle.

—Le hay de muerte, contestó Diego Martinez, para cualquiera de nosotros, que no olvide lo que ha pasado aquí esta noche. Por lo demas, vive tranquilo, porque hemos puesto una pica en Flandes.



CAPÍTULO XVI.

En que se explica el medio inventado por el rey D. Felipe para reconciliar á D. Ruy Gomez de Silva con Antonio Perez.



DON Felipe, á quien la historia conoce mas por la sábia administracion de sus estados, que por las secretas amarguras de su corazon, habia sondeado con su mirada de águila el carácter del príncipe D. Carlos, y no se hacía ilusiones cuando le consideraba como un rival de su poder. Aquel jóven impetuoso anhelaba reinar antes de tiempo, ó para esplicarnos mejor, pretendia tener parte en el gobierno de su padre, cuyas acertadas medidas era el primero en censurar. Sabía que las provincias de Flandes soportaban á duras penas la *saludable tiranía* castellana, y que sus grandes señores, contagiados del error por las peligrosas doctrinas de Lutero, se habian confederado abiertamente, arrastrando á todo el pueblo, bajo el especioso pretexto de la defensa y conservacion

de sus leyes y privilegios, que suponían amenazados, así como daban por comprometida seriamente la seguridad de sus bienes. La osadía y el fanatismo de Felipe Marnix, señor de Santa Ildegonda, tenían en continua alarma y exaltación á aquellos nobles, y el fuego de la propaganda se difundió con tanta rapidéz, que no solo apareció en Bruselas un manifiesto anti-católico, suscrito por multitud de personas de todas clases y sectas, sino que sus autores lo circularon por Francia é Italia, intentando asimismo que penetrase en Castilla, con las obras que profusamente dieron á luz, á fin de estender la falsa doctrina. Baltasar Cisneros, poeta despreocupado, cómico audaz y hombre de no vulgares conocimientos, había llegado á tan alto grado de privanza con el Príncipe, que este consultaba con él todos sus pensamientos y acciones: por su conducto recibió de Francia algunos libros perniciosos, que trastornando sus ideas, amortiguaron hasta cierto punto sus creencias religiosas y consiguieron perturbarle la imaginación, sobrado escitada por las persuasiones de su amigo y confidente. De aquí resultó que los descontentos de Flandes se encontraron, cuando menos lo pensaban, con un aliado poderoso en la corte, pues el Príncipe no hacía un misterio de sus opiniones, declarándose por su natural franqueza en abierta oposición contra el gobierno de su padre.

El Rey, á quien la propaganda luterana daba más cuidado que seis ejércitos enemigos, se vió en el caso de subordinar su política á la cuestión religiosa, para adquirir toda la fuerza de autoridad que necesitaba su administración en las circunstancias más difíciles, por que tal vez haya pasado ningún monarca. Estrechó sus relaciones con la Santa Sede, fué el primero en acatar y sostener los fueros y prerogativas de la Inquisición, y no dejó resorte que no moviese para impedir que la nueva secta religiosa sembrase en sus dominios el desorden revolucionario. D. Felipe no fué un príncipe fanático, sino un hábil político, que supo aprovechar los sentimientos del pueblo que gobernaba, para robustecer su poderío: se atacaba en campo raso las doctrinas y preceptos de la Iglesia, que tan arraigados estaban entre los españoles, y al mismo tiempo se destruía la autoridad real con el incesante amago de una sublevación, cuyo objeto era privar á España de sus gloriosas conquistas: la resolución del biznieto de Isabel la Católica no podía ser dudosa y

declaró guerra sin tregua á los luteranos, apoyado por la opinion pública, que se manifestó unánime por el respeto, por el cariño y por la veneracion con que siempre fué mirado.

Quiso pues dar ejemplo á los demas en la gran cuestion político-religiosa, á que consagró su gran talento y sus vigiliass, convencido de que sosteniéndola con teson y perseverancia, afianzaria la tranquilidad en sus dominios, y á este patriótico pensamiento sacrificó sus placeres, sus distracciones, los mas dulces afectos del corazon, y hasta su salud y su vida. Indudable parece que quien tanto ponía para la felicidad comun tuviese el derecho de exigir que le imitasen aquellos que, por hallarse inmediatos á su persona, debian reflejar y transmitir al pueblo sus austéras costumbres. El heredero del trono fué el único que, rebelde á las amonestaciones paternas, se empeñaba en considerar como mártires á los conspiradores flamencos y al Rey como su verdugo. D. Felipe le habló al fin como Señor y desterró al cómico Baltasar Cisneros, y habiéndose humillado el Príncipe, ya hemos visto que se dulcificó el monarca y que el viaje á Paris del primero, fué una especie de compensacion que alcanzó su docilidad. Pero el amor de D. Carlos, que le habia dictado una carta sumisa para el Rey, alarmó de nuevo á este por su violencia, contra el dictámen del cardenal Espinosa, que auguraba bien de las respetuosas frases del mancebo; y la conducta que la privacion del objeto amado le hizo observar despues de su vuelta á Valladolid, los arrebatos á que se entregaba sin razones, que en cierta manera los justificasen, y su tenacidad en seguir defendiendo á los revoltosos de Flandes, convencieron al prudente D. Felipe, de que no debia ratificar un enlace, propuesto y aceptado con la condicion expresa de que doña Isabel de Valois habia de reinar en Castilla, pues hallábase firmemente persuadido, por desgracia, de que su hijo, enfermizo y endeble por naturaleza, esclavo de sus pasiones y dispuesto siempre á contrariar con sus excesos y con su exasperacion las mas saludables prescripciones, nunca llegaria á sentarse en el trono.

Absorto en estas meditaciones se hallaba el Rey, cuando Antonio Perez, radiante de alegría entró en su cámara. Una ojeada bastó al primero, para conocer que el secretario era portador de buenas noticias.

—¿Venís á darme cuenta de algunos despachos? le preguntó despues de breve pausa.

—Señor, contestó Antonio Perez; aquí tiene Vuestra Alteza lo que deseaba.

Y le presentó con respeto la carta del conde de Egmont para el príncipe D. Cárlos.

—¡Tan pronto! exclamó D. Felipe, apoderándose del pliego y dándole vueltas en las manos, como si con sus ansiosas miradas intentase adivinar los secretos que encerraba. ¿En dónde ha encontrado vuestro agente al baron de Montigny?

—En la ciudad.

—¡Ah! ¿Conque está aquí? Supongo que ese hombre.... ese Diego Martinez se habrá conducido de modo....

—Nadie, ni aun el mismo enviado flamenco sospecha á estas horas que la misiva del conde se halla en manos de Vuestra Alteza.

—Premiarémos ese servicio como corresponde. Veamos ahora vuestro parecer, señor Secretario, sobre la persona que debemos enviar á Bruselas, para que allí gobierne en nuestro nombre. Mi hermana doña Margarita se ha dejado sorprender y engañar por el príncipe de Orange y por los condes de Horn y de Egmont, de tal modo, que es necesario pensar en su relevo. ¿Qué decís á esto?

—Se me figura, señor, que el Comendador Mayor de Castilla es el mas apropósito para ese cargo.

—Hé aquí, al señor príncipe de Éboli, que nos ilustrará en el asunto con su parecer, repuso el Rey, viendo entrar en la real estancia á D. Ruy Gomez de Silva.

—Señor, dijo este, ya que tengo la dicha de llegar á tiempo. ...

—Sí, le interrumpió D. Felipe; indicadme un buen gobernador para los Países-Bajos.

—La eleccion está hecha, señor. ¿Quién otro mejor que el general Requesens puede sujetar á esos traidores revoltosos?

—No parece sino que os habeis puesto de acuerdo con mi Secretario, y eso que siempre son contrarios vuestros dictámenes; he aquí que los dos estais hoy en desacuerdo conmigo. En Flandes se necesita rigor, mucho rigor, y el Comendador Mayor de Castilla, hombre como pocos para conducir las tropas al combate, no es apro-

pósito para cerrar los oídos á los ruegos y á las lágrimas de los culpables flamencos. Escojamos á otro, señores.

—Yo propongo al duque de Medinaceli, replicó D. Ruy Gomez.

—Bien se está en su vireinato de Nápoles, murmuró el Rey.

—Yo al duque de Alba, observó Antonio Perez, sin darse por entendido de la furibunda mirada que le lanzó el de Silva.

—Eso es otra cosa, exclamó el monarca levantándose: D. Fernando Alvarez de Toledo es un gran capitan y un político sin corazon. Dará buena cuenta de los luteranos de Flandes.

Aquí llegaba la plática, cuando presentándose un page, anunció al cardenal Espinosa, presidente del Consejo: hizo el Rey una seña y se adelantó el prelado, diciendo:

—Señor, el cielo envia á Vuestra Alteza por mi conducto la resolución de un negocio doméstico, como para distraerle algunas horas de los graves cuidados que le ocupan. Se me ha encomendado que entregue á Vuestra Alteza este memorial.

Hablando así, puso un pliego en las manos de D. Felipe.

Este lo leyó, frunció el ceño, miró con enojo á D. Ruy Gomez de Silva y le dijo irritado:

—Os vais haciendo viejo, señor príncipe de Éboli.

—Señor..... balbuceó el de Silva.

—Os repito que se conoce que os vais haciendo viejo, porque dais sobrada importancia á las imprudencias juveniles: pero sepamos... . sepamos, añadió con mas dulzura, los pormenores de la última escena, que tuvisteis con el príncipe D. Cárlos.

—Si al menos Vuestra Alteza.....

—Hablad, señor D. Ruy Gomez y obedecedme pronto, sin omitir en vuestra relacion punto ni coma.

El príncipe de Éboli se vió entonces obligado á referir todo cuanto le habia ocurrido cuando fué á la cámara de D. Cárlos, para informarse de su salud de órden del Rey, sin callar uno solo de los insultos que el Príncipe le habia prodigado, aunque atenuando todo lo posible el poco miramiento con que le habia oido espresarse respecto á su padre y señor. Despues que dió fin á su historia, preguntó D. Felipe á Espinosa:

—¿Qué os parece de la enmienda de nuestro jóven, señor Cardenal?

—Que estoy confundido, señor, respondió el prelado.

—Dad órden al duque de Alba para que se prepare á marchar á Bruselas mañana sin falta, y no olvidéis advertirle que venga á recibir mis instrucciones:

El Cardenal salió, y el Rey prosiguió dirigiéndose á Antonio Perez:

—Mi hermana la duquesa de Parma me escribe, que ha dado salvo-conducto al baron de Montigny, representante elegido por los estados de Flandes, para que venga á Castilla, á esponernos las quejas de aquellas ciudades. Es muy justo que oigamos sus reclamaciones, por lo cual os encargo que me presentéis al enviado en cuanto llegue á Valladolid.

Antonio Perez, como hombre acostumbrado á adivinar los pensamientos de su señor, cuando este solo tenia por conveniente enunciarlos en parte, se retiró tambien, dejándole solo con D. Ruy Gomez, que mas muerto que vivo, no sabía qué pensar de la reprimenda que acababa de recibir, y se daba á todos los diablos, discurrendo quién podria ser el autor del memorial entregado por el presidente del Consejo, y en el cual se le acusaba al parecer, si habia de atenerse al enojo con que el Rey le habló despues de su lectura.

—Voy á daros una gran noticia, señor de Silva, le dijo D. Felipe.

—Señor, replicó este; temia haber incurrido en el desagrado de Vuestra Alteza por alguna falta involuntaria.

—No os la perdonaría, repuso el primero con sequedad: las faltas, aunque sean involuntarias, en los consejeros de un Rey, son crímenes, porque de ellas puede venir el malestar de los pueblos: el monarca y aquellos en quienes él deposita su confianza no son hombres, sino ideas; ni tampoco deben tener corazon, con tal que no echen de menos buena cabeza. El martirio del cuerpo es poca cosa, príncipe de Éboli, pero el del alma..... Si conoceis un varon, que haya nacido sensible, tierno, compasivo, amante y digno de ser amado, y sabeis luego que ese varon persigue, tortura, ahoga y mata esos mismos sentimientos dentro de su pecho..... si sabeis que cierra los ojos, por no mirar á la derecha ni á la izquierda, á fin de que nada le separe del fin que le señala la Providencia divi-

na..... compadecedle, pero no le juzgueis, porque nunca alcanzarán vuestras conjeturas á profundizar las dolorosas llagas que le atormentan.

Al decir esto el Rey estaba pálido, un temblor convulsivo agitaba sus lábios y el fuego brillante de sus ojos parecia como sostenido por una fiebre devoradora. Cogió de la mesa el memorial, que tanto hacía padecer á D. Ruy Gomez, y prosiguió diciendo:

—Aquí me aseguran que el príncipe D. Carlos, mi hijo, ha ultrajado á la señora princesa de Éboli en vuestra presencia, y la relacion que me habeis hecho del caso lo confirma. Las ofensas que habeis recibido son públicas, porque de ellas se han enterado el presidente del Consejo y el secretario Antonio Perez. Pues bien: públicas serán asimismo las satisfacciones que obtendreis. Os lo juro por mi nombre de D. Felipe.

El príncipe de Éboli iba á retirarse, temiendo abusar demasiado del abandono inusitado en que veia al Rey; mas este, serenándose de pronto, y apareciendo ante las atónitas miradas de su consejero tan impasible, tan frio y tan impenetrable como siempre, le dijo con sosiego:

—Os he prometido una gran noticia y no os la he dado.

—Es verdad, señor, repuso Ruy Gomez, sin poder darse cuenta de aquel cambio extraordinario, que en un segundo habia sufrido la fisonomía de D. Felipe.

—Es el caso que.... no sé si os regocijareis tanto como yo.

—Vuestras alegrías no pueden ser para mí indiferentes.

—¿Seguís aborreciendo á Antonio Perez?

—Señor..... no ignora Vuestra Alteza que siempre es de opinion contraria á la mia en el Consejo. Por lo demas, reconozco en él á un constante servidor de Vuestra Alteza.

—El Secretario asegura lo mismo de vos, y dos enemigos que se hacen justicia, no están muy léjos de entenderse. No se me oculta que hay una dificultad.

—¿Cuál, señor?

—Antonio Perez es jóven y apasionado, y los que vean que os estrechais la mano, despues que os han tenido por adversarios irreconciliables, murmurarán, y de sus murmuraciones se resentirá vuestra honra.

—Vuestra Alteza discurre con notable sabiduría. No conviene que cese nuestra enemistad.

—Al contrario: es preciso que termine para siempre, porque tambien dirá muy pronto la corte, que si odiais al Secretario, consiste en que estais zeloso de vuestra noble esposa.

—Señor, en tal caso.....

—En tal caso, he tomado ya mi partido, y hé ahí la gran noticia de que antes os hablé. El secretario Antonio Perez se casará antes de mucho tiempo.

—¡Ah!

—Le destino la mano de una dama principal y rica, aunque no figura en la corte. Podeis hacer que circule la noticia.

Aquel mismo dia dispuso el Rey que el cardenal Espinosa, el Comendador Mayor de Castilla, el duque de Alba y Antonio Perez le acompañasen á la cámara del príncipe D. Cárlos, á la que fué llamado el príncipe de Éboli. No bien se presentó este, cuando D. Felipe ordenó á su hijo que se retractase de las maliciosas palabras, con que habia empañado la honra de doña Ana de Mendoza; mas habiéndose negado resueltamente D. Cárlos á tan justa demanda, con asombro de todos los caballeros allí presentes, el Rey se descubrió y dijo con entereza:

—Las faltas de los hijos recaen sobre los corazones de los padres; y pues el príncipe D. Cárlos no quiere pasar por la humillacion de confesar sus yerros, yo D. Felipe de Castilla, en su nombre, á vos D. Ruy Gomez de Silva, príncipe de Éboli, miembro de mi Consejo de Estado, como esposo de la noble señora doña Ana de Mendoza y de La-Cerda, os pido perdon por las ofensas que os ha hecho, con las imprudentes razones que os ha dirigido contra la estimacion de tan ilustre dama. ¿Estáis satisfecho, D. Ruy Gomez?

Este no pudo articular una palabra: conmovido y anonadado ante la grandeza de alma de D. Felipe, arrojóse á sus piés y le besó las manos con efusion, en tanto que D. Cárlos se sonreia con malignidad.

El Rey levantó al de Silva y sin mirar á su hijo, salió de la estancia, diciendo á sus cortesanos:

—Seguidme, señores.

Poco despues de esta ocurrencia tuvo el duque de Alba una en-

trevista secreta con el Rey; mas nada pudieron traslucir de ella los magnates del Consejo, y solo se supo que el general D. Fernando Alvarez de Toledo habia partido á las pocas horas camino de París, habiéndose suspendido por entonces su nombramiento para el gobierno de los Países-Bajos, en el cual debia continuar doña Margarita de Austria, duquesa de Parma.

Al mismo tiempo se difundió por la corte, con la velocidad del rayo, la noticia del próximo matrimonio del secretario íntimo del Rey, y Diego Martinez fué el primero que la puso en conocimiento de la parte mas interesada en ella.

Antonio Perez creyó al punto que eran hablillas de gente ociosa; mas habiendo insistido Diego, asegurando que sabia aquella novedad por Beatriz, y que esta lo habia oido de los mismos lábios de su señora, como cosa dispuesta por el Rey, segun aseguraba don Ruy Gomez, procuró averiguar la verdad pidiendo esplicaciones al de Silva, quien le refirió punto por punto la conversacion que habia tenido con D. Felipe. Grande fué la desesperacion del Secretario, al verse espuesto, si obedecia al Rey, á perder á la que amaba, y si se negaba á su mandato, á incurrir en su indignacion: disimuló no obstante, en presencia del príncipe de Éboli, el terrible efecto que producía en su alma tan inesperada nueva, y desde luego se propuso obrar con arreglo á las esperanzas que le ofreciese la entrevista con la Princesa. A este fin encareció á Diego la necesidad de que aquella se verificase lo mas pronto posible, y el soldado le dijo que ya habia pensado el medio de adormecer la vigilancia de D. Ruy Gomez, á fin de que doña Ana pudiese salir de su casa sin infundir sospechas en el ánimo del desconfiado esposo, añadiendo que solo le faltaba ponerse de acuerdo con Beatriz y con el mozo que le habia servido de escudero en el negocio de la carta de Montigny.

Satisfecho con esta promesa, fué Antonio Perez á ver al Rey con el objeto de descubrir sus intenciones, respecto á un asunto que tanto le interesaba poner en claro. D. Felipe recibió con afabilidad al Secretario y contra su costumbre, le hizo sentar, aunque nada tenia que dictarle.

—Iba á llamaros, le dijo, para confiaros un secreto de la mayor importancia, pero que dejará de serlo dentro de pocos dias. Ya sabeis que la princesa de Francia doña Isabel de Valois está prometida al príncipe D. Cárlos.

—Señor, contestó Antonio Perez, al observar que el Rey esperaba su respuesta, conozco bien el tratado de paz que se firmó en Chateau-Cambresis, otorgado por Vuestra Alteza al rey Enrique, y no ignoro que doña Isabel y el Príncipe se aman.

—Bien, murmuró el Rey; mas como no sois un hombre vulgar, como en el despacho y conocimiento de los negocios me habeis dado pruebas de la estension de vuestras miras políticas, no debeis olvidar que los reyes y los príncipes, si han de cumplir bien y fielmente con el espinoso cargo que les ha encomendado la Providencia, se ven muchas veces en el caso de sacrificar las mas dulces aprehensiones del alma ante la razon del Estado.

—Es cierto, señor: un buen monarca es casi siempre un mártir en la tierra.

—Un mártir ignorado, repuso D. Felipe con acento sombrío; un hombre que pasa por ambicioso, por tirano, por cruel, mientras su corazon padece las penas del infierno, por los mismos actos que ejerce. Y ahora, miradme bien, señor Antonio Perez, y como si hablarais á un amigo, á un compañero de vuestros placeres, decidme en puridad, si engolfado, como me veis, en la vasta administracion de mis dominios y en descifrar los enigmas y complicaciones de la política alemana, me juzgais capaz de enamorarme de una doncella de quince años.

—Creo, señor, replicó Antonio Perez, quien desde luego comprendió en todas sus partes el secreto importante del Rey, que Vuestra Alteza, cuando empuñó las riendas del gobierno, se ciñó una corona de espinas, creo que Vuestra Alteza amará todo lo que debe amar en provecho del Estado, aunque el corazon de Vuestra Alteza brote sangre.

—Si es así, habreis adivinado la comision que lleva el duque de Alba á Paris.

—Mucho me afligiria el haber pensado en ella, para no tener que admirar luego los acertados propósitos de Vuestra Alteza.

—Figuraos que no hablais con el Rey vuestro señor, y tened entendido que si adivinais mi pensamiento, nada podrá haber que yo os niegue.

—Nada podrá haber que yo os niegué, repitió Antonio Perez entre dientes con alegría, recordando que tenia en la mano el medio de

impedir aquel aborrecido matrimonio, de que tanto se hablaba en la corte: y en seguida prosiguió en voz alta:—Vuestra Alteza ha pensado que el príncipe D. Cárlos no puede ser esposo de la princesa doña Isabel, sin que esta sea víctima de los arrebatos y violencias de un carácter indomable: las quejas de la esposa amotinarian á la Francia contra Castilla, y otra guerra mas larga y sangrienta que la pasada, por cuanto el orgullo de la corte de Enrique tendria grandes reveses y humillaciones que vengar, desquiciaria toda la administracion de los Estados de Flandes, alentaria contra nosotros á los rebeldes y sacrificaria nuestras mejores tropas, dando tristes dias de luto á España. Pero Vuestra Alteza no puede romper el tratado de Chateau-Cambresis sin esponerse á sostener esa misma guerra desastrosa, aunque por diferente motivo, y en tan difíciles circunstancias, cuando por un lado apremia el rey Enrique para que se cumplan los pactos, por la impaciencia de doña Isabel su hija, y cuando presagia Vuestra Alteza el cúmulo de males, que de su union con el Príncipe deben necesariamente resultar.....

—¿Qué es lo que hago? Veamos.....

—Cumple Vuestra Alteza el tratado de Chateau-Cambresis, sin que D. Cárlos dé la mano á la princesa de Francia.

—Esplicaos de una vez.

—Haciendo que la princesa de Francia sea reina de Castilla.

—Señor Antonio Perez, el duque de Alba, vos y yo somos los únicos depositarios de ese secreto. Os cumpliré en todo tiempo mi promesa; sois el único hombre de mis reinos, capaz de adivinarme. Acordaos siempre de que vuestro padre D. Gonzalo Perez me sirvió con una fidelidad sin ejemplo y que necesito una prueba de la vuestra.

—Mandad, señor; estoy dispuesto á dar mi vida por Vuestra Alteza.

—Vuestro Rey, señor Antonio Perez, D. Felipe de Castilla que nada os oculta, que os mira como á hijo y como á hermano, vá á casarse sin amor y sin deseos de inspirarlo, porque asi lo exige su deber, porque asi se lo manda el cielo para la conservacion de sus estados. Es pues preciso que los que le ayuden en sus árduas y penosas tareas le imiten y se olviden de sí mismos, cuando el bien público se lo reclame. Os tengo tambien elegida esposa, y pronto

dareis la mano á la señora doña Juana Coello, para que reinen la tranquilidad y el sosiego en mi corte.

Antonio Perez se sintió aniquilado al escuchar las últimas palabras del Rey, pues ellas le descubrieron, que si no estaba enterado de su pasion á la princesa de Éboli, al menos la sospechaba con algun fundamento. No sabiendo cómo salir de aquel apuro, pues la ocasion era la menos apropósito que pudiera escoger para oponerse á los deseos de D. Felipe, se levantó, é hincando una rodilla, le besó la mano.

—¿Os casareis con doña Juana? le preguntó el Rey.

—Señor, respondió Antonio Perez temblando, yo haré todo lo que Vuestra Alteza ordene.

—Sacrificaos, amigo mio, repuso D. Felipe, agradeciendo interiormente al secretario el martirio que padecia; sacrificaos, pues no ha de decirse que honro con mi aprecio y confianza al amante de la princesa de Éboli. Así callarán los cortesanos, convencidos de su misma impostura, y os estrechará la mano D. Ruy Gomez de Silva, alarmado contra vos por las imprudencias del príncipe D. Carlos.

Y observando la palidez que cubria el rostro de Antonio Perez, añadió sonriéndose con tristeza:

—¿Qué quereis?.... Yo tambien me sacrifico.

CAPITULO XVII.

De como Diego Martinez vió turbio y Antonio Perez y la princesa de Éboli oyeron claro.



Pocos dias despues de los sucesos que acabamos de referir, habia un movimiento extraordinario en casa del príncipe de Éboli. Producíalo la llegada de D. Ruy Gomez, que acababa de recibir órdenes del Rey, para que en compañía del duque del Infantado pasase inmediatamente á Paris, á reunirse con el duque de Alba. Nuestro celoso magnate habia mirado con malos ojos que este general permaneciese en la corte de Francia con una comision secreta, cuando su deseo era verlo en Flandes, luchando abiertamente contra los Estados y perdiendo en escaramuzas infructuosas contra los rebeldes su popularidad y su fama de invencible. Ya sabemos que el de Silva era enemigo personal del duque, y que capitaneaba en el Consejo y aun en público á la parcialidad que le

era contraria. El Comendador Mayor D. Luis de Requesens era la persona que hacía sombra en la corte á aquel caudillo, y como no ignoraba D. Ruy la enemiga secreta que dividia sus ánimos, no perdonaba medio de aumentarla, y á fin de suscitar al conquistador de los estados pontificios un rival temible en el gobierno, se unió estrechamente á Antonio Perez. En una palabra, el príncipe de Éboli era gefe de un partido político, que propendia á la moderacion en todas las medidas, que el Rey tenía por conveniente enviar á consulta del Consejo, al paso que el duque de Alba se habia colocado al frente de los que con nada transigian, hallándose siempre dispuestos á votar disposiciones rigurosas en todos los negocios sometidos á exámen. Contaba en sus filas esta parcialidad al cardenal Espinosa, presidente del Consejo, á D. Pedro Fajardo marqués de los Velez, que luego se pasó al campo enemigo, al prior D. Antonio de Toledo, al príncipe de Melito y al marqués de Aguilar y Zayas, mientras sostenian las opiniones de Silva el arzobispo de Toledo, Mateo Vazquez, que aspiraba á entrar en la secretaría del Rey, el general Requesens, Juan Escobedo que luego fué secretario de don Juan de Austria, y por último Antonio Perez, que mas bien era eco en el Consejo de la voluntad de su señor, que de sus propias convicciones.

La marcha á Paris del duque de Alba para poner en planta proyectos del Rey, que nadie habia llegado á averiguar, fué considerada por el príncipe de Éboli y su partido como un golpe de estado para las opiniones que defendian; mas cuando á los pocos dias llamó el Rey á D. Ruy Gomez y al duque del Infantado, para comunicarles la resolución que habia tomado de contraer matrimonio con doña Isabel de Valois ó de *la Paz*, no conoció límites el contento de nuestro viejo magnate. Era en efecto evidente que D. Felipe habia elegido á D. Fernando Alvarez de Toledo para el concierto de las nuevas bodas, á fin de que el nombre y fama del enviado impusiesen respeto, hasta cierto punto, en la corte de Francia, é hiciesen consentir á Enrique en un arreglo, que no podia menos que lisonjear al mismo tiempo su amor propio, supuesto que empleándolo tenia la firme seguridad de ver á su hija, al mes siguiente, sentada en el trono de Castilla, único objeto que el monarca francés se propuso al admitir las cláusulas poco ventajosas del tratado de Chateau-

Cambresis, el cual firmó, porque se ofrecia para doña Isabel la mano de D. Cárlos de Austria, como la del Príncipe heredero de la corona de España. La Princesa fué sacrificada: Enrique de Francia suscribió á las condiciones de Felipe de Castilla, y la prometida esposa del príncipe D. Cárlos recibió la órden terminante de ahogar su primer amor y la de prepararse á dar la mano al padre de su amante. No bien recibió D. Felipe la nueva de que la comision del duque de Alba habia alcanzado el éxito apetecido, cuando llamó, como queda espuesto, al príncipe de Éboli y al duque del Infantado, y les previno que partiesen sin demora á Paris, para acompañar á la Princesa desde aquella corte hasta la frontera de España, en la cual debian celebrarse los desposorios. La política de D. Felipe daba siempre participacion en sus resoluciones á los dos partidos rivales de la corte, y de este modo estaba seguro de ser servido con fidelidad.

Don Ruy Gomez de Silva respiró, pues andaba cabizbajo y mal humorado desde la marcha del duque, alentó á Requesens y se dispuso á emprender un viage, que le daba esperanzas de reconquistar la preponderancia, que los ocultos designios del Rey le habian hasta cierto punto quitado, para dárselo á su enemigo político. Ignoraba el noble esposo de doña Ana, que su amigo y parcial Antonio Perez habia sido fiel depositario del secreto matrimonial de don Felipe, asi como no atendia el aumento de favor, que por momentos iba adquiriendo el secretario sobre todos los magnates de la corte: de lo contrario, hubiésele pesado muy de veras la confianza que de él habia hecho, cuando le habló del asesinato de Juan Vazquez, secretario del duque de Alba, y mucho mas de la carta que le habia escrito, recomendándole al pícaro Juan de Mesa, como hombre de quien podria valerse con seguridad, para quitar del medio al enemigo que le estorbase. Porque en efecto, nuestros lectores están ya enterados de dos cosas importantísimas, á saber; que Antonio Perez tenia en sus manos la vida del príncipe de Éboli, y que amaba apasionadamente á doña Ana de Mendoza.

Habia llegado por fin el dia, en que Diego Martinez cumpliese su palabra. El vencedor de Roma y de Pavía tenia ya imaginado un famosísimo plan con su satélite Juan de Mesa, para sacar de su casa al príncipe de Eboli y secuestrarlo por tres ó cuatro horas, durante

las cuales hubiera podido su esposa, advertida por Beatriz, pasar á la posada de Antonio Perez, con el fin de averiguar el secreto, en que tan interesadas se hallaban la honra y la existencia de D. Ruy Gomez. Mas habiéndole manifestado la misma Beatriz, que este se preparaba para un largo viage de órden del Rey, renunció Diego á sus combinaciones atrevidas, no sin espresar cierto disgusto, al ver que la suerte le deparaba lo que él hubiera querido encontrar por sí solo, y esperó con paciencia la salida del magnate. Inmediatamente que esta se verificó, previno á Beatriz que queria hablar á la Princesa, y doña Ana sospechando desde luego el asunto de que se trataba, dió órden á la doncella para que introdujese á su primo.

Diego Martinez se presentó á la Princesa con el mismo desparpajo que la primera vez, mas ella le dijo aparentando sorprenderse:

—¿Sois vos?... ¡Ah! habia perdido la esperanza de volver á veros.

—Muy mal hecho, señora, muy mal hecho, contestó el velerano en tono de reconvencion. Os prometí cuidar de vuestros intereses, y un hombre de mis prendas nada ofrece en vano á una dama tan ilustre y tan bella como vos.

—¡Eh! Dejad á un lado mi hermosura, repuso doña Ana, y decidme el motivo que aquí os trae.

—Es que os prevengo, se atrevió á decir Diego, que si no fué-
seis, como sois, la dama mas linda de Castilla, no haria por vos lo que hago: tened entendido que por la condesa de Barajas no me moveria desde aqui hasta vuestra antesala. ¡Oh! Una muger fea mata la voluntad mas incontrastable.

La Princesa no pudo reprimir la risa al escuchar el osado razonamiento de aquel hombre original; mas él, sin darse por entendido, prosiguió diciendo:

—Me habeis preguntado, noble Princesa, qué causa me ha conducido á vuestra presencia, y esto me hace creer que no os acordais de lo que os dije, cuando tuve el honor de hablaros por la vez primera.

—Sí que me acuerdo, amigo mio.

—¡Ah! Pues en tal caso ¿cómo estrañais....

—Nada estraño: lo que quiero es saber....

—¿El motivo de mi venida? Si así vamos, señora Princesa, per-

deremos el día en volver á empezar mil veces nuestra plática. Y como supongo que no deseais malgastar el tiempo inútilmente, os diré con lisura que estoy aquí, porque vuestro ilustre esposo el señor príncipe de Éboli se encuentra á estas horas caminando hácia Paris.

—Es que.... eso ya me lo he figurado yo al veros entrar.

—Pues bien; paréceme cosa clara, que habré venido á deciros....

—¿Qué?

—Que el señor Antonio Perez se halla solo en su habitacion; que Beatriz puede acompañaros hasta la posada; que debéis ocultar vuestro flexible y donoso talle con un largo velo y.... sobre todo, que allí os esperará vuestro humildísimo criado Diego Martinez.

—¡Qué ejecutivo sois! Paréceme sin embargo que un secreto importante.... que la vida de un esposo.... son razones bastantes para excusar un paso imprudente.

—¿Quién lo duda?

—Mas.... ¿no convendria que el señor secretario del Rey estuviese advertido, de que la princesa de Éboli quiere hablarle en interés de su marido?

—¡Qué torpe me haceis, señora! ¿Os figurais que habrá faltado tan indispensable requisito?

—¡Ah! ¿Conque me espera?

—Y no ha volado á besaros las manos, porque no debe poner los pies en esta casa durante la ausencia del señor D. Ruy Gomez de Silva.

Sonrojóse doña Ana al oír esta maliciosa observacion, pero estaba decidida. Despidió pues á Diego Martinez, asegurándole que pronto saldria de casa con Beatriz, y el veterano corrió á poner en conocimiento de Antonio Perez tan alegre noticia.

—Estad seguro, le dijo, que echará mano de algun pretesto para haceros ver que debia venir á visitaros. He hablado con ella, por ejemplo, de cierto asesinato cometido hace ya mucho tiempo junto al alcázar de Villagarcía, inspirándole curiosidad por la parte que en él pudo tener D. Ruy Gomez de Silva, y tal vez os pida esplicaciones....

—¡Cómo! exclamó Antonio Perez fuera de sí! ¡Qué has hecho!

- Poner á la Princesa en vuestros brazos.
- Pero ese secreto terrible.....
- ¡Bah! ¿Teneis mas que descubrirselo como mejor os plazca? ¿Sabeis acaso vos mismo la verdad de ese secreto?
- Sé lo que el príncipe de Éboli.....
- ¡Oh! No receleis pintarle como un mónstruo á los ojos de su esposa, porque ella le aborrece.
- ¿Cómo lo sabes?
- Lo sé por Beatriz, lo sé porque el Príncipe es viejo y feo, celoso y endiablado, si los hay. Lo que la Princesa queria era una disculpa para hablaros y ya la tiene; lo que ahora desea es saber algo que comprometa á D. Ruy Gomez para tenerle á raya, y eso.... vos podeis decírselo.
- Eres el tunanté mas despierto que he conocido.
- Os doy las gracias, señor Secretario.
- ¿Y dices que la Princesa se prepara para venir?
- En esa intencion la he dejado.
- Está bien; lo que importa es que estés á la mira y.....
- Así se lo he ofrecido.
- Mas tarde hablaremos de aquel otro negocio que me trae inquieto, y tambien me guiarás á la posada en que se albergan el baron de Montigny y el marqués de Mons.
- Diego salió para ponerse en acecho de la puerta de la calle, desde el primer descanso de la escalera, en tanto que Antonio Perez, ébrio de amor, se entregaba locamente á las mas risueñas esperanzas. Veia á la princesa de Éboli, acaso la mas graciosa dama de aquella época en Castilla, dispuesta á amarle, á embellecer con su cariño los hermosos dias de su juventud, entregados á la ambicion y á la árida tarea de los negocios públicos, y pensaba ya con cuanto placer correria á los brazos de tan encantadora sirena, para olvidar en ellos los enojosos cuidados, que incesantemente le imponian sus deberes en el Consejo y al lado del Rey. ¡Del Rey! Al terminar esta reflexion, tan alhagueña para sus apasionados pensamientos, una nube de tristeza oscureció su frente y se estendió hasta su corazon. Don Felipe le había elegido esposa.... Don Felipe exigia el sacrificio de su libertad y de su dicha..... ¡Y él, cobarde, hombre sin fé en sus propios sentimientos, habia consentido en inmolarse! ¿Qué

era pues lo que iba á pedir á aquella muger idolatrada, conducida hasta él por la fuerza de un amor irresistible? ¿Con qué derecho iba á presentarse á sus ojos, para reclamar ese amor que no merecia? Desesperado cuando podia tenerse por el mas feliz mortal del Universo, anhelaba por momentos, y por momentos temia la llegada de la hermosa jóven, sacrificada por sus padres, como él lo sería pronto por el Rey, en las aras de un odioso himeneo, y queriendo huir de aquella cavilacion penosa, que daba al traste con todos sus sueños de ventura, ó figurándose acaso que se le trastornase el juicio, si profundizaba con mas decidido empeño la honda sima en que su malandanza le habia precipitado, sentóse delante de su mesa, atestada como siempre, de libros, y cogiendo maquinalmente unos papeles, empezó á devorarlos con avidez, aunque sin poder darse cuenta de su contenido.

Pocos minutos habia que se hallaba en tan dolorosa distracción, cuando se abrió la puerta. Era Diego Martinez, que despues de haber visto entrar en el portal de la posada á doña Ana de Mendoza y á Beatriz, subia á prevenir á su amo. Procuró en efecto llamar su atencion, aunque sin hablarle, porque le encontró leyendo y temió su enojo, mas viendo que de nada hacia caso, se encojió de hombros y murmuró:

—Ha escrito su declaracion amorosa, y la aprende de memoria para recitársela á la Princesa. A fé que no gasté yo tantos remilgos con Beatriz en el monasterio de la Espina.

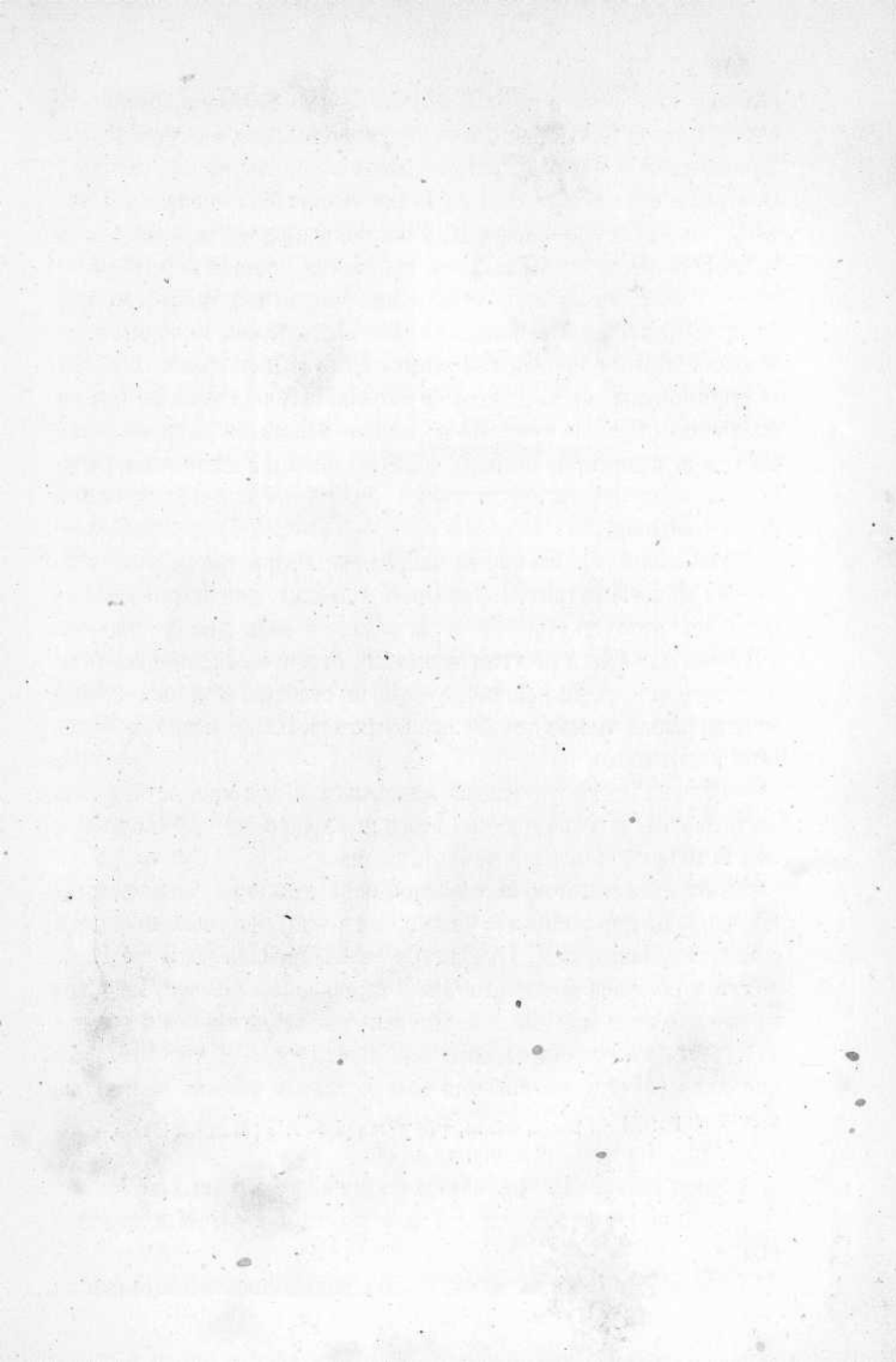
En esto vió entrar en la estancia á doña Ana, vestida con elegancia, pero sin lujo y cubierta con un largo velo, que ocultaba toda su gentileza y hermosura. La doncella habia quedado en la parte de afuera y no osaba adelantarse sin el beneplácito de Diego. Este que en las ocasiones mas dificiles era cuando hacia alarde de su serenidad, se acercó respetuosamente á la dama, y dijo en voz alta, para que Antonio Perez sacudiese el letargo, que al parecer embargaba sus sentidos:

—¡Ah! ¡La noble princesa de Éboli!

Y luego bajando la voz, añadió dirigiéndose á doña Ana.

—Entrad sin temor, señora, que yo me pinto solo para estos lances.

Y echándose fuera de la habitacion para reunirse con Beatriz, cerró la puerta con mucho tiento, diciendo para su sayo:





Entrad sin temor, señora, que yo me pinto solo para esos lances.

—Ya cayó el pez.

Dos horas despues se hallaban la doncella y su amante en el aposento de este último, pero habian agotado ya en sabrosa plática todos los recuerdos de los tiempos pasados. Beatriz empezaba á impacientarse porque su señora tardaba demasiado en dejar la estancia del secretario del Rey, pues conocia que tan larga ausencia de su casa, el dia mismo, en que por primera vez faltaba de ella don Ruy Gomez, sería comentada por los criados, y señaladamente por Fortun, en menoscabo de la reputacion de la Princesa. Diego se encargó por fin, no pudiendo negarse á los reiterados ruegos de la prudentísima doncella, de aproximarse á la habitacion de su amo y aun de hacerse oír, si era preciso. Estrella afortunada fué verdaderamente para Antonio Perez aquella que sugirió á Beatriz semejante pensamiento, porque no bien hubo salido de su cuarto Diego Martinez, para cumplir el deseo de su amada, cuando tropezó de manos á boca con un hombre embozado hasta los ojos, que se dirigia á la estancia del Secretario. Empezaba ya á cerrar la noche y en el corredor de la posada era aun mas oscura que en la calle; mas no convenia que ningun curioso, amigo ó enemigo de Antonio Perez, le sorprendiese á solas con una dama tan principal y tan conocida como la princesa de Éboli, por lo que avivando el paso, siguió á tientas por el corredor al embozado, y cuando este se disponia á abrir la puerta de la habitacion, le detuvo diciendo:

—Caballero ¿á quién buscais?

—Nada te importa; sigue tu camino, le contestó bruscamente el desconocido.

—Es que..... precisamente me cerrais el paso, repuso Diego.

—Luego eres el criado del secretario de Su Alteza.

—Acertásteis de medio á medio.

—Siendo así, pasa y abre la puerta, porque quiero hablarle.

—Aun cuando seais el diablo en persona, y á pesar de vuestros humos, no podréis lograr lo que exigis.

—¿Por qué, bellaco?

—Porque mi amo el señor Antonio Perez ha salido.

—¿Dices la verdad?

—Cercioraos por vos mismo, caballero, si gustais; mas tened entendido tambien, que soy un veterano de los valientes tercios de

Italia y de Flandes, y que hasta ahora ni el mismo rey D. Felipe, á quien Dios guarde, ha puesto en duda la palabra de Diego Martinez.

— ¡Ah!... ¿Te llamas Diego Martinez?... Basta... te creo... Dí á tu señor que el rey D. Felipe, á quien Dios guarde, me ha comisionado para que le prevenga, que esta noche sin falta quiere ver á los embajadores de los estados de Flandes. Toma ahora por la molestia que te he causado.

Al espresarse así el embozado, alargó á Diego un bolsillo bien repleto.

— Sepa yo al menos vuestro nombre, repuso el soldado cogiendo la pingüe propina, á fin de que pueda repetírselo al señor Antonio Perez.

— El Diabla... ¿Qué te importa? replicó el desconocido, empujándole para abrirse paso hácia la puerta.

Diego Martinez no perdió su aplomo por aquella acometida y preguntó al generoso enviado del Rey:

— ¿Queréis que os alumbre, caballero? aguardad un momento, pues es fácil que os rompáis la crisma contra esas paredes.

— No es menester, murmuró el desconocido, desapareciendo en la oscuridad.

Casi al mismo tiempo se abrió de par en par la puerta de la estancia de Antonio Perez, y apareciendo éste en el umbral dijo á Diego Martinez.

— Haz que venga tu prima para que acompañe á la señora princesa de Éboli.

La doncella, algo inquieta por la tardanza del soldado, acudia á buscarle, para saber de él si su señora y el Secretario habian terminado la entrevista, y oyó las palabras del último:

— Aquí estoy, respondió avanzando.

La Princesa salió entonces de la habitacion: ama y criada se cubrieron con sus velos y bajaron hasta la calle, guiadas por Diego Martinez y guardando el mas profundo silencio. Luego que el veterano las vió alejarse, subió al aposento de Antonio Perez, á quien encontró paseándose precipitadamente y dando señales de la mas viva agitacion.

— Vamos, vamos pronto, exclamó reconociendo al veterano, mien-

tras este encendia un velon del siglo xiv, que figuraba sobre la mesa. Llévame á la posada de esos malditos embajadores flamencos.

—En efecto, replicó Diego, un fantasma embozado ha venido con cierta orden del Rey.....

—Todo lo hemos oido la Princesa y yo..... todo. De buena nos has librado.

—¿Cómo así?

—¡Qué! ¿No has conocido al caballero que me buscaba?

—No: al marcharse me ha asegurado que era el diablo.

—Era el rey D. Felipe en cuerpo y alma.

—¡Demonio! ¡Y yo que le he hablado récio!

—No te pese, pues ya sabe que no has adivinado su nombre.

—Por eso sin duda me ha dado un bolsillo.

—Por eso, y porque le has dicho como te llamas.

—Así será y ahora recuerdo que se amansó, cuando le he hecho saber, que ni el mismo Rey duda de la palabra de Diego Martinez.

—El hecho es, amigo mio, que me has evitado un duro cautiverio en el castillo de Simancas y á doña Ana de Mendoza la reclusion en un convento, hasta la vuelta de D. Ruy Gomez de Silva.

—Ya veis pues, señor Antonio Perez, que sirvo para algo en este mundo.

—Decididamente harás fortuna en la corte. Por lo pronto, ya cuentas con la proteccion de la Princesa y con la mia. Me has dado la vida y.....

—Y supongo que tambien la felicidad.

—Debo creerlo, Diego, debo creerlo, aunque es grande y cruel el sacrificio que se me exige. ¡Ah! Al pensar en esto, se me figura que voy á volverme loco, pues no parece sino que todos se han puesto de acuerdo para atormentarme. ¿Qué te parece á ti?

Antonio Perez olvidaba en aquel instante que nada habia confiado á Diego de cuanto le habia ocurrido en su entrevista con la Princesa, y el soldado, que siempre estaba en guardia creyó que no era aquella ocasion oportuna de entrar en esplicaciones, por lo cual se limitó á responder á su amo vagamente, afirmándole que era negocio que bien merecia la pena de pensarse mas despacio.

—Dices bien, observó Antonio Perez: lo que ahora urge es presentar al Rey esos perros de Flandes. Echemos á andar.

Hiciéronle así y un cuarto de hora despues entraba el secretario de D. Felipe en la posada del marqués de Mons y del baron de Montigny.

CAPÍTULO XVIII.

Esplicaciones de amantes y hablillas cortesanas.



As últimas palabras que dirigió Antonio Perez á Diego Martinez, refiriéndose al coloquio que acaba de tener con la princesa de Éboli, requieren una corta esplicacion de nuestra parte. Vamos á darla, no sin disgusto, porque en ella dejaremos impreso uno de los mas feos lunares, que deslustran la noble sangre de la dama mas renombrada en Castilla, á mediados del

siglo décimo sexto.

La historia nos ha precedido en el bosquejo fisico y moral de la célebre doña Ana de Mendoza y de La-Cerda, y lo que acerca de la misma llevamos apuntado, habrá convencido á nuestros lectores, de que la sujecion en que vivia al lado de un hombre viejo para ella, celoso de su propia sombra y dispuesto á humillarla en su orgullo y en su hermosura, al menor recelo de que pudiese peligrar su hon-

ra, no era muy apropósito para contener dentro de los límites de la honestidad á una muger apasionada, altiva, que oia celebrar su belleza sin poder ostentarla, y que odiaba á su esposo por instinto y por venganza. En efecto: la hija de los condes de Melito se vió casada antes que conociese los deberes que el matrimonio impone, y esclava de la voluntad de un magnate ya achacoso, cuando se prometia gozar todos los placeres y dulzuras de la vida. Desde que se convenció de que su corazon no la pertenecia, de que no podia amar sin delito, de que la ambicion y el interés habian fijado su suerte, no pudo menos que mirar al príncipe de Éboli como á un verdugo, cuya tiranía debia quebrantar cuando se le presentase una ocasion propicia. Su mismo orgullo le habia preservado de una caida, porque la ilustre dama, la belleza sin igual de Castilla no habia visto en la corte objeto alguno digno de fijar su atencion, hasta que se presentó en ella Antonio Perez, á quien amó con delirio; pues todo cuanto se ha publicado por eruditos escritores, acerca de las relaciones de doña Ana con el Rey, fundado en que el duque de Pastrana era hijo de la primera y que en la corte figuraba el duque de P. como hijo del segundo (1), no pasa de ser una invencion gratuita, que no ha llegado á justificarse con documentos auténticos. Si nos hubiéramos comprometido á escribir la biografía de la noble heredera de D. Diego Hurtado de Mendoza y de doña Catalina de Silva, nos sería muy fácil probar, que no era santa de la devocion del Rey D. Felipe, quien hablando de ella en cierta ocasion la llamó *vizca*, porque lo era hasta cierto punto, aunque este defecto le hacía muchísima gracia, y no *tuerta*, como ha estampado en un estudio histórico un individuo de la Academia francesa y secretario perpétuo de la de ciencias morales y políticas. Pero prosigamos nuestra esplicacion.

El amor de doña Ana al secretario del Rey se habia aumentado con las dificultades, y los suspicaces cuidados de Ruy Gomez hacian casi imposible toda comunicacion entre su esposa y su amado, sin que llegase á su noticia. Es verdad que Antonio Perez habia interesado á su favor á la doncella Beatriz, aun antes de saber que su pasion era correspondida, y que Beatriz, á la que la Prin-

(1)Ed in corte sono alluni signori i quali portano nome di esser suoi figli, come il duca de P.... é don.... ed altri.—*Manuscrito italiano de la Biblioteca real de Paris.*—Número 1203, fólto 250.

cesa no habia confiado todavía enteramente su secreto, la hablaba á menudo de aquel galan, que suspiraba por ella, no contribuyendo poco á avivar el fuego que devoraba el corazon de la dama, con la enumeracion de las prendas que adornaban á su adorador: pero las cosas hubieran permanecido indudablemente en lamentable atraso, á no haber terciado en el asunto el buen Diego Martinez, quien con su trastienda natural conoció á las pocas palabras de su supuesta prima el gran partido que podria sacar, patrocinando unos amores, cuya vehemencia prometia fecunda cosecha de intrigas y peripecias.

Ya saben nuestros lectores que á la parte activa puesta en juego por el impertérrito veterano, debió el secretario del Rey ver anudadas sus relaciones con la princesa de Éboli. Lo que ignoran es que esta dama, no bien se quedó á solas con el hombre á quien amaba, le descubrió sin rebozo y con poca cautela el verdadero móvil del imprudente paso, que acababa de dar.

Antonio Perez, á quien la exclamacion calculada de Diego habia sacado de la especie de letargo mental en que parecia sumido, se levantó de pronto, como si le hubiese picado una víbora, y maquinalmente, pues no acertaba en el primer instante á coordinar sus ideas, besó la mano de doña Ana y la condujo á un sitial. Ella, como si aquella prueba de galantería puramente ceremoniosa, y de uso antiguo en Castilla, la revelase completamente una pasion, que no era para su corazon un misterio, dejóse arrebatar de la que sentia hácia el jóven magnate: se alzó el velo, y clavando en él una mirada fascinadora, le dijo:

—Pues me veis aquí, señor Antonio Perez, escusadme que me explique.

—¡Ah, señora! contestó el secretario fuera de sí. ¿Cómo podré pagaros la honra envidiable que me dispensais?

—¡Cómo! replicó doña Ana sonriéndose con coquetería. ¿Pues no me han asegurado que me amais?

—;Qué os amo, Princesa! Os han asegurado poco, ya que no os han dicho, que si no teneis piedad de mí, me mataré.

—¿Y creéis que á otro que á vos podria yo tolerar esas palabras? ¡Ah señor Antonio Perez! ¿Por qué no os conocí antes que....

El recuerdo de Ruy Gomez la obligó á detenerse y cambió de

pronto el curso de sus ideas: el diabólico pensamiento de imponer miedo á su esposo, cuando á ello se viese obligada, se presentó con toda su fuerza á la imaginacion de aquella encantadora muger, que murmuró lánguidamente:

—¿Conoceis el martirio de mi existencia?

—Lo adivino, respondióla Antonio Perez con angustia, pues pensaba al mismo tiempo en la dolorosa exigencia del Rey: estoy persuadido de que vivis atormentada y triste.

—No, no, exclamó con violencia doña Ana; mi vida es una desesperacion interminable, un infierno: salvadme de ese hombre aborrecido y....

—Sosegaos, Princesa.

—Y salvaos tambien vos mismo, si no quereis verme morir. ¿Ignorais por ventura que el príncipe D. Cárlos ha dicho al príncipe de Éboli que tengo un amante?

—Sé todo lo ocurrido en ese particular.

—¿Y por quién imaginais que lo ha asegurado?

—¡Será posible!

—Por vos, sí, por vos. D. Cárlos está enterado de que.... de que....

—Acabad, Princesa.

—De que me amais y de que os amo.

—¡Ah! Ya soy feliz, exclamó Antonio Perez arrojándose á los piés de doña Ana, la que despues de hacerle levantar, le dijo:

—Hoy desconoce D. Ruy Gomez de Silva el nombre de mi galan, pero lo averiguará mañana, y ambos seremos víctimas de su despecho. El evitarlo está en vuestra mano.

—Indicadme el medio, Princesa, mas no olvidéis que D. Felipe dió cumplida satisfaccion á vuestro esposo, y que este se dió por contento y agradecido.

—Tened vos presente que hizo el padre lo que no quiso hacer el hijo.

—¿Mas cómo ha podido llegar á noticia de D. Cárlos lo que á nadie hemos confiado, lo que hasta hoy no nos hemos dicho á nosotros mismos?

—¡Y qué! ¿No habeis rondado veinte veces mi calle? ¿No os tienen todos por enemigo de D. Ruy Gomez? ¿No hablais con mi doncella Beatriz? Os han espiado.

—¿Quién diablos?

—Acordaos de Baltasar Cisneros, consejero y privado del Príncipe.

—En efecto, no ha podido ser otro, y lo ha hecho para vengarse de los informes que siempre he dado al Rey acerca de sus manejos. Sí, Princesa; voy creyendo que nuestro amor tiene enemigos poderosos.

—No les temo, si me ayudais.

—¿Podeis dudarlo? ¿No disponeis de mi vida? Hablad, hablad, que yo tambien necesito vuestro auxilio para conjurar otra tormenta no menos terrible que me amenaza.

La Princesa soltó una carcajada infernal, como si se gozase interiormente en los obstáculos que se veia precisada á vencer, para conseguir el triunfo de su pasion insensata. Despues dijo á Antonio Perez con calma:

—Yo fuí la que dirigió al Rey sentidas quejas contra su hijo por conducto del cardenal Espinosa. ¿No debia salir en defensa de mi honra vilmente ultrajada? El Rey satisfizo á D. Ruy Gomez.... ¡Oh! Es muy cierto; pero al mismo tiempo se ha empeñado en contrariarme.

—¡A vos!

—A mí: D. Felipe me aborrece, D. Felipe me ha insultado públicamente y nunca se lo perdonaré.... pero tratemos de lo que mas importa. Vos, señor Antonio Perez, poseeis un secreto importantísimo que interesa al príncipe de Éboli.

—¡Yo!

—Vos. ¿Por qué lo negais? Se refiere á un asesinato....

—¡Ah! Teneis razon.

—¿No lo negais? Bien: ahora conozco que me amais. Decidme que, armado con ese secreto, podeis tener á raya á D. Ruy Gomez, y nada mas deseo saber.

—Princesa ¿juraisme amor eterno, suceda lo que suceda? dijo el secretario en el colmo de la exaltacion.

—Os lo juro, respondió doña Ana, dejándose caer en sus brazos. Ni los celos de Silva, ni el rencor de D. Felipe me impedirán ser dichosa.

—Antonio Perez imprimió un ardiente beso en los entreabiertos la-

bios de la Princesa. Diez minutos despues, que fueron un segundo de tiempo para los dos amantes, dijo doña Ana:

—Esa carta me entera de que D. Ruy Gomez pone á vuestra disposicion un asesino.

—El mismo asesino que quitó la vida, por su mandato, al secretario del duque de Alba, contestó Antonio Perez. La ambicion convierte al hombre en fiera: el duque de Alba amaba á doña Magdalena de Ulloa, señora de Villagarcía, y aborrece de muerte á don Luis de Requesens. El príncipe de Éboli ha jurado contrariar los planes del guerrero, y por eso ordenó y dispuso la muerte de Juan Vazquez. Este traia despachos importantes del duque contra la parcialidad política de vuestro esposo, y ahí teneis explicado todo el misterio.

—Pero las pruebas..... las pruebas de ese crimen.....

—El asesino fué Juan de Mesa; su protector D. Ruy Gomez de Silva.

—Pero el príncipe de Éboli podia ignorar.....

—Le protege como hombre determinado, y dispuesto á quitar del paso á un enemigo que estorbe.

—¡Oh! No basta.... no basta.....

—¿Lo creeis así, Princesa? Pues no os dé cuidado: tendremos, cuando sea necesario, un testigo irrecusable.

—¡Ah! ¿Quién es?

—Diego Martinez, que sabe mucho mas que yo de esa vieja historia, como él la llama.

—Bien: ya tengo bastante para defenderme en mi casa. Habladme ya de vuestro cuidado, y decidme en qué os puedo valer.

—No os hagais la ignorante, doña Ana: D. Ruy Gomez os lo ha participado, Beatriz lo ha oido y Diego ha venido á atormentar mi alma con una nueva, que el mismo Rey D. Felipe.....

—¿No es mas que eso? exclamó con cinismo la Princesa. ¿Por qué os afligís?....

—Temo perderos, murmuró Antonio Perez; pronunciad vos mi sentencia, pero sabed que vuestro amor es la primera necesidad de mi alma.

—Si quereis conservarlo, repuso la Princesa, casaos, como lo exige el Rey, con doña Juana Coello.

— ¡Y vos misma me lo aconsejais!

— ¿Por qué no? ¿Pensais por ventura que tendré celos de vuestra inuger?

— ¡Pero he de dar mi mano á otra!

— ¡Bah! ¿No entregué yo la mia á D. Ruy Gomez? Sed mas diplomático, señor Antonio Perez: D. Felipe imagina que todo lo sabe y que todo lo puede: probemos que no alcanza su voluntad á humillar nuestros corazones.

— Es decir que debo.....

— Sí, sí; debéis anticiparos á los deseos del Rey: debéis hacer la corte á doña Juana y pedirla por esposa. Así podré yo levantar mi frente con orgullo, reirme de D. Felipe, desafiar á D. Carlos de Austria y recibiros en mi casa, á despecho del príncipe de Éboli.

A este punto llegaba el animado coloquio de los dos amantes, cuando la voz del Rey, que se acercaba á la puerta de la estancia, resonó en los oidos de Antonio Perez.

— Estamos perdidos, dijo á la Princesa.

Doña Ana le abrazó estrechamente recomendándole el silencio, y pronto se desvanecieron sus temores al oir el acento de Diego Martinez que detenia á D. Felipe.

Nuestros lectores están enterados del desenlace de esta escena.

Antonio Perez y Diego Martinez tuvieron la honra de acompañar aquella misma noche á los enviados flamencos hasta el palacio real. Nuestro aventurero, que temia ser reconocido por ellos, á pesar de la diferencia de trage, á causa de la cicatriz que le cruzaba el rostro, tuvo especial cuidado de seguirles á respetuosa distancia, en tanto que el secretario del Rey se desvivía por asegurarles la benévola acogida, con que sin duda iban á ser escuchadas por el monarca las reclamaciones de los Estados de Flandes. Llegados al gran salon que precedia á la cámara de D. Felipe, se escabulló el soldado, y Antonio Perez se adelantó á anunciar á los embajadores; mas como nada ocurrió en aquella conferencia que merezca referirse, haremos gracia de ella á nuestros lectores, limitándonos á asegurar, que el Rey escuchó con impasible calma las quejas de los descontentos contra sus severas disposiciones, y que despidió á los apoderados diciéndoles, que las sometería en breve á consulta del Consejo y que en todo se proveería con arreglo á justicia.

Don Felipe sin embargo habia decretado ya la suerte del baron de Montigny y del marqués de Mons, conspiradores audaces, que no habian temido arrostrar los mayores peligros y caer entre las garras del leon castellano, por servir á su turbulento partido. Despues de haber contribuido á la sublevacion de Gante y de las provincias de Frisia, Groninga, Zurphen y Over-issel, que fueron las que con mayor ahinco se opusieron á la ejecucion de las medidas de la duquesa de Parma, tomaron á su cargo la ímproba tarea de ayudar al conde de Egmont á contener las demasías del espíritu público, que habian escitado; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y únicamente la promesa de que el príncipe D. Carlos de Austria llegaría en breve á ponerse al frente de los Estados, logró calmar algun tanto la efervescencia de los ánimos, que habia puesto en gran cuidado al gobierno de la regente doña Margarita. El baron de Montigny y su fiel amigo el marqués de Mons se dirigieron á Valladolid con la carta, de que ya tenemos noticia, del conde de Egmont para D. Carlos, y ademas tenian instrucciones de la Asamblea secreta de los Estados, para persuadir al Príncipe de que, si no conseguía la investidura del gobierno de Flandes, investidura que solo tenia por objeto la emancipacion de las provincias del yugo de Castilla, debia resolverse á alcanzar, valiéndose de la fuga, lo que á su alto nacimiento se debia de justicia. Todos estos manejos habian llegado á conocimiento del Rey por conducto del príncipe de Orange, quien previendo la tempestad que se preparaba á descargar sobre todos los culpables, trató de guarecerse de ella en puerto seguro, curándose en salud. Fácil era por lo mismo conjeturar que la aparente tranquilidad de D. Felipe, en presencia de los enviados, revelaba el decidido propósito de castigar en ellos á los demas rebeldes, para hacerles comprender, por medio de un escarmiento terrible, el fin que les aguardaba, si no desistían de sus locas tentativas de independenciam.

Seis dias despues de la entrevista de D. Antonio Perez con la princesa de Eboli, se enlazó el primero con la señora doña Juana Coello, dama de muy nobles prendas y esforzado corazon, que puso á prueba en las prolongadas desventuras que, andando el tiempo, cayeron sobre su familia. El Rey quiso honrar con su presencia la ceremonia del casamiento y concluida esta, dijo al secretario: —

—Hasta hoy he sido vuestro Rey; desde hoy soy vuestro amigo.

La noticia de que al matrimonio de Antonio Perez iba á seguir en breve el del rey D. Felipe cundió por la corte con admiracion general; pero lo que sacó de sus casillas á los hombres políticos de la época fué el saberse, que la prometida de D. Felipe era aquella misma princesa de *la Paz*, doña Isabel de Valois, cuya mano estaba asegurada para D. Cárlos de Austria por el tratado de Chateau-Cambresis. El mas interesado en este negocio ignoraba completamente la variacion que, sin consulta de su voluntad, iba á tener su suerte, pero crecian su irritabilidad y su despecho á medida que le faltaba la correspondencia de la corte de Francia. En efecto; doña Isabel no escribia ya al amado de su alma, ó si lo hacía, se interceptaban sus epístolas apasionadas, lo que era causa de que el Príncipe viviese en una exasperacion é impaciencia continuas. Nadie sin embargo se atrevia á ponerle de manifiesto la dolorosa verdad, porque todos esperaban algun terrible arrebató, no bien llegase á sus oidos, y el mismo cardenal Espinosa, que llegó en cierta ocasion á amonestarle y á hacerle comprender, con el mayor respeto, la sumision con que deben acatar los mortales, los inescrutables decretos del cielo, se vió espuesto á su furia y tuvo que huir de la estancia, antes que le alcanzase un taburete, que le arrojó el poco sufrido mancebo.

A pesar de todo, el Rey quiso proporcionarle un consuelo en la desdicha que le amenazaba, y mandó levantar el destierro al famoso Baltasar Cisneros, á quien hizo entender el presidente del Consejo, que podia volver cuando quisiese al lado del Príncipe, amenazándole al mismo tiempo con el Santo tribunal de la Inquisicion, si llegaba á inquirir que le llevaba algun libro pernicioso, de los que se publicaban en Alemania contra la autoridad del Sumo Pontífice y la de la Iglesia. El cómico-poeta se trasladó al punto á la corte desde Alcalá, donde residía esperando mejores tiempos, mas antes de presentarse á D. Cárlos, procuró indagar todas las novedades que ocurrian, para sazonarlas despues con la sal y pimienta de su agudo ingenio. Cuando se juzgó suficientemente enterado de las hablillas de la corte, fué á besar las manos de su querido protector, quien le recibió con los brazos abiertos, exclamando:

—Por fin te han hecho justicia, amigo mio.... á fé que no lo esperaba

—Nada de eso, mi amado Príncipe, le contestó alegremente. Tal como aquí me vé Vuestra Alteza.....

—¡Eh! ¡Qué es eso! replicó D. Cárlos algun tanto amostazado: yo no quiero tener esclavos entre mis servidores; trátame como siempre, á no ser que te hayas unido á mis perseguidores, para hacer que acabe de dar mi alma al diablo.

—Jamás... jamás, repuso trágicamente Cisneros.

—Ea pues; siéntate y hablemos de negocios.

—¿Conque tan mal os tratan, noble Príncipe?

—Figúrate que el Rey mi augusto padre ha pretendido que me humille en presencia de ese miserable príncipe de Éboli, á quien deseo romper una costilla; figúrate que el cardenal Espinosa, á quien no se la he roto porque ha andado listo, se ha empeñado en hacerme creer que soy un luterano empedernido; figúrate en fin que el duque de Alba, á quien mataré algun dia, si se me pone delante....

—¡Ah! ¿Conque ya lo sabeis?

—¡Qué! Yo no sé nada. ¿Hay algo de nuevo?

—No, sino que.... ¿Habéis recibido cartas de Paris?

—¡Demonio! Ahora lo comprendo todo. Ninguna ha llegado á mis manos, y sin duda has averiguado que el duque de Alba las intercepta.

—Imagino que no andais muy léjos de acertar.

—Me quejaré al Rey y pediré el destierro del duque, lo cual no le librárá seguramente de una estocada. ¿Qué mas tenemos?

—El casamiento de Antonio Perez con doña Juana Coello. Ha sido cosa del Rey para que el príncipe de Éboli, que andaba zeloso del Secretario, se haga su amigo.

—¡Pobre D. Ruy Gomez! Me dá lástima.... ¡Y yo tambien le he exasperado! Mira, Baltasar, de buena gana le hubiera pedido perdon, pero.... vino el Rey á exigirlo con tanto aparato, que me negué á todo.

—¿Mas en qué ofendísteis á ese buen señor?

—Fué una humorada, un arranque de la irritacion de mi genio. Ya sabes que no puedo remediarlo, y que tú mismo no estás libre siempre de las consecuencias de mi mal humor. A D. Ruy Gomez se le antojó que yo no habia de beber un vaso de agua y le bauticé con ella, enviándole con mil diablos á cuidar de su honra.

- ¡De su honra, señor!
- Sí: se me antojó decirle que doña Ana de Mendoza tiene un galan.
- ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Já!
- ¿Por qué te ries así?
- Porque estoy pensando en el zipizape que el buen viejo habra armado en su casa.
- Dejemos eso. ¿Qué mas has averiguado?
- La llegada á la corte de dos enviados de las provincias de Flandes.
- ¡Ira de Dios! ¿En que pais vivo? ¿Por qué se me ocultan esas noticias?
- Su idea se llevará el Rey.
- Pues yo tengo la mia. ¿Quiénes son esos señores enviados?
- El marqués de Mons y el baron de Montigny.
- ¡Los mas acérrimos partidarios de la reforma! ¡Y están en Castilla!... Dios los ampare, para que no caigan entre las uñas de los inquisidores. Mira, Cisneros, quiero que veas de mi parte á esos hombres, que de seguro han perdido el juicio, cuando se atreven á permanecer aquí.
- No lo creais, pues el Rey respeta su carácter de embajadores y ya los ha recibido en audiencia.
- Eso es otra cosa, y bendigo á la Providencia divina, porque ha inspirado á mi padre y señor tan acertado pensamiento. Con todo, bueno será que hables al marqués y al baron, quienes te darán nuevas recientes de las provincias descontentas.
- Así lo haré.
- Pregúntales tambien por mi tia doña Margarita de Austria. Y ahora, supuesto que se ha agotado la fuente de las habillitas y sucesos que has ido recogiendo....
- Falta lo mejor, noble Príncipe.
- ¿Qué es ello?
- Armaos de fortaleza.
- ¡Una desgracia !... Habla, Cisneros... habla... ¿Está el Rey enfermo? ¿Peligra su vida?... ¡Ah! Yo quiero verle.... quiero abrazarle.... quiero que me perdone mi ingratitud y que me eche su bendicion.

Don Cárlos se habia levantado despavorido y se lanzaba hácia la puerta de la cámara, pero Baltasar Cisneros, levantándose tambien, le detuvo diciendo:

—Tranquilizaos, señor; no es nada de eso: Su Alteza disfruta muy buena salud y.....

—¡Y qué! Acaba, ó voy á estrellarte contra esa pared.

—Y se casa.

El Príncipe se serenó al punto y contestó encojiéndose de hombros:

—Me has anunciado eso como una desdicha para mí: lo único que siento es que el Rey mi padre no me haya creído merecedor de su confianza. Si un nuevo matrimonio le hace feliz, yo me holgaré mucho al saberlo.

—Diz que vuelve á doblar el cuello á la coyunda por razones de estado, repuso el poeta con malicia.

—En tal caso, siéntolo por él.

—Mas..... no me habeis preguntado el nombre de la novia.

—Es verdad: dímelo pronto.

—La princesa doña Isabel de Valois.

Don Cárlos arrojó un grito que partia del corazon, abrió los ojos desmesuradamente, apretó los puños con rábía y no pudiendo resistir tan tremendo choque, cayó sin conocimiento en los brazos de su confidente, que lo condujo al lecho y salió en seguida de la cámara, dando voces en demanda de auxilios.



CAPÍTULO XIX.

En que el conde de Barajas se convenció de que el baron de Montigny á quien nunca habia visto, le entregó una carta para el Príncipe.



Das y dias transcurrieron sin que en la corte ocurriesen novedades. El príncipe de Éboli y el duque del Infantado habian cumplido las órdenes del Rey, y se preparaban con el duque d'Alba á salir de Paris, en compañía del cardenal de Borbon, el duque de Vandome y otros ilustres caballeros franceses, á quienes estaba encomendada la custodia de la princesa doña Isabel hasta la frontera de España, al paso que la corte de Castilla hacía sus preparativos, para marchar al encuentro de la hija de Enrique de Valois. El matrimonio de Antonio Perez habia agotado las habladurías de los ociosos; la orgullosa doña Ana de Mendoza erguía su altiva frente, sin temor de que la murmuracion se cebase en su crédito, y Diego Martinez contento y satisfecho de sí mismo, con-

tando con el favor del Rey, á quien habia prestado un gran servicio, y sabiendo que tenia bajo su dominio al secretario, á la Princesa y á D. Ruy Gomez de Silva, se pavoneaba como un Bajá de tres colas, y compartía sus placeres y venturas, gastando y triunfando, con su inseparable Beatriz, cuyos ajados encantos le cautivaban todavía por costumbre, y con el pícaro Juan de Mesa, á quien podia necesitar cuando menos lo pensase.

Fácil fué á nuestro aventurero asegurarse de la fidelidad del antiguo villano de Villagarcía, haciéndole creer que efectivamente habian ido exhortos á Aragon, para prenderle por la muerte de Juan Vazquez, aconsejándole que no abandonase el nombre de Bastian, que él mismo le habia dado para que le sirviese de escudero, cuando tuvo que representar el papel de conde de Barajas, y por último ofreciéndole decidida proteccion y amparo en los contrarios lances que le deparase la suerte. Por lo demas, Diego Martinez estaba persuadido de que con la ayuda de Juan de Mesa, haría que el príncipe de Éboli ahogase los procedimientos, que en cualquiera ocasion saliesen á luz, para averiguar el crimen cometido el dia 2 de marzo de 1545, como que era la persona á quien mas habia aprovechado, y por otra parte, las relaciones entre Antonio Perez y doña Ana le ponian en el caso de no temer desgracia alguna, y de alcanzar, antes que pasase mucho tiempo, una fortuna independiente, que le proporcionase una vejez descansada.

El soldado sin embargo tenia muy poco en cuenta el refran consabido, *el hombre pone y Dios dispone*, de modo que vivia descuidado y feliz, cuando precisamente se estaba formando una tempestad sobre su cabeza. Felizmente supo evitar que descargase, pero aceleró, á fin de librarse del peligro, el trágico fin de dos caballeros, cuya desgracia no olvidó sin duda el cielo, para exigir de ella, aunque mas tarde, tremenda responsabilidad á su autor.

No habrán olvidado nuestros lectores que la condesa de Barajas habia encargado á Beatriz, que averiguase si la princesa de Éboli tenia algun amante. No podia haberse dirigido en efecto á persona mas competente, para que la informase acerca de lo que anhelaba saber; mas la astuta doncella, aleccionada por Diego Martinez y por su propio interés, no se hallaba dispuesta á contentar la curiosidad de su antigua ama, vendiendo el secreto que tanto la importaba

guardar. Pero á Beatriz convenia, al mismo tiempo, dar algun alimento á la murmuradora lengua de la Condesa, á fin de tenerla de su parte y hacerle olvidar la ingratitud, con que en otro tiempo pagó sus beneficios; por cuyo motivo iba á verla, cuando el servicio de doña Ana se lo permitia. La princesa de Éboli, por su parte, enterada de la envidia de la de Barajas, y del tenaz empeño con que buscaba un pretexto, para morder en su honra, habíala dado á entender el desprecio con que la miraba, diciendo á cuantos de ella la hablaban, que la Condesa, aunque hacía ya quince años que habia cumplido treinta y seis, era todavia por sus gracias y donosura, digna de los galanteos de un Rey.

Cierta mañana de uno de los dias que precedieron al de la salida de la corte para la frontera, se paseaba el conde de Barajas azorado é inquieto por el salon principal de su casa: la Condesa, negligentemente recostada en un sitial, miraba á su noble esposo de una manera, que daba á conocer sin la menor duda, que nada habia comprendido de cuanto él acababa de esponer, respecto á un engaño y usurpacion de nombre, usurpacion y engaño que exaltaban la bilis del cortesano: inmediata á la dama y en pié estaba la doncella de la princesa de Éboli, que acababa de entrar y que no perdía una sola de las razones, con que amenizaban su sociedad conyugal los dos opulentos esposos.

—Pero veamos, decia la dama con imperturbable sangre fria; se me figura que habeis hablado....

El conde prosiguió su paseo murmurando:

—Esto no puede quedar asi.... tengo enemigos, supuesto que quieren hacerme pasar por cómplice de los revoltosos de Flandes....

—¿Sabeis una cosa? le interrumpió su esposa, alzando la voz y estendiendo el brazo hácia él, para llamarle la atencion.

—¿Qué cosa es esa? preguntó el magnate, parándose de pronto y pasándose la mano por la frente.

—Que estais muy espuesto á volveros loco, si Dios no lo remedia.

—No sería estraño, señora Condesa, y creed que bien merece el asunto que un hombre de honor pierda el juicio, por averiguar la verdad.

—Mas.... explicadme, si os place....

— ¿Pues no lo he explicado ya veinte veces en menos de un cuarto de hora? Decid mas bien que no quereis entenderme, ó que dais escasa importancia á quanto me habeis oido. Ya se vé; siempre andais ocupada en averiguar vidas ajenas, y por lo tanto no advertis lo que ocurre á vuestro lado.

— ¡Ah! ¿Decis eso porque deseo saber las aventuras de mi amiga doña Ana de Mendoza? Pues advertid á su noble esposo, cuando vuelva de Francia, que bien puede cortar la puntita de la lengua á la señora Vizca. ¿Ignorais lo que murmura de mí?

— Completamente, Condesa, porque no estoy para enredos de mugeres.

— Nunca estais para nada, Conde, y si no fuera por mi paciencia y resignacion, creo que nuestra vida sería vida de perros. Habeis de saber que la bachillera apuesta todos los dias, á que tengo ya cincuenta años.

— ¿Y qué?

— Conde, Conde ¡qué es eso!... ¡Y qué! ¿Conque es verdad que soy un medio siglo? ¿Conque vos tambien os unis á doña Ana de Mendoza, para escarnecerme? Sois.... un mónstruo, un.....

— ¡Eh! Dejadme en paz con vuestros años y con los amantes de la Princesa, y buen provecho os hagan á las dos. ¿Soy por ventura marido de vuestra amiga para que me vengais con esos cuentos? ¿Puedo disponer que no hubiéseis nacido cuando nacisteis? Mandad que digan á doña Ana que, si no llega á vuestra edad, tanto peor para ella, y negocio concluido.

— Bien.... muy bien.... cualquiera que os oiga dirá que teneis mi fé de bautismo á disposicion de todo el mundo, y que tratais á vuestra noble esposa como á un trasto viejo.

— ¿Quereis ó no quereis dejarme pensar en asuntos mas graves? Para convenceros de mi razon, básteos oirme repetir que tengo comprometido el honor, y que acaso peligra mi cabeza.

— ¡Ah! Hé aquí lo que yo no habia entendido.

— Pues ya lo estais escuchando.

— Ea, pelillos al mar, Conde, y sepa yo de una vez.....

— De veinte veces, si gustais, Condesa; pero no importa. Volveré á la historia, para ver si os ocurre el medio de cojer al culpable. Es el caso que, hallándose en su posada una noche los en-

viados de las provincias de Flandes, se les presentó un caballero muy bien portado, y les dijo que iba allí á departir con ellos, en nombre del príncipe D. Cárlos de Austria. Los embajadores le creyeron y, no atreviéndose uno de ellos á llevar personalmente al Príncipe cierta carta que traia de Bruselas, se la encomendó al tal, quien dijo llamarse el conde de Barajas.

—¡Já! ¡Já! ¡Já! No se llevaron mal chasco los señores flamencos, porque supongo que vos...

—¿Os reis, Condesa, de una suplantacion que puede costarme la vida? La carta no llegó á manos del Príncipe, y hoy mismo, hoy... ha venido á reclamármela de su parte el poeta Baltasar Cisneros, exigiéndome el silencio bajo palabra de honor, sobre todo lo ocurrido. Me encuentro por lo tanto entre la espada y la pared, pues D. Cárlos de Austria cree que me he apoderado de la carta traidoramente para entregarla al Rey, y este no me perdonará, de seguro, las relaciones que se me suponen con los enviados extranjeros.

Beatriz no perdió una palabra del relato del Conde, porque ya tenia conocimiento de la buena pasada que Diego Martinez habia jugado al marqués de Mons y al baron de Montigny, aunque ignoraba que hubiese tomado, para llevar á término aquella superchería, el nombre del de Barajas. Alarmada del sesgo que revelaba el apuro de este último, procuró enterarse bien de todos los incidentes del asunto, fingiendo que prestaba la mayor atencion al discurso, que al mismo tiempo y en voz baja le dirigia la Condesa, para convencerla de que necesariamente debia tener uno ó tal vez varios amantes la princesa de Éboli.

—¿Qué me asegurais ahora? preguntó el cortesano á su esposa, que embebida en su odio contra doña Ana, habia escuchado con poco interés el conflicto, en que se veia el primero.

—Si quereis acertar en todo, respondió al fin la dama, haciendo un esfuerzo para recordar lo que acababa de oír, volvámonos á nuestras posesiones de Andalucía.

—¡Bah! Ahora no se trata de irnos ni de quedarnos.

—¿Pues de qué se trata? ¿No habeis conocido ya qué aqui somos blanco de la envidia de todos? ¿O se os figura que he de sufrir con paciencia, que la vizca me ultraje asegurando que nací en 1509?

—¡Otra vez, Condesa! Por todos los santos del cielo, que estais hoy rematada como nunca.

—¿No os conviene lo que propongo? Sea en buen hora; os daré otro consejo: descubridselo todo al Rey.

—Es que ya os he dicho que he empeñado mi palabra al confidente del Príncipe.

—¿Sí? Vaya en gracia: volved las tornas al Rey y declarad al Príncipe la verdad.

—¿Qué verdad, señora?

—Que estais inocente de lo que ha sucedido

—¿Y me creerá?

—Os creerá despues que se lo pregunte á los flamencos.

—¡Un careo! ¡Una confrontacion! Mal me esplico. ¡Un reconocimiento de mi persona! ¡Qué vergüenza para vos y para mí!

—Pues bien, si nada quereis hacer, estaos quedo, y dejad que se hunda el mundo entero y que nos coja debajo.

Aqui llegaban de su diálogo los dos esposos, cuando les anunciaron la llegada del cardenal Espinosa. Un instante despues entró el prelado, y habiendo hecho presente que tenia que hablar á solas con el Conde, este le condujo á otra pieza. La Condesa y Beatriz permanecieron en el salon haciendo comentarios sobre aquella novedad.

El Presidente del consejo, entre tanto, hizo saber al conde de Barajas que, noticioso el Rey de lo ocurrido en el negocio de cierta carta confiada á su lealtad hácia el príncipe D. Cárlos por el baron de Montigny, le enviaba para averiguar lo que hubiese acerca del particular. El Conde, que estaba ya fuera de sus casillas con las impertinencias de su muger, respondió con altanería:

—Decid al Rey que miente.....

—Reportaos, por Dios, le replicó Espinosa.

—Decid al Rey que miente como un villano quien se atreve á sospechar de mí. Es muy cierto que amo al príncipe D. Cárlos de Austria, porque es hijo del Rey y porque ese príncipe, á pesar de todos sus defectos, tiene el mérito de su ódio hácia las pandillas de cortesanos, que se disputan el favor del monarca: mas decid á este, que desde el dia que ofrecí mis respetos al príncipe D. Cárlos cuando volvió de París, no he vuelto á verle; decidle que no soy tan sándio, que me haya espuesto voluntariamente á incurrir en su indignacion, estrechando relaciones con personas tan desconocidas para mí como los embajadores flamencos; decidle por último, señor Car-

denal, que si el conde de Barajas se hubiera encargado de la comision del baron de Montigny para el príncipe D. Cárlos, el conde de Barajas estaria muerto á estas horas, ó el príncipe D. Cárlos tendria en su poder la carta, que ha traído á Castilla el baron de Montigny.

—Y sin embargo, señor Conde, el Baron y su amigo el marqués de Mons sostienen que el primero os entregó la carta.

—Imposible, señor Presidente, ó esos enviados no son caballeros: si persisten en acusarme, atravesaré sus pechos á estocadas.

—No sé lo que dispondrá Su Alteza, mas respondedme, porque os interrogo de su órden. ¿Fuísteis de parte del Príncipe al encuentro de los flamencos?

—No.

—¿Les buscasteis alojamiento, asegurando que D. Cárlos queria costear sus gastos, mientras permanecieron en la corte?

—Menos.

—¿Hicisteis comprender á los enviados el riesgo que corrian, supuesto que el Rey no ignoraba que eran portadores de una comunicacion peligrosa?

—¿Qué diablos de historia me estais contando? ¿No os he dicho ya que en mi vida ví á esos hombres?

—¿Ni recibisteis de ellos la carta para el Príncipe?

—Señor Cardenal, ¿os habeis puesto hoy de acuerdo con mi muy amada esposa, para hacerme que dé el alma á Satanás? ¡Ah! Me ocurre una idea. ¿Por qué no dirigís todas esas preguntas al señor D. Cárlos de Austria? Diga él si me ha dado semejantes encargos para los embajadores.

—El Príncipe se encuentra á la sazón en un estado, que no permite hablarle: la nueva del matrimonio del Rey ha trastornado su cerebro y es empresa algun tanto arriesgada el acercarse á él.

—Yo me acercaré, si me acompañais, pues se trata de mi honra.

—No: pudiera desaprobarlo el Rey.

—¿Y qué me importa? El Rey sabrá despues que he dado ese paso, para hacerle ver que en la familia del conde de Barajas nunca ha habido traidores.

—A mí solo me toca poner en su noticia vuestras respuestas.

—Mas.. ya que no consentis en mi entrevista con D. Cárlos, ¿porqué no interrogais á su confidente Baltasar Cisneros?

- Ya lo he hecho.
- ¿Y qué dice el poeta?
- Que el príncipe nada os ha ordenado, ni sabia la llegada de los embajadores.
- ¿Y eso no convence á S. A?
- No, porque los flamencos juran que pusieron la carta en vuestras manos.
- ¡Ira de Dios! Yo les obligaré á desdecirse, probando que son unos impostores y menguados.
- Quedad en paz, señor Conde; estoy persuadido de vuestra inocencia, pero las pruebas que os acusan....
- Nunca han sido pruebas la falsedad y la impostura. ¿Quereis que os diga mi pensamiento?
- Mi deber es escucharos.
- Pues bien; imagino que todo es una fábula, en cuyo caso ya sé como hallar al culpable.
- Explicaos con mas claridad, si lo teneis á bien.
- Con mucho gusto. Creo que la tal carta no existe, y que por lo tanto no ha podido traerla á Castilla el baron de Montigny. Si no, contestadme: ¿quién la tiene? ¿No dicen los embajadores que me la han entregado?
- Es cierto.
- ¿La he llevado yo al príncipe?
- Baltasar Cisneros afirma que no.
- ¿Dónde está pues?
- En vuestras manos.
- ¡Señor Cardenal!
- No puedo responderos de otro modo: mi consecuencia es lógica.
- Es absurda; yo os lo digo.... yo.

El Cardenal se retiró para dar cuenta al Rey de lo ocurrido: dos horas despues fué llamado por D. Felipe el conde de Barajas, y al pisar la real cámara no pudo ocultar su estrañeza, viendo que se le hacia un recibimiento afectuoso. Habia contado desde luego con la cólera del monarca, revelada por un rostro irritado y por el fuego de unas miradas, cuya fascinacion nadie podia sufrir con tranquilidad; pues aunque su conciencia no le acusaba, conocia perfec-

tamente todo el alcance de las intrigas cortesanas de los dos partidos políticos, que aspiraban á influir de una manera directa y eficaz en la marcha del gobierno. El Rey, pues, acogió al Conde con benevolencia, y despues de haberle dado á besar su mano, le preguntó con agrado:

—¿Estais dispuesto para seguirme con la corte á los confines de Navarra?

—Esa es mi obligacion, señor, le contestó admirado el de Barajas, y mi primer pensamiento es no faltar á ella.

—Os necesito además junto á mi persona cuando se celebre mi matrimonio, murmuró D. Felipe.

—Está bien, señor; V. A. me tendrá á su lado.

—El Cardenal presidente del Consejo os ha hecho saber que os acusan de una traicion imperdonable.

—Así es la verdad; suponen mis enemigos que el baron de Montigny me ha entregado una carta para el príncipe D. Cárlos.

—¿Teneis enemigos, Conde?

—Debo suponerlo, señor, en vista de lo que está pasando.

—Pero no ignorais que vuestros acusadores son los enviados de las provincias flamencas.

—Y eso es precisamente lo que mi razon no puede comprender; ya he manifestado al señor cardenal Espinosa mi opinion respecto á esos hombres, que se dicen caballeros.

Sonrióse el Rey y replicó al punto:

—Caballeros son, yo os lo afirmo, y de las mas altas familias de Flandes.

—Yo tambien me precio de descender de ilustre sangre, repuso el Conde animándose mas y mas, y creo que mi palabra vale siempre tanto como la suya, y en esta ocasion mucho mas.

—En fin, ¿qué es lo que de tan enredado negocio sacais en limpio?

—Lo mismo que he espuesto al presidente del Consejo de V. A: me empeño en la idea de que la carta que se supone no existe, supuesto que en ninguna parte se encuentra.

—¿Os empeñais?

—Señor, sí.

—Pues no sabeis lo que decís. ¿Se os figura que los embajadores

han de acusarse á sí mismos, tan solo por tener la satisfaccion de perderos?

El Conde bajó la cabeza ante una razon tan convincente.

—Además, añadió D. Felipe, tened entendido que la carta de que se trata está en alguna parte: aquí, por ejemplo.

Y cogiendo un pliego cerrado de la mesa, lo mostró al Conde. Este se puso pálido, como si verdaderamente fuese culpable, y exclamó exasperado:

—¡Ah! ¿Conque efectivamente ha parecido? ¡Miserables! ¡Y se atreven á echar un borron sobre mi nombre!

Calmándose despues que hubo pronunciado estas palabras, prosiguió así:

—Doy mil gracias al cielo, señor, porque eso mismo basta y sobra para justificarme á los ojos de V. A.

—¿De qué modo? dijo el Rey.

—Ya que V. A. posee el cuerpo del delito, debe saber tambien que nunca ha pasado por mis manos.

—Lo que sé es que Montigny entregó esta misiva, para el príncipe D. Carlos de Austria, al conde de Barajas, y que este, haciendo traicion á la buena fé del flamenco, ha procurado que llegue á mi poder.

El conde de Barajas estaba en un potro, pues queria responder á D. Felipe con un solemne mentís, y al mismo tiempo se veia privado de los medios de probar su inocencia, si no se le autorizaba para avistarse públicamente con los embajadores, á fin de poner en claro aquel negocio. Cuando la Condesa le habló de esto, aunque con relacion al Príncipe, se sublevó su orgullo, pareciéndole que se desdoraría, si llegaba á encontrarse en la dura necesidad de sufrir un careo con sus acusadores; mas despues de haber reflexionado con detenimiento sobre la comprometida situacion en que se hallaba, se convenció de que aquel era el recurso mas espedito y seguro, á que podia apelar, para salir del atolladero. Con todo, si hubiera observado que el Rey habia proferido sus últimas palabras sin enojo, sin dar la mas leve señal de enfado contra él, fácil le fuera haber comprendido, que la clave del enigma no era ciertamente la que buscaba: pero á nada atendió, y fijo su pensamiento en una justificacion imposible, supuesto que D. Felipe no queria que se justificase, hincó una rodilla en tierra y dijo con entereza:

— Señor, no os pido gracia, porque no he cometido delito que empañe el lustre de mi fidelidad, así como tampoco he faltado al honor con los flamencos, quienes ninguna comision me han dado para el Príncipe. Pero ya que tan frente á frente se me acusa; ya que V. A. es el primero que me cree traidor contra unos hombres, que jamás me han visto; ya que el mismo príncipe D. Cárlos imagina tal vez que la carta, que yo en su entender debia llevarle, ha pasado de mis manos á las de V. A., mi obligacion es aceptar el combate á que se me llama, y quedar en él triunfante, ó morir de ignominia y de vergüenza. Disponga V. A. que los flamencos se presenten delante de mí, y si entónces son capaces....

— Conde de Barajas, alzad, y escuchadme bien, replicó D. Felipe secamente y clavando en su interlocutor una mirada fria é imperiosa. Os he dicho que vos recibisteis la carta del baron, y que para darme una prueba de vuestra lealtad la hicisteis llegar á mis manos.

— Pero, señor....

— ¿En donde está vuestro crimen? Al contrario; me servisteis bien....

— ¡Y el Príncipe, señor!... ¡Qué dirá el Príncipe, si no logro justificarme!

— Justificado estais; yo apruebo lo que habeis hecho.

— ¡Y la honra de mi nombre! ¡Qué papel quiere Vuestra Alteza que represente en la corte, cuando todos los grandes y señores me tengan por reo de traicion y felonía!

— Los grandes y los señores se guardarán bien de dirigiros una mirada desdeñosa, cuando sepan que os nombro gefe principal de las tropas que deben acompañarnos á la frontera, para recibir á la reina doña Isabel.

— Mas.... ¿no advierte Vuestra Alteza, señor, que se dirá....

— Advierto, Conde, que sois terco en demasía, y que hoy teneis muy cerrado el entendimiento. Por tercera vez os digo que Montigny os dió esta carta para D. Cárlos. ¿Me oís? El flamenco os la dió y.... ya sabeis lo demas.

La espesa nube que impedia al conde de Barajas ver claro en aquella intriga, empezó á disiparse, y no tardó en persuadirse de que el Rey estaba seguro de su inocencia, al paso que no queria que hiciese averiguaciones de ninguna especie. No insistió pues, y

resignándose á pasar por culpable, acarició en su mente la última esperanza que le quedaba; la esperanza de que acaso el mismo que dejaba tan mal parada su honra, le ayudaría á recobrarla. D. Felipe, como si hubiera adivinado la lucha que sostenian en el corazón del caballero sus sentimientos de acrisolada lealtad, con los que le aconsejaban la conservacion de su hidalga nobleza, le dijo al despedirle:

—¿Ignorais, Conde, que en el mundo no son las cosas lo que parecen, hasta que los acontecimientos las descubren? Esperad, como yo espero, que aun os queda por ver mucho.

El de Barajas se inclinó con respeto, y despues de besar la mano al Rey, salió de la cámara melancólico y pensativo.

Mientras esto acontecia, Diego Martinez, advertido por Beatriz de la conversacion que habia tenido lugar entre la Condesa y su esposo, hizo llegar un aviso al marqués de Mons y al baron de Montigny, haciéndoles entender el peligro á que se hallaban espuestos, si persistian en sostener, que el conde de Barajas era la persona, á quien habian entregado la carta para D. Cárlos de Austria. Los flamencos, al ver descubierto el objeto principal de su viaje á Castilla, trataron de ponerse en salvo, y pidieron ayuda al fingido conde de Barajas, para salir del terrible apuro en que se veian. Entonces volvió Diego á endosarse el disfraz con que les habia engañado la primera vez, les probó, como dos y dos son cuatro, que no debian fiarse de Baltasar Cisneros, quien por lo mismo que era muy adicto al Príncipe, andaba siempre espiado por los satélites de don Felipe; aseguróles que la carta del conde de Egmont se hallaba ya en poder del Príncipe, pero que habiendo sospechado el Rey alguna trama, por los arrebatos nerviosos del mismo D. Cárlos y las habladurías de su confidente, habia entrado en recelos contra los embajadores de los estados; por último, les aconsejó que, pues la corte se disponia á marchar hácia la frontera de Francia, la siguiesen para quitar todo pretesto á las sospechas, y que una vez llegados á los confines de Navarra, escapasen á la ventura, lo cual les seria fácil conseguir, sin que nadie pusiese atencion en su falta. Los enviados hubieran preferido permanecer en Valladolid y huir, despues de la salida de la corte, con direccion á Vizcaya para repasar por aquella parte el Pirineo; mas se rindieron á las convincentes razones de Diego Martinez, y su ciega confianza les perdió.

Conviene dejar consignado aqui, que los flamencos á nadie habian declarado el secreto de la carta, á escepcion de Baltasar Cisneros. Este, cumpliendo con el encargo del Príncipe, se presentó á pedirles nuevas de su tia doña Margarita de Austria, y les espuso el riesgo que corrian permaneciendo en la corte. El baron de Montigny no quiso desaprovechar la ocasion que se le presentaba, de saber si el Príncipe habia recibido la carta, y habló de ella asegurando que la habia entregado al conde de Barajas. No fué menester mas para que Cisneros formase mil castillos en el aire, hasta que, en el fondo del negocio, dió por fin con la verdad, pues supuso que la carta habia sido confiada por el Conde al secretario del Rey. Inmediatamente dió parte de sus sospechas al Príncipe, despues de haber dejado á los embajadores en una confusion que no acertaban á esplicarse, aunque decididos á aprovechar la primera coyuntura favorable para abandonar á España; y D. Cárlos cuyo maltratado corazon destilaba sangre y venganza, se deshizo en denuestos contra la que llamaba infernal traicion del Rey su padre. Las imprudentes é insensatas quejas del desesperado mancebo hicieron conocer á este la injusta acusacion de que era objeto el conde de Barajas, en quien con este motivo pensó para encomendarle mas tarde cierto plan que habia concebido; y con el fin de acercarle mas á su persona, envió al cardenal Espinosa para que sondease el grado de su adhesion y fidelidad, haciéndole llamar poco despues, satisfecho de la nobleza de sentimientos, que habia manifestado en la entrevista con el presidente del Consejo.

El conde de Barajas, á pesar de la afrenta con que se pretendia manchar su nombre, y del señalado favor que acababa de obtener del Rey D. Felipe, cumplió la palabra que habia dado á Baltasar Cisneros, que habia sido el primero en acusarle de traidor al Príncipe. Nadie supo jamás que el poeta amigo de D. Cárlos de Austria habia ido á reclamar del Conde la carta del gefe de los rebeldes de Flandes.

CAPITULO XX.

Los desposorios del rey D. Felipe.



EMPOTRADO en el corazon del Pirineo, entre riscos casi siempre cubiertos de nieve, que circunvalan el término, hácia la parte del norte, del valle montañoso de Aoiz, yace ignorado un pueblo, que no por poseer con justísimos títulos el nombre de villa, puede aspirar á la consideracion de los mismos que han oido hablar de sus antiquísimas glorias. La tradicion, que nos ha legado las famosas proezas de Bernardo del Carpio, no se ha perdido enteramente entre los belicosos y fieros navarros, y la batalla en que perecieron los doce Pares de Francia es tan popular en el antiguo reino usurpado por D. Juan II de Aragon á sus hijos el príncipe de Viana y doña Blanca, que en la vetusta y bien con-

servada colegiata de la villa, de que hemos hecho mencion, se conservaban hace poco mas de treinta años varias reliquias de aquellos héroes, cuyo marcial denuedo é increíbles aventuras se encargaron de eternizar los romances (1).

El pueblo de Roncesvalles, célebre por la terrible jornada que de padres á hijos se ha ido atribuyendo á Carlo Magno y á sus caballeros hasta entonces nunca vencidos, estaba destinado en el año de 1559 á presenciar una de esas grandes solemnidades, que forman época en la vida de las naciones, pues el rey D. Felipe habia dispuesto, que en la colegiata del mismo se celebrasen sus desposorios con la princesa doña Isabel de Valois. Todo era movimiento y animacion en aquellos contornos poco antes tan desiertos, y la pequeña villa, poblada en su mayor parte de ministros del altar y de varias familias de labradores, apenas podia contener y mucho menos dar abrigo á tantos señores y soldados, como de la corte de Castilla habian acudido, para asistir á la régia ceremonia. La Princesa, acompañada de los duques de Alba y del Infantado, del príncipe de Éboli y de los magnates franceses, encargados por Catalina de Médicis de su custodia, habia invadido, con la servidumbre que la seguia, casi todas las casas, dejando la colegiata á disposicion de Don Felipe y de los caballeros españoles. Las fuerzas de la escolta, á las órdenes del conde de Barajas, acamparon al raso, y la misma suerte cupo á muchos nobles, que no pudieron cobijarse bajo techado por falta de edificios; mas como solo se trataba de pasar una noche en Roncesvalles, no se creyó del caso llevar tiendas de campaña ni otros aprestos, que hubieran retardado la marcha de la corte.

El príncipe D. Carlos, que habia pensado prudentemente quedarse en Valladolid, á lo cual habia accedido el Rey, cambió de parecer por consejo de Baltasar Cisneros, quien le hizo presente que acaso en Roncesvalles se le presentaria ocasion propicia, para conferenciar con los enviados de Flandes, supuesto que estos señores

(1) En 1822 visitó el autor la colegiata de Roncesvalles y habiendo observado en su espaciosa sacristia un grande armario viejo con chapas de hierro en todas las juntas, preguntó para que uso estaba destinado. El condescendiente canónigo, que servia de *cicerone* á los viajeros, abrió el armatoste y puso de manifiesto unas enormes botas y una espada descomunal, asegurando que dichas prendas habian pertenecido al célebre Roldan.

se preparaban á seguir la corte hasta Navarra. Hay datos para creer, que el astuto cómico-poeta concibió un plan de evasión, de acuerdo con el Príncipe y los embajadores, segun el cual debía fugarse don Carlos al mismo tiempo que ellos, por aquella frontera, penetrar en Francia disfrazado y dirigirse á Bruselas, para ser reconocido por su tia la duquesa de Parma y por los confederados descontentos, como gobernador absoluto de los estados de Flandes con independencia de España. El marqués de Mons y el baron de Montigny terciaron indudablemente en los tratos de esta traicion, y lo único que hasta ahora no ha podido averiguarse, es el grado de culpabilidad, que en ella tuvo el desgraciado amante de doña Isabel de la Paz. Por lo demas, el Rey seguia paso á paso todos los proyectos de los embajadores; y la repentina mudanza que observó en D. Carlos, la certeza que obtuvo de que se habia propuesto acompañarle á Roncesvalles, desde que llegó á saber que los flamencos habian tomado la misma resolucion, y sobre todo las continuas idas y vueltas de Baltasar Cisneros de la cámara del Príncipe á la posada de aquellos, y de esta á la del último, idas y vueltas referidas con asombrosa puntualidad á Antonio Perez por Diego Martinez, que vigilaba de su órden todas las acciones y movimientos del poeta confidente, fueron para el sábio monarca un rayo de luz.

Hasta entonces no habia querido abrir la carta del conde de Egmont; temia hallarse en el terrible deber de declarar traidor á su hijo, y temblaba cada vez que ponía la mano sobre aquel fatal escrito, que tal vez contenia las pruebas de un crimen imperdonable. Mas era ya tiempo de conocer á fondo las tramas que se urdian contra el público sosiego, y de desbaratar unas maquinaciones alentadas por la impunidad y dirigidas, al parecer, á hacer que perdiese España unas provincias conquistadas con la sangre y el valor de sus mas generosos hijos. Despues que D. Felipe adoptaba un partido, nada en el mundo podia apartarle de él, y solo se vengaba en disponer los medios de llevarlo á cabo. Reunió pues el Consejo al anochecer del dia anterior al de su partida para Navarra, y á él asistieron el Comendador Mayor de Castilla, el cardenal Espinosa, el marqués de los Vélez, el prior D. Antonio de Toledo, el príncipe de Melito, el marqués de Aguilar y Zayas y el secretario íntimo del Rey Antonio Perez, además del que contaba como suyo el Consejo, y que á la sazón era Juan Escobedo.

Éste último abrió la carta que habia llegado de Flandes y que el Rey puso en manos del presidente Espinosa, quien la pasó al Secretario del Consejo para que tomase nota. Hizolo así Escobedo, apuntando en el registro de consultas la fecha y firma del pliego, y lo entregó á Antonio Perez, como encargado de su lectura, por ser documento que Su Alteza sometia á deliberacion, á los fines é *consequencias que hobiere de producir.*

El escrito ponía de manifiesto todas las intenciones y planes de los rebeldes. No solo daba cuenta al príncipe D. Carlos el conde de Egmont de los trabajos de la confederacion flamenca, establecida por el señor de Santa Ildegonda contra el gobierno de D. Felipe, sino que decia los medios que se habian puesto en juego, para adormecer la vigilancia de la regente doña Margarita de Austria, é invitaba terminantemente al heredero de Castilla á que, siguiendo las instrucciones que llevaban el bñon de Montigny y el marqués de Mons, arrancase del Rey su nombramiento de gobernador de Flandes, ó en caso de que no pudiese conseguirlo, huyese de España y pasase á Amberes, donde encontraria al conde de Horn y á otros parciales, encargados de darle la investidura suprema de los Estados, mientras él (el conde de Egmont) le haria reconocer en Gante y en Bruselas, á despecho de su *tirano padre y de sus viles consejeros.*

Terminada la lectura, respiró D. Felipe y dió gracias á la Providencia desde el fondo de su alma, porque ninguna frase de la carta indicaba que D. Carlos de Austria tuviese conocimiento del complot. Púsose en seguida á consulta lo que habia de hacerse, y el Consejo opinó por unanimidad que debia procederse contra el marqués de Mons y el baron de Montigny y considerarles mas bien como rebeldes que como embajadores, aprobando la determinacion primera, que el Rey habia suspendido, de enviar á Flandes al duque de Alba, para que sujetase las provincias sublevadas. El Consejo sin embargo dejaba á la prudencia de Su Alteza la ejecucion de estas medidas, cuando las juzgase oportunas.

Estendida que fué por el secretario Juan Escobedo el acta de la consulta, la pidió D. Felipe y escribió al márgen estas palabras: *Hágase todo bien y plenamente, segun y conforme parece á los de mi Consejo, para que aproveche al sosiego destes reynos.*—DON FELIPE DE AUSTRIA.

Poco despues despidió á los magnates, que acababan de emitir una opinion tan ajustada á sus propias ideas, y haciendo llamar al conde de Barajas, le comunicó órdenes secretas, relativas al mando de las tropas que habia puesto á su cargo, para que le escoltasen en su pacífica escursion al reino de Navarra.

Aunque este territorio pertenecia á Castilla desde el año de 1512, á consecuencia de haberlo conquistado D. Fernando el *Católico*, despues de la excomunion que lanzó el papa contra sus reyes Juan y Catalina, daba muestras del belicoso ardimiento que le habia animado en la civil contienda suscitada por la ambicion de D. Juan II, en perjuicio del Príncipe de Viana. Pero al mismo tiempo sabian apreciar los navarros el gobierno justo de D. Felipe, y al tener noticia de que habia pisado su suelo, le prepararon tantos triunfos y ovaciones, como puntos de descanso les fué preciso señalar hasta Roncesvalles: el Rey nunca olvidó sus agasajos y las muestras de adhesion y cariño que recibió durante su tránsito por aquella tierra, en que todos los hombres eran soldados cuando la defensa del país lo exigia, y aseguraba muchas veces que Castilla nunca seria presa de estrangeros, mientras conservase una union sincera con las provincias vascas.

Las vistas del rey D. Felipe II y de su prometida la princesa doña Isabel de Valois tuvieron lugar con toda ceremonia en la plaza pública de Roncesvalles: el príncipe D. Carlos, pálido como un espectro, asistió á tan cruel martirio de los sentimientos amorosos que por tanto tiempo habia acariciado con delicia, mas no dirigió la palabra á su perdida amante. Ella le contempló una vez..... una sola vez, y tembló al observar que las miradas del Rey la perseguian con tenaz empeño, como si intentasen escudriñar los misterios de su corazon. Los naturales obsequiaron á los augustos huéspedes con danzas, corridas de novillos y partidos de pelota y de barra, habiéndose dispuesto para la noche, luego que se verificasen los desposorios, una soberbia funcion de fuegos artificiales, preparados por un afamado polvorista de Vitoria, ciudad clásica desde 1370 en este género de espectáculos.

Don Felipe recibió, despues de los juegos, las felicitaciones del cardenal de Borbon, del duque de Vandome y de otros caballeros franceses de la primera nobleza, y con gran acompañamiento pasó

luego á dar el pésame á la princesa, por la fatal desgracia que habia puesto fin á los dias de su padre el rey Enrique. En efecto, á los pocos dias de haber llegado á París el príncipe de Éboli y el duque del Infantado, obsequió el infeliz monarca con unas magníficas fiestas á los enviados españoles, y habiendo salido á justar el segundo dia con el conde de Montmorency, éste le atravesó un ojo con una astilla de su lanza, causándole la muerte, circunstancia que dilató la salida de la córte de Francia de doña Isabel, pues fué necesario que asistiese á la jura del nuevo rey Francisco II, que solo contaba diez y seis años de edad.

Entretanto llegó la noche, y toda la comitiva se dirigió al templo y los caballeros se apiñaron unos contra otros como pudieron, porque ninguno quiso resignarse á permanecer en la plaza durante la ceremonia, despues de haber caminado tantas leguas para presenciaria. No bien entraron en la colegiata el rey de Castilla y la Princesa, cuando de las góticas columnas que formaban los arcos rebajados del pórtico se destacó una sombra silenciosa, en direccion á la calle mas próxima: al mismo tiempo apareció otra sombra por el ángulo de la derecha del templo y siguió á la primera; esta se volvió de pronto y observando que la espiaban, se detuvo. Entonces la segunda sombra viéndose descubierta, se adelantó con respeto hácia el príncipe D. Cárlos, á quien acababa de conocer.

—Deteneos quien quiera que seais, dijo el mancebo echando mano á la espada: no me gustan corchetes á mis talones.

—Señor, no hay que impacientarse, replicó la otra sombra: soy...

—Basta, le interrumpió D. Cárlos, pues la voz te ha delatado; eres mi eterno perseguidor Alonso de Cabrera, y vive Dios que si no me dejas en paz esta noche....

—Mi obligacion es hallarme siempre cerca de V. A., para servirle y complacerle.

—Bien; sírveme y compláceme, alejándote ahora mismo de mi.

—Es cosa que no puedo hacer. Pero.... mirad; todo el séquito del Rey está ya en la iglesia... el altar mayor aparece iluminado y el resplendor de las hachas llega hasta nosotros. ¿Qué haceis aquí, señor?

—Estoy saboreando la dicha que me espera: no puedes menos de conocer que será muy grande, y el hombre debe prepararse para el placer, lo mismo que para el tormento.

—Mucho recelo que vuestro corazon desmienta esas palabras.

—Y yo te doy el saludable aviso de que guardes tus recelos para tí solo, pues aun cuando se conviertan en verdades, puede serte harto peligroso el manifestarlas.

—Si algo he dicho que os ofenda, debeis atribuirlo al vivo interés que me inspiran vuestras aflicciones.

—Gracias, señor gentil hombre de cámara.

—Y ese mismo celo, que me anima en el servicio á que el Rey me ha destinado cerca de vuestra persona, me ha hecho adivinar que padeceis.

—Gracias, señor astrólogo; mas no olvides que es algo perjudicial el estudio á que te entregas. La santa Inquisicion tiene el olfato muy largo.

—No es eso, señor, lo que quiero decir. Yo abomino á esa raza de judíos, cuyas sacrílegas artes ocultas persigue y castiga el santo tribunal; soy católico, apostólico, romano, pues de otro modo no me hubiera elegido el Rey para el distinguido cargo que ejerzo.

—Para espía de un herege como yo. Gracias, señor adulator.

—No me conoceis, Príncipe; y con todo, es preciso que dejándoos guiar por mis saludables consejos, olvideis todo cuanto pueda recordaros tiernas memorias, y que os apresureis á acatar la soberana voluntad de un padre...

—Mientes, D. Alfonso; de un padre no, sino de un Rey. ¿Qué mas?

—He concluido, señor, ya que os enojais.

—Obras con prudencia: este es mal sitio para predicar un sermón, porque pudiera suceder... ¡Ab! Me parece que vá á dar principio la ceremonia.... Mira... mira... acércate mas.... mas aun...

—Me asustais.... nunca os he visto tan demudado é inquieto.

—Fantasmas de tu imaginacion: jamás estuve tan tranquilo. Pero ya es tiempo de....

—En efecto, acabais de recordarme mi deber; necesito dar órdenes para que los aposentos del Rey y los vuestros se preparen en Toledo con la mayor suntuosidad.

—¿Quién ha mandado eso?

—El Rey vuestro padre.

—Basta con decir el Rey; cuando habla un Rey, no habla un padre. ¿Cuándo te has separado de él?

—Pocos momentos antes de que se dirigiese al templo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que allí os esperaba.

—Ya ves que estoy á dos pasos y que hasta ahora no tiene queja de mí. Mira: ahí, en presencia de Dios, se vá á celebrar un matrimonio sacrílego.

—Señor ¿qué os atreveis á proferir?

—Lo que oyes; sacrílego y.... maldito. ¿Ignoras que el sí de los desposados será la señal de mi condenacion eterna? ¿Que la bendicion nupcial arrancará de la bóveda celeste un rayo de cólera, y que ese rayo vendrá á caer sobre mi cabeza y la del culpable?

—Silencio, Príncipe, silencio.... Las paredes y las esquinas de las calles tienen oídos.

—Sepámos ya lo demas que te ha dicho el Rey.

—Me ha prohibido, pena de la vida, que los embajadores de Flandes se os acerquen.

—¡ Ah! ¿Teme acaso que mi tia la duquesa de Parma me ofrezca su mano por conducto del baron de Montigny, ó que yo vuele á ponerme al frente de los protestantes? Vamos, entra en la iglesia, que pronto te seguiré.

—¿Me empeñais vuestra palabra?

—Don Alonso ¿por qué me lo preguntais? ¿Cuando he faltado á ella?

Cabrera hizo al Príncipe una profunda reverencia y se dirigió á la colegiata. D. Cárlos permaneció en el mismo sitio, observando á derecha é izquierda, como si esperase á alguno. No tardó en oír pasos al parecer de una persona que se acercaba con precipitacion, é imaginando que seria la que buscaba, se adelantó á su encuentro. Era efectivamente Baltasar Cisneros, que acudia á una cita concertada de antemano con el Príncipe.

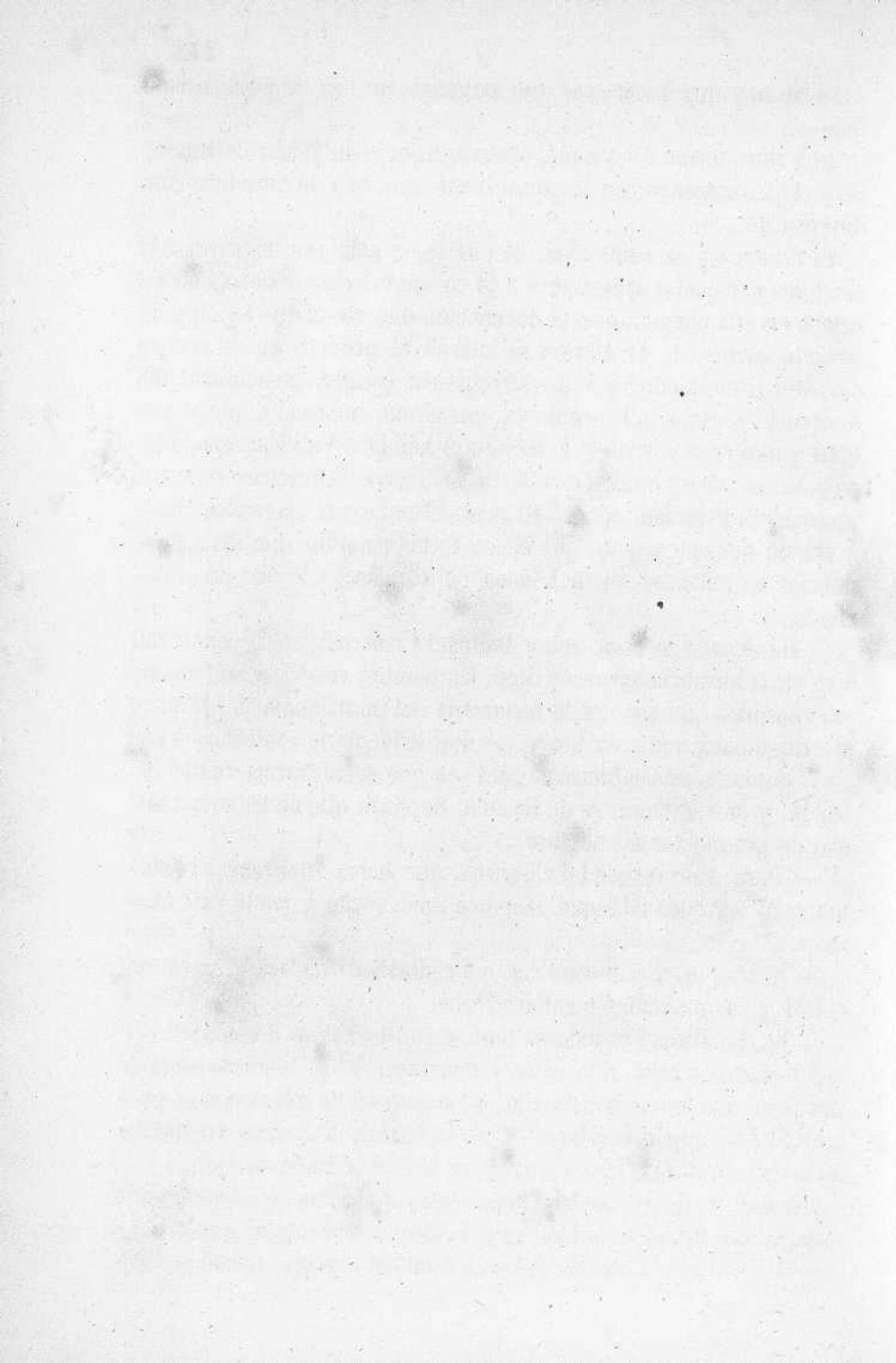
—¿Qué hay de nuevo? le preguntó este, apenas le hubo reconocido.

—Doña Isabel de Valois no será esta noche esposa del Rey don Felipe, contestó el cómico en voz baja.

—¡ Oh! exclamó D. Cárlos fuera de sí. ¡Ganar una noche! ¿Sabes, Cisneros, lo que eso significa? Significa no haber perdido enteramente la esperanza. Ven, ven, amigo mio.... pero ¿está reunido todo el combustible?



Dispongamos las luminarias, que han de alumbrar sus desposorios.



—No hay que hacer mas que arrimarle un haz de paja encendido.

—Y ellos huirán del templo, en cuanto perciban el olor del humo. Sí... sí... dispongamos las luminarias, que han de alumbrar sus desposorios.

El Príncipe y su confidente, dichas estas palabras, se perdieron entre las callejuelas inmediatas á la colegiata, y poco despues entraron en ella por una puerta del costado opuesto al que formaba la fachada principal. D. Cárlos se internó el primero en un oscuro corredor, que conducia á la estrechísima escalera de caracol del campanario; el poeta le seguia ya, cuando un embozado, que se hallaba oculto en el corredor, le tocó en el hombro. Volvióse asustado, pues temia que se hubiesen espiado sus pasos, y temeroso de comprometer al Príncipe, guardó silencio. El embozado acercó los lábios á uno de sus oidos, para que el eco de las palabras que iba á pronunciar no resonase en la bóveda del edificio, y le dijo pausadamente:

—Ha llegado la hora, señor Baltasar Cisneros; y así, conservad bien en la memoria lo que os digo. Un hombre vendrá á este mismo sitio despues que termine la ceremonia del matrimonio del Rey; al acercarse dará una palmada y vos ó el Príncipe le contestareis con otra. Entonces os conducirá al punto en que encontrareis cuatro caballos, y en él esperareis mi llegada. Supongo que no tengo necesidad de pronunciar mi nombre.

—¿Para qué? respondió Cisneros, que habia conocido perfectamente al marqués de Mons. Decidme únicamente á donde vais ahora....

—Al templo, á reunirme con mi compañero de viage, para que el Rey y sus magnates puedan vernos.

—Id con Dios, que todo se hará segun lo habeis dispuesto.

El Marqués salió á la calle y desapareció. El cómico-poeta se apresuró á reunirse con D. Cárlos, y despues de trepar con no poco trabajo por aquella escalera, cuyas incesantes y rápidas vueltas les causaban continuos mareos, llegaron ambos al campanario.

El Rey entre tanto estaba impaciente, porque no veia entrar en la colegiata al Príncipe su hijo; mas habiendo divisado al gentil-hombre D. Alonso de Cabrera, le llamó á su lado y supo por él que don

Cárlos acababa de darle palabra de seguirle. Un cuarto de hora transcurrió sin que nadie supiese dar razon de su paradero, y al fin cansado D. Felipe de aguardarle, ó suponiendo tal vez que se hubiese retirado á su alojamiento, por faltarle valor para presenciar los desposorios de la que habia sido su prometida, ordenó que la ceremonia comenzase. Al punto rompieron los agudos y estre-pitosos sonidos del órgano el sepulcral silencio que reinaba en la iglesia, y el humo del incienso perfumado se remontó en densísimas espirales, esparciéndose por las altas bóvedas de la casa de Dios. Casi al mismo tiempo se presentó el príncipe D. Cárlos en medio de la corte, que le recibió con gran contentamiento, y el Rey su padre pagó con una afectuosa sonrisa aquella prueba de respeto y obediencia á su mandato.

El humo del incienso se habia disipado ya, los augustos novios se disponian á pronunciar el voto que iba á ligarlos para siempre, y el cardenal Espinosa se apartaba del altar para exigirles el juramento y unir sus manos, cuando un sordo rumor, que llegó hasta los oídos del monarca, anunció una siniestra noticia. El humo continuaba, pero era el del incendio que se habia declarado en el campanario y que difundia la consternacion y el espanto entre la corte. El príncipe D. Cárlos, como si aquella nueva le hubiera sobreco-gido, corrió hácia la puerta del templo dando gritos, pues esperaba que todos le siguiesen y que la ceremonia quedase interrumpida; mas el Rey permaneció impassible en medio del tumulto, que el susto y la zozobra habian originado, y nadie se movió de su puesto. El cardenal, obedeciendo á una mirada significativa de D. Felipe, terminó los preliminares de los desposorios, y echando la bendicion á los novios, los unió hasta la muerte. Cinco minutos despues salieron de la iglesia, seguidos de la brillante comitiva, y se cercioraron de que los labradorés del pueblo, alarmados por las llamaradas que salian de la torre, amenazando consumir todo el edificio, habian volado á atajar los progresos del elemento destructor y lo habian conseguido, antes que se comunicasen á la planta baja.

El proyecto del Príncipe y de Baltasar Cisneros no produjo los resultados que apetecian, pues la ceremonia, en vez de interrumpirse, se aceleró, y doña Isabel de Valois fué aquella noche legítima esposa de D. Felipe el Prudente.

Don Carlos de Austria se habia dirigido precipitadamente al encuentro de su amigo, á quien halló en el corredor oscuro que daba subida al campanario, esperando al hombre cuya llegada le habia anunciado el marqués de Mons.

—¿Ha concluido la ceremonia? le preguntó el poeta. Hablad.... ¿hemos logrado nuestro objeto?

—Se me figura que la corte habrá respondido á mis voces, abandonando el templo, respondió el Príncipe con turbado acento, y que al verse el Rey sin testigos.....

—Mucho tarda el guia que nos han ofrecido, observó Cisneros. En fin, la colegiata de Roncesvalles ha vivido bastante tiempo, y si D. Felipe se acuerda de ella, algun dia, mandará reedificarla.

Y como oyese al decir esto gran tumulto de voces que á ellos se aproximaban, añadió:

—¿Qué será eso? De todos modos, señor, estamos muy mal aquí.

—Pasemos al otro lado de la calle, repuso el Príncipe.

Asi lo hicieron, y no tardaron en ver un grupo de aldeanos que se dirigia en desórden hácia la puerta trasera de la colegiata, que acababan de abandonar. Eran los que acudian á apagar el incendio, que se habia manifestado en el campanario. Entre tanto pasaban las horas y el hombre del marqués de Mons no aparecia: D. Carlos estaba desesperado, pues era para él un tormento mas cruel que la misma muerte la ignorancia, en que se veia, de los sucesos que habian de alentar ó destruir sus esperanzas. En este último caso, queria huir para siempre de España, declararse protestante, ponerse al frente del gobierno de Flandes y arrancar aquellas provincias del poder de un padre, que habia arrancado la dicha de su corazón. Pero ¡cuántos combates interiores antes de resolverse á este estremo! ¡Cuántas amarguras antes de aceptar el suplicio de que Castilla le mirase como un Príncipe traidor!

Persuadido al fin de que el emisario de Mons, que Cisneros aguardaba con tanto anhelo, habia vendido su secreto, ó habia tropezado con obstáculos insuperables para llegar hasta ellos, determinó abandonar el campo y encaminarse á la casa que le servia de mezquino hospedage. El poeta, aunque desarmado, se encargó de ir á vanguardia, como para prevenir algun encuentro desagradable, y de este modo llegaron, sin desplegar los labios, al alojamiento, en el cual les esperaba impaciente D. Alonso de Cabrera.

—¡Ah! Por fin.... exclamó este al ver al Príncipe. Temia que os hubiese acontecido alguna desgracia, y no osaba llegar hasta el Rey para comunicarle mis recelos.

—Ya veis que no habia motivo para quitar el sueño á mi clementísimo padre y señor, replicó D. Cárlos afectando indiferencia. He querido ver si el incendio se propagaba y.....

—Ha sido poca cosa, repuso el gentil-hombre, y los vecinos de Roncesvalles lo han cortado; pero hay otras novedades.

—Referidmelas, si lo teneis á bien.

—El Rey ha dispuesto que al rayar el dia salga la corte para Toledo.

—Tanto méjor; esté pais agreste acrecienta mi mal humor.

—Al mismo tiempo marcharán á Francia los magnates, que de orden de la regente Catalina de Medicis han acompañado á la Reina hasta aquí.

—¡A la Reina! exclamó D. Cárlos con ira.

—¡Pues qué, Señor! ¿Lo dudais?

—¡Cómo! ¿Lo es ya? ¿No se ha interrumpido la ceremonia de los desposorios?

—Al contrario: el Rey vuestro padre ha despreciado el peligro del incendio; la córte, aunque temblando, ha tenido que seguir su ejemplo, y.... doña Isabel de Valois es á estas horas legítima esposa de D. Felipe de Austria.

Don Carlos apretó los dientes, cerró los puños y dando una fuerte patada en el suelo, murmuró con ronco acento.

—Desde hoy, ni paz ni tregua.

Dejóse caer en seguida sobre un escaño que en la habitacion habia, y abrumado por el peso de su horrible dolor, se oprimió las sienes fuertemente con sus manos. Don Alonso de Cabrera y Baltasar Cisneros le contemplaron largo rato, sin atreverse á dirigirle una palabra de consuelo. Mas habiéndoles hecho el Príncipe una seña, para que se fuesen á descansar, le dijo el primero:

—Señor, tengo la satisfaccion de anunciaros, que he cesado ya en el cargo de vigilante cerca de vuestra persona.

—Lo creo, respondió D. Cárlos melancólicamente. ¿Para qué necesita ya el Rey sondear mi corazon? ¿No ha matado todos sus sentimientos? Nada podrá descubrir en él.

—No es eso, Señor; ya sabeis que me habia prohibido, que los enviados flamencos se os acercasen....

—¡Ah! ¿Me permite que hable con ellos?

—¡Bah! Ha comprendido que mi vigilancia es inútil.

—Espícate, porque no estoy en ánimo de descifrar enigmas.

—Este es muy fácil; dejo de pertenecer, de órden del Rey, á vuestra servidumbre, porque el marqués de Mons y el baron de Montigny han sido presos por el conde de Barajas.

—¡Ah! exclamaron á un tiempo el Príncipe y Cisneros: D. Alonso prosiguió:

—El Conde los ha sorprendido despues de salir del templo, cuando se disponian á huir; los dos van caminando á estas horas, con buena escolta, hácia el alcázar de Segovia.

—Todos los caminos se han cerrado para mi ventura, murmuró D. Cárlos con la calma de la desesperacion. Paciencia.... paciencia.

Y entrando en la miserable alcoba que le estaba destinada, arrojóse vestido sobre el duro lecho, para pensar en su triste suerte.



CAPITULO XXI.

De como Diego Martinez enreda cada vez mas á varios porsonages de esta historia, arrojando chispas que producen incendios.



DIEGO Martinez, que habia hecho desistir á los flamencos de su proyectado viage á Francia por la parte de Vizcaya, sugiriéndoles la idea de verificarlo desde Roncesvalles, fué quien puso en conocimiento del Rey, por conducto de Antonio Perez, este último plan y el designio que aquellos magnates tenian de llevar consigo al príncipe D. Cárlos. El soldado, desde que Beatriz le refirió la escena ocurrida entre el conde de Barajas y su esposa, andaba sobre aviso, pues temia que el primero intentase castigarle por haber osado tomar su nombre, y no tardó mucho en saber que efectivamente hacía pesquisas secretas para averiguar quién era él que habia engañado, por medio de una indigna superchería, la buena fé del baron de Montigny. Esto le obligó á reflexio-

nar un poco, pues recordaba muy bien lo que su amo el secretario del Rey le habia prevenido, á saber, que si caia en manos de la justicia, quedaria abandonado á ella.

El resultado de sus reflexiones fué, que debia declarar la verdad á Antonio Perez, á fin de que éste arreglase el negocio con el Conde. Hízolo así, mas quedó de todo punto aturdido y desorientado, cuando el Secretario le dijo, que el de Barajas no se oponia á que el Rey y la córte creyesen que, en efecto, Montigny se habia fiado de su hidalguía y entregádole la carta del conde de Egmont. La conducta pe D. Felipe, en tan delicado asunto, le habia sido dictada por sus propias deducciones; pues no bien llegó á su noticia que el príncipe D. Cárlos se desataba en injurias contra el conde de Barajas, asegurando que éste magnatè habia abusado de la confianza de los embajadores, arrancándoles la carta, cuando comprendió en todas sus partes la pérfida estratagema, de que se habia valido Diego Martinez. Con todo, el Rey no podia, llegadas las cosas á tal extremo, declarar públicamente la inocencia del Conde, sin descubrir que él mismo habia encargado aquella comision á un hombre oscuro; y al paso que le pesaba ver al primero condenado por la pública opinion, admiraba la destreza del veterano de Italia, quien para asegurar el golpe, no habia tenido reparo en apropiarse el nombre de uno de los pocos señores de la córte, contra quienes D. Cárlos de Austria no manifestaba encono.

Pero Diego, que no estaba en los secretos del Rey, ni podia adivinarlos, recelaba que el conde de Barajas le jugase alguna treta, y por lo mismo determinó cortarle las alas, valiéndose de las noticias que le habia dado Antonio Perez, aun cuando pagasen la pena de su travesura los pobres enviados de las provincias de Flandes.

Algunos dias antes que la cortè partiese para Roncesvalles, pidió el veterano una audiencia al conde de Barajas, bajo protesta de que tenia que confiarle cosas de alta importancia. El Conde se la concedió al punto, y Diego se presentó á él con la sangre fria y desparpajo que le caracterizaban.

—Siento muchísimo, le dijo despues de saludarle con la mayor humildad, los disgustos é incomodidades que habeis pasado, ilustré Conde, por una bicoca, cuya esplicacion no ha podido daros el Rey nuestro señor, y que vengo á ofreceros con la mejor voluntad del mundo.

—No entiendo una jota de lo que acabas de ensartar, le respondió el de Barajas afablemente; revélame tu nombre y acaso....

—Llámome Diego Martínez, repuso éste.

—Diego Martínez.... murmuró el Conde; ahora entiendo menos lo que antes has dicho.

—Estoy al servicio del señor Antonio Pérez, secretario íntimo de S. A.

—Eso ya es algo para mí, y sin embargo no puedo adivinar....

—¡Eh! Señor Conde, no os hagais el desentendido. ¿No habeis oido asegurar que el conde de Barajas entregó al Rey la carta, que trajo de Flandes el baron de Montigny?

—¡Insolente! Yo castigaré tanta osadía.

—No os impacienteis, pues llegará el dia en que todo se sepa.

—¡Ah! ¿Con que puedes probar...?

—¿Que no fuisteis vos el que llevó á termino tan arriesgada aventura? Mejor que nadie.... como que fuí yo.

—¡Tú!

—Pues es claro.

—¡Infame! Pagarás el atrevimiento de haber tomado mi nombre, para semejante engaño.

—Vamos, señor Conde; ya veo que no comprendeis el secreto.

—¿Qué secreto?

—¿Con qué os figurais de buena fé, que es mia la idea de haberme convertido por unas cuantas horas en conde de Barajas?

—¡Cómo! ¿Quién ha podido imaginar..?

—¿Quién? ¿Pues no estais de acuerdo con el rey en que vos.....

—¡Ah! ¡Qué sospecha!

—Aquí no hay sospecha que valga: ó vos ó el Rey me disteis prestado un título que se necesitaba, para adormecer á los flamencos. La prueba es que en poder del primero está la carta del conde de Egmont.

El conde nada tuvo que replicar á estas observaciones, y quedó convencido de que todo habia sido obra de D. Felipe. A pesar de esto, preguntó al soldado:

—¿Qué te ha movido á declararme la verdad? No habrá sido ciertamente la voluntad del rey.

— ¡Oh! No por cierto, repuso Diego animándose, pues veia que

su interlocutor habia caido en la red. Os habeis visto en el caso de condescender con Su Alteza para su mejor servicio, pero podfais tropezar fácilmente en alguna emboscada, si os empeñais en descubrir al culpable, lo cual sería pagar dos veces la pena por otro cometida. Ya debeis haber conocido que el Rey no es aficionado á ciertas averiguaciones.....

—No hay duda, exclamó el de Barajas, recordando las palabras de D. Felipe; me ha prohibido hacerlas.

—Pues seguid el consejo y no os pesará. Su Alteza sabe quien sois y acaso os tiene en mas que á ningun otro caballero de su córte.

Las razones diestramente aducidas por Diego bastaron para que el conde desistiese de su propósito, pues vió en ellas una confirmacion de la confianza que hacía el Rey de su persona, supuesto que acababa de comunicarle órdenes secretas, con relacion al marqués de Mons y al baron de Montigny, las cuales debian cumplirse en Roncesvalles. Ya hemos visto que los embajadores, segun aseguró al príncipe D. Carlos D. Alonso de Cabrera, habian sido presos y conducidos al alcázar de Segóvia.

Diego Martinez habia triunfado de todas las dificultades que podian oponerse al acrecentamiento de su fortuna, pero su victoria quedó asegurada por completo, cuando le participó el secretario Antonio Perez, que debia vigilar de órden del Rey todos los pasos de Baltasar Cisneros. El soldado puso esta importante nueva en conocimiento del conde de Barajas, ofreciéndole darle puntual cuenta de cuanto ocurriese, y como así lo hizo hasta la salida de la corte para Navarra, quedó convencido íntimamente el segundo, de que en efecto el Rey era quien habia dispuesto, que el nuevo espía se disfrazase con su nombre.

Durante la ausencia del Rey, habian quedado en Valladolid por su mandato, para atender á los negocios, el Comendador Mayor de Castilla, D. Luis de Requesens y Antonio Perez, con quienes proseguia su aprendizaje en el gobierno el jóven D. Juan de Austria, cuya precoz inteligencia y aventajadas dotes habia sabido apreciar su hermano D. Felipe. La princesa de Éboli, que no estaba contenida por el respeto debido al ausente esposo, ni por el temor al Rey, daba rienda suelta á su pasion, pero Antonio Perez, mas prudente ó precavido, la disimulaba mejor, por cuanto debia guardar con su es-

posa Doña Juana Coello las consideraciones de marido, y no dar pábulo á hablillas; que pudieran malquistarle en el ánimo de su amo y señor. Las entrevistas pues eran secretas y en ellas terciaban Diego Martínez y Beatriz, á la que atormentaba inútilmente la condesa de Barajas, para saber de ella el número de amantes que tenia su ama. Fácil era sin embargo que la envidiosa Condesa adivinase la verdad, porque la conducta de Doña Ana de Mendoza, más propia era para dar á entender á todos su liviandad que para ocultarla; pero Diego siempre alerta, imaginando que en la insistencia de la de Barajas se encerraba algun misterio, y habiendo oido decir á Beatriz, que la tal dama se habia empeñado en descubrir las intrigas amorosas de la Princesa, sin que por nada ni por nadie dejase de conseguirlo, hizo adoptar á la doncella el diabólico consejo de que diese á entender á la curiosísima matrona, que el galan de la Princesa era el Rey, pues con eso echaria un nudo á su lengua, y cesaria de una vez en un propósito que, tarde ó temprano, la llevaria al esclarecimiento de la verdad.

Beatriz, que solo deseaba verse libre de las rídículas importunidades de la Condesa, fué á verla, según tenia de costumbre, y sin hacerse de rogar la reveló el secreto en que habia convenido con el soldado. La de Barajas recibió la noticia con una sonrisa infernal, y sin manifestar á la doncella, acaso por la primera vez, los sentimientos de odio que fermentaban en su corazon, la despidió satisfecha diciendo que, pues D. Felipe no hacia escrúpulo de casarse y de amar al mismo tiempo á doña Ana, allá se las aviniese con la princesa doña Isabel de Valois y con D. Ruy Gomez de Silva.

— ¿No te lo aseguraba yo? dijo Diego Martínez á Beatriz luego que se hubo enterado de la ocurrencia. La pícara vieja ha pisado una serpiente cuando le has dado la noticia, y ya no se atreve á respirar. ¿Cómo quieres que publique á voz en grito los galanteos del Rey? Vaya; hemos asegurado á la Princesa por esa parte, y solo falta que no sea tan loca y tan poco contenida. ¡Qué diablos! Es verdad que está en la flor de la juventud, y que su marido se parece á un judío con corozca; pero al fin, el mundo es el mundo, y no nos conviene un escándalo que la separe por fuerza del señor Antonio Perez, si queremos hacer nuestra fortuna con los dos. Acuérdate de que Juan de Mesa depende tambien de nosotros, y que por lo mismo hay que trabajar para tres.

El razonamiento de Diego pareció muy bien á la doncella, mas no acertó á evitar que al dia siguiente circulase por Valladolid la especie, de que el rey D. Felipe era el amante secreto de la princesa de Éboli; y tal crédito llegó á obtener, que escritores muy graves de nuestros dias la consignan como cierta en estudios históricos de notable importancia, afirmando con referencia á datos espuestos por los enemigos mas encarnizados de aquel monarca, que uno de los actos mas terribles de su venganza le fué sugerido por sus rabiosos zelos. Ningun hecho sin embargo justifica esta acusacion, lanzada contra su memoria por los mismos que pretenden disimular las grandes faltas que cometió el príncipe D. Carlos, mas bien por virulencia y fogosidad de sus pocos años que por malicia ó premeditacion, y por los que no han escudriñado con calma los motivos, que dieron al rey *Prudente* los protestantes de las provincias flamencas, para ser tratados con un rigor, que hoy se califica de cruel y de bárbaro.

Pero dejando á un lado digresiones, en toda la ciudad se sabia que doña Ana de Mendoza era la favorita de D. Felipe, merced á la locuacidad de la condesa de Barajas, siendo lo peor del caso que la esposa de D. Ruy Gomez no se cuidaba poco ni mucho en desmentir semejantes rumores, si es que habian llegado hasta ella. No pararon aquí las consecuencias de la ligereza y poca premeditacion de Diego, tanto mas estrañas, cuanto que era hombre que ataba perfectamente los cabos del mas difícil enredo, pues tampoco estuvo en sus manos evitar que la parcialidad política del duque de Alba, enemigo irreconciliable de la del príncipe de Éboli, se aprovechase de aquel peligroso incidente, para descargar un golpe hábil y fecundo en resultados sobre la que estorbaba el desarrollo de sus planes de gobierno. No faltó pues quien escribiese al zeloso y honradísimo don Ruy Gomez de Silva, á Toledo, donde se hallaba la corte de vuelta de Roncesvalles, lo que en Valladolid corria ya contra su honor como moneda corriente, con los comentarios y suposiciones péfidas que suelen acompañar por lo comun á ese género de confianzas. Tal vez en otro caso hubiera despreciado, ó tenido por torpe y villana el de Silva una comunicacion tan terminante y esplicita sobre la conducta de su esposa, pues por suspicaz y desconfiado que fuese, el anónimo de la misiva quitaba al contenido de esta mucha parte de

su importancia: pero ella le hizo recordar las altaneras palabras de doña Ana, en la reyerta conyugal que habia tenido á causa de Diego Martinez, y despertó en su mente la idea adormecida que ya le habia atormentado anteriormente. Además ¿qué le decian desde Valladolid? ¿De qué acusaban á doña Ana? El escrito no era ni mas ni menos, que una crónica de las hablillas de la ciudad: luego no lo habia trazado un contrario, sino mas bien un amigo tal vez demasiado oficioso. Era pues indudable que D. Ruy Gomez habia sido juguete de la desenvoltura de la Princesa, y de su ciega fidelidad al Rey.

El pundonoroso caballero ardía en deseos de volver á la ciudad, mas la jura del príncipe D. Cárlos de Austria y la reunion de Córtes en Toledo, con tan plausible motivo, le obligaban á permanecer al lado de D. Felipe. Este, antes de dar la vuelta á su corte, habia dispuesto que su hijo fuese jurado y reconocido por heredero de la corona, medida sábia, de alta política y de pública conveniencia, cuando la reciente sublevacion de Flandes hacía presumir con fundamento, que D. Cárlos intentaba ponerse á su cabeza, y cuando la prision de los embajadores de aquellas provincias rebeldes daba á entender, que el gobierno de Castilla se proponia tratarlas como á pais conquistado. El Rey queria á todo trance hacer comprender al Príncipe sus deberes para con el reino, que estaba llamado á regir, si tal era la voluntad del cielo, y trazar una línea que le separase para siempre de aquellas afecciones anti-católicas, que halagaban su corazon inesperto. Si D. Cárlos se reconocia, si no era un ingrato, ó un traidor, debia abjurar de sus simpatías hácia la causa de los flamencos, que era enteramente contraria á la de su patria, pues una vez declarado heredero del trono, su propio interés le aconsejaba unirse estrechamente á los grandes proyectos de su padre, encaminados á fortalecer el principio de autoridad, y á conservar en sus vastos dominios la pureza é integridad de la fé católica.

Debemos no obstante, convenir en que, atendido el carácter irritable é impetuoso de D. Cárlos, no habia podido elegir el Rey ocasion menos á propósito para el logro de sus deseos y esperanzas. Cierto es que el Príncipe no se negó á que los grandes del reino le acatasen como á su señor despues de D. Felipe, pero solo vió en aquellos homenajes y en la encumbrada dignidad que las Córtes le

otorgaban un nuevo escarnio. Aceptólos pues como si á nada le comprometiesen, y mostrándose de día en día mas ofendido con el arresto de los que habian llegado de Flandes, para libertarle de la que llamaba cautividad en que vivia, daba claramente á entender que, si era extraño á los planes fraguados por los miembros de la confederacion de las provincias protestantes, al menos no merecian su desaprobacion. Además, el matrimonio del Rey habia levantado entre el padre y el hijo una muralla de aborrecimiento, que únicamente la muerte de uno de los dos podria derribar; aquel ódio, que la pérdida de una amante idolatrada hacia brotar sangre al corazón del Príncipe, debia revelarse en todos sus pensamientos, en todas sus palabras, en todas sus acciones, y el mismo D. Carlos lo habia formulado con un laconismo espantoso, cuando exclamó en Roncesvalles: «Ni paz, ni trégua.»

Terminadas las fiestas de la jura, en las que la imperial Toledo obsequió á sus reyes con extraordinaria magnificencia, y despues de haber descansado D. Felipe aun tres dias en el soberbio alcázar, que hoy ni es siquiera sombra que recuerde su esplendor pasado, partió la corte para Valladolid, sin que el desventurado Príncipe, por quien se habian celebrado Córtes y corrido brillantes justas, se encontrase mas aliviado en el cruel tormento que sufría. D. Ruy Gómez de Silva, por su parte, ya que no podia habérselas frente á frente con su poderoso rival, habia tomado su partido y estaba dispuesto á sacrificar la ambicion y los intereses de la política que sustentaba en el consejo, á trueque de vengarse, de la manera mas conveniente y decorosa para su nombre y fama. Pensaba pues pedir al Rey licencia para retirarse de la corte, y si no lo conseguia, espatriarse y pasar á Inglaterra; mas érale preciso provocar antes un acontecimiento público, que diese á entender á todos, que no era doña Ana de Mendoza, aun cuando estuviese protegida por el mismo D. Felipe de Austria, capaz de escarnecer impunemente al príncipe de Éboli.

No esperaba por cierto la ilustre heredera de la casa de Mérito el huracan furioso que amenazaba destruir sus placeres, ni purgar culpas que no habia cometido; pero pesábale en el alma que la corte volviese á Valladolid tan pronto, porque preveia las nuevas dificultades que iba á oponer á sus comunicaciones con Antonio Perez

la presencia de D. Ruy Gomez. La condesa de Barajas, por el contrario, nadaba en un mar de delicias, saboreando la idea de los disgustos, que el descubrimiento de los amores del Rey con doña Ana, acarrearía á esta última, tan luego como el escándalo llegase á noticia de su esposo. Entre tanto nadie pensaba en el secretario íntimo de D. Felipe, al paso que él, dividiendo las horas del día entre la Princesa y sus obligaciones con D. Juan de Austria y D. Luis de Requesens, se consideraba el hombre mas afortunado de la tierra.

Diego Martinez era quien andaba algo desasosegado por la maldita idea que habia sugerido á Beatriz, pues no bien dió principio en la ciudad la murmuracion sobre la intriga del Rey, cuando comprendió que la envidia de la condesa de Barajas, en vez de contenerse en los justos límites de la prudencia, se cebaba con mayor encono en la reputacion de doña Ana. Entonces buscó á la doncella para encargarle que previniese á su señora del riesgo que corria, si D. Ruy Gomez de Silva llegaba á entender algo de aquellos rumores; mas quedóse admirado y confundido, cuando ella le hizo saber, que doña Ana estaba resuelta á hacer frente á la tempestad y á separarse ruidosamente de su esposo, si este no la defendia de aquellas calumniosas imputaciones, añadiendo que en último caso apelaria á la proteccion del Rey.

El comendador de Castilla acababa de recibir un pliego de D. Felipe, en que este le ordenaba que un tribunal, presidido por el jurisconsulto Vargas y compuesto de cinco jueces, que el mismo Requesens debia nombrar, pasasen inmediatamente al alcázar de Segovia y entendiesen sin levantar mano en el proceso del marqués de Mons y el baron de Montigny. La carta del conde de Egmont, que D. Luis hallaria en la mesa del Rey, unida al acta de la última consulta del consejo, era el documento que habia de servir para los cargos que se formularan contra los enviados flamencos, y Vargas quedaba encargado de tomarles sus declaraciones, asistido del secretario Juan de Escobedo.

La noticia de la resolución de D. Felipe consternó á los pocos amigos con que contaba el príncipe D. Carlos, y tambien D. Juan de Austria, Requesens y Antonio Perez temieron ver envuelto en una causa de conspiracion al que acababa de ser jurado heredero del trono.

—Por mi parte, señores, dijo D. Juan al Comendador y al Secretario, creo que esos hombres deben callar, si algo saben que pueda dañar á D. Carlos, y prepararse á morir como hombres de corazon.

—Yo recelo, repuso D. Luis, que al verse perdidos querrán al menos vengarse, arrojando sobre la frente del hijo de nuestro Rey la nota de traidor.

—Es que la nota de infames recaería también sobre la memoria de los que tal hiciesen.

—La desesperacion obliga á todo, señor D. Juan, observó Antonio Perez.

—Yo no quisiera ver eso en Castilla, murmuró el discípulo de Quijada, y antes que suceda pediré al Rey mi señor y mi hermano licencia para ir á pelear contra el pirata Dragut, que con sus estragos y rapiñas está asolando las costas del Mediterráneo y amenaza á Malta.

—Me haceis recordar, señor D. Juan, los despachos que se han recibido del Gran Maestre La-Valette, pidiendo auxilios á Su Alteza para contener las demasías del temible Dragut. No sé si debamos remitirlos al Rey á Madrid, que es donde debe hallarse á estas horas, ó aguardar su llegada para darle cuenta de ellos.

—¿Teneis noticia cierta del dia, en que hará su entrada en Valladolid?

Sonrióse el Comendador y respondió con viveza:

—Si algun fundamento tienen las voces que han llegado hasta mis oidos, no tardaremos en besar las manos á Su Alteza.

—Los que aquí nos hallamos, replicó D. Juan de Austria, somos tres de sus mas leales servidores; podemos por lo tanto hablar desembarazadamente, sin miedo de que nuestras razones puedan interpretarse de una manera injuriosa á nuestra fidelidad. Decidme con lisura, señor D. Luis, si esas voces, de que habeis hecho mencion, tienen algo que ver con las relaciones íntimas del Rey mi hermano y de la señora princesa de Éboli.

—Así es, contestó Requesens prontamente.

—¿Y creeis vos en esas relaciones?

—¡Las aseguran tantas personas que se dejarían matar por el Rey!

—¿Y á vos qué os parece, señor Antonio Perez? preguntó don Juan al secretario.

Trabajo costó á este dominar la emocion que sentia; mas conociendo que si tardaba en emitir su opinion sobre tan delicado asunto, podria pasar por sospechoso en el ánimo de sus interlocutores, hizo un esfuerzo desesperado para vencer los pensamientos que en tropel acudian á su mente, y dijo con gran serenidad y destreza:

—La señora princesa de Éboli, segun lo que por ahí se refiere, es dama que no se resigna á sufrir con paciencia el inagotable cariño de D. Ruy Gomez, que es ya viejo y achacoso.

—No os salgais por el atajo, señor secretario, pues no por eso llegareis mas pronto. Ya sabemos aquí el pié de que cojea la bellísima doña Ana de Mendoza; mas eso no prueba que el Rey...

—Ciertamente que no; pero ello es que se asegura.

—Es verdad: y precisamente se asegura, cuando mi hermano D. Felipe se casa con la princesa doña Isabel, y cuando el príncipe de Silva se halla ausente. Si al menos se pudiese averiguar la fuente de esas calumnias....

—¡Ah! ¿Conque así las juzgais? exclamó Requesens.

—Así las juzgo. ¿Y por qué he de juzgarlas de otro modo? Se tiene en Valladolid por cierto, que el Rey y la esposa de Silva mantienen secretos amores.... pero, ¿en que se fundan los que tal dicen? En lo que acabais de esponer, señor secretario; en que doña Ana necesita un amante, porque se aburre con su esposo. ¡Y qué! ¿Por fuerza ese amante ha de ser el Rey? ¿Por qué motivo no os achacan á vos el muerto, señor Comendador Mayor?

—¡A mí!

—O á vos, señor Antonio Perez, prosiguió D. Juan, mirando de hito en hito al secretario.

—¡Qué es lo que suponeis, señor! repuso éste visiblemente turbado.

—Sosegaos, pues yo nada supongo: paréceme indudable, que pues han elegido el nombre del Rey para esa intriga, y no el de ningun magnate de la corte, intriga política ha de ser y no de amores.

—Creo que habeis dado en el blanco, dijo Antonio Perez respirando con fuerza.

—Qué sabemos, si por este medio se intenta hacer que el virtuosísimo y honrado caballero D. Ruy Gomez de Silva se aparte de su fidelidad al Rey?

—¡Ah! murmuró iritado Requesens; todo se puede creer de don Fernando Alvarez de Toledo.

—Si el duque de Alba anda en el juego, muy espuesto está á perder la partida. Acordaos, señores, de que nuestra primera obligacion es mantener unida á la nobleza castellana alrededor del Rey; que la ambicion de unos y de otros, llevada fuera de los límites de la prudencia, puede costarnos á todos muy cara y sumir al reino en un abismo de males; que los enemigos estiores están muy interesados en fomentar la discordia entre nosotros, y por último que debemos respetar y hacer que por todos sea respetado el nombre del Rey. Esto mismo diré al príncipe de Éboli, al duque de Alba y á todos los grandes de Castilla, siempre que sea necesario.

Requesens y Antonio Perez se separaron del jóven austriaco, admirados de que á la edad apenas de quince años diese tan inequívocas pruebas de prudencia y de resolucion. El Comendador, recordando que D. Felipe les habia encargado su aprendizaje, en la práctica de los negocios, dijo al secretario:

—Tened por seguro, que el discípulo aventaja á sus maestros.

Aquel mismo dia, dos horas despues de la conferencia de las tres personas encargadas del gobierno, llegó el rey D. Felipe á Valladolid.

CAPÍTULO XXII.

Del cual se deduce que el jurisconsulto Vargas era un excelente fiscal para formar un proceso de conspiracion.



A descripcion de los regocijos públicos que se hicieron en la ciudad, para festejar á su nueva Reina, llenaria mayor número de páginas que el que nos hemos propuesto ocupar con el relato de los acontecimientos que vamos narrando: hubo torneos, corridas de toros, luminarias y fuegos de artificio por espacio de ocho dias consecutivos, y la piedad de D. Felipe no olvidó que al cielo debia las singulares ventajas, que sus ejércitos habian alcanzado en la guerra, asi como el acierto con que hasta entonces regía su consumada política en la paz los vastísimos dominios de la corona, en los cuales *nunca se ponía el sol*.

No se crea sin embargo que vivió adormecido en la ociosidad,

mientras duraron las fiestas. Su primer cuidado fué disponer que el duque de Medinaceli, virey de Nápoles, equipase en Mesina una fuerte escuadra, tripulándola con catorce mil hombres, y que con ella escarmentase á Dragut. Dióse á la vela aquella division naval haciendo rumbo hácia Malta, mas una tempestad y el furor de contrarios vientos obligaron al virey á arribar al puerto de Siracusa, punto infestado á la sazón por una cruel epidemia, que llevó al sepulcro á cuatro mil soldados españoles. Desde allí se dirigió la escuadra á la isla de Zerbi, no léjos de Trípoli, y la tomó al primer ataque; mas habiéndose detenido en ella las tropas para refrescar víveres y guarnecer el castillo, que de nada podia servirles en sus sucesivas operaciones, se aprovecharon los infieles de tan injustificable inaccion, para reunirse y aproximarse con ánimo de vengar su reciente derrota. Noticioso al mismo tiempo el infatigable Dragut, de que los españoles se proponian destruir su poder, juntó sus fuerzas marítimas, diseminadas en la costa de Berbería, y requiriendo al emperador Soliman, para que le auxiliase en la defensa de sus conquistas, se aprestó á hacer frente á la armada española. Cuando se disponia á avanzar hácia Zerbi, tuvo la fortuna de que se le reuniese la escuadra del almirante Piali, enviado por la Sublime Puerta en su socorro, y á este debió el pirata argelino salir, con mas gloria que la que esperaba, del laberinto en que imprudentemente se habia enredado.

El virey ignoraba completamente el paradero de su astuto enemigo, cuando este, reforzado por los navios de Piali, se presentó en las aguas de la isla de Zerbi, cuyo aviso llevó al duque una fragata de la órden de Malta, que estuvo en peligro de ser echada á pique. Reunido acto continuo el consejo de guerra á bordo de la Capitana, se dividieron las opiniones, siendo de parecer unos, que se debia aparejar para salir al encuentro de Dragut, y aconsejando otros que la retirada era el espediente mas seguro, para huir de tan inminente peligro. Pero en tanto que deliberaban los españoles sin decidirse por ninguna resolucion, se acercó á su escuadra el pirata por el frente, mientras Piali la envolvía por retaguardia. Entonces todo se convirtió en espantoso desórden, y cada buque solo atendió á su propia defensa, sin cuidarse del combate general que no existia, supuesto que ningun plan anterior lo habia anunciado.

Algunos navíos se salvaron á fuerza de vela, refugiándose en la isla de Malta, á cuyo punto fué tambien á parar el virey de Nápoles, despues de haber encomendado el gobierno de Zerbi al valiente don Alvaro de Sande; otros se estrellaron contra los escollos de la isla, ó bararon en sus peligrosos arrecifes, y los turcos mataron mil hombres, apoderándose de mas de treinta buques y de unos seis mil prisioneros. Así terminó aquella espedicion, destinada á limpiar el Mediterráneo del vandalismo de los que se llamaban *Mendigos del mar*, con descrédito de la pericia del virey de Nápoles y del almirante Doria.

Pero habia en aquel ejército, desprovisto ya de embarcaciones, un hombre intrépido á toda prueba, que habia jurado lavar la mancha de la derrota sufrida por las armas españolas. Era D. Alvaro de Sande, caudillo de corazon y de extraordinario arrojo, á quien no abatian jamás los reveses de la contraria fortuna. Conservaba ciertamente la fortaleza de Zerbi, pero el almirante Piali que la sitiaba por mar y tierra habia destruido sus fortificaciones. El hambre acababa ademas á la escasísima guarnicion, que Sande habia podido reunir; de modo que los turcos, en número de doce mil hombres, contaban con otra victoria mas. Piali hizo al general español brillantes proposiciones para que rindiese la plaza, que solo era ya un montón de escombros; pero aquel las desechó con orgullo, y jurando que mas queria perecer gloriosamente espada en mano, que entregar el depósito confiado á su hidalguía, acometió furiosamente á los infieles en su mismo campo, tomóles peleando cuerpo á cuerpo tres trincheras, una en pos de otra, y despues de batirse desesperadamente, á la cabeza de sus pocos soldados, contra cuatro mil genízaros, que guardaban la tienda del almirante de Soliman, despues de abrirse paso, con pérdida de casi toda su gente por medio del ejército sitiador, llegó cubierto de heridas y acompañado de dos oficiales, á bordo de un bergantin de guerra español, que estaba varado en la costa. Al amanecer del siguiente día, vieron los enemigos al héroe sobre la cubierta del buque; armado con su espada y su rodela, aguardaba impasible que aquellos le atacasen para morir matando; pero Piali, asombrado por tan indomable denuedo, respetó su vida, se adelantó á él sin armas y le ofreció su mano. Don Alvaro de Sande fué victoreado por los diez mil turcos, que no ha-

bian podido vencer su constancia, y conducido poco despues cautivo á Constantinopla, el rey D. Felipe se apresuró á rescatarle, ofreciendo por su libertad todo quanto Soliman pidiese.

Respecto á Flandes, no anduvo menos activo, pues envió á la Gobernadora prontos auxilios, con órden espresa de que pusiese en pié de guerra cinco regimientos de infantería y un cuerpo respetable de caballería. Doña Margarita secundó con acierto las intenciones de su augusto hermano, y cayendo impensadamente sobre Valenciennes, cuyos moradores habian declarado ódio eterno á los católicos, la obligó á que recibiese una guarnicion de las mejores tropas, despues de haber hecho sufrir la pena de muerte á los revoltosos mas notables, y prohibido bajo severas amenazas el culto de la religion protestante. Al sentir tan de cerca el castigo, que el irritado monarca imponia á su desobediencia, humillaron la cerviz muchas ciudades rebeldes, entre las que figuraba Amberes; pero el conde de Brederode exigió con altanería que la duquesa de Parma diese curso á una nueva peticion, en la cual debian formular sus quejas y agravios los descontentos, ya que el Rey habia desatendido la primera, enviada por el marqués de Mons y el baron de Montigny: la Gobernadora se negó á su exigencia, haciéndole saber que, habiéndose sublevado contra la autoridad real, habia perdido el derecho de demandar justicia contra los actos del gobierno. Exasperado Brederode con esta respuesta, rehusó someterse y pasó á Holanda para reunir partidarios: poco despues logró fortificarse en la plaza de Vianem, mas la Duquesa regente envió contra él al general conde de Aremberg, y este obligó al gefe de los nuevos confederados á refugiarse sin combatir en Alemania. Así concluyeron por entonces las tentativas de aquellos estados, para sacudir el yugo de España.

El jurisconsulto Juan de Vargas, habia salido para Segovia con arreglo á las instrucciones del Rey, para dar principio al proceso de los embajadores flamencos. Ocupaban estos dos aposentos separados del segundo cuerpo de aquel imponente alcázar, asegurados por fuertes rejas de hierro cruzadas, y por puertas chapeadas exterior é interiormente con gruesas planchas del mismo metal. Los jueces se instalaron en el primer piso, y desde luego se ocuparon en la recapitulacion de los indicios, que hacian presumir la culpabilidad

de aquellos desventurados magnates, ya que la carta del conde de Horn, entregada por Requesens al presidente del tribunal, contenia los cargos de traicion á los cuales debian responder. Todo se habia dispuesto de tal modo, que parecia muy difícil, si no imposible, que los presuntos reos pudiesen librarse del terrible castigo que les amenazaba.

El baron de Montigny se habia conformado con su mala suerte y se preparaba á sufrir tranquilamente la pena que el Rey tuviese á bien imponerle; pues no dudaba que todos sus esfuerzos para evitarla serian inútiles. Ninguna queja salió de sus lábios contra don Felipe ni contra los que le habian hecho traicion, desde que fué preso en Roncesvalles hasta que entró en el alcázar, y únicamente allí manifestó su deseo de hablar al conde de Barajas, que le habia conducido. Avisado este, y no teniendo órdenes que le impidiesen satisfacer aquel deseo, se presentó en el calabozo del baron.

—¿En qué puedo serviros, señor de Montigny? le preguntó tristemente, pues compadecia el mal término de los dos cautivos. Si es cosa que no se opone á la fidelidad que debo al Rey, decidla al punto y os prometo cumplirla: por lo demas, estad cierto de que tal vez nadie siente á estas horas tanto como yo vuestra desgracia y la de vuestro amigo.

—Nada os pido que no podais hacer como buen caballero, le respondió con gravedad el flamenco: os he acusado y maldecido mil veces, señor conde de Barajas y por ello os requiero que me perdoneis. No sois vos la persona que me engañó, valiéndose de vuestro nombre, y esto mismo declararé á mis jueces para oprobio y mengua del rey D. Felipe.

—¡Oh! No hagais tal, desventurado, exclamó el conde, porque no alcanzareis misericordia.

—¿Y si callo?

—¡Quién sabe!

—Pues bien; callaré por no perder un resto de esperanza; no diré lo que se me ocurre sobre esa política misteriosa, que convierte á los hombres en espías de sus semejantes; no comprometeré al príncipe D. Carlos, por cuyo servicio me encuentro así.... ¡Y todo, porque me es necesaria la vida! ¡Todo por conservarla para mis pobres hijos, que me aguardan en Bruselas!

El Conde abrevió tan penosa entrevista, pues estaba persuadido de que la suerte de los dos embajadores de Flandes estaba irrevocablemente fijada.

Por su parte el marqués de Mons, que no participaba de los sentimientos de conformidad de su amigo, discurría sin descanso para encontrar un medio de librarse de su triste cautiverio. Había examinado la reja y convenciéndose de la imposibilidad de huir por aquel lado; la puerta presentaba obstáculos insuperables, y además, por el largo y oscuro corredor, en que se hallaban situados su calabozo y el de Montigny, se paseaban noche y día dos centinelas, que acudirían al menor ruido que se hiciese. Entonces le ocurrió la idea de ponerse en comunicacion con su compañero, cuyo calabozo sólo estaba separado por un tabique de ladrillos, y sacando un puñal, que había logrado ocultar en el pecho, cuando le prendieron, se puso á la obra, procurando abrir en el tabique, y como á dos piés del suelo del calabozo un agujero que, á fuerza de trabajo y constancia, conseguiría ensanchar de manera, que le permitiese pasar al otro encierro. El proyecto del Marqués, una vez alcanzado este primer triunfo, era sorprender al llavero, cuando fuese á llevar la cena á Montigny, dejarle encerrado en el calabozo de este y bajar al primer piso del alcázar, entregándose despues en brazos del destino, para que les deparase una salida. Si los centinelas acudían á la puerta del calabozo, antes que el llavero estuviese asegurado, uno de ellos moriría de una puñalada, ya que no fuese posible atraer á los dos al encierro, y cerrar la puerta despues de echarse ellos fuera: en el primer caso, solo tendrían que habérselas con el llavero y el otro soldado; pero recordaba Mons que el baron había traído de Flandes una daga que tenía en grande estima, y era fácil que la conservase en su pecho, supuesto que el conde de Barajas, al proceder á su prision en Roncesvalles, se había contentado con pedirles las espadas: de este modo nada tenían que temer los dos esforzados caballeros de unos enemigos, que se considerarían dichosos, si lograban salvar sus vidas. Este plan de evasion era á todas luces arriesgadísimo; pero el Marqués conocía muy bien que, al ordenar D. Felipe su arresto y el de Montigny, sin tener para nada en cuenta su carácter de enviados de las provincias que reclamaban contra los actos del gobierno, daba seguro indicio de que no quería perdonar lo que

llamaba y era efectivamente rebelion de los estados, y de que entraba en sus planes responder con las cabezas de los embajadores á sus enérgicas demandas. Así pues, perdida la esperanza de recobrar la libertad, seguro de que pronto pereceria en un cadalso, trató de jugar el todo por el todo, pareciéndole mucho mas noble morir dentro del alcázar, en nocturna refriega y á manos de un soldado, que no á las del verdugo en medio de una plaza pública.

Trabajó pues con ahinco, cubriendo con su cama el agujero, así como la tierra y los ladrillos que iba arrancando, cada vez que la fatiga le obligaba á descansar, á fin de que el llavero no se apercibiese de su faena, y en pocos dias consiguió abrir un boquete, por el cual podia pasar al otro encierro, aunque venciendo no pocas dificultades. Advertido Montigny por las primeras capas de yeso que vió caer, y por el ruido sordo que sentia, comprendió el pensamiento de su amigo, le ayudó en la obra, desprendiendo los ladrillos que aquel movia con su puñal, y no tardó en oir su voz. Entónces acercó tambien su cama al agujero, y cuando llegó la noche tuvo el consuelo de abrazar al Marqués: éste le enteró del plan que habia formado; pero el baron, mas prudente, no quiso aceptarlo sin mas detenida meditacion, pues imaginó desde luego que era una empresa desesperada. Convino sin embargo en que, segun el rumbo que llevaban las cosas, era indispensable que tomasen un partido, pues sabian por el llavero que habian llegado al alcázar los jueces que debian entender en su proceso; por lo cual le ofreció que pensaria sin descanso en el proyecto de fuga, y que si lo aprobaba, lo realizarian en la noche siguiente.

El cielo sin embargo habia dispuesto que no fuese así, pues no bien volvió Mons á su calabozo, cuando se encontró frente á frente con el llavero, quien no viendo al preso, acababa de llamar á los centinelas, para consultar con ellos el medio de encontrarle. Los centinelas entraban en el encierro, al mismo tiempo que el Marqués aparecia en él por el boquete: al verlos, echó mano al puñal, y desesperado al considerar que se habian frustrado sus esperanzas de escaparse, lo volvió contra su pecho, clavándoselo en el corazon. Precipitáronse sobre él los soldados y el llavero, mas ya era tarde: el marqués pronunció poco antes de espirar estas palabras:

—Caiga mi sangre sobre la cabeza del rey D. Felipe, tirano de mi patria.

La llegada del llavero al calabozo del desventurado Marqués tenía por objeto conducirlo al aposento, que ocupaba Juan de Vargas. Este se hallaba arrellanado en una gran poltrona, delante de una mesa, sobre la cual figuraban la carta del conde de Egmont, una relacion de la entrevista que habia tenido el cardenal Espinosa con el conde de Barajas, firmada por el mismo Presidente del Consejo del rey y otros muchos papeles y legajos. El secretario Juan Escobedo se paseaba por la estancia, aguardando el instante en que compareciese el presunto reo, para estender su declaracion.

Cuando llegó el llavero con la noticia del suicidio del marqués de Mons, Juan de Vargas hizo un gesto de diabólica alegría y exclamó:

—Ya tenemos esa prueba mas de la culpabilidad del baron de Montigny: apuntaremos que, sorprendidos ambos cómplices en el acto de fugarse del alcázar, el señor de Mons se ha dado la muerte con un puñal que guardaba escondido, y que el baron, sin tiempo para hacer lo mismo, se ha entregado, despues de haber opuesto vivísima resistencia. Traed al momento al señor de Montigny, añadió dirigiéndose al llavero, y cuidad sobre todo de que esta noche duerma en mas seguro encierro.

Retiróse el llavero y Vargas ordenó á Escobedo que pusiese en conocimiento del Rey lo que acababa de ocurrir. Hízolo así el Secretario y pocos minutos despues salió de Segovia, para Valladolid, un espreso con el despacho.

El baron de Montigny se presentó delante de Juan de Vargas con ánimo sereno. Acompañábanle cuatro soldados y el llavero, á quienes mandó el letrado que permaneciesen fuera de la habitacion, y acto continuo dió principio al interrogatorio del modo siguiente:

—Decid vuestro nombre.

—¡Mi nombre! respondió el baron sonriéndose. Si lo ignorais ¿por qué me teneis preso en este alcázar?

—Os está prohibido dirigirme preguntas, murmuró el juriscónsulto: sepamos como os llamais.

—¡Qué diablos! exclamó Montigny. Demasiado lo sabeis.

—Y dijo, prosiguió Vargas como dictando al Secretario, que por todos los demonios del infierno jamás declararia su nombre.

—Os advierto señor Juez, que yo no firmaré eso: aquí no hay

demonios que valgan y así, poned desde luego mi título de baron de Montigny, embajador de los Estados de Flandes.

—En buen hora. Y dijo ser el baron de Montigny, enviado á Castilla por el conde de Egmont y demás rebeldes de la provincia de....

—Borrad tambien eso, porque no he nombrado al conde de Egmont, ni tengo por rebeldes á mis compatriotas.

—Se subsanará la falta donde la hubiere. Y dijo que, por lo tocante al conde de Egmont, no le conoce....

—¡Ira de Dios, señor Juez! ¿Sabeis que eso pasa de raya? ¿Cuándo me habeis oido proferir semejante impostura? Si continuais de esa manera, cerraré mis lábios.

—No os impacientéis tanto, señor de Montigny, que todo se remediará.

—Pues preguntad lo quisiéreis, y que el Secretario escriba mis respuestas sin vuestra ayuda; yo mismo se las dictaré.

—Vuestro deseo es inadmisibile; se opone á lo que está dispuesto por el Rey nuestro señor.

—¿Y ha dispuesto el Rey que un juez de un proceso asegure, al dar cuenta de las declaraciones, lo contrario de lo que esponen los acusados?

—¡Ah! Luego por acusado os teneis....

—¿Puedo dudarle, desde que se me ha traído á Segovia?

—Y dijo, prosiguió Vargas inclinándose hácia Escobedo, que ya conoce el crimen de lesa majestad, por el cual se le acusa.

—Sois peor que el verdugo, señor Juan de Vargas: yo no he dicho tal.

—¿Pues qué habeis dicho? Mi obligacion es transcribir fielmente al secretario vuestras palabras.

—Y cumplis bien con vuestra obligacion.

—Ya lo estais viendo, señor Baron, y siempre obro así, porque amo la justicia. En fin, pasemos adelante.

—No; no pasemos, si gustais; es preciso inutilizar todo lo escrito.

—¡Cómo así! ¿Os volveis atrás de lo declarado?

—¡Eh!... dejadme en paz con la declaracion, que contiene hasta ahora mas desatinos que frases.

—Despues la examinaremos: respondedme ahora categoricamente.

—Preguntad.

—¿A qué vinisteis á la corte de Castilla?

—A esponer al rey D. Felipe las justas quejas de los Estados contra los edictos.

—Escribid eso, señor Secretario, y no omitais una letra. ¿A qué mas vinisteis, señor de Montigny?

—Me habeis hablado del conde de Egmont: pues bien; traje una carta suya para el príncipe D. Carlos de Austria.

—Id anotando, señor Juan Escobedo. ¿Qué hicisteis de ella?

—Me fué sustraída vilmente, y entregada al Rey por medio de una infame traicion.

—Y dijo que usando el Rey, á quien Dios guarde, de la mas infame y vil trai.....

—Alto allá, señor Juan de Vargas, pues volveis á dar en la flor de vuestros comentarios: nada ha salido de mi boca, que pueda ofender á Su Alteza.

—¿Pues á quién?

—¡Cómo! ¿Conque no me habeis comprendido? Muy cándido sois á fé mia.

—Acabais de hacer mencion del Rey, uniendo su nombre al de una traicion infame: por lo tanto, está en su lugar lo escrito.

—Mentís, mal caballero, gritó Montigny, no pudiendo ya contenerse, y primero se me arrancará el corazon á pedazos, que obligarme á firmar ese fárrago de acusaciones contra mí mismo.

—Yo os doy palabra, le contestó el jurisconsulto, de que se tacharán todas las respuestas que no se ajusten exactamente á lo que os dicte vuestra conciencia.

—Hasta ahora, muy poco ó nada habeis aprovechado para el esclarecimiento de la verdad.

—Continuemos, si lo teneis á bien.

—Estoy pronto á no ocultar nada de lo que sepa; mas exijo que no se tuerzan ni enreden mis razones, para agravar mi mala suerte. Y.... creedme, señor Juan de Vargas; mas quiero morir, que aguantar por mas tiempo el suplicio que me estais haciendo pasar.

—Sosegaos, sosegaos, pues ya trataremos de que no quedeis quejoso de nuestra exactitud.

—Eso es lo único que pido. Y ahora, preguntadme cuanto os diere gana.

—¿Conoceis el contenido de la carta del conde de Egmont?

—No la he leído.

—El conde dice en ella al príncipe D. Carlos, que debe seguir las instrucciones que os dió de palabra.

—Bien: esas instrucciones eran que el Príncipe solicitase del Rey su padre el gobierno de las provincias flamencas; en ello ganaría mucho la causa de España.

—¿Y con la fuga del Príncipe, en caso de no acceder el Rey á su pretension?

—No entiendo lo que me preguntais.

—Y dijo, murmuró Juan de Vargas dirigiéndose al Secretario, que se negaba á responder á cualquiera pregunta que se le hiciese, tocante á la fuga de la persona, que no ignora el Rey nuestro señor.

Montigny, ciego de furor, iba á precipitarse sobre el juez, pero se contuvo de pronto, porque imaginó que al primer grito entrarían en la pieza los cuatro soldados y el llavero para sujetarle, haciéndole pagar hartó caro el desahogo justísimo de su indignacion. Adelantóse sin embargo hácia la mesa y mirando de hito en hito á Escobedo, le dijo con mal reprimido enojo:

—Hacedme merced de borrar eso, señor Secretario.

Este no sabia qué partido tomar, pues por un lado no osaba hacer frente á la exasperacion tranquila del flamenco, y temia por otro esponderse, si le obedecia, á las reconvencciones de Vargas.

—Borradlo, insistió el baron.

—¿No es lo mismo que habeis declarado? repuso el juez sonriéndose.

—Nó.

—¿Y por tan poco os apurais? Dejadlo como está, que es en beneficio vuestro.

—¿De qué modo? Esplicaos.

—Aunque os está prohibido dirigirme preguntas, una vez hechas, nada se opone á que yo os conteste.

—Hacedlo pues y.... cuidado, porque no hemos de pasar de aquí.

—Os he aconsejado que dejeis la última respuesta como está,

porque negándoos á dar esplicaciones sobre el proyecto que formasteis para sacar de España á D. Carlos de Austria, no os molestaré ya mas.

—Pero me confieso delincuente, replicó con viveza Montigny, que habia comprendido toda la alevosía de Vargas. Os requiero para que desaparezcan tan pérfidas palabras del interrogatorio.

—Pensad, señor de Montigny, exclamó el letrado con imperio, en que algo se ha de poner.

—Poned lo que me oigais.

—Nó, sino lo que mas convenga al servicio del Rey, á quien Dios guarde.

—Haced lo que os cuadre; mas desde este instante no pronunciaré una palabra mas y mi declaracion será nula, porque no llevará mi firma.

—¿Y qué me importa? Constará que despues de haber declarado, tuvisteis miedo de sostener con vuestra firma vuestra confesion.

—¿Haréis eso, señor Juan de Vargas? gritó el baron fuera de sí, y metiendo la mano en el pecho para apretar el puño de su daga.

—Lo haré, respondió el jurisconsulto con la mayor sangre fria: escribid, señor Juan Escobedo.

Mas apenas hubo pronunciado estas palabras, quando el brazo del baron se alzó armado de su afilada daga sobre el juez de su proceso. Este, que no perdía uno solo de sus movimientos, se hizo atras con la celeridad del rayo, y el arma homicida quedó clavada junto á una de sus manos que, para sostenerse, habia dejado apoyada sobre la mesa. El secretario Escobedo se puso en pié al mismo tiempo y lanzando un grito, se precipitó sobre Montigny: al grito acudió el llavero seguido de los cuatro soldados y sujetaron entre todos al reo, que hacia increíbles esfuerzos para desasirse de sus manos y apoderarse de la daga. Exhausto de fuerzas en lucha tan desigual, rindióse al fin jadeando y sin aliento: el mismo Vargas le maniató y dispuso que fuese encerrado en un calabozo subterráneo del alcázar.

Tres dias despues de esta ocurrencia, fué trasladado de orden del Rey al castillo de Simancas.

CAPITULO XXIII.

De como la princesa de Éboli y la doncella Beatriz lograron mistificar á D. Ruy Gomez de Silva.



A hemos dicho que el Rey habia vuelto á Valladolid. La escursión que acababa de hacer para la celebracion de su matrimonio y las fiestas de Toledo, con motivo de la jura del Príncipe su hijo, se avenian muy mal con sus hábitos de trabajo y de retiro: por esta causa, procuró abreviar todo lo posible las que llamaba distracciones impuestas á su carácter por altas consideraciones de conveniencia para su reino, y desde su entrada en la ciudad, se entregó de nuevo con infatigable constancia á sus tareas administrativas.

El príncipe D. Carlos, en pugna abierta contra las disposiciones últimamente adoptadas, para sofocar enteramente la rebelion de los flamencos, no disimulaba su ódio contra los individuos que compo-

nian el consejo del Rey; pero el duque de Alba era quien habia llegado á inspirarle una aversion, justificada hasta cierto punto por sus ambiciosas miras, y por los temores que infundian en el ánimo del mismo Príncipe la crueldad, con que aquel caudillo se preparaba á castigar á los sediciosos. Asegurábase, en efecto, que don Fernando Alvarez de Toledo iba á marchar á Bruselas, pues adoptando D. Felipe el último parecer de su Consejo, habia nombrado ya al general, negociador de su matrimonio con doña Isabel de Valois, para el importante y espinoso cargo de gobernador de los estados flamencos, con amplias facultades para destruir de raíz la heregía y acabar para siempre con todos los confederados. D. Carlos aborrecia al Duque por su orgullo, por lo mucho que habia contribuido á hacerle perder la mano de la princesa de Francia y porque se disponia á ser el azote de unas provincias, á las cuales miraba él con particular predileccion. Baltasar Cisneros, que habia tenido la habilidad de ocultar sus manejos para la fuga del Príncipe, y que por no haberle seguido Diego Martinez á Roncesvalles, pudo sustraerse á su activa vigilancia, permanecia al lado de su joven protector y fomentaba en el fogoso corazon de este unos sentimientos que debian serle fatales. No contento con inspirarle una enemiga mortal contra los que secundaban arduosamente la política de D. Felipe, retrató al padre con las tintas mas negras, haciendo creer al mismo tiempo al hijo que la ternura de la Reina hácia su persona en nada habia cambiado. Para conseguir este objeto, fraguó á su manera una historia de las intrigas y maquinaciones, puestas en juego por el duque de Alba, de acuerdo con el Rey, para obtener el sacrificio de la desventurada doña Isabel, que suspiraba segun decia el cómico-poeta, al recordar aquellos dichosos dias, en que la era permitido entregarse á los dulces afectos de su alma. No necesitaba tanto D. Carlos, para que en su pecho se inflamasen las mas encubiertas chispas de un amor violento. Saber que doña Isabel le amaba todavía, á despecho del poder de D. Felipe, era una felicidad que le hacía olvidar todos sus sufrimientos y amarguras; imaginar que acariciando una esperanza funesta, podia vengarse del Rey y de sus consejeros, era tambien su delicia y su único consuelo, en medio de la soledad á que voluntariamente se habia reducido, desde la vuelta de la corte á Valladolid. Entonces solo pensó en ver á la Rei-

na, en renovar sus protestas y juramentos de Paris y en morir, si era preciso, por obtener de ella la declaracion de los tiernos sentimientos que su confidente Baltasar le habia asegurado.

Mientras este último y el Príncipe discurrían los medios mas adecuados para conseguir su propósito, se representaba una escena de otra especie en casa de la princesa de Éboli. D. Ruy Gomez de Silva se reconocia impotente para luchar cara á cara contra un rey como D. Felipe, pero estaba resuelto á no consentir que su nombre sirviese de mofa y ludibrio entre los ociosos de la corte. Así pues, apenas pisó los umbrales de su morada, cuando mandó á Fortun, su criado de confianza, que avisase á los duques del Infantado y de Medina Sidonia, y al conde de Cifuentes, así como al marqués de la Fabara, parientes de doña Ana, diciéndoles que se sirviesen honrarle con su visita, para darles cuenta de un negocio grave, en que le iba la honra.

Despues, sin preguntar por su esposa, que no se cuidó por su parte de salirle al encuentro, contentándose con preguntar por su salud, se entró en una sala interior y comenzó á recorrerla precipitadamente, para aguardar á sus deudos y amigos. Difícil sería expresar fielmente la agitacion, la ira y el despecho que abrasaban el corazon del honrado esposo, desde que el infame anónimo habia confirmado sus anteriores sospechas, respecto á la pasion criminal que suponía existir entre la Princesa y el Rey. La fidelidad que á este debia, como buen vasallo y como consejero, se presentaba algunas veces á su pensamiento, para hacerle vacilar en las reparaciones que exigia su honor tan pérfidamente ultrajado; pero habia tomado una resolucion y estaba resuelto á llevarla á cabo, desentendiéndose de todos los deberes que le imponian, tanto los intereses políticos de su partido, como los de su elevada clase. Bien conocia D. Ruy Gomez que su retirada de los negocios proporcionaria una victoria decisiva á la parcialidad del duque de Alba, pujante ya con el nombramiento de este general para el gobierno de Flandes; mas habia jurado no sobrevivir á su deshonor, si no la vengaba públicamente, castigando al Rey del único modo que podia, y á su esposa de la manera que reclamaba su torpeza.

No se habia dormido entre tanto doña Ana de Mendoza: advertida por Beatriz de la tempestad que la amenazaba, se proponia ha-

cer frente al peligro. La incesante charlatanería de la condesa de Barrajas habia descubierto por fin á la doncella su empeño de arruinar á la princesa de Éboli, por medio del escrito anónimo dirigido á su esposo, y alarmada Beatriz, consultó tan espinoso asunto con su querido Diego Martínez. Este, despues de meditarlo profundamente, dijo á su amada, que la imaginacion no le sugería mas recurso, que el de jugar alguna treta á D. Ruy Gomez, á fin de arrancarle la acusadora carta, negar despues la acusacion con altanería y descaro, en lo cual ayudaria el Rey, si era preciso, por un sentimiento de justicia, supuesto que, en efecto, aquella acusacion era una impostura de la Condesa, y hacer valer luego la misma carta, para obligar á D. Felipe á que castigase con severidad á la envidiosa enemiga de la Princesa. El plan era excelente, con tal que pudiera realizarse; mas su éxito dependia en gran parte de la casualidad. Diego sin embargo no desesperó de él, y para asegurarlo, ofreció á Beatriz que facilitaria á doña Ana otro escrito, que serviria de mucho en el negocio, si ella se daba maña para apoderarse del anónimo. La doncella dió parte á su señora del parecer de Diego, y la Princesa, apurada por el peligro, que iba arreciando, á medida que se acercaba el dia de la vuelta de Ruy Gomez, atormentó su ingenio, formó y desechó veinte proyectos, hasta que al cabo, con el auxilio poderoso de Beatriz y del veterano, se fijó en la idea de mistificar completamente al príncipe de Éboli, patentizándole la verdad por medio de un engaño. El plan acordado consistia en que doña Ana no debia presentarse á su esposo, á fin de evitar cargos poco agradables y acaso una ruptura definitiva; llegada la noche, y luego que D. Ruy Gomez se acostase, habia de registrar Beatriz sus bolsillos y buscar el escrito anónimo, que el zeloso caballero no era probable que hubiese depositado en otro lugar, metiendo en ellos la carta facilitada por Diego Martínez: de este modo, cuando el esposo intentase alzar el grito, presentaria como prueba de su deshonra la justificacion de la Princesa.

Pero doña Ana y su doncella se encontraron burladas con la pronta determinacion tomada por el irritado magnate, de convocar en su casa á los deudos mas próximos de la primera. Desde luego comprendieron que aquella junta de parientes solo podia tener por objeto el grave asunto que las ocupaba, por lo cual se prepararon con-

tra todo evento, decidiéndose á que Beatriz, oculta detrás del tapiz que cubria una de las entradas de la estancia, en que se hallaba D. Ruy Gomez, espíase todos sus movimientos y asistiese á la conferencia que iba á celebrarse. Situóse pues la doncella con el mayor silencio en su escondite, y la Princesa la siguió; colocándose detrás de ella, con la carta de Diego Martinez en la mano, á fin de estar prevenida para cuanto pudiese ocurrir.

Paseábase, como queda dicho, el indignado Silva por la sala: á la irritacion de su ánimo habia sucedido el abatimiento; á la cólera, la calma de la desesperacion. Veia con tristeza huir de sus manos el poder, y la satisfaccion de su orgullo desaparecia para siempre, dando por perdidos los ambiciosos proyectos, que en los consejos del Rey debian hacer temibles á sus amigos y parciales, y destruir la influencia del partido intolerante de la corte. Su mirada era sombría; sus pasos, aunque precipitados, vacilantes. Detúvose de pronto; su fisonomía tomó en aquel momento una espresion terrible y espantosa: sin duda recordaba con furor, que todos sus planes, que todas sus aspiraciones de gloria, que todos sus magníficos sueños de engrandecimiento, acababan de desvanecerse por la desenvoltura de una muger. Y como si dudase aun de la desgracia que le abrumaba, como si una ilusion engañadora hubiera fascinado sus sentidos, sacó la carta que habia recibido de Toledo; aquella carta, que contenia la fiel pintura de su deshonra, y la devoró temblando, como si hasta entonces no la hubiese leído. Arrojàndola despues sobre la mesa que adornaba la sala, apretando los puños y clavando la vista desesperadamente en ella, exclamó:

— ¡Ella infiel!... ¡Infiel doña Ana de Mendoza!

Beatriz, que no perdía uno solo de sus movimientos, abandonó su escondite y se adelantó lentamente hácia la mesa con la carta de Diego Martinez, que acababa de entregarle la princesa de Eboli, manifestando en sus miradas el objeto de su peligrosa osadía. Bien hubiera podido estender una mano hácia el anónimo escrito y apoderarse de él, porque D. Ruy Gomez nada veia, ninguna cuenta se daba en aquel instante de cuanto ocurría á su alrededor, ni aun de sí mismo; mas no se atrevió á hacerlo, hasta que sucumbiendo el pundonoroso magnate bajo la abrumadora carga de los horribles pensamientos que le acosaban, se dejó caer en una poltrona, cu-



¡Ella infiel.....! ¡Infel doña Ana de Mendoza!

briéndose el rostro con las manos. Entonces avanzó temblando la doncella, llegóse á la mesa de puntillas, y cogiendo la carta que habia fraguado la malignidad de la condesa de Barajas, dejó en su lugar la que llevaba y se retiró con mas atolondramiento que prudencia. El ruido de sus pasos, el movimiento del tapiz, ó acaso el estrépito de una puerta que acababa de cerrarse, sacaron al príncipe de Éboli del letargo moral en que al parecer se encontraba. Abrió los ojos desmesuradamente, paseó sus miradas por la estancia y fijándolas en el escrito, que divisaba sobre la mesa, murmuró melancólicamente:

—No es una pesadilla, no: creia soñar que mis recelos eran quiméricos temores, que mi honor no habia sufrido menoscabo: mas... hé ahí ese escrito, que revela mi afrentoso suplicio.... que me hace morir.

Levantóse despues de haber pronunciado estas palabras, y acordándose de que tal vez no tardarian en llegar los personajes, á quienes habia citado, hizo un esfuerzo y procuró serenarse, ó al menos revestir su semblante con la aparente tranquilidad que exigian las circunstancias. Cinco minutos despues hizo sonar el timbre de la sala, y habiendo acudido un criado, le preguntó D. Ruy Gomez si habia vuelto Fortun. La respuesta que recibió fué el anuncio de la llegada de los caballeros, que con tanta impaciencia estaba esperando.

Introducidos que fueron, invitóles Silva cortesmente á que se sentasen, y pasados los primeros cumplimientos de estilo, les habló de esta manera:

—Siempre me he figurado, señores, que los negocios de familia, en los cuales está interesada la honra, deben tratarse entre deudos, á fin de que no transpiren á la parte de afuera y su compostura llegue á ser mas difícil, despues de publicados. De honra es pues y de familia el negocio, que me obliga á convocaros, y en él os pido asistencia, no de obra, que ¡vive Dios! me sobran brios para satisfacerme yo mismo, sino de palabra y de consejo, para que nunca se diga, que D. Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli y sumiller de corps de Su Alteza el rey D. Felipe II, obró con precipitacion y con poco juicio, en cosa tan delicada y tan grave.

—Enumerad vuestros agravios, amigo mio, contestóle el marqués de la Fabara.

—Y nombradnos la persona que dá ocasion á vuestras quejas, añadió el conde de Cifuentes.

—Eso es lo que necesitamos saber, dijo en voz baja el duque de Medina Sidonia.

Y el del Infantado murmuró entre dientes:

—Apuesto cualquier cosa, á que anda en el secreto la preponderancia de D. Fernando Alvarez de Toledo.

—Dejemos en paz al de Alba, duque, repuso D. Ruy Gomez con fingido sosiego. Os he dicho ya que el negocio es de familia, y así no ha de tratarse de política entre nosotros.

—En tal caso, replicó el de Cifuentes, solo nos habreis reunido como deudos de la señora princesa de Éboli.

—Así es la verdad.

—¿Y en qué ha podido ultrajaros nuestra ilustre parienta?

—Ya os he dicho que se trata de mi honra.

—¿De vuestra honra! Explicaos, Príncipe.

—Con dos palabras basta. La señora doña Ana de Mendoza y de La-Cerda, heredera del noble conde D. Diego Hurtado de Mendoza y de doña Catalina de Silva.

—Adelante, Príncipe.

—Es...

—¿Qué?

—Una muger despreciable, una muger liviana, una muger, á la que no puede cobijar por mas tiempo el techo que me cobija.

—¿Teneis pruebas de lo que asegurais, D. Ruy Gomez?

—Si no las tuviera, no os hubiera molestado para pedir os parecer sobre lo que debe hacerse con ella. Pero ¿no han llegado hasta vuestros oidos, nobles señores, las murmuraciones de toda la ciudad? ¿No habeis sabido que mi nombre anda de boca en boca entre los cortesanos, como el de un hombre apestado é indigno de pertenecer al rango que le distingue? Todos hemos estado ausentes de Valladolid, es verdad. Pero si al marido ha alcanzado la noticia de la liviandad de la esposa, ¿cómo es que no la habeis recibido vosotros, siendo como es tan pública y tan patente?

—Cuando las hablillas de la gente ociosa y mal nacida empañan la reputacion de altas personas, debemos desconfiar. Yo por mi parte las desprecio, y creo que en ello me seguirán mis nobles parientes. ¿Son esas las pruebas que teneis?

—Nó, señor conde de Cifuentes; tengo otras que desvanecerán todos vuestros escrúpulos.

—Mostradlas.

—Muy pronto las vereis. Mas.... ¿no deseais primero oir de mi boca el nombre del cómplice de doña Ana de Mendoza y de La-Cerda?

—Pronunciadlo, y si es verdad lo que decís, morirá á nuestras manos.

—Se llama... D. Felipe.

—¡Ah! exclamaron todos los caballeros levantándose.

—Sí, señores, prosiguió D. Ruy Gomez con iracundo acento; la esposa de Silva, la esposa del príncipe de Éboli es la querida del Rey.

Los cuatro deudos de doña Ana quedaron aterrados al escuchar tan tremenda revelacion, pronunciada por un esposo ofendido, cuya influencia en los negocios públicos era tan importante y tan respetada. Miráronse con asombro, sin atreverse á replicar á D. Ruy Gomez, pues suponian que, cuando este acusaba al Rey, razon sobrada tendria para ello, supuesto que lo que acababa de descubrirles estaba completamente de acuerdo con las especies, que sobre el mismo asunto habian oido entre las personas de la corte. El príncipe de Silva, cuya traidora calma anunciaba el horrible sufrimiento interior que despedazaba su alma, no pudo prolongar por mas tiempo una situacion tan desgarradora y humillante para su orgullo; pero haciendo el último esfuerzo, dijo á los atónitos nobles:

—¡Pruebas exigis al Príncipe de Éboli de las acusaciones, que se atreve á lanzar contra su esposa y contra su Rey! ¡Pruebas de mis palabras! ¿No os imaginais que gustoso perderia mil veces la vida, por no verme en el caso de pronunciarlas? ¿No comprendeis que al acusarlos á ellos, me acuso á mismo? Pero.... estáis en vuestro derecho; nadie acusa sin presentar pruebas.

Y señalando la carta que estaba sobre la mesa, añadió apartando de ella la vista:

—Allí las teneis.... examinadla.... decidme que castigo debo imponer á esa muger culpable.

El conde de Cifuentes cogió la carta, que indicaba D. Ruy Gomez y la leyó para sí, sin omitir una sílaba. Mirando despues con

marcada intencion al irritado esposo, exclamó con voz de trueno:

—Vive Dios, que esas murmuraciones y cuentecillos de comadres que nos habeis referido, os han hecho perder el seso. ¿Habeis pretendido por ventura burlaros de nosotros?

—Leed, Conde, leed, murmuró el de Silva.

—He leído y releído, Príncipe, respondió el de Cifuentes, y digo y repito que estais loco. Buscad otro escrito que contradiga á este, y entonces veremos en cual de los dos está la verdad.

—¡Cómo! gritó furioso D. Ruy. ¿No veis en esas líneas....

—Una justificacion completa de las malévolas acusaciones dirigidas contra la Princesa, por instigaciones de la condesa de Barajas. La persona que ha trazado estas letras asegura que la Condesa, instrumento vendido á la parcialidad del duque de Alba, aspira á malquistaros con el Rey, infamando á doña Ana de Mendoza, y esparciendo por la ciudad la falsa nueva de sus criminales relaciones con D. Felipe.

El príncipe de Éboli no pudo ya contenerse, arrancó la carta de las manos del conde de Cifuentes y la recorrió con la vista. Una nube oscureció sus ojos, sintió que las piernas no podian sostener el peso de su cuerpo y antes de dar con él en tierra, buscó refugio en un sillón, para la mortal congoja que le amenazaba por instantes.

—¡Pérfida! exclamó con angustioso dolor. ¡Ah! Sí.... dejadme, señores, dejadme: doña Ana de Mendoza está inocente y yo.... soy un mónstruo de ingratitud.

Al acabar de proferir estas palabras perdió el conocimiento: los deudos de la Princesa pidieron auxilio, llamando á los criados para que le condujesen á su lecho, y persuadidos de que el descanso era la mejor medicina para aquel quebrantado espíritu, se retiraron á sus casas, poco despues de haber recobrado D. Ruy Gomez el uso de sus sentidos.

Pero no habia terminado todavía el lance de la carta, y aunque la Princesa habia triunfado, no era hombre su esposo á quien se podia hacer creer fácilmente una superchería. Su primer pensamiento fué que doña Ana no ignoraba la existencia del escrito anónimo, y que por lo mismo ella era la que se habia dado trazas para quitárselo y dejarle otro, que evidenciase las calumnias publicadas con-

tra su reputacion. Mas ¿de qué medio se habia valido para lograrlo? Esto era lo que no podia adivinar D. Ruy Gomez: pero bastábale la seguridad que tenia, de que la carta recibida en Toledo obraba en su poder, pocos momentos antes de la llegada de los cuatro caballeros parientes de su esposa, para persuadirse de que efectivamente esta habia representado el papel principal, en un enredo que no alcanzaba á esplicarse. Con todo, teniendo presente que la carta estaba sobre la mesa, imaginó que una persona oculta debajo del tapete de la misma, no hubiera hallado grandes dificultades que vencer, para verificar una sustitucion, que acababa de ponerle en ridículo con sus amigos, y entonces fué cuando recordó que habia oido durante su ensimismamiento ú olvido mental de todo lo existente, cerrarse con estrépito una puerta inmediata á la sala. Ignoraba que Beatriz habia llevado á feliz término, y con mayor riesgo de ser sorprendida, un plan concebido de pronto, y detrás del tapiz que cubría la puerta, por doña Ana; mas no podia dudar de que habia sido burlado por las artes de la refinada malicia de su liviana esposa.

Las nueve de la mañana poco mas ó menos serian del dia siguiente, cuando D. Ruy Gomez se presentó en la cámara de la Princesa. Su aspecto era severo é imponente, y se echaba de ver en la firmeza de sus pasos y en la resolucion enérgica de todo su continente, que estaba resuelto á poner fin, con una determinacion bien meditada, á la situacion penosa é insufrible en que vivia.

La Princesa, al anunció de tan inesperada visita, llamó en su ayuda todos los recursos de un ingenio fecundo en resoluciones aventuradas, y conociendo que en aquella coyuntura era mucho mas fuerte que su adversario, se replegó sobre sí misma, semejante á la serpiente de cascabel, y esperó con paciencia el ataque, segura de morder con ventaja. Cuando entró en su retrete el de Silva, se ocupaba la astuta sirena en arreglar su tocado.

El magnate tomó asiento y ella le miró entre irritada y risueña. Lo cierto fué que, al contemplarla tan hermosa, casi se arrepintió el esposo del propósito firme que habia formado; mas no tardó en recobrar toda su entereza, al verse objeto de las desdeñosas miradas de una muger, que debia pedirle perdon de las graves culpas, que contra él habia cometido. Recordó pues el objeto que á aquella

estancia le conducia, y dijo á doña Ana con acento algo turbado por la emoción, pero que revelaba el empeño de que se le obedeciese:

—Escuchadme, señora.

Estas palabras resonaron en los oídos de la Princesa como un toque de rebato, y contestó al punto:

—Os escucho, señor D. Ruy Gomez de Silva.

—Asi ha de ser como me habeis de nombrar en adelante, repuso este.

—Y vos á mí, replicó ella con arrogancia, doña Ana de Mendoza y de La-Cerda.

—En efecto, señora; desde hoy seremos estraños el uno para el otro.

—¡Oh! Ya lo somos bastante; mas.... no me pesa que lo seamos mas.

—Vos lo habeis querido así.

—¡Yo, señor D. Ruy Gomez de Silva! Mirad bien lo que decis....

—Digo, señora, que así lo habeis querido.

—Pues bien; mentís. Vos sois quien, buscando pretextos en las quimeras que forma vuestra imaginacion, intentais hacerme pagar crímenes que habeis inventado. Sea en buen hora; acepto la expiacion de culpas que no tengo, porque vale mucho mas ser víctima que verdugo.

—De modo que negais....

—¿Qué he de negar? Veamos; acusadme.

—¿Cómo fué que ayer no salísteis á mi encuentro?

—Veníais irritado contra mí.

—¿Quién os lo habia hecho saber, siendo así que á nadie he confiado....

—Vuestro semblante os ha vendido.

—Dejemos á un lado las reticencias, señora. Aunque hoy nada puedo probaros, estoy convencido de vuestra infidelidad.

—¿Sí?... Sois muy ligero en acusar, señor D. Ruy Gomez.

—Yo no os acuso; os acusa la corte, os acusa la ciudad entera.

—¿Qué estais profiriendo? ¿Cuál es mi crimen? Hablad de una vez.

—¿Lo ignorais por ventura? ¿No os lo patentiza la carta que ayer me robásteis?

— ¡Eso mas!... ¡Ah! ¿Conque ayer... os robé una carta?...
¡Dios mio!... ¡Qué iniquidad!

— Señora Princesa, conteneos por pudor; no añadais la desvergüenza á la desenvoltura.

— ¿Sabeis, D. Ruy Gomez, que jamás podré perdonaros lo que acabais de decir?

— ¡Bah!... ¿Qué me importa? Me aborreceréis entre cuatro paredes, mas no en medio de la corte del rey D. Felipe.

— ¿Qué significa eso? Esplicádmelo, si lo teneis á bien.

— ¿No me habeis entendido, señora?

— ¡Oh! si desde que habeis entrado en esta cámara, solo me proponéis enigmas!... Veamos, veamos lo que deseais darme á entender con esas cuatro paredes.

— Que hoy mismo vais á ser conducida al monasterio de Santa Maria la Real de las Huelgas, que como no ignorais, se halla situado á un cuarto de legua de la ciudad de Burgos.

— ¿Y qué es lo que he de hacer allí?

— Aborrecerme cuanto se os antoje.

— Creed, señor de Silva, que para eso no necesito emprender un viaje: estais haciendo tales méritos, que me siento dispuesta á aborreceros en todo lugar.

— Es mi gusto que vivais allí encerrada, mientras yo exista.

— Yo os deseo muchos años, y como confio en que llegareis á una edad muy avanzada, no me acomoda despedirme del mundo por tan largo tiempo.

— Os he impuesto mi voluntad; obedecedme.

— Sobre vuestra voluntad hay otra.

— ¿Cuál?

— La del Rey, á quien voy á pedir justicia.

— ¡La del Rey!... ¡Ah! Sí... Y os la hará, doña Ana, os la hará por ser vos quien se la pedis.

— Os engañais, señor: me la hará, porque la hace á todos.

— ¿Persistís en no cumplir mis órdenes?

— Persisto.

— Sois, señora... una muger infame.

— Basta, D. Ruy, basta. Otra muger pagaria un asesino para

que os atravesase el corazon: yo hago mas.... mucho mas.... os compadezco.

—Algo mejor obraríais justificándoos, que sosteniendo ese lenguaje, propio únicamente de una conciencia limpia.

—¡Justificándome!... ¿De qué?... ¿Cuáles son vuestros cargos? ¿No acabais de sentenciar á encierro perpétuo á la heredera de la ilustre casa de Mérito, sin que ella sepa los motivos de vuestra injusta saña?

—He sentenciado á la que hasta hoy ha sido mi esposa.

—Mas.... ¿de qué la acusais? ¿Pretendeis juzgarla como diz que juzgan en Flandes los inquisidores de estado?

—Ya os lo he dicho, señora; os acuso de infidelidad.

—Esa no es acusacion.

—¿Pues qué es?

—Insulto, que pide venganza, y.... me vengaré, si no me probais que soy lo que decís.

—Voy á probároslo, no por miedo, sino para que sepais, que poseo vuestro secreto. Negadme que el Rey es vuestro amante.

El príncipe de Éboli se habia figurado que estas últimas palabras desconcertarian á su culpable esposa. ¡Cuán grandes fueron su confusión y su aturdimiento, cuando esta, despues de prorumpir en una carcajada, que nada tenia de fingida, exclamó sencillamente:

—¡Ah! ¿Y por eso habeis armado tanto estrépito? ¿Conque vos tambien, tan hábil, tan diplomático, os dejais prender en las torpes redes de la intrigante condesa de Barajas?

—Obra vuestra es la carta que el conde de Cifuentes cogió ayer de la mesa, repuso el de Silva con prontitud.

—¡Eh! Id al diablo con vuestras cartas y embelecós, replicó doña Ana. Si fuera yo querida del Rey, no tardaria en pedirle el destierro de esa muger deslenguada y atrevida. Pedídselo vos y hareis un gran servicio al estado.

—Ya os he prevenido que toda la corte, que toda la ciudad.....

—¡Gran milagro por cierto! La ciudad y la corte y vos y todos, no haceis mas que repetir lo que á la condesa se le ha antojado inventar. ¿Estais satisfecho?

—No.

—Pues aclarad vuestras dudas en otra parte y dejadme en paz.

—¿Partireis para Santa Maria de las Huelgas?

—¡Encerrarme en vida! No conteis con que yo cometa semejante desatino: me basta el que cometí al llamarme esposa vuestra.

Don Ruy Gomez se levantó hecho un energúmeno, y lanzando á doña Ana una mirada de basilisco, salió de la cámara. La Princesa le miró á él tambien, como aceptando el desafio á que se la provocaba, y despues prosiguió entreteniéndose con su tocado.

CAPITULO XLV



